

# ***La novia de Lammermoor***

***Walter Scott***

# CAPÍTULO I

## DONDE AÚN NO COMIENZA ESTA HISTORIA, PERO SE DECIDE SU AUTOR A ESCRIBIRLA

POCOS estuvieron al tanto de cómo compuse estas narraciones, que no es probable sean publicadas en vida de su autor. Aunque esto ocurriese, no ambiciono la honrosa distinción *digito monstrarier*<sup>[1]</sup>. Confieso que preferiría permanecer oculto tras la cortina, como el ingenioso manipulador de Polichinela, disfrutando del asombro y de las conjeturas de mi público. Quizás entonces pudiera ver ensalzadas por los juiciosos y admiradas por los sensibles las producciones del desconocido Peter Pattieson, mientras el crítico las atribuyese a alguna celebridad literaria, y la cuestión de cuándo y por quién fueron escritos estos relatos llenara huecos de charla en centenares de círculos y tertulias. No disfrutaré de esto mientras viva; pero a más tampoco se atrevería nunca a aspirar mi vanidad.

Soy demasiado tenaz en mis costumbres, y demasiado poco refinado en mis modales, para envidiar o aspirar a los honores concedidos a mis contemporáneos. No podría mejorar ni una pizca el concepto que tengo de mí mismo aun en el caso de que se me estimase digno de figurar como león<sup>[2]</sup>, durante un invierno, en la gran metrópolis. No me podría exhibir luciendo mis habilidades, como una fiera de circo bien amaestrada; y todo al barato precio de una taza de café y una rebanadita (fina como barquillo) de pan con mantequilla. Y mal podría resistir mi estómago la repugnante adulación con que en tales ocasiones suele mimar la señora anfitrión a sus monstruos de feria, lo mismo que atiborra a sus loros con dulzainas cuando quiere hacerles hablar ante la gente. Preferiría permanecer toda mi vida en un molino —si me ponen en esa alternativa— moliendo mi propio pan, que servir de diversión a filisteos lords o ladies. Y esto no viene de que sienta aversión, o la finja, por esa aristocracia, sino de que ellos tienen su sitio y yo el mío; como la vasija de hierro y la de barro en la antigua fábula, sería yo quien saldría perdiendo en el caso de un choque. Pero con estos escritos varía el asunto. Pueden ser leídos o dejados a un lado a voluntad; divirtiéndose con su lectura, no promoverán los poderosos falsas esperanzas; no prestándoles atención o condenándolos, no mortificarán al autor; y son contadas las veces que pueden conversar, sin causar uno de estos efectos, con los que esforzaron su ingenio para solaz de ellos. Podría yo decir en el mejor sentido: *Parve, nec invideo, sine me, liber, ibis in urbem*<sup>[3]</sup>. Pero no me asocio al pesar de Ovidio por no poder acompañar personalmente al libro que enviaba al mercado de la literatura, el placer y el lujo.

Si no hubiera ya centenares de casos, el destino de mi pobre amigo y compañero de colegio Dick Tinto, sería suficiente para prevenirme contra el afán de buscar la

felicidad en la fama que pueda dar el cultivo afortunado de las bellas artes.

Dick Tinto solía derivar su origen —una vez que se tuvo por artista— de la antigua familia de Tinto, del lugar de este nombre en el Lanarkshire, y alguna vez dio a entender que, al usar el lápiz como principal medio de sustento, hubo de manchar en cierto modo su noble sangre. Pero aunque la genealogía de Dick era limpia, algunos de sus antepasados debieron de haber caído aún más que él, ya que el bueno de su padre ejerció el necesario —y confío que honrado— oficio, pero desde luego no muy distinguido, de sastre en el pueblo de Langdirdum, en el oeste. Bajo su humilde techo nació Richard, y desde niño quedó incorporado al humilde negocio de su padre, contrariando en gran manera su vocación. El viejo míster Tinto no pudo alegrarse de haber forzado el genio juvenil de su hijo a torcer su inclinación natural. Le ocurría como al chico que trata de contener con un dedo el cañón de una cisterna mientras el chorro, exasperado por esta compresión, escapa por mil salidas insospechadas y lo empapa por haberse tomado ese trabajo. Que fue lo sucedido a Tinto padre, a quien su prometedor aprendiz no sólo le gastaba toda la tiza en dibujar sobre la mesa de confección, sino que hasta hizo varias caricaturas a los mejores clientes de su padre, los cuales comenzaron a murmurar que resultaba demasiado pesado el que después de ser deformadas sus personas por los trajes del padre, viniera encima a ridiculizarlos el lápiz del hijo. Esto produjo el consiguiente descrédito y pérdida de clientela, hasta que el viejo sastre, cediendo al destino y a las suplicas de su hijo, le consintió probar fortuna en un terreno para el que se hallaba mejor dotado.

Había por esta época en el pueblo de Langdirdum un peripatético «hermano de la brocha» que ejercía su profesión al aire libre y era objeto de admiración para todos los muchachos del pueblo, especialmente para Dick Tinto. Todavía no se había adoptado —entre otras indignas simplificaciones— ese inmoderado afán de economía que cierra un camino fácilmente accesible a los estudiantes de bellas artes, al substituir con caracteres escritos los dibujos simbólicos. Aún no se permitía escribir sobre la puerta enyesada de una taberna o en la muestra de una posada: «La urraca vieja» o «La cabeza del sarraceno», poniéndose, en vez de esta fría descripción, las vivas efigies de la plumífera charlatana y el ceño enturbantado del terrorífico sultán.

Dick Tinto se hizo ayudante de aquel héroe de tan decaída profesión y así, cosa frecuente entre los genios de esta sección de las bellas artes, comenzó a pintar antes de tener noción alguna de dibujo. Su talento para observar la naturaleza le indujo pronto a rectificar los errores de su maestro. Brilló especialmente pintando caballos, por ser éstos un motivo favorito en las muestras de los pueblos escoceses. Y, al estudiar sus adelantos, es sorprendente observar cómo aprendió gradualmente a acortar los lomos y prolongar las patas de estos nobles animales, hasta que fueron pareciéndose menos a los cocodrilos y más a las jacas. La maledicencia, que siempre persigue al mérito con zancadas proporcionadas al avance de éste, ha afirmado que

una vez pintó Dick un caballo con cinco patas. Podría basarme para defenderlo en la licencia que suele concederse a esa rama de su profesión, libertad que al permitir toda clase de combinaciones irregulares, puede muy bien extenderse hasta adjudicar un miembro supernumerario en un tema favorito de las muestras. Pero la causa de un amigo fallecido es sagrada, y no me permitiría tratarla tan por encima. He visitado la muestra en cuestión, que todavía se balancea en Langdirdum; y estoy dispuesto a declarar bajo juramento que lo que ha sido tomado erróneamente como la quinta pata del caballo es, en realidad, la cola de dicho cuadrúpedo. Considerando la postura en que ha sido trazado, viene a ser un alarde artístico. Como la jaca ha sido representada en posición rampante, resulta que la cola, prolongada hasta el suelo forma un *point d'appui* y sirve de trípode a la figura, ya que sin ella sería difícil concebir, colocados los pies como están, cómo podría sostenerse el corcel sin caerse hacia atrás. Esta atrevida creación se halla, afortunadamente, bajo la custodia de alguien que sabe apreciarla en todo su valor. En efecto, cuando Dick, más perfeccionado ya en su arte, comenzó a dudar de la licitud de una desviación artística tan audaz y quiso hacerle un retrato al posadero para cambiárselo por la obra de su juventud, fue rechazado el amable ofrecimiento por el sensato cliente, el cual había observado, según parece, que, cuando su cerveza fallaba en alegrar a sus huéspedes, bastaba una ojeada a la muestra para ponerles de buen humor, y no era este detalle para ser despreciado por un respetable comerciante.

En medio de sus luchas y necesidades, Dick Tinto recurrió, como sus colegas, a cargar sobre la vanidad de los humanos el impuesto que no pudo sacar del buen gusto y de la liberalidad de éstos; en dos palabras: pintó retratos. Al llegar al grado de perfeccionamiento en que Dick se elevó sobre su primera actividad, y no permitía alusión alguna a ella, fue cuando nos encontramos de nuevo, tras una separación de varios años, en el pueblo de Gandercleugh, yo, con mi actual situación y Dick pintando reproducciones del rostro humano a guinea por cabeza. Remuneración no muy crecida, pero que bastaba por lo pronto para cubrir las modestas necesidades de Dick; de modo que ocupaba una habitación en el hotel Wallace y vivía bien y contento.

Aquella felicidad no podía durar. Cuando el honorable Señor de Gandercleugh con su mujer y sus tres hijas, el clérigo, el aforador, mi estimado mecenas, míster Jedediah Cleishbotham, y una docena más de personas acomodadas hubieron sido consignadas a la inmortalidad por el pincel de Tinto, empezó a flaquear la clientela, y no fue posible arrancar más que coronas y medias coronas de las ásperas manos de los campesinos cuya ambición conducía al estudio de Tinto.

Sin embargo, aunque el horizonte estaba cargado, no estalló ninguna tormenta durante algún tiempo. Mi patrón tenía fe en un huésped que había pagado bien, mientras tuvo medios. Y podía deducirse de la súbita aparición en la sala de un

cuadro, al estilo de Rubens, representando a nuestro hotelero con su mujer e hijas, que Dick había encontrado medio de cambiar arte por primeras materias.

Nada más precario que los recursos de este género. Pudo observarse que Dick se convertía en el hazmerreír del patrón, sin osar defenderse ni vengarse; que su caballete fue a parar a la guardilla; y que ya no se atrevía a frecuentar el club semanal del cual había sido el alma. En fin, que los amigos de Dick temieron le ocurriese lo que al animal llamado perezoso, el cual, una vez que se ha comido la última hoja verde del árbol donde se estableció, acaba cayéndose de las ramas y muere de inanición. Me atreví a insinuarle esto a Dick, aconsejándole que aplicase su inestimable talento a otra esfera de actividad y que abandonara el terreno que tenía ya exprimido hasta la última gota.

—Hay un obstáculo que me impide cambiar de residencia —dijo mi amigo, cogiéndome la mano, con mirada solemne.

—Una cuenta pendiente con el patrón, ¿no es eso? —repliqué con simpatía cordial—. Si puedo ser de alguna utilidad con mis escasos medios...

—¡No, por el alma de Sir Joshua! —contestó el magnánimo joven—. Nunca envolveré a un amigo en las consecuencias de mi mala suerte. Hay una manera de que yo recobre mi libertad. Es preferible arrastrarse por una alcantarilla que seguir en una cárcel.

No comprendí del todo lo que mi amigo quería decir. Parecía que la musa de la pintura le había fallado y era un misterio para mí qué otra diosa podría invocar en su infortunio. Nos separamos, sin embargo, sin más explicaciones y no volví a verle hasta pasados tres días, cuando me instó a participar en el *foy* con que su patrón se proponía obsequiarlo antes de su partida para Edimburgo.

Encontré a Dick muy animado, silbando, mientras apretaba las correas de la mochila que contenía sus colores, pinceles, paletas y una camisa limpia. Sin duda, quedaba en excelentes relaciones con el hotelero a juzgar por la carne fiambre servida en el reservado de abajo, acompañada por dos vasos de la mejor cerveza negra. Y reconozco que sentí curiosidad por conocer los medios de que se había valido mi amigo para que el aspecto de sus asuntos hubiese experimentado tan súbita mejoría. No creía capaz a Dick de estar en tratos con el diablo, y no podía ocurrírseme por qué medios terrenales había logrado librarse tan felizmente.

Notó mi curiosidad y me estrechó la mano.

—Amigo mío —me dijo—, con gusto ocultaría hasta a ti la degradación a que hube de someterme para retirarme honrosamente de Gandercleugh. Pero ¿qué objeto tendría ocultarlo, si pronto descubrirá todo el pueblo, todo el mundo, a dónde ha llevado la pobreza a Richard Tinto?

Me asaltó entonces un súbito pensamiento; había observado que nuestro patrón llevaba unos pantalones flamantes de pana, en vez de los viejos de fustán.

—¡Cómo! —exclamé, moviendo la mano derecha rápidamente, con el dedo índice apretado sobre el pulgar, desde la cadera derecha hasta el hombro izquierdo—. ¿Te has resignado de nuevo a cultivar el arte paterno? ¿Puntadas largas, eh, Dick?

Rechazó esta desafortunada conjetura con un gesto de enfado y un «*pché*» denotador de un gran desprecio y, conduciéndome a otra habitación, me mostró, apoyada sobre la pared, la majestuosa cabeza de Sir William Wallace, tan tétrica como cuando fue separada del tronco por orden del felón Edward.

Esta obra había sido realizada sobre tablones de un grueso muy respetable, y tenía el extremo superior decorado con herrajes para que la ilustre efigie pudiera colgarse como muestra. Me dijo:

—Ahí está, amigo mío, el honor de Escocia junto con mi indignidad; no, no la mía, sino la de aquellos que, en vez de estimular al arte en su verdadera senda, lo obligan a recurrir a tan viles e indecorosos extremos.

Me esforcé en calmar los agitados sentimientos de mi maltratado amigo. Le recordé que no debía despreciar, como el ciervo de la fábula, las cualidades que lo habían sacado de trances difíciles, en los cuales no le había servido su talento de pintor de retratos y paisajes. Alabé, sobre todo, la ejecución de su cuadro, así como su concepción. Le hice ver que lejos de sentirse deshonrado porque una prueba soberbia de su talento se expusiera a la vista del público, más bien debía alegrarse de que su fama se extendiera con ello.

—Llevas razón, amigo, llevas razón —replicó el pobre Dick, encendiéndose sus ojos de entusiasmo—, ¿por qué he de avergonzarme de ser llamado un... un... —vaciló buscando una expresión— un *artista al aire libre*? Hoggarth se ha presentado haciendo ese papel en uno de sus mejores grabados. Domenichino, o algún otro, en los tiempos antiguos, y Moreland en los nuestros, ejercitaron su talento de esa manera. Y ¿por qué limitar a las clases pudientes el placer que la obra de arte ha de inspirar a todos? ¿Qué razón hay para que la Pintura sea más avara en el despliegue de sus obras maestras que su hermana la Escultura? Bueno, nos queda muy poco tiempo que estar juntos: el carpintero vendrá dentro de muy poco tiempo a colocar el... el emblema. Y, la verdad, con toda mi filosofía y los ánimos que me das, preferiría irme de Gandercleugh antes de que comience la operación.

Compartimos el banquete de despedida ofrecido por nuestro magnífico hotelero y acompañé a Dick durante un buen trozo de su camino. Iba a pie hasta Edimburgo. Nos separamos a una milla del pueblo, precisamente cuando oímos la distante gritería de los chicos motivada por el izamiento del nuevo símbolo del Wallace. Dick Tinto apresuró el paso para no oír aquello.

En Edimburgo fueron reconocidos los méritos de Dick, y recibió invitaciones a comer y consejos de algunos distinguidos críticos. Pero estos caballeros tenían más pronta su crítica que su bolsa, y Dick pensó que necesitaba más de la bolsa que de la

crítica. Por eso se fue a Londres, mercado universal del talento, donde, como suele ocurrir en todos los mercados, de cada mercancía se pone a la venta mucho más de lo que puede venderse.

Dick, a quien todos consideraban excelentemente dotado para su profesión, y que por su carácter vanidosa y confiado no dudaba ni un momento de su triunfo final, se arrojó de cabeza a la multitud que luchaba en tropiezo por destacar. Atropello a otros y a su vez fue atropellado. Finalmente, a fuerza de intrepidez, consiguió significarse algo; llevó cuadros a la exposición de Somerset House y maldijo al jurado de admisión. Pero el pobre Dick había de perder el terreno que conquista tan bizarramente. En las bellas artes apenas si hay alternativa entre el éxito eminente y el fracaso absoluto, y comoquiera que la habilidad de Dick no consiguió asegurarse el primero, cayó en las consecuencias desastrosas del segundo. Durante algún tiempo fue protegida por algunas personas inteligentes que se precian de originales y de sustentar opiniones opuestas a las corrientes en cuestiones de gusto y crítica. Sin embargo, pronto se cansaron del pobre Tinto, y se descargaron de él como el niño tira lejos de sí su juguete. Creo que la miseria se apoderó de él y lo acompañó hasta su tumba prematura, a la que fue conducido desde una humilde vivienda de la calle Swallow, en cuyo interior su patrona le había acosado con facturas y a cuyo exterior le aguardaban siempre los alguaciles, hasta que la muerte fue a liberarlo. En un rincón del *Morning Post* se notificó su fallecimiento, con la generosa aclaración de que su estilo revelaba positivo genio, aunque sus producciones fueran demasiado abocetadas. Se añadía un anuncio, en el cual mister Varnish<sup>[4]</sup>, un acreditado vendedor de grabados, decía conservar varios dibujos y cuadros de Richard Tinto, Esquire, que se hallaban a disposición de los coleccionistas. Así terminó Dick Tinto; lamentable prueba de la gran verdad de que en el arte no se tolera la mediocridad y que quien no pueda subir hasta el último escalón hará bien en no poner el pie en la escalera.

Recuerdo con cariño a Tinto por las muchas conversaciones que sostuvimos, la mayoría de ellas referentes a mi actual tarea. Le encantaba verme adelantar, y hablaba de una edición ilustrada, con cabeceras, viñetas y *culs de lampe*, y todo ello habría de salir de un amistoso y patriótico lápiz. Persuadió a un viejo sargento de inválidos para que le sirviera de modelo encarnando la figura de Bothwell<sup>[5]</sup>, a un soldado de los Life Guards para Carlos II, y el campanero de Gandercleugh para David Deans. Y a la vez que se proponía unir de este modo sus fuerzas con las mías, mezcló buenas dosis de crítica sana entre los panegíricos que a veces me tributaba.

—Tus personajes, querido Pattieson —me decía—, charlan demasiado. Hay páginas enteras con sólo diálogo.

—El antiguo filósofo —le respondí— solía decir: «Habla y te diré quién eres», y ¿de qué manera más interesante y eficaz puede presentar un autor sus *personae*

*dramatis* a sus lectores que por el diálogo revelador del modo de ser de cada uno?

—Ese es un razonamiento falso —dijo Tinto—. Desde luego, te concedo que la conversación posee algún valor en el intercambio humano y no traeré a colación la doctrina de aquel borrachín pitagórico, cuya opinión era que hablando ante una botella se estropeaba la conversación. Pero si estas novelas se publican, ya dirán tus lectores si no llevo razón al decir que nos has dado una página de diálogo por cada idea que pudo expresarse en dos palabras. En cambio, mediante una descripción apropiada se habría conservado lo digno de conservarse y se hubieran evitado esos inacabables *dijo él* y *dijo ella*, con los que te has complacido en abarrotar tus páginas.

Le repliqué que confundía las funciones del lápiz y de la pluma; que el «arte sereno y silencioso», como ha llamado a la pintura uno de nuestros primeros poetas contemporáneos, se dirigía necesariamente a la vista por carecer de los medios para interesar el oído, mientras que la poesía o el género que se le aproxima, se ve precisada a hacer todo lo contrario para despertar en el oído ese interés que no podría lograr de la vista.

Dick no se inmutó lo más mínimo con mi argumentación. Decía que la descripción era para el novelista exactamente lo que el dibujo y el colorido eran para el pintor; las palabras eran su colores y, si se sabían emplear adecuadamente, acertarían a situar el ambiente que se trataba de evocar, con tanta eficacia para los ojos de la mente como pudiera conseguirlo la paleta para los ojos físicos. Sostenía que las mismas reglas servían para ambas artes y que el exceso de diálogo venía a confundir la ficción narrativa con el arte dramático, género literario muy diferente, cuya esencia es el diálogo, porque todo en él, a excepción de las palabras, se presenta materialmente, con los trajes, personas y acción sobre el escenario. «Y como nada es más aburrido —decía Dick— que una larga narración escrita con el plan de un drama, cada vez que te has acercado a este género con prolongadas escenas dialogadas, has perdido con ello el poder de retener la atención y excitar la imaginación, en lo cual has conseguido otras veces resultados bastante buenos».

Le agradecí este último cumplido y me mostré dispuesto a intentar por lo menos una vez un estilo más directo. Trataría de que mis actores hicieran más cosas y dijeran menos que en mis anteriores intentos. Dick acogió con satisfacción este propósito y me anunció que viéndome tan dócil, me iba a comunicar, para beneficio de mi musa, un asunto que había estudiado con miras a su propio arte.

—Esta historia —dijo—, pasa por verdadera, pero como ha transcurrido más de un siglo desde que ocurrieron los hechos, podemos tener algunas dudas sobre su exactitud.

Después de hablar así, Dick Tinto revolvió en su carpeta buscando el esbozo del que se proponía sacar algún día un cuadro de catorce pies por ocho. El dibujo, inteligentemente ejecutado —para emplear la expresión exacta— representaba un



antiguo *hall*, decorado y amueblado en lo que ahora llamamos gusto isabelino. La luz, que entraba por la parte superior de un alto ventanal, caía sobre una figura femenina de exquisita belleza, la cual, en actitud de mudo terror, parecía esperar el resultado de una discusión que tenía lugar entre otras dos personas. Una de éstas, un joven con el traje Van Dyck usado en tiempos de Carlos I, y aire de arrebatado orgullo —esto se desprendía por su manera de levantar la cabeza y extender el brazo — parecía estar exigiendo el cumplimiento de un deber, más que pidiendo un favor, a una señora —cuya edad y alguna semejanza en las facciones señalaban como madre de la mujer joven—, y ella daba la impresión de estar escuchando con una mezcla de disgusto y de impaciencia.

Tinto me enseñó su dibujo con un aire misterioso de triunfo y lo contemplaba como un padre cariñoso a un chico que promete, mientras se figura por anticipado el papel que hará en el mundo y a qué altura levantará el nombre de su familia. Lo mantuvo a la distancia del brazo, lo acercó, lo puso sobre un armario, cerró los postigos inferiores de la ventana para lograr una luz más favorable, separóse a la debida distancia arrastrándome consigo, hizo pantalla de sus manos para excluir todo lo que no fuera el objeto favorito, y acabó echando a perder un cuaderno enrollándolo para que sirviera de tubo de observación. Me figuro que mis manifestaciones de entusiasmo no debieron estar a la altura de las circunstancias, porque Dick exclamó con vehemencia:

—Pattieson, creía que tenías ojos en la cara.

Reivindiqué entonces mi derecho a que se me reconociera el funcionamiento de los órganos visuales.

—Pues por mi honor —dijo Dick— juraría eres ciego de nacimiento, ya que no has descubierto a la primera ojeada el tema y el sentido de ese dibujo. No quiero con esto alabar mi trabajo; dejo a otros esas argucias. Conozco mis defectos, sé que mi dibujo y mi colorido podrán mejorarse con el tiempo que pienso dedicar al arte. Pero la concepción, la expresión, las actitudes, todo ello está contando la historia al que mir el dibujo; y si logro terminar el cuadro sin disminuí la concepción original, no podrán alcanzar va al nombre de Tinto las salpicaduras de la envidia y la intriga.

Contesté que admiraba muchísimo el esbozo, pero que, para darme plena cuenta de su mérito, necesitaba saber de qué se trataba.

—De esto precisamente me quejo —contestó Tinto—. Te has acostumbrado tanto a esos detalles farragoso que te has incapacitado para escribir esa impresión instantánea que hiere la mente, al contemplar las felices y expresivas combinaciones de una sola escena, y que no sólo deduce de la posición y actitudes del momento la historia de la vida pasada de los personajes representados y el asunto que traen entre manos, sino que hasta descubre el velo, del futuro y permite una lúcida visión del porvenir de aquéllos.

—En ese caso —repliqué— supera la pintura el asno del celebrado Ginés de Pasamonte, que sólo se ocupaba del pasado y del presente; y hasta a la misma Naturaleza; porque te aseguro, Dick, que si me fuera posible asomarme a ese aposento isabelino y ver en carne y hueso, conversando, a las personas que tú has dibujado, no tendría ni una pizca más de posibilidad para adivinar de qué trataban —no oyéndolos— que ahora mirando tu dibujo. Sólo puedo deducir, a juzgar por la mirada lánguida de la joven y el cuidado que has puesto en dotar al caballero de una pierna muy bien formada, que hay entre ellos alguna relación amorosa.

—¿Cómo puede ocurrírsete esa suposición tan atrevida? —dijo Tinto—. Y la profunda indignación con que ves al joven reclamar sus derechos, la pasiva desesperación de la joven, el aire severo de inflexible decisión en la mujer de más edad, cuyas miradas expresan a la vez la convicción de que está obrando mal y la firme resolución de persistir en la actitud que ha tomado...

—Si sus miradas expresan todo eso, querido Tinto —interrumpí—, entonces tu lápiz rivaliza con el arte dramático de míster Puff en el Crítico, al condensar toda una complicada frase en el expresivo gesto que hace lord Burleigh con la cabeza.

—Mi buen amigo Peter —replicó Tinto—, observo que eres incorregible; sin embargo, me compadezco de tu cerrazón y no quiero que te prives del placer de entender mi cuadro y de lograr, al mismo tiempo, un asunto para tu pluma. Has de saber que el verano pasado, mientras tomaba apuntes en la costa de East Lothian y Berwickshire, me interesó visitar las montañas de Lammermoor, porque me dijeron que había en aquella región algunas antiguas ruinas. Las que más me sorprendieron fueron las ruinas de un antiguo castillo, en el cual existió una vez ese aposento isabelino, como tú lo llamas. Pasé dos o tres días en una granja cercana, cuya vieja dueña conocía muy bien la historia del castillo y los sucesos que tuvieron lugar en él. Uno de éstos era tan interesante que me sentía atraído igualmente a dibujar el paisaje de las viejas ruinas y a representar, en una novela, los singulares acontecimientos ocurridos allí. Aquí están mis notas.

Y el pobre Dick me tendió un paquete de hojas sueltas, garrapateadas en parte a lápiz y en parte a pluma, donde se mezclaban con lo escrito apuntes de caricaturas, esbozos de torres, molinos, caballetes de tejados, palomares...

Me puse a descifrar el manuscrito lo mejor que pude, y lo tejí en la siguiente novela en la cual, ateniéndome en parte —sólo en parte— al consejo de mi amigo Tinto me esforcé en que mi narración fuera más descriptiva que dramática. A pesar de ello, mi propensión favorita me ha vencido a veces, y de cuando en cuando mis personajes, como muchos otros de este mundo parlante, hablan muchísimo más que accionan.

## CAPÍTULO II

### UNA FAMILIA QUE VIENE A MENOS, OTRA QUE SE ENCUMBRA Y UN HIJO QUE HEREDA UN AFÁN DE VENGANZA

EN un montañoso desfiladero, que va elevándose y estrechándose desde las fértiles llanuras de East Lothian, levantábase en tiempos pasados un espacioso castillo, del cual sólo quedan ruinas. Sus antiguos propietarios constituían un linaje de barones poderosos y guerreros, del mismo nombre que el castillo, o sea, Ravenswood. Su ascendencia se extendía hasta un período remoto y habían emparentado con los Douglas, Hume, Swinton, Hay y otras familias distinguidas y potentes de la misma región. Su historia se vio envuelta con frecuencia con la de Escocia, en cuyos anales se hallan registradas sus hazañas. El castillo de Ravenswood era de importancia estratégica tanto en casos de guerra con el extranjero como en el de luchas intestinas, por dominar en parte un paso entre el Berwickshire —o Merse, como se llama esta provincia del sureste de Escocia—, y los Lothians. Fue sitiado frecuentemente con ardor y defendido con obstinación; y, desde luego, sus dueños desempeñaron un papel importante en la historia, Pero aquella familia tuvo sus mudanzas como todo lo de este inundo. Había caído mucho de su esplendor a mediados del siglo diecisiete; y hacia el período de la Revolución, el último propietario del castillo de Ravenswood se vio forzado a abandonar la antigua mansión familiar y trasladarse a una torre solitaria y batida por las olas —situada en la lúgubre playa que va de Saint Abb's Head al pueblo de Eyemouth— frente al tempestuoso mar del Norte. Su nueva residencia estaba rodeada por una agreste tierra de pastos, resto de su propiedad.

Lord Ravenswood, heredero de esta arruinada familia, no se adaptaba a su nueva condición. En la guerra civil de 1689 se hizo del bando que fue vencido<sup>[6]</sup> y, aunque no perdió la vida ni los bienes, le suprimieron el título.

Luego, si se le siguió llamando lord Ravenswood, era sólo por cortesía. Heredó el orgullo y la turbulencia de su casa, pero no la fortuna, y, habiendo imputado el definitivo hundimiento de su familia a cierto individuo, distinguió a éste con toda la fuerza de su odio. Y precisamente era este hombre quien se había convertido en propietario, mediante compra, de Ravenswood y de los bienes anejos. Descendía de una familia mucho menos antigua que la de lord Ravenswood, y que sólo adquirió importancia política y riquezas durante las grandes guerras civiles. Él se dedicó a la abogacía y desempeñó altos cargos y siempre supo pescar en el río revuelto de un Estado dividido en facciones y gobernado por delegación. Se ingenió para amasar una gran fortuna en, un país donde había muy poco que poseer, y conocía por igual el poder de la riqueza y los diversos modos de aumentarla, sabiendo usarla como

instrumento para incrementar su influencia.

Con estas facultades resultaba un peligroso antagonista para el fiero e imprudente Ravenswood. Lo que no se sabía con seguridad era si había dado motivo para la enemistad que le tenía el barón. Unos decían que la discordia surgió sólo a causa del espíritu vindicativo y de la envidia de lord Ravenswood, que no podía ver con paciencia cómo otro, aun por legítima compra, se había hecho dueño de las tierras y el castillo de sus abuelos. Pero la mayoría de la gente, inclinada a calumniar a los poderosos cuando están ausentes, así como a lisonjearlos cuando presentes, sostenía una opinión menos caritativa. Decían que el lord Keeper<sup>[7]</sup> (pues a tal altura se había elevado Sir William Ashton) había realizado antes de la compra definitiva del dominio de Ravenswood, amplias transacciones pecuniarias con el entonces propietario. Y, preguntándose cuál de los dos haría prevalecer su derecho en asuntos tan complicados, se inclinaban a creer que el frío abogado y político hábil había de llevar notable ventaja sobre su contrario, de carácter arrebatado e imprudente, a quien había sabido envolver ya en dificultades legales y en lazos pecuniarios.

Los tiempos que corrían daban más verosimilitud a estas sospechas. «En aquellos días no había rey en Israel». Desde la marcha de Jacobo VI<sup>[8]</sup> para ceñir la corona de Inglaterra, más rica y poderosa, habían existido en Escocia partidos enemigos, formados por la aristocracia, entre los que se balanceaba la soberanía delegada, hoy un partido y mañana el otro, según triunfaban o no sus intrigas en la corte de St. James. Con ello, no había poder supremo ante el cual pudieran apelar los oprimidos por la tiranía subordinada para obtener justicia o misericordia. Aunque un monarca sea lo indolente, egoísta y arbitrario que quiera, sin embargo, sus intereses están de tal modo ligados a los de sus súbditos y las dañosas consecuencias del ejercicio de su autoridad son tan directas cuando la emplea para el mal, que el sentido político tiende siempre a establecer el trono sobre una base de rectitud. Así, hasta soberanos usurpadores o tiranos han sido rigurosos en la administración de justicia entre sus súbditos, siempre que su propio poder o sus pasiones no se hallaran comprometidos con esto.

Es muy distinto cuando la soberanía ha sido delegada en el jefe de un partido, a quien un líder contrario va pisando los talones en la carrera de la ambición. Tan breve y precario disfrute del poder ha de emplearse en recompensar a los partidarios, extender su influencia y aplastar a los adversarios. Hasta Abu Hassan, el más desinteresado de todos los virreyes, no se olvidó durante su califato de un día, de enviar una *douceur* de mil monedas de oro a los de su casa; y los regentes escoceses, elevados al poder por la fuerza de sus partidos, no dejaron de emplear el mismo sistema de recompensa.

La administración de justicia, sobre todo, padecía la más burda parcialidad. Apenas se daba algún caso de importancia en que los jueces no se inclinaron del lado

de sus amigos. Resistían tan mal a esa tentación que el refrán: «Dime quién es el hombre y te diré cuál es la ley», prevaleció escandalosamente. Una corrupción abría el camino a otras aún más licenciosas. El juez que empleaba su autoridad para apoyar a un amigo en un proceso y en otro para hundir a un enemigo, y cuyas sentencias se basaban en motivos familiares o conexiones políticas, no podía ser inaccesible a la bolsa de los pudientes, la cual, según se decía, caía con demasiada frecuencia en la balanza para que el litigante pobre perdiera. Los funcionarios subordinados mostraban pocos escrúpulos ante el soborno. Se enviaban valiosísimos regalos y sacos de dinero para influenciar la conducta del Consejo real y ni siquiera se tenía la decencia de ocultarlo. En una época semejante no era demasiado calumnioso suponer que un hombre experto en leyes y miembro de un poderoso partido triunfante, pudiera encontrar y usar los medios de vencer a un adversario menos hábil y peor situado. Y si se puede pensar que la conciencia de Sir William Ashton era demasiado delicada para aprovecharse de esas ventajas, se pensó también que su ambición había encontrado en las instigaciones de su esposa un estímulo tan fuerte como antaño Macbeth en la suya.

Lady Ashton pertenecía a una familia más distinguida que la de su marido, ventaja que supo utilizar para extender la influencia de éste sobre los demás y la suya propia sobre él. Había sido hermosa y conservaba una apariencia majestuosa. Dotada por la Naturaleza de una gran energía y de pasiones violentas, le había enseñado la experiencia a emplear la primera y ocultar, ya que no moderar, las segundas. Observaba estrictamente las formas —por lo menos— de la devoción; su hospitalidad era espléndida, incluso hasta caer en la ostentación; sus modales, de acuerdo con lo que entonces se estimaba más en Escocia, eran graves, dignos y severamente regulados por las reglas de la etiqueta. Su reputación había estado siempre por encima del hábito de la calumnia. Y a pesar de todas estas cualidades, muy raramente se hablaba de Lady Ashton afectuosamente. Sus actos resultaban motivados claramente por el interés —si no el suyo, el de su familia—; y cuando las gentes maliciosas se dan cuenta de casos como éste, es muy difícil burlar su aguda penetración con apariencias. Se veía que lady Ashton, en medio de sus más encantadoras atenciones para con los demás, no perdía ni un momento de vista su objetivo, como el halcón que en sus aéreos giros no aparta nunca los ojos de su codiciada presa. De ahí que las personas de su misma condición social acogieran con suspicacia sus finezas; y en sus inferiores producían éstas un efecto en que entraba el temor. Impresión útil para sus propósitos, ya que reforzaba su autoridad, pero triste por ser prueba de que no la estimaban.

Se dijo que hasta su esposo, cuyo éxito en la vida debía tanto al talento y la habilidad de ella, la trataba con respetuoso temor y no con afecto confiado. Y hasta se creyó saber que a veces le parecía haber pagado por su encumbramiento un precio

demasiado elevado: la esclavitud conyugal. Sobre todo esto se pueden hacer muchas suposiciones, pero poco se puede afirmar con exactitud. Lady Ashton consideraba el honor de su marido como suyo propio, y se daba perfecta cuenta de cuánto se hubiera perjudicado aquél de aparecer Sir William ante la gente como vasallo de su mujer. Por ello decía tener por infalibles las opiniones de él, recurría a sus consejos en criterios de gusto y consultaba sus sentimientos con el aire deferente que una esposa sumisa habría de guardar para con un marido de la categoría de Sir William Ashton. Pero en todo esto había algo que sonaba a hueco, y a los que observaban a esta pareja con maliciosa curiosidad les parecía evidente que la dama miraba a su marido con algún desprecio —por darse en ella un carácter más firme, un origen más noble y una mayor ambición— y que él le tenía miedo y envidia en vez de sentir en su pecho un impulso de amor y admiración.

Pero como quiera que los principales intereses de Sir William Ashton y su esposa eran los mismos, iban ambos a una, aunque sin cordialidad, y se guardaban mutuamente este respeto que sabían necesario para asegurarse el de la gente.

Les nacieron varios hijos, de los que sobrevivieron tres. El mayor de ellos se hallaba ausente, viajando. Los dos siguientes, una muchacha de diecisiete años y un muchacho tres años más joven, residían en Edimburgo con sus padres durante las sesiones del Parlamento escocés y del Consejo Privado, y otras temporadas en el antiguo castillo gótico de Ravenswood, que había sido ampliado por el Lord Keeper en el estilo del siglo XVII.

Allan Ravenswood, propietario anterior de aquella vetusta mansión y de los extensos terrenos anejos a ella, continuó sosteniendo durante algún tiempo una guerra ineficaz contra su sucesor acerca de varios extremos a que habían dado lugar sus precedentes negociaciones, y en cada caso lo iba venciendo su rico e influyente antagonista, hasta que la muerte cerró el litigio citando a Ravenswood ante un Tribunal superior. El hilo de su vida, que estaba ya muy gastado, se quebró durante un ataque de furia violenta e impotente que estalló en él al enterarse de que había perdido una causa. Su hijo presenció su agonía y oyó las maldiciones que profirió contra su adversario, como si con esto le dejara en legado su afán de venganza. Otras circunstancias vinieron a exasperar esta pasión que era, y había venido siendo desde atrás, el vicio predominante del carácter escocés.

Era una noche de noviembre y el acantilado estaba cubierto de espesa niebla. Se abrieron las grandes puertas de la torre medio derruida, en la cual había vivido Lord Ravenswood sus últimos y atormentados años, para que sus restos mortales pasaran a otra mansión aún más lúgubre y solitaria. Entonces, cuando iba a entrar en el recinto del olvido, fue cuando volvió a recibir los homenajes que le habían faltado durante tantos años. Las banderas, los emblemas y cotas de su familia desfilaban en triste procesión desde las arcadas del patio. La aristocracia de la región asistía de luto

riguroso y atemperaba el paso de sus caballos a la solemne marcha propia de las circunstancias. Las trompetas, de las que pendían crespones, lanzaban sus notas prolongadas y melancólicas para coordinar los movimientos de la procesión. Numerosísimos acompañantes de inferior posición social cerraban el cortejo, el cual no había terminado aún de salir cuando la carroza fúnebre ya se hallaba en la capilla.

Contra la costumbre, e incluso la ley de aquella época, fue a officiar en la ceremonia un sacerdote de la Comunión Episcopal escocesa —vistiendo sobrepelliz—, que se preparó a leer ante el ataúd el servicio funeral. Éste había sido el deseo de Lord Ravenswood. Las autoridades eclesiásticas presbiterianas del distrito, considerando la ceremonia como un insulto, acudieron al Lord Keeper, por ser el consejero privado más próximo, para que les diera una orden que evitara se llevase a cabo. Así, cuando el clérigo había abierto su libro de oraciones, apareció un representante de la ley acompañado por algunos hombres armados y le mandó que callase. Este atropello, que indignó a todos los presentes, le llegó al alma a Edgard —hijo único del difunto—, joven de unos veinte años llamado por todos el Master<sup>[9]</sup> de Ravenswood. Se llevó la mano a la espada y, conminando al oficial para que desistiera de su misión, mandó al sacerdote que continuase. El enviado trató de cumplir su cometido, pero, como vio brillar ante él un centenar de espadas, se contentó con protestar contra la violencia de que había sido objeto en el cumplimiento de su deber. Y permaneció apartado, espectador malhumorado y torvo de las honras fúnebres, murmurando entre dientes, como diciendo: «Ya sentirás lo que has hecho».

La escena era digna de ser pintada por un artista. El sacerdote prosiguiendo el servicio en condiciones tan extrañas, los parientes del muerto expresando más ira que dolor y las espadas desenvainadas formando un contraste violento con los trajes de riguroso luto. Sólo en el rostro del joven predominaba una honda pena sobre la reciente irritación. Un pariente notó que palidecía mortalmente cuando una vez terminados los ritos, se procedió a enterrar el cadáver descendiéndolo a la cripta. Se ofreció a sostener al joven, ayuda que Edgard rechazó con un gesto. Sin una lágrima, cumplió éste con el último deber. Se colocó la losa sobre la sepultura, la puerta de la cripta fue cerrada con pesada llave y ésta quedó en poder del joven.

Cuando salieron de la capilla, Edgard se detuvo en las gradas y dijo:

—Caballeros y amigos: Habéis cumplido hoy con un sagrado deber. Los ritos que en otros países se conceden al más humilde cristiano, hubieran sido negados al cuerpo de vuestro pariente y amigo —que no procede desde luego de la casa más humilde de Escocia— si vuestro valor no lo hubiera impedido. Otros entierran a sus muertos con dolor y lágrimas, en silencio y reverentemente; nuestros ritos funerarios son en cambio obstaculizados por la intromisión de alguaciles y rufianes, y nuestra pena empalidece ante el fuego de nuestra justa indignación. Pero afortunadamente sé

de qué aljaba procede esta flecha. Sólo podía haber cometido la vil crueldad de turbar estos funerales quien estuvo cavando la fosa. ¡Que me castigue el Cielo si no devuelvo a ese hombre y a su casa la ruina y la desgracia que me causó a mí y a la mía!

Muchos de los presentes aplaudieron esta alocución, pero los más fríos y sensatos lamentaron que hubiera sido pronunciada. No estaba el heredero de Ravenswood en condiciones de permitirse provocar más la hostilidad de su adversario. Sin embargo, esta aprensión resultó injustificada, por lo menos en cuanto a las inmediatas consecuencias de este asunto.

La comitiva volvió a la torre para brindar allí profusamente —según la costumbre que se mantuvo hasta hace poco en Escocia— a la salud del difunto, haciendo que se animara la casa enlutada con la jovialidad y los excesos. Así reducían, con los gastos de una diversión prolongada y espléndida, las modestas rentas del heredero de aquel cuyas exequias honraban de manera tan singular. Pero esta era la costumbre, y se observó rigurosamente. Las mesas nadaban en vino; el populacho festejaba la ocasión en el patio y los labradores en la cocina; y apenas bastaron dos años de renta de lo que restaba a Ravenswood para costear la orgía funeraria. El vino produjo sus efectos en todos menos en el Master Ravenswood, título que aún conservaba aunque el de su padre se perdiera desde que fue abolido como sanción. Escuchó el joven mil exclamaciones contra el Lord Keeper, y apasionadas protestas de adhesión a él y al honor de su casa; escuchó con disgusto este entusiasta hervor que bien sabía se desvanecería como las burbujas carmesíes de aquel vino que lo había originado.

Cuando quedó vacía la última jarra, se despidieron los juerguistas reiterando sus protestas, que caerían en el olvido a la mañana siguiente si quienes las hacían no juzgaban necesario para su seguridad personal retractarse de modo más explícito.

Aceptando sus despedidas con despectivo continente, Ravenswood pudo ver despejada por fin de tanta algarabía su ruinoso mansión, y volvió al *hall* doblemente solitario por haber cesado los ecos del bullicio. Pero ahora lo habitaban los fantasmas que la imaginación del joven heredero conjuraba ante él; el deslucido honor de su casa y la fortuna hundida, la destrucción de sus propias esperanzas y el triunfo de la familia causante de su ruina. En todo ello había amplio campo de meditación para una mente inclinada por naturaleza a la melancolía.

El campesino que me muestra las ruinas de la torre, las cuales coronan aún el prominente acantilado y presencian la guerra de las olas, afirma que en aquella noche fatal el Master de Ravenswood evocó, con sus amargas quejas desesperadas, algún espíritu del mal, bajo cuyo malvado influjo se tejieron los sucesos posteriores. Pero ¿qué espíritu infernal es capaz de sugerir decisiones más desesperadas que las nacidas bajo la presión de nuestras violentas e incontrolables pasiones?



## CAPÍTULO III

### EN EL OUE SIR WILLIAM ASHTON FRAGUA UN PLAN Y LUEGO VACILA, YÉNDOSE A PASEAR CON SU HIJA

A la mañana siguiente se apresuró el funcionario, cuya autoridad no había conseguido interrumpir los funerales de Lord Ravenswood, a comunicarle al Keeper la resistencia que había encontrado en el cumplimiento de su obligación.

El estadista se hallaba, sentado, en una espaciosa biblioteca que había sido salón de banquetes en el viejo castillo de Ravenswood, como podía deducirse claramente de la insignia heráldica que aún figuraba en el techo artesonado con madera española de castaño, y de vidrieras policromadas, a través de las cuales pasaba una luz deslumbradora que venía a caer sobre las largas estanterías abarrotadas de comentaristas legales y de historiadores monásticos. En la maciza mesa de roble podía verse un montón revuelto de cartas, solicitudes y pergaminos, que constituían un placer, y a la vez una calamidad, para Sir William Ashton. Guardaba un continente serio y hasta noble, como convenía a quien ocupaba un alto cargo en el Estado. Solamente después de haber sostenido con él una conversación prolongada e íntima, podía descubrir un extraño cierta vacilación e incertidumbre en sus decisiones, cierta falta de firmeza debida a un carácter cauto y tímido. Por darse cuenta de lo que éste influía en su mente, tenía el mayor interés —tanto por su orgullo como por táctica— en ocultarlo a los demás.

Escuchó con apariencia de gran serenidad la exagerada relación que aquel individuo le hizo del tumulto producido en el funeral, y del desprecio con que fue tratada su autoridad —y la del Estado— y a la vez la eclesiástica. Tampoco pareció conmovirse ante la fidedigna comunicación de las palabras, dirigidas abiertamente contra él, que habían sido pronunciadas por el joven Ravenswood y otros. Asimismo enteróse, por lo que sú subordinado había podido recoger, de las amenazas y los brindis insultantes proferidos después en la fiesta. Luego anotó cuidadosamente todos estos extremos, y los nombres de las personas que podrían servir de testigos en caso de una acusación basada en este violento proceder. Despidió entonces a su informador, seguro de que era ya dueño de la restante fortuna, y hasta de la libertad personal, del joven Ravenswood.

Cuando se retiró el alguacil, permaneció el lord Keeper durante unos momentos meditando profundamente. Después, levantándose, paseó por la estancia como quien va a tomar una resolución rápida y enérgica. «El joven Ravenswood, musitaba, es ahora mío, se ha puesto él mismo en mis manos, y cederá o se quebrará. No he olvidado la tozuda obstinación con la cual se opuso su padre hasta el final a mis

designios, se resistió a todo acuerdo, y me enredó en ciertos pleitos, intentando atacar mi reputación al no poder impugnar mis derechos. Este muchacho que ha dejado tras él, este Egdar, este insensato atolondrado, ha hundido su barco antes de hacerse a la mar. He de procurar que no saque ventaja de cualquier cambio de situación que pudiera ponerlo de nuevo a flote. Este atestado, dirigido al Consejo Privado, debe agravar lo ocurrido presentándolo como un motín que afecta a la dignidad de las autoridades civiles y eclesiásticas. No estaría fuera de lugar una orden para encarcelarlo en Edimburgo, en el Castillo Negro y hasta se le podría acusar de traición por sus palabras. Pero no quiero llevar las cosas a ese extremo. No, no tocaré su vida, aunque estuviera en mis manos... Por otra parte, si llega a conocer un cambio de situación, ¿qué pasará entonces? Restitución, quizás una venganza... Sé que Athole prometió su ayuda al viejo Ravenswood, y aquí está su hijo haciéndose un partido... ¡Qué instrumento más eficaz sería para los que están esperando la caída de los nuestros!».

Mientras estos pensamientos agitaban la mente del astuto estadista, y mientras estaba convenciéndose a sí mismo de que su propio interés y el de su partido exigían sacara el mayor provecho posible contra el joven Ravenswood de la situación en que éste se había colocado, el lord Keeper volvió a sentarse ante su escritorio y procedió a redactar, para conocimiento del Consejo Privado, un informe de los desórdenes ocurridos en las exequias de Lord Ravenswood. Los nombres de la mayoría de los encartados sonarían odiosamente, tanto como el hecho en sí, a los oídos de sus colegas, y lo más probable era que les indujera a imponer un castigo ejemplar al joven Ravenswood, por lo menos *in terrorem*.

Para mostrar su delicadeza, el Keeper había de escoger expresiones que, dando a entender la culpabilidad del muchacho, no transparentasen un interés por su parte en que fuera condenado, lo cual hubiera parecido muy bajo por parte de Sir William Ashton, antiguo antagonista del padre del acusado. Mientras buscaba las palabras más convenientes para sus propósitos, miró Sir William al techo y su mirada se detuvo un momento en el lema de la familia contra cuyo descendiente afilaba ahora sus flechas. Era una cabeza de toro negro con el lema: «No tengo prisa» y la ocasión en que fue adoptado se fundió de modo impresionante con sus actuales reflexiones.

Una tradición constante afirmaba que cierto Malisius de Ravenswood había sido desposeído de sus tierras y su castillo —en el siglo XIII— por un poderoso usurpador, quien pudo disfrutar por algún tiempo de sus expoliaciones sin ser molestado. Finalmente, en la víspera de un lujoso banquete, aquel Ravenswood, que había estado esperando una oportunidad, se introdujo en el castillo con una pequeña banda de leales. Los invitados esperaban con impaciencia que se les sirviera, y el dueño accidental del castillo se irritaba por la tardanza. Ravenswood, el cual se había disfrazado de camarero mayor, contestó con voz profunda: «No tengo prisa», y al

mismo tiempo fue colocada sobre la mesa una cabeza de toro, antiguo símbolo de la muerte. A una señal estalló la conspiración, y el usurpador y sus secuaces fueron asesinados. Algo había quizás en esta historia que llegó hasta la conciencia del lord Keeper, pues, apartando el papel en que comenzara su informe, y guardando cuidadosamente bajo llave las notas que había preparado, salió de la habitación, como para recoger sus pensamientos y reflexionar con más detenimiento sobre las consecuencias del paso que estaba a punto de dar, antes de que fueran inevitables.

Al cruzar un amplio vestíbulo gótico, Sir William Ashton oyó el laúd de su hija. La música nos produce, cuando no vemos a sus ejecutantes, un placer matizado de sorpresa, y nos recuerda la melodía de los pájaros ocultos en el follaje. El estadista, aunque poco acostumbrado a exteriorizar estas sencillas emociones, era padre al fin. Se detuvo a escuchar, mientras la argentina voz de Lucy Ashton se fundía con el laúd en un aire antiguo al cual había adaptado alguien una letra que enaltecía el vivir tranquilo y la despreocupación por las engañosas apariencias. Cesaron la música y el canto, y el lord Keeper entró en la habitación de su hija.

La letra que la muchacha había escogido resultaba curiosamente adaptada a su carácter. En efecto, las facciones de Lucy Ashton, de exquisita belleza, aunque añadas, reflejaban paz en su espíritu, serenidad e indiferencia hacia las vanidades de este mundo. Sus cabellos, de un oro sombreado, se dividían sobre una frente de adorable pureza, como un rayo de pálida luz solar sobre una colina de nieve. Su continente era en extremo gentil, suave, tímido y femenino, y se encogía ante la mirada más trivial de cualquier extraño, en vez de buscar su admiración. Había en ella algo de Madonna, quizás como resultado de su delicada salud y de pertenecer a una familia donde todos eran más activos y enérgicos que ella.

Sin embargo, ese retraimiento no se debía a indiferencia o insensibilidad de su espíritu. Lucy Ashton era muy accesible a lo romántico cuando podía seguir sus propias inclinaciones. Constituían su mayor placer las leyendas de exaltada devoción y amor inalterable, en las cuales surgen con tanta frecuencia extrañas aventuras y horrores sobrenaturales. En este campo fantástico solía edificar sus aéreos palacios. Pero sólo en secreto osaba dedicarse a esta ilusoria, aunque deliciosa, arquitectura. En el retiro de su estancia, o en la glorieta del bosque —escogida por ella para sí y llamada con su mismo nombre—, se complacía en distribuir galardones en los torneos, en animar con sus miradas a los valientes caballeros, en verse escoltada por el león Una, recorriendo un desierto; identificándose, a veces, con la sencilla Miranda, de corazón tan noble, en la isla del encanto y la maravilla...

Pero, en su contacto con la realidad, Lucy se avenía dócilmente a seguir el impulso de los que la rodeaban. Hacer esto o lo otro le era indiferente, y por eso aceptaba las opiniones de las personas amigas como razón suficiente para sus propias decisiones. El lector habrá observado, en alguna familia conocida, que hay algún

miembro de ella de temperamento blando y sumiso, arrastrado por la voluntad más fuerte de los demás. Y éste que se entrega sin murmurar a la dirección de los otros y les sacrifica gustoso sus propias inclinaciones, suele ser mimado por todos ellos.

Tal era el caso de Lucy Ashton. Su padre, tan sagaz y mundano, sentía por ella verdadero afecto, cuya intensidad le llevó a veces a una emoción inusitada. Su hermano mayor, que recorría el camino de la ambición con paso aun más altanero que su padre, no carecía de cordialidad. Prefería su hermana Lucy incluso a los placeres de su edad disoluta y a las satisfacciones de su carrera militar. El hermano más joven había hecho de su hermana su mejor confidente y le contaba las insignificancias que suelen preocupar a su edad; Lucy le prestaba detenida atención. Eran cosas que apasionaban a Henry, y eso le bastaba a ella para escucharlas.

En cambio, su madre no sentía hacia ella el mismo afecto. Consideraba a su hija falta de valor, y esto lo atribuía a que la sangre de Sir William —de más baja extracción— predominaba, a su juicio, en las venas de Lucy, y acostumbraba a llamarla irrisoriamente «su pastora de Lammermoor». Era imposible no querer a un ser tan adorable; pero Lady Ashton prefería a su hijo mayor, el cual había heredado buena parte de su ambición, a una hija cuya dulzura de carácter parecía ir unida a cierta debilidad mental. La madre lo quería aún más porque, contra la costumbre tradicional de las familias escocesas distinguidas, llevaba el nombre del fundador de la casa materna:

—«Mi Sholto —decía— mantendrá incólume el honor de su casa materna y elevará la su padre. La pobre Lucy no sirve para la vida social. Se casará con algún *Laird*<sup>[10]</sup> lo bastante rico para proporcionarle de todo, sin que deba hacer un esfuerzo para nada y, si derrama alguna lágrima, será sólo de tierna aprensión por si él se ha partido la cabeza yendo de caza. No fue así como se levantó nuestra casa, ni es así como va a prosperar. La dignidad de Lord Keeper es reciente; tenemos que llevarla como si estuviéramos acostumbrados a su peso. La gente se inclina ante las autoridades con una deferencia hereditaria en nuestra presencia, en cambio permanecerán erguidos, a no ser que se les obligue a inclinarse. Una hija apta para guardar rebaños o para el claustro, no sirve para exigir ese respeto que no se nos concede de buen grado. Y ya que el cielo nos negó un tercer varón, Lucy debía haber tenido un carácter capaz de llenar este hueco. Sería una felicidad se casara con alguien más enérgico que ella o teniendo mayor ambición».

Así meditaba una madre que se equivocaba al juzgar los sentimientos de su hija. En efecto, Lucy, bajo una superficie de extrema indiferencia, alimentaba los gérmenes de esas pasiones que estallan un buen día y asombran entonces por su intensidad. Si los sentimientos de Lucy parecían tan fríos era porque nada había ocurrido que los animara. Hasta entonces había fluido su vida monótonamente, y ¡cuán preferible si aquella placidez no hubiera sido como la del río que va a

precipitarse en las cataratas!

—Bueno, Lucy —dijo su padre al entrar en la estancia—, ¿de manera que tu filósofo musical te enseña a menospreciar al mundo antes de que lo conozcas? Me parece prematuro, ¿o sigues la costumbre de las muchachas hermosas, que suelen despreciar las alegrías de la vida mientras no les presenta algún gentil caballero?

Lucy se ruborizó, negó que se pudiera deducir tanto de su elección de la letra, y dejó a un lado el instrumento, al pedirle su padre que lo acompañara a dar un paseo.

Un parque, extenso y de frondosa arboleda, más bien un coto de caza, cubría la colina situada detrás del castillo. Padre e hija se internaron del brazo en esta romántica zona forestal, siguiendo una majestuosa avenida abovedada por los olmos, bajo cuyo marco veíanse grupos de corzos, diseminados en la lejanía. Iban así, despacio, disfrutando de los diferentes puntos de vista (Sir William tenía mucho gusto y sensibilidad para la belleza, a pesar de sus ocupaciones habituales), cuando los alcanzó el guardabosque. Éste, muy aficionado a la caza, iba a internarse en el bosque con su ballesta al hombro y acompañado por su chico, el cual conducía un sabueso atado con una correa.

—¿Qué, Norman, a traernos un buen ciervo? —dijo al guardabosque su amo al devolverle el saludo.

—Por mi alma que sí lo traeré, excelencia. ¿Os agradaría ver este entretenimiento?

—No, no —dijo su señoría, después de mirar a Lucy, que palideció a la idea de ver matar a un ciervo, aunque si su padre hubiera propuesto acompañar ambos a Norman, ella no hubiese hecho la menor objeción.

El guardabosque se encogió de hombros. Dijo que era «muy desalentador el poco interés de los señores por presenciar este deporte»; y que esperaba estuviera pronto de regreso el capitán Sholto, ya que Mr. Harry estaba «tan embebido en esas tonterías en latín que no va a haber manera de hacer de él un hombre, aunque el chico, la verdad, si lo dejaban, se estaría todo el santo día en el bosque». Parecía ser que en tiempos de Ravenswood, era muy diferente. Cuando iba a matar un gamo acudían todos los de la casa a presenciarlo, y una vez muerto el animal, le ofrecía el cuchillo al caballero y éste no dejaba nunca de darle una moneda de plata por esa atención. «Además, teníamos a Edgar Ravenswood —ahora le llaman el Master de Ravenswood— que es el mejor cazador de estos contornos, el mejor desde los tiempos de Tristrem, y no hay pieza que se le resista. Pero por acá hemos perdido la afición a la caza».

Gran parte de lo que dijo disgustó al Lord Keeper. Se dio cuenta de que este sirviente lo despreciaba casi abiertamente por no poseer esa afición al deporte considerada entonces inherente a una noble condición. Pero el montero mayor era, en la aristocracia rural, un cargo importante, y disfrutaba de gran libertad de expresión. Por esto se limitó Sir William a sonreír y a decir que le ocupaban cosas más

trascendentales que ir de caza; y, sacando su bolsa, dio una corona al guardabosque. El hombre la tomó como recibe un camarero de hotel elegante, de manos de un señor de aldea, el doble de lo que suelen darle; esto es, con una sonrisa de contento entremezclado con cierto desprecio hacia el donante.

—Su excelencia es mal pagador —dijo Norman— pues paga antes de gozar la diversión. ¿Qué hará si fallo el gamo, después de haberme dado esto?

El Keeper se sonrió. Cuando el montero se iba al marchar, le preguntó su amo, como por casualidad, si Edgar Ravenswood era tan valiente y tan buen tirador como decían.

—Valiente de verdad, se lo garantizo —contestó Norman—. Estaba yo en el bosque de Tynninghame, y por allí andaban cazando un grupo de caballeros y entre ellos mi señor. Por mi alma, que había allí un macho con una cornamenta de miedo, que nos hizo retroceder a todos; un ciervo que se lanzó contra el Lord, y lo hubiera matado si no se hubiera interpuesto velozmente el Master acuchillando al animal en los tendones de la corva. ¡Y tenía entonces el muchacho dieciséis años, bendita sea su alma!

—¿Y domina las armas de fuego tan bien como el cuchillo? —dijo Sir William.

Entonces Norman, sujetando entre el índice y el pulgar la moneda que le acababa de regalar el Lord Keeper, le contestó:

—A ochenta yardas haría saltar esta moneda, y ya es buena puntería, me parece a mí.

—Desde luego, es magnífico —repuso Sir William— pero te estamos entreteniendo, Norman. Buenos días, amigo.

Y el guardabosque se alejó, tarareando una cancioncilla rústica. Cuando el sonido de esta áspera voz se hubo perdido en el viento, dijo el Lord Keeper a su hija:

—¿Ha servido siempre este individuo a los Ravenswood, pues parece estimarlos tanto? Supongo que lo sabrás, Lucy, ya que te preocupas mucho de conocer la vida de todos los campesinos de las cercanías.

—No sé tanto como creéis, querido padre; pero me parece que Norman sirvió aquí siendo un muchacho antes de marchar a Ledington, donde lo tomasteis a vuestro servicio. Si queréis saber algo de aquella familia, la vieja Alice os informará mejor que nadie.

—¿Y qué tengo que ver con ellos ni con su historia?

—No sé, padre; pero como estabais preguntando a Norman sobre el joven Ravenswood...

—¿Qué tiene eso que ver, muchacha? —le replicó su padre. Sin embargo, añadió inmediatamente:

—¿Y quién es la vieja Alice? Conoces a todas las mujeres de la comarca, ¿no?

—Sí que las conozco; ¿cómo iba si no a ayudarlas cuando pasan apuros? En

cuanto a la vieja Alice, es la verdadera emperatriz de las ancianas y la reina de la charla, pues sabe todas las leyendas populares. La pobre mujer está ciega, pero cuando habla con alguien parece que le está mirando el fondo del corazón. Muchas veces me cubro el rostro, o lo vuelvo, porque me da la impresión de que me ve cambiar de color, aunque lleva veinte años ciega. Merece la pena visitarla, aunque sólo fuera para poder decir que se ha visto una anciana ciega y parálitica con tal agudeza de percepción y modales tan dignos. Os aseguro que, por su conversación y su conducta, parece una condesa. Debíamos ir a verla ahora. Estamos a una milla de su casita.

—Todo esto, querida mía —dijo el Lord Keeper—, no es contestar a mi pregunta. ¿Quién es esta mujer y qué relaciones tenía con la familia del antiguo propietario?

—Creo que era algo así como un ama. Y se quedó aquí porque sus dos nietos habían entrado a vuestro servicio. Pero ha sido contra su voluntad, me imagino, ya que la pobre vieja está echando siempre de menos el cambio de la situación y de esta propiedad.

—Pues se lo agradezco mucho. Ella y los suyos comen mi pan y beben mi vino, y se pasan el tiempo lamentándose de haber dejado de servir a una familia que nunca hizo ningún bien, ni a ellos ni a nadie.

—Me parece que sois injusto con la vieja Alice —replicó Lucy—. No tiene un espíritu interesado, moriría de hambre antes de recibir una pequeña limosna. Habla mucho, eso es todo, como ocurre a todas las personas de su edad, en cuanto se les da motivo para contar cosas de su juventud. Y, claro, tiene mucho que contar de los Ravenswood por haber estado tantos años a su servicio. Pero estoy segura os está agradecida por vuestra protección. Vamos, padre, vamos a ver a la vieja Alice.

Y con la confianza de una hija mimada, arrastró al Lord Keeper en la dirección que deseaba.

## CAPÍTULO IV

### CON LA VISITA A UNA EXTRAÑA ANCIANA

LUCY conducía a su padre, pues éste estaba siempre demasiado ocupado con sus asuntos políticos o su vida social para conocer bien sus extensas propiedades. Además, habitaba siempre en Edimburgo, y la joven, en cambio, pasaba todo el verano en Ravenswood y, en parte por afición, en parte a falta de otras distracciones, había llegado a conocer, en sus frecuentes paseos, todas las alamedas, cañadas, sendas, matorrales...

Hemos dicho que Lord Keeper no era insensible para las bellezas naturales; y, para hacerle justicia, hay que añadir que las sentía doblemente cuando se las hacía ver esta hermosa muchacha, tan sencilla, que, apoyándose en su brazo con filial cariño, le señalaba una vez el gran tamaño de un viejo roble, y otra algún paisaje grandioso, aparecido inesperadamente al doblar el recodo de un sendero.

Al detenerse en uno de esos puntos de vista que dominaban grandes planicies, dijo Lucy a su padre que estaban cerca de donde vivía la anciana ciega. Una senda gastada por los pasos diarios de la inválida, los llevó a ver ya la cabaña recogida en un barranco oscuro y profundo, como si estuviera allí para no desentonar con el tenebroso estado de su moradora.

La modesta vivienda estaba situada bajo una elevada roca, la cual se cernía sobre ella, como si fuera a dejar caer algún pedazo de sí sobre la frágil construcción. La cabaña era de piedra y hojarasca, y el basto techo de paja estaba muy deteriorado ya. Salía de él una fina columna de humo azul, que se rizaba sobre la blancura de la roca, dando a esta escena un tono de exquisita suavidad. En un pequeño y rústico jardín — rodeado por arbustos diseminados, unos saúcos que formaban un seto rudimentario— se hallaba sentada, cerca de las colmenas de cuyo producto vivía, la anciana a quien Lucy y su padre venían a visitar.

Por muy desastroso que hubiera sido su destino, por miserable que fuera su vivienda, era fácil darse cuenta a primera vista de que ni los años, ni la pobreza, ni las calamidades habían amilanado el ánimo de esta notable mujer. Ofrecía un aspecto impresionante; su figura era alta y poco encorvada por las dolencias de una edad avanzada. Vestía, dentro de la sencillez campesina, con una pulcritud nada frecuente en su clase. Pero lo que más sorprendía en ella era su continente, haciendo que casi todos le hablasen con un grado de consideración y cortesía desproporcionado a la miserable condición de su morada, pero que ella recibía con naturalidad, como algo a que era acreedora. Había sido hermosa, pero de una belleza de tipo fuerte y masculino que no suele perdurar pasada la primera juventud, aunque sus facciones seguían reflejando un carácter enérgico y reflexivo y una contenida ambición. Apenas parecía posible que su rostro ciego pudiera expresar tan intensamente un carácter.



Entraron en el jardín y Lucy se dirigió a la anciana:

—Alice, mi padre ha venido a veros.

—Bienvenido sea, Miss Ashton, y vos también —contestó la anciana, volviendo la cabeza hacia sus visitantes, e inclinándola.

—Buena mañana para vuestras abejas, madre —dijo el Lord Keeper, quien, impresionado por el aspecto de Alice, sentía ya curiosidad por ver si su conversación no contradecía ese primer efecto.

—Así lo creo, mi lord. El aire es ahora más agradable.

—Me figuro que no cuidaréis vos misma de esas abejas. ¿Cómo os arregláis? —le preguntó el estadista.

—Por delegación, como los reyes con sus súbditos. Y he tenido suerte en el primer ministro... Ven aquí, Babie.

Silbó en un pequeño silbato de plata, que pendía de su cuello —en aquel tiempo solía emplearse para usos domésticos— y Babie, una muchacha de quince años, salió de la choza, no tan aseada como lo hubiera estado de haber gozado Alice de sus ojos, pero más de lo que podía esperarse.

—Babie —le dijo su ama—, trae pan con miel al Lord Keeper y a Miss Ashton.

Babie cumplió el encargo, moviéndose de un lado para otro con actitudes de langosta. Mientras sus pies y sus piernas tendían hacia un lado, la cabeza giraba en otra dirección, para extasiarse mirando al *laird*, al que su renteros y dependencia conocían más de oídos que personalmente. A pesar de la poca gracia de la sirvienta, fue aceptado el pan con miel con toda cortesía. El Lord Keeper, todavía sentado en un tronco derribado, parecía querer prolongar la entrevista, pero no sabía exactamente en qué direcciones era conveniente orientar la conversación.

—¿Hace mucho tiempo que residís en esta propiedad? —dijo tras una pausa.

—Ahora hace cerca de sesenta años que conocí a Ravenswood —contestó la anciana, cuyas palabras, aunque respetuosas, se limitaban cautamente a la inevitable obligación de responder a Sir William.

—A juzgar por vuestro acento, no parecéis de esta región —añadió el Lord Keeper.

—No, he nacido en Inglaterra.

—Pero tenéis tanto apego a este país como si fuera el vuestro.

—Aquí he pasado —replicó la anciana— las penas y alegrías que el Cielo me destinó. Aquí fui la esposa, durante más de veinte años, de un hombre íntegro y afectuoso. Fue aquí donde nacieron mis seis hijos, que tanto prometían. Aquí también me privó Dios de ellos. Murieron aquí y están enterrados allá lejos, en aquella capilla en ruinas. No tuve más país que el de ellos mientras vivieron. Ahora que ya no existen, no tengo más país que el suyo.

—Esta casa se halla en estado ruinoso —observó el Lord Keeper.

—Padre —dijo Lucy, con vehemencia y timidez a un tiempo—, ordenad que la reparen... esto es... si os parece conveniente.

—Durará lo que me resta de vida, mi querida Miss Lucy —repuso la ciega—. No querría que mi Lord se molestara en esto...

—Pero —dijo Lucy— en tiempos vivíais en un sitio mucho mejor y erais rica. ¡Y ahora, en vuestra vejez, venir a parar a esta choza!

—No merezco más, Miss Lucy. Si mi corazón no se ha roto con lo que he sufrido y visto sufrir a otros, es porque soy muy resistente; y no tengo derecho a considerarme débil ni aun hoy.

—Habréis presenciado muchos cambios —dijo el Lord Keeper—, pero vuestra experiencia debe haberos enseñado a esperarlo.

—Me ha enseñado a soportarlo, mi lord —fue la respuesta.

—¿Pero no teníais la seguridad de que habían de llegar con el transcurso de los años? —insistió el estadista.

—Sí, la misma certeza tuve de que un cierto árbol poderoso —del que procede ese tronco sobre el cual, o cerca del cual estáis sentado— había de caer necesariamente por consunción o por obra del hacha; y, sin embargo, ansiaba no conocer en mis días la caída del árbol que cubrió mi morada de tantos años.

—No creáis —dijo el Lord Keeper— que os llevo a mal el añorar los tiempos en los cuales otra familia poseía mis tierras. Tenéis razón amándolos, y respeto vuestra gratitud. Ordenaré que reparen vuestra casita y confío en que seremos amigos cuando nos conozcamos mejor.

—La gente de mi edad —replicó Alice— no renueva sus amistades. Os agradezco vuestra bondad. Sin duda es bien intencionada, pero tengo cuanto necesito, y no puedo aceptar más de manos de su señoría.

—Bueno, entonces, dejadme decir por lo menos que os considero una mujer de entendimiento y educación superiores a vuestra apariencia, y que espero continuéis residiendo en esta propiedad mía, sin pagar renta alguna, durante toda vuestra vida.

—Espero que sí —dijo la anciana tranquilamente—. Me parece que esta era una de las condiciones de la venta de Ravenswood a su señoría, aunque es cosa muy natural que un detalle de tan poca importancia se os haya olvidado.

—Sí... recuerdo... Sí, sí —dijo su señoría con alguna confusión—. Me doy cuenta de que estáis demasiado ligada por el afecto a vuestros antiguos amigos para aceptar ningún beneficio de su sucesor.

—Nada de eso, mi lord. Agradezco los favores a que renuncio y querría poderos pagar, por ofrecérmelos, con algo mejor que esto que voy a deciros.

El Lord Keeper la miró sorprendido, pero no dijo ni una palabra.

—Mi lord —continuó la ciega, en un tono solemne e impresionante—, tened cuidado con lo que hacéis. Estáis al borde de un precipicio.

—¿De verdad? —dijo el Lord Keeper, pensando en las circunstancias políticas del país—. ¿Habéis sabido algo... alguna conspiración?

—No, no, mi lord; los que se ocupan de esas cosas no comunican sus planes a las viejas ciegas e inválidas. Mi advertencia es de otra clase. Habéis llevado muy duramente vuestros asuntos con la casa Ravenswood. Creedme, es una familia muy decidida, y es peligroso tratar con los que se han visto obligados a solicitar la ayuda de la desesperación.

—¡Cómo! —exclamó el Keeper—. Todos nuestros asuntos se desarrollaron bajo la ley, y a la ley han de recurrir, si quieren impugnar mi actuación.

—Sí, pero quizás piensen de otra manera, y se tomen la justicia por su mano, si les fallan los demás medios para rehacerse.

—¿Qué queréis decir? —dijo el Lord Keeper—. ¿Recurriría el joven Ravenswood a la violencia?

—¡Dios me libre de afirmarlo! Todo lo que conozco del muchacho es honorable y franco. Más aún: generoso, independiente y noble. Pero, con todo eso, es un Ravenswood y sabe esperar la ocasión. Recordad el destino de Sir George Lockhart<sup>[11]</sup>.

El Lord Keeper se sobresaltó al recordar una tragedia tan honda y tan reciente. La anciana prosiguió:

—El autor de aquello, Chiesley, era pariente de Lord Ravenswood. En el *hall* de Ravenswood confesó públicamente, en presencia mía y de otros, que había decidido realizar esa acción tan horrible. No pude guardar silencio, aunque no estaba bien que yo hablase; «Estáis tramando un crimen atroz —le dije— del que habréis de dar cuenta ante los jueces». Nunca olvidaré su mirada al responderme: «Debo dar cuenta de tantas cosas, que esta será una más». Por eso puedo decir: Cuidado con acorralar a un desesperado con vuestra autoridad. En las venas de los Ravenswood hay sangre de Chiesley, y una sola gota de ella sería suficiente para hacerlo saltar, en las condiciones en que se halla. Lo repito, cuidado con él.

La anciana, con intención o sin ella, había agudizado los temores del Lord Keeper. El recurso del asesinato, tan corriente entre los barones escoceses en tiempos pasados, era todavía frecuente en aquella época. Sir William Ashton sabía esto, así como que el joven Ravenswood había recibido las suficientes ofensas para sentirse impulsado a esta clase de venganza, consecuencia frecuente y temible de una administración de justicia parcial. Se esforzó por ocultarle a Alice la índole de los temores que le asaltaban; pero con tan poca ineficacia, que aun una persona menos aguda que la ciega se hubiera dado cuenta de cuánto le afectaba aquel tema. Su voz había cambiado de tono al contestar que el Master de Ravenswood era un hombre de honor y que, aparte de ello, bastaría la suerte padecida por Chiesley para retener a quien osaba convertirse en vengador de supuestos agravios. Y, después de decir esto

apresuradamente, se levantó y salió sin esperar la respuesta.

# CAPÍTULO V

## UN HÉROE GLACIAL

EL Lord Keeper recorrió un cuarto de milla en profundo silencio. Su hija, tímida por naturaleza, y educada en las ideas de respetuoso temor filial inculcadas en la juventud de aquel tiempo, no se atrevió a interrumpir las meditaciones de su padre. Éste se dirigió a ella, deteniéndose de pronto:

—¿Por qué estás tan pálida, Lucy?

Según las ideas de la época —que no consentían a una muchacha mostrar sus sentimientos sobre ninguna cuestión de importancia, a no ser que se le preguntase sobre ellas—, Lucy tenía que parecer no haberse dado cuenta del verdadero sentido de lo tratado entre su padre y Alice. Así, atribuyó su emoción al miedo que le habían causado las reses salvajes que pacían en la explanada por donde atravesaban entonces.

Se había hecho cuestión de interés nacional el conservar en los parques de la nobleza escocesa algunos ejemplares descendientes de las manadas salvajes que antes recorrían en libertad los bosques caledonios. Se tenían varios, por lo menos en tres casas distinguidas: Hamilton, Drumlanrick y Cumbernauld. Habían degenerado en tamaño y fuerza, si hemos de dar crédito a las antiguas crónicas, y a los formidables restos descubiertos en ciertos pantanos, al ser éstos desecados. El toro había perdido el realce de sus crines, y su raza era ya pequeña y menos potente, de un color sucio, o más bien amarillo pálido, con pezuñas y cuernos negros. Sin embargo, conservaban hasta cierto punto la ferocidad de sus antepasados; no se les podía domesticar y eran peligrosos si se acercaba uno a ellos descuidadamente, o si se tenía el capricho de molestarlos. Si no me equivoco, aun existen algunos en el castillo de Chillingham (Northumberland), residencia del conde de Tankerville.

Al verse cerca de un grupo de tres o cuatro de estos animales, se le ocurrió a Lucy atribuir a ello los indicios de temor que se debían a tan distinta causa. En sus frecuentes excursiones se había familiarizado de sobra con la proximidad del ganado salvaje, y entonces no era necesario, como ahora, que una señorita tuviera que fingir miedos infundados para parecer bien. En aquella ocasión, sin embargo, pronto hubo motivo para un pánico auténtico.

Apenas había contestado Lucy a su padre y éste iba a decirle no fuera tan miedosa, cuando un toro, excitado por el color escarlata del manto que llevaba Miss Ashton, u obedeciendo quizás a uno de esos arranques feroces característicos de estos animales, separóse súbitamente del grupo que pacía en el extremo superior de una cañada herbosa. El animal se acercó a los intrusos; primero lentamente, arañando el suelo con una pezuña, mugiendo de vez en cuando, y picando la tierra con los cuernos, como para estimular su rabia y su violencia.

El Lord Keeper, al observar la actitud del animal, comprendió el peligro que se cernía sobre ellos y, tomando del brazo a su hija, aceleró al paso, internándose en la alameda. Era lo peor que pudo haber hecho. El toro, irritado por esta huida, se lanzó tras ellos a toda velocidad. Ante un peligro tan inminente, otros más valientes que el Keeper se hubieran dado por vencidos. Pero a él lo animaba el cariño hacia su hija. Siguió sosteniéndola y tirando de ella, pero la joven se desplomó, aterrorizada, a su lado. Rápidamente se colocó entre Lucy y el animal, ahora ya casi encima de ellos. El Lord Keeper no llevaba armas; su edad y condición le dispensaban hasta de la habitual «espada de paseo» que de nada le hubiera servido.

Parecía inevitable que el padre o la hija, o ambos hubieran sido víctimas de la bestia, cuando partió un disparo de un matorral cercano y el animal, dando un espantoso mugido y después de unos cuantos traspiés hacia adelante por el impulso adquirido, rodó por tierra, a unas tres yardas de donde se hallaba, estupefacto, el Lord Keeper. Se agitó con terribles convulsiones oscurecidos sus miembros por una baba negra. Había sido alcanzado con tal maestría en la juntura del cráneo y el espinazo que la herida produjo un efecto instantáneo.

Lucy yacía sin sentido, ajena a la maravillosa liberación de que había sido objeto. Su padre se hallaba en un estado muy semejante, tan rápido e inesperado había sido el paso de una muerte horrible en perspectiva a una rápida seguridad. Contempló al animal —terrible incluso muerto— con asombro mudo y perplejo, no entendiendo lo ocurrido. Tan desorientado estaba, que podía haber creído que un rayo había aniquilado al animal, si no hubiera visto aparecer la figura de un hombre entre las ramas del matorral, con un mosquetón en la mano.

Esto lo volvió a la realidad. Una mirada a su hija le recordó la urgencia de buscarle asistencia. Llamó al hombre, al cual supuso uno de sus guardas forestales, para que atendiese a Miss Ashton, mientras él iba a pedir ayuda. El cazador se acercó, y el Lord Keeper vio que era un forastero, pero no estaba su ánimo para fijarse en más. En unas cuantas palabras, precipitadamente, mandó a aquel individuo que —como más fuerte y rápido que él— condujese el cuerpo de la joven a una fuente próxima, mientras él volvía a la cabaña de Alice a procurarse más ayuda.

El hombre a cuya oportuna intervención debían tanto el padre y la hija, no parecía dispuesto a dejar inacabada su buena obra. Levantó a Lucy del suelo, tomándola en brazos y la llevó a través de los claros del bosque, por senderos que parecía conocer bien, no deteniéndose hasta que la depositó junto a una caudalosa y traslúcida fuente, la cual estuvo en tiempos recubierta y decorada con adornos arquitectónicos de estilo gótico. Pero ahora estaba derruida la bóveda que la cubría; y la fuente gótica, hecha pedazos. El chorro saltaba al aire libre desde un repliegue de la tierra, y se abría paso entre los restos de esculturas y piedras cubiertas de musgo. La tradición, que siempre —por lo menos en Escocia— se ocupa de agraciarse con una leyenda a todo lugar

interesante por sí mismo, había rodeado a esta fuente de un singular prestigio. Una hermosa joven encontró a uno de los Lores de Ravenswood mientras cazaba cerca de este lugar y, como una segunda Egeria, cautivó la voluntad del feudal Numa. Se vieron luego con frecuencia, siempre a la puesta del sol, completando los encantos espirituales de la ninfa la conquista que iniciara su belleza, y el misterio de la intriga añadió sabor a ambos alicientes. Siempre aparecía ella y desaparecía cerca de la fuente, con la cual —pensaba su amante— debía de tener alguna inexplicable relación. Puso ciertas restricciones a las entrevistas, lo que hizo aumentar el misterio de éstas. Se reunían una vez a la semana —el viernes era el día fijado— y ella advirtió al Lord Ravenswood que habían de separarse necesariamente cuando la campana de una ermita cercana —derruida hace ya mucho— tocase a vísperas. El barón de Ravenswood comunicó al padre Zachary —en el transcurso de la confesión— el secreto de tan singular amor, y el ermitaño dedujo que el barón se hallaba envuelto en las redes de Satanás, y que su cuerpo y su alma se encontraban en gran peligro. Puso de relieve ante el Lord, con toda la fuerza de la retórica monacal, la terrible condenación que lo amenazaba, describiéndole, con los colores más sombríos, la verdadera personalidad de la náyade, tan adorable en apariencia, y no dudaba en presentarla como un miembro del reino de las tinieblas. El amante escuchaba con obstinada incredulidad; y por fin, vencido por el tesón del anacoreta, consintió en someter a una prueba la condición de su amada. Para ello, aceptó la proposición del Padre Zachary de que la campana tocase a vísperas media hora más tarde que de costumbre la próxima vez que los dos enamorados se reunieran. El ermitaño sostenía —fundándose en citas del *Malleus Malificarum*, *Sprengerus*, *Remigius* y otros demonólogos notables— que el Maligno, atraído así a permanecer junto a la fuente más allá de la hora establecida, tomaría su verdadera forma, y tras aparecer a su aterrorizado amante como un engendro del infierno, se desvanecería ante él entre fogonazos de azufrados resplandores. Raymond Ravenswood accedió al experimento confiando en que las esperanzas del ermitaño resultarían fallidas.

A la hora convenida se encontraron los amantes, y su entrevista se prolongó más que de costumbre por el retraso del Padre Zachary en su habitual toque de queda. Las formas de la ninfa no sufrieron cambio alguno: separóse de los brazos de su amante con un agudo grito desesperado, se despidió de él para siempre y, sumergiéndose en la fuente desapareció. Las burbujas originadas por la sumersión de su cuerpo llegaban a la superficie enrojadas de sangre, haciendo esto creer al enloquecido barón que su curiosidad, mal interpretada, había ocasionado la muerte del misterioso ser. Todo el resto de su vida, que perdió en la batalla de Flodden pocos meses después, estuvo atormentado por el remordimiento y por el recuerdo de los encantos de aquella adorable maravilla. Pero, antes de marchar a la guerra, había mandado adornar la fuente —en memoria de la náyade— ya que ésta debía estar aún en sus aguas,

protegiéndolas por ello de toda profanación, de toda mancha, mediante la pequeña construcción abovedada de la cual aun quedaban fragmentos esparcidos alrededor. Se cree que en esta época comenzó la decadencia de los Ravenswood.

Tal era la leyenda que se admitía corrientemente, y algunos, los más sensatos, la suponían una deformación del destino de una hermosa joven de clase humilde, amante de este Ravenswood, que la mató en un arranque de celos, tiñendo su sangre las aguas de «la fuente cerrada», como se la solía llamar. Otros imaginaban que la leyenda tenía un origen más remoto en la antigua mitología pagana. En lo que todos se hallaban de acuerdo era en ser el sitio fatal para la familia Ravenswood; y en que beber de las aguas del manantial, o simplemente acercarse a sus bordes, resultaba siniestro para cualquier descendiente de aquella casa, como lo era para un Grahame llevar el color verde; para un Bruce matar una araña o para un St. Clair atravesar el Ord un lunes.

En este fatídico lugar fue donde volvió en sí Lucy después de su prolongado y casi mortal desvanecimiento. Hermosa y pálida como la fabulosa náyade en la angustia de la separación, sentóse con la espalda apoyada sobre un trozo de la ruinosa pared, mientras su manto, empapado con el agua que su salvador había empleado en abundancia para hacerla volver en sí, se ceñía a sus formas finas y bellamente proporcionadas.

El primer momento de claridad mental le trajo la visión del peligro que venciera a sus sentidos. El segundo le hizo recordar a su padre. Miró a su alrededor.

—¡Mi padre! ¡Mi padre! —fue cuanto pudo expresar.

—A Sir William no le ocurrió nada —contestó la voz del forastero—, absolutamente nada, y estará con vos en seguida.

—¿Estáis seguro? —exclamó Lucy—. El toro estaba junto a nosotros... No me lo impidáis... ¡tengo que buscar a mi padre!

Y quiso salir corriendo, pero conservaba tan pocas fuerzas que se hubiera caído sobre las piedras, y quizás se hubiera herido gravemente con ellas. El forastero estaba tan próximo a ella que, si no quería dejarla caer no podía evitar el abrazarla. Lo cual hubo de hacer como a disgusto, cosa extraña en un joven que se ve en un trance semejante. Parecía como si el peso de Lucy, tan ligero como era, resultase demasiado pesado para su atlético acompañante; pues, sin sentir la tentación de retenerla en sus brazos ni un instante, la volvió a dejar sentada en el mismo sitio y, retirándose unos cuantos pasos, dijo apresuradamente: «Sir William Ashton está perfectamente, y estará aquí en seguida. No os preocupéis por él. El destino lo ha protegido de un modo notable. Vos, señora, estáis muy cansada y no debéis pensar en levantaros hasta que os llegue una ayuda más apropiada que la mía».

Lucy, que ahora se daba ya cuenta de todo, miraba al forastero atentamente. Nada había en su aspecto que lo hiciera parecer capaz de negarse a ofrecer su brazo a una



señorita que necesitase apoyarse en él, y nada que pudiera inducirla a rechazar su ayuda; y no pudo evitar, incluso en aquel momento, el pensar que había estado frío y como forzado. El traje de caza, de color oscuro, daba a entender la situación social del que lo vestía aunque estaba cubierto en parte por una capa amplia y suelta marrón oscuro. Una gorra de montero y una pluma negra caían sobre la frente y ocultaban en parte sus facciones, las cuales, en lo que podían verse, eran morenas, correctas y llenas de una expresión majestuosa, aunque algo sombría. Alguna pena secreta —o un espíritu atormentado por una pasión concentrada— había amortiguado la ligera e ingenua vivacidad juvenil en una persona singularmente dotada para disfrutar de ella, y no podía dejarse de sentir, contemplando al forastero, una íntima impresión de piedad o de temor respetuoso y también de curiosidad.

Esta impresión que hemos tardado tanto en describir, la recibió Lucy en un instante, y al encontrarse sus ojos con los del cazador, negros y penetrantes, bajó la mirada al suelo con una mezcla de tímida confusión y temor. Pero había que decir algo, o por lo menos así lo pensó ella, y en un tono turbado comenzó a hablar del maravilloso salvamento, y estaba segura de que era él quien los había librado a su padre y a ella —con la ayuda del Cielo— de una muerte inmediata.

Parecía como si a él le hicieran daño estas expresiones de gratitud, y respondió secamente: «Os dejo, señora» —con un tono severo que hacía más intensa, pero no más áspera la profundidad de su voz—. «Os dejo bajo la protección de aquellos para quienes es posible hayáis sido hoy un ángel de la guarda».

Sorprendió a Lucy lo ambiguo de estas palabras. Pensó que quizás hubiera ofendido en algo a su salvador.

—Creo que no he sabido expresar bien mi gratitud... Estoy segura; ha sido eso... aunque... no puedo recordar exactamente lo que he dicho... Pero ¿no os quedaréis hasta que venga mi padre... hasta que llegue el Lord Keeper? ¿Por qué no esperáis hasta que él pueda agradeceros personalmente... y enterarse de vuestro nombre?

—Mi nombre no es necesario ahora. Vuestro padre, diré mejor Sir William Ashton, lo conocerá bastante pronto, y no va a causarle ningún placer.

—No digáis eso —replicó Lucy con seriedad—; no olvidará lo que habéis hecho por nosotros. No conocéis a mi padre, o me estáis engañando diciéndome que no le ocurrió nada y quizás a estas horas...

Al apoderarse nuevamente de ella esta idea, volvió a tratar de lanzarse hacia la avenida; pero el forastero, aunque pareció vacilar entre el deseo de impedirselo y el de abandonarla, se sintió impulsado, por sentido humanitario, a cortarle el paso.

—Palabra de caballero, señora: os estoy diciendo la verdad... vuestro padre está sano y salvo. Os expondréis de nuevo a un peligro, si os aventuráis por entre el ganado.

Y, viendo que ella no cejaba, aferrada a la idea de que su padre estaba herido,

hubo de decirle, a pesar suyo:

—Si habéis de ir, si no hay otro remedio, aceptad mi brazo, aunque no soy yo quizás la persona más indicada para ofrecer os ayuda.

Lucy le tomó la palabra, sin reparar que quería decir con esa alusión.

—¡Oh, si sois un hombre, si sois un caballero, ayudadme a encontrar a mi padre! No me dejéis... debéis venir conmigo...; quizás se está muriendo mientras estamos aquí hablando.

Entonces, cogiendo con todas sus fuerzas al forastero por el brazo, estaba materialmente tirando de él, cuando apareció Sir William Ashton, seguido por la criada de la ciega Alice y por dos leñadores. La alegría de ver a su hija repuesta pudo más que la sorpresa con que la hubiera contemplado en otra ocasión cogida con tal familiaridad del brazo de un extraño, como podía haberlo hecho con él mismo.

—¡Lucy, mi querida Lucy! ¿Estás bien? —fueron las únicas palabras que pronunció al abrazarla extrañado.

—¡Estoy bien, señor, gracias a Dios! Y más ahora que os veo indemne...; pero este caballero... —dijo la muchacha, soltándose de su brazo y retirándose de él—, ¿qué estará pensando de mí? —y su elocuente sangre afluyéndole al rostro, dijo bien claro la vergüenza que sentía por la libertad que se había tomado con el joven obligándole a acompañarla.

—Espero que este caballero —dijo Sir William Ashton— no lamentará la molestia que le hemos causado, si le prometo ahora la gratitud del Lord Keeper por el mayor servicio que un hombre prestó jamás a otro... por la vida de mi niña... por mi propia vida, que ha salvado con bravura y presencia de ánimo. Comprenderá que queramos saber...

—No quiera saber nada de mí, mi lord —dijo el forastero en un tono duro y perentorio—. Soy el Master de Ravenswood.

Se hizo un mortal silencio en el cual el asombro se mezclaba con otros sentimientos más desagradables. El Master se envolvió en su capa, saludó a Lucy con una altanera inclinación, murmurando algunas palabras de cortesía, de las que no se entendió nada por haber sido pronunciadas a la viva fuerza, y se perdió rápidamente entre los matorrales.

—¡El Master de Ravenswood! —exclamó el Lord Keeper, repuesto ya de su sorpresa—. ¡Corred tras él! ¡Paradlo! ¡Pedidle que vuelva a hablarme por un momento!

Y los leñadores, cumpliendo estas órdenes, salieron a dar alcance al Master. En seguida reaparecieron, y explicaron, torpe y turbadamente, que el caballero no quiso volver. El Lord Keeper habló aparte con uno de los leñadores y le pidió más detalles.

—Sólo dijo que no quería volver —contestó el hombre, con la cautela de un prudente escocés a quien no hacía gracia ser el portador de la noticia desagradable.

—Dijo algo más, e insisto en saberlo.

—Entonces, mi lord —y el leñador bajó la vista—. Pero a su señoría no le va a gustar oírlo...; aunque la verdad... a mi modo de ver, el Master no lo dijo con mala intención.

—Eso no te interesa; quiero oír sus mismas palabras.

—Bueno, pues entonces... Dijo: «Decidle a Sir William Ashton que la próxima vez que volvamos a encontrarnos, no se va a alegrar de nuestro encuentro ni la mitad que de nuestra separación de ahora».

—Muy bien. Creo que se refirió con eso a una apuesta que hicimos sobre nuestros halcones. No tiene importancia.

Sir William se acercó a su hija, capaz ya de volver andando a su casa. Pero el efecto causado en un cerebro tan impresionable por las diversas emociones ligadas a una escena tan terrible, había de perdurar en la joven.

Tanto durmiendo como en los ensueños diurnos, la asaltaban visiones terroríficas, que le ponían de nuevo ante los ojos de la imaginación el furioso animal, y le hacían oír aquel mugido espantoso... Y la imagen del Master de Ravenswood volvía siempre a interponerse, con su innata nobleza de continente, entre ella y la inminencia de la muerte. Quizás sea peligroso para una persona joven dejar que el recuerdo se detenga repetidas veces en un mismo individuo del otro sexo, pero en el caso de Lucy era casi inevitable. Nunca había conocido a un muchacho de semblante tan romántico y de facciones tan agradables como el joven Ravenswood. Pero aunque hubiera conocido un centenar iguales o superiores a él, ningún otro podría haber quedado grabado en su corazón por tales emociones y sentimientos; peligro y salvación, gratitud, admiración, curiosidad... Esta última era natural a consecuencia de la actitud forzada del Master, en contraste con su caballerosidad. Ella sabía poco de Ravenswood y del antagonismo entre su padre y el joven; pero comprendía que un carácter altivo había de rechazar la gratitud de los actuales dueños de sus antiguas propiedades.

Lucy Ashton se había internado en esos laberintos imaginativos que resultan peligrosísimos para los jóvenes sensibles. Ciertamente, el tiempo, la ausencia, el cambio de escenario y de rostros, podrían haber destruido su ilusión, como ha ocurrido en tantos casos, pero ella vivía muy sola y su espíritu carecía de esos medios para alejar sus agradables visiones. Esta soledad se debía principalmente a la ausencia de Lady Ashton, quien se hallaba entonces en Edimburgo, interesada en alguna intriga política; y el Lord Keeper sólo recibía visitas para sus asuntos, siendo por naturaleza más bien reservado e insociable. Por ello, no había rival para oscurecer el cuadro que Lucy se había pintado a sí misma con un retrato entusiasta de Ravenswood.

Mientras Lucy se complacía con estos ensueños, visitaba con frecuencia a la anciana ciega, esperando le sería fácil hacer hablar a Alice sobre el tema al cual

concedía ella ahora, imprudentemente, una parte tan amplia de sus pensamientos. Pero Alice no se mostró dispuesta a satisfacer sus deseos. Hablaba gustosa, y con cariño, de aquella familia en general, pero guardaba un cauto silencio en lo referente al representante actual de los Ravenswood. Lo poco que dijo de él no fue tan favorable como Lucy había previsto. Dio a entender que era de un carácter duro e implacable, poco dispuesto a perdonar ofensas. Y Lucy relacionó, alarmada, las consecuencias que se deducían de esta peligrosa condición con la advertencia de Alice a su padre, en que la vieja insistió tanto, «¡Cuidado con Ravenswood!».

Pero ese mismo Ravenswood, al cual se suponía capaz de llegar a tales extremos, había salvado la vida de ella y la de Sir William, poco después de haberse hablado así de él en casa de Alice. Sólo tenía que *no* haber hecho nada y sin mover un dedo, se hubiera librado de su mayor enemigo. Por eso pensaba Lucy que a la anciana la movía algún secreto prejuicio o la desconfianza propia de su edad y sus desgracias. El carácter que la ciega atribuía al Master no armonizaba con la conducta generosa y las nobles facciones de éste. Sobre esta creencia descansaba la esperanza de Lucy, la cual siguió tejiendo su encantador encaje de ilusiones.

Su padre, mientras tanto, así como el Master de Ravenswood, también reflexionaban por su parte, pero con más fundamento, sobre los acontecimientos que habían tenido lugar. Lo primero que hizo el Lord Keeper, cuando volvió a su casa, fue comprobar por consulta médica el buen estado físico de su hija. Satisfecho sobre este punto, se puso a revisar las notas tomadas por su puño y letra cuando lo visitó el alguacil que intervino en los funerales de Lord Ravenswood. Avezado en la casuística y muy habituado a practicar la técnica de dos filos usada ante los tribunales, le costó poco trabajo suavizar las características del tumulto al cual quiso dar tanta importancia en un principio. Expuso a sus colegas del Consejo Privado la necesidad de emplear medidas conciliadoras con los jóvenes cuya sangre y temperamento eran exaltados y limitada su experiencia de la vida. No dudó en atribuir alguna culpa a la conducta del alguacil, la cual calificó de «innecesariamente provocadora».

Esto contenían los comunicados de carácter oficial. Las cartas que escribió a aquellos de sus amigos a cuyas manos era muy probable fuera a parar el asunto, estaban concebidas en términos aun más favorables. Insinuaba que la blandura sería en este caso política y popular a un tiempo; en cambio, la severidad contra el Master de Ravenswood por haber protegido las exequias de su padre —teniendo en cuenta el gran respeto que se tenía en Escocia por los ritos funerarios— sería muy mal interpretada por todos, y, finalmente, con expresiones generosas, dijo tener un especial interés en que no se concediera importancia a este punto. Aludió con delicadeza a la situación en que se hallaba él respecto a los Ravenswood y cómo le agradaría compensar de algún modo las desventajas que había ocasionado a aquella noble casa, aun cuando hubiera sido en la justa reivindicación de sus derechos. Era

muy notable que, contra su costumbre, no informase a Lady Ashton sobre este asunto; y, aunque le mencionó el susto que sufrió Lucy con el ganado salvaje, no le dio una relación tan terrible e interesante.

Las cartas de Sir William Ashton produjeron un gran revuelo entre sus amigos políticos y colegas. Al comparar unos con otros estos escritos, sonrió uno, otro levantó las cejas, un tercero quedóse estupefacto y un cuarto preguntó si eran *todas* las cartas que el Lord Keeper había enviado. «Tengo la idea, mis lores, de que ninguno de esos mensajes contiene la verdad del caso».

Pero lo cierto era que no había otras cartas de tono contradictorio, como esperaban estos señores.

—Bueno —dijo un viejo estadista que había conseguido mantenerse en su puesto directivo, a través de todos los vaivenes de la política, durante los treinta últimos años—. Creí que Sir William estaba de acuerdo con el antiguo proverbio escocés: «La piel del cordero llega al mercado a la vez que la del viejo carnero».

—Debemos satisfacerle en lo que desea —dijo otro— aunque sea algo tan inesperado y que nunca hubiéramos podido suponer.

—Un hombre voluntarioso debe lograr sus designios —añadió el viejo consejero.

—El Keeper lamentará esto antes de un año y un día —dijo un tercero—. El Master de Ravenswood puede darle mucho que hacer.

—¿Y qué ibais a hacer con el muchacho, mis lores? —dijo un noble marqués que se hallaba presente—. El Lord Keeper se ha quedado con todos sus bienes.

A lo que replicó el anciano Lord Turntippet:

—*Luitur cum persona, qui luere non potest cum crumera*<sup>[12]</sup>. ¿Eh, mis lores? Eso es hablar en buen latín jurídico.

—No veo qué motivo podría tener ningún lord caballeroso para darle a este asunto mayor importancia —dijo el marqués—. Que el Lord Keeper resuelva esto como quiera.

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo el presidente—. Que se remita al Lord Keeper... Bueno, pero que intervenga otra persona para guardar las formas. Por ejemplo, Lord Hirplehooly, que no se puede mover de la cama... Cuestión de completar los votos... Señor escribano, registrad esto en las actas. Y ahora, mis lores, tenemos de ocuparnos de la multa a ese cabeza loca, el *Laird* de Bucklaw. Supongo que esa corresponde a mi Lord Tesorero...

Lord Turntippet exclamó indignado:

—Yo había preparado ya este asunto para poder permitirme un bocadillo extraordinario entre comidas; ¡y siempre tenéis que fastidiarme!

—Usando una de vuestras expresiones favoritas, mi lord —replicó el marqués—, sois como el perro del molinero, que se relame antes de que abran el saco... Ese hombre no ha sido multado todavía...

—Pero esto no cuesta más que dos plumazos —dijo Lord Turntippet—. Y supongo que no había ningún noble Lord capaz de negarme a mí —que he cedido a todo lo imaginable, que he abjurado de cuanto hay que abjurar y jurado todo lo jurable durante los treinta últimos años— el derecho a tener algo de vez en cuando para apagar la sed después de un trabajo tan agotador.

—Lo último que podía ocurrírseos, mi lord —repuso el marqués— es que la sed de vuestra señoría pudiera apagarse con algo.

Y con esto dejamos caer el telón sobre el Consejo Privado en aquella época.

## CAPÍTULO VI

### EN EL CUAL ESPERAMOS AL MASTER EN UNA TABERNA, Y CONOCEMOS MIENTRAS A DOS TIPOS INDESEABLES

EN la misma tarde del día en que fueron salvados el Lord Keeper y su hija de tan inminente peligro, se hallaban dos forasteros sentados en la habitación más reservada de una pequeña posada —más bien taberna— llamada *La Madriguera del Zorro*, situada a unas tres o cuatro millas del castillo de Ravenswood, y a la misma distancia de la ruinoso torre del Despeñadero del Lobo<sup>[13]</sup>.

Uno de estos desconocidos aparentaba unos cuarenta años; era alto, afilado, de nariz aquilina, penetrantes ojos negros, y de aspecto siniestro. El otro podía tener quince años menos; rechoncho, de facciones bastas, pelirrojo, con la mirada franca, decidida y jovial, a la cual un fondo de audacia y desenfado daba un brillo expresivo que podía sorprender en unos ojos grises como aquéllos. Sobre la mesa había una jarra de vino y cada uno tenía una copa ante él. Pero el ambiente no parecía muy festivo. Los dos hombres se miraban en silencio, con los brazos cruzados, y la actitud de estar esperando a alguien con ansiedad, cada uno ensimismado en sus pensamientos.

Por fin el más joven rompió el silencio, exclamando:

—¿Qué diablo puede hacer tardar tanto al Master? Debe de haber fracasado. ¿Por qué me disuadiste de acompañarlo?

—Cada uno se basta para deshacer su propio agravio —dijo el personaje de más edad—. Ya aventuramos nuestras vidas viniendo tan lejos para esto.

—Después de todo, eres un cobarde, Craigengelt —replicó el otro—. Eso es lo que piensa ya de ti mucha gente...

—Pero lo que nadie se ha atrevido a decirme —dijo Craigengelt, echando mano al puño de la espada—; y si no fuera porque te creo un atolondrado, te... —y se interrumpió en su movimiento para ver si su compañero decía algo.

—¿Qué, vamos a ver? ¿Y por qué no te atreves...?

Craigengelt comenzó a desenvainar el arma y volvió a envainarla con violencia.

—Porque está en juego un asunto más importante que la vida de veinte locos como tú.

—Llevas razón, porque si no hubiera de andar huido con tanto castigo detrás de mí, y esa multa que me quiere colgar el viejo chocho de Turntippet —a estas horas ya me la habrá impuesto— sería un mequetrefe fiándome de tus promesas de lograme un nombramiento en la Brigada irlandesa. ¿Qué tengo yo que ver con la Brigada irlandesa? Soy un escocés de pura cepa, como lo fue mi padre; y mi tía Lady

Girnington no va a vivir eternamente.

—¡Ay, Bucklaw! —observó Craigengelt— puede durar mucho todavía; y, en cuanto a tu padre, tenía medios de vida, no trató a los prestamistas, pagó a cada cual lo suyo y se amoldó a sus recursos.

—Y, ¿quién tiene la culpa de que yo no haya sido igual?, ¿quién, sino él diablo, y tú, y muchos como tú, que me llevaron a este extremo? Y ahora me las tendré que arreglar a tu manera, viviendo una semana del producto de una inteligencia con Saint Germain, otra del informe sobre un levantamiento en los Highlands, sacar el desayuno y la bebida de la bolsa de las viejas jacobitas y dándoles mechones de mi cabello como si fueran del Caballero<sup>[14]</sup>... ¡Todo esto por comer, y además, llamarme capitán sin serlo!

—¿Y a mí, dónde me dejas? —dijo Craigengelt.

—¿Qué es morir de hambre o en la horca, al lado de la vida que llevo, sirviendo a un rey que no puede apoyar a sus enviados?

—Es más honrado morir de hambre, Craigengelt, y la horca puede ser un buen final. Pero lo que ignoro es qué pretendes sacar de este pobre Ravenswood. Tiene ya tan poco dinero como yo, sus tierras están hipotecadas, los intereses sin pagar se comen a las rentas. ¿Qué esperas lograr mezclándote en sus asuntos?

—Tranquilízate, Bucklaw, sé lo que hago. Aparte de que su nombre, y los servicios de su padre en 1689, sonarán bien en Versalles y Saint Germain, te gustará saber también que el Master de Ravenswood es un joven muy distinto de ti. Tiene magnífica presencia, valor y talento, y se puede presentar en el extranjero como un hombre de cabeza y corazón capaz de entender de cosas más importantes que la velocidad de un caballo o el vuelo de un halcón.

—Y a pesar de ello no tiene la suficiente capacidad para librarse de un secuestrador como tú, Craigengelt. Pero no te enfades. Sabes muy bien que no vas a pelear; deja la espada en paz y dime cómo te ganaste la confianza del Master.

—Halagando su pasión de venganza —contestó Craigengelt—. Siempre ha desconfiado de mí, pero yo supe machacar el hierro mientras estaba al rojo vivo. Ahora ha ido sólo a *reconvenir*, como dice él y es posible sea su intención, a Sir William Ashton. Si se enfrentan, y lo irrita el abogado, el Master lo matará. Ese brillo de sus ojos no falla. De todos modos, sus invectivas se interpretarán como un asalto a un consejero privado. Esto lo pondrá fuera de la ley; Escocia se le hará imposible, Francia lo captará, y embarcaremos todos juntos en el bergantín *L'Espoir*, que nos está esperando en Eyemouth.

—Me alegro —dijo Bucklaw—, nada me retiene en Escocia, y si el llevar al Master con nosotros nos vale una acogida mejor en Francia, bienvenido sea. Espero que le meterá una bala al Keeper antes de reunirse con nosotros.

—Todo esto me recuerda —repuso Craigengelt— que he de comprobar si los



caballos han comido y si están dispuestos, pues, si ocurre lo esperado, no habrá tiempo de que crezca la hierba bajo sus pezuñas. —Llegó hasta la puerta y volvió, muy serio, para decir a Bucklaw: —Ocurra lo que ocurra, recordarás esto: yo no le dije nada al Master que pudiera significar una conformidad por mi parte con cualquier acto de violencia que se le metiera en la cabeza cometer.

—No, no; ni una palabra que suene a conformidad —replicó Bucklaw—; sabes demasiado bien el peligro escondido en esas dos palabras: *arte y parte*.

Entonces, y como para sí mismo, recitó los siguientes versos:

La esfera no habló, pero hizo siniestra señal,  
E indicó perfectamente la hora al criminal.

—¿De qué hablas? —le preguntó Craigengelt, volviéndose otra vez con cierta preocupación.

—Nada; algo que oí en el teatro.

—Bucklaw, a veces pienso que debías haberte dedicado a la farándula. Tienes temperamento de comediante.

—También yo lo he pensado. Creo que sería más seguro que actuar contigo en la Conspiración Fatal. Pero vete a lo tuyo, haz el papel de mozo de cuadra y cuídate de los caballos. ¡Un actor! ¿Yo un actor? —repitió para sí—. Merecía este Craigengelt una estocada, pero es un cobarde. Y, la verdad, no me disgustaría la profesión. A ver; aquellos versos... sí, saldría en el papel de Alejandro:

*De la tumba huí para salvar mi amor;  
¡Fuera las espadas, rápidas como un rayo!  
Si yo me precipito, nadie ha de reposar  
El amor manda y la gloria marca el paso.*

Estaba Bucklaw declamando con voz de trueno cuando entró Craigengelt muy alarmado y exclamó:

—¡Ahora sí que estamos aviados! El caballo del Master se ha herido una pata con su propio cabestro y cojea terriblemente. El caballo de alquiler que lleva volverá agotado; ¡y ahora no tendrá ninguno de repuesto!

—Bueno, pues no habrá manera de moverse con la rapidez del rayo —dijo Bucklaw con toda seriedad—. Pero, oye, le puedes dejar el tuyo.

—¡Sí, y que me pesquen a mí! Gracias por la idea...

—Esto, Craigengelt, en el caso de que al Lord Keeper le hubiera pasado algo —lo

cual no me parece probable, pues el Master no es un hombre capaz de matar a un viejo indefenso—, pero si ocurriese algo en el castillo tú no tienes en ello arte ni parte y, por tanto, nada has de temer.

—Es verdad, es verdad —contestó el otro, confuso—; pero no olvides mi nombramiento en Saint Germain<sup>[15]</sup>.

—Que muchos creen ser un producto de tu fantasía, noble capitán... Bueno, si no le dejas tu caballo, ¡caray!, que se lleve el mío... Escucha, me parece que se acerca... Oigo un galope...

—¿Uno sólo? Temo que sea una persecución. Me parece oír tres o cuatro juntos... Quisiera que nos hubiésemos citado más cerca de la costa.

—¡Hombre, si son los zuecos de la criada que se acerca al pozo! A fe mía, capitán, debías renunciar a la capitanía y al servicio secreto, porque tienes más miedo que un ganso. Ya está aquí el Master. Viene más sombrío que una noche de noviembre.

El Master de Ravenswood entró en la habitación envuelto en su capa, con los brazos cruzados, con un gesto duro y abatido a la vez. Quitóse la capa al entrar, y se arrojó sobre una silla, abstrayéndose profundamente.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Qué habéis hecho? —le preguntaron apresuradamente Craigengelt y Bucklaw al mismo tiempo.

—Nada —fue su respuesta.

—¿Nada? ¿Y nos dejasteis decidido a ajustarle las cuentas al viejo villano por todas las ofensas que os infirió a vos, a nosotros y a todo el país? ¿Lo habéis visto?

—Sí, lo vi.

—¿Lo visteis y os habéis vuelto como si tal cosa? —respondió Bucklaw—. No hubiera esperado esto del Master de Ravenswood.

—No me importa lo que esperaseis ni me interesa vuestra opinión. No es a vos, caballero, a quien he de dar cuenta de mi conducta.

—Paciencia, Bucklaw —dijo Craigengelt, interrumpiendo a su compañero, que estaba a punto de contestar airadamente—. El Master no ha podido realizar su plan por algún obstáculo. Él sabrá dispensar la impaciente curiosidad de unos amigos suyos como tú y yo...

—¿¡Amigos, capitán Craigengelt!?! —exclamó Ravenswood altivamente—. No sé qué confianza os he dado para que os creáis con derecho a llamaros así. Me parece que nuestra relación se limita al acuerdo que hicimos para partir juntos de Escocia en cuanto yo volviera de esta visita.

—Cierto, Master —respondió Bucklaw—; y como creíamos que haríais algo por poner en peligro vuestra cabeza, Craigie y yo decidimos galantemente arriesgar por vos la nuestra. Esto no significa mucho para Craigie; lleva las galeras pintadas en la frente desde que nació; pero a mí no me agradaría desacreditar a mi parentela por

culpa de negocios ajenos.

—Caballeros —dijo el Master de Ravenswood—. Siento haberos ocasionado este trastorno, pero debo decidir lo más conveniente para mí, sin darle explicaciones a nadie. He cambiado de idea, y no pienso salir de Escocia por ahora.

—¡Master, no pensáis marchar...! —exclamó Craigengelt—. ¡Después de las molestias que me he tomado, el peligro de ser descubierto, los gastos de flete y demora...!

—Cuando pensaba partir a toda prisa, acepté vuestro ofrecimiento de proporcionarme medios de transporte, pero no me he obligado con nadie a marchar. Y ahora pienso quedarme. Os agradezco las molestias que os he causado. En cuanto a los gastos, admiten una compensación más sólida. Ahí tenéis mi bolsa. Cobraos según vuestra conciencia. —Y Edgar tendió una bolsa con oro al sedicente capitán.

Pero Bucklaw intervino:

—Veo que tus dedos, Craigie, están deseando clavarse en eso, pero te juro que te los corto con mi daga si agarras el dinero. Como el Master ha cambiado de idea, nada tenemos ya que hacer aquí; pero antes querría me permitieses decirle...

—Dile lo que quieras —interrumpió Craigengelt—, pero déjame primero hacerle ver lo que perderá al prescindir de nosotros, cuántos obstáculos ha de encontrar aquí, y lo difícil que le será presentarse convenientemente en Versalles y Saint Germain sin el apoyo...

—Caballeros —dijo Ravenswood— permitidme aseguraros una vez más que dais excesiva importancia a nuestra relación accidental. Cuando vaya a las cortes extranjeras, no necesitaré ser presentado por un aventurero intrigante, ni preciso dar ningún valor a la amistad de un matón atolondrado.

Con estas palabras, y sin esperar respuesta, abandonó la habitación, montó en el mismo caballo y partió al galope.

—¡Pardiez! —exclamó el capitán Craigengelt— ¡He perdido mi recluta!

—Sí, capitán —contestó Bucklaw—, se ha escapado el salmón con anzuelo y todo. Pero yo me voy tras él, porque me ha hecho tragar más insolencia de la que puedo digerir.

Craigengelt se ofreció a acompañarlo. Pero Bucklaw replicó: «No, no, capitán, espérame sentado a la lumbre...», y se fue cantando.

## CAPÍTULO VII

### DONDE BUCKLAW SE NOS HACE SIMPÁTICO, Y APARECE UN CRIADO QUE TIENE RECURSOS PARA TODO

AL encontrar lisiado a su caballo, el Master tuvo que seguir utilizando el de alquiler y, para no reventarlo, hacíalo marchar ahora a paso lento, en dirección a su torre del Despeñadero del Lobo. Volvió la cabeza, pues había oído un galope a sus espaldas. Entonces vio que Bucklaw lo perseguía. Este joven se había retrasado algo en su persecución por el irresistible deseo de darle una fórmula al posadero para curar al caballo lisiado. Pero todo fue cuestión de galopar más de prisa y ahora alcanzaba al Master, gritándole:

—¡Alto, señor! No soy agente político, ni un Craigengelt, cuya vida es demasiado importante para arriesgarla por su honor. Soy Frank Hayston de Bucklaw; y nadie me injuria de palabra, de hecho, con miradas o gestos, sin que haya luego de darme explicaciones.

—Me parece muy bien, señor Hayston de Bucklaw, —respondió el Master de Ravenswood en un tono tranquilo e indiferente—, pero yo no tengo nada pendiente con vos, ni deseo tenerlo. Nuestros rumbos por la vida llevan direcciones diferentes; no hay ocasión para que se encuentren.

—¿Cómo? —dijo Bucklaw impetuosamente—. ¡Claro que hay ocasión! ¿No nos llamasteis aventureros intrigantes?

—Procurad recordar con exactitud, míster Hayston, que ese epíteto iba dirigido sólo a vuestro compañero, y ya sabéis que llevo razón.

—¿Y qué más da? Se trataba de mi compañero y nadie insultará a un camarada mío, con razón o sin ella, mientras esté a su lado.

—Bueno, míster Hayston —replicó Ravenswood con la misma serenidad—, deberíais escoger mejor vuestros amigos o tendréis mucho trabajo defendiéndolos. Idos a casa a dormir, señor, y mañana estaréis más sensato.

—Nada de eso, Master. Os equivocáis conmigo. No se arregla esto con prudentes consejos y gestos altivos. Además, me llamasteis matón, y retiraréis esa palabra antes de separarnos.

—No pienso retirar nada, si no me convencéis con mejores razones de que estoy en un error.

—Entonces, Master, me veo obligado, si no os retractáis o no señaláis otro lugar, a liquidar este asunto aquí mismo.

—Ya hice bastante por evitarlo. Acabemos aquí con esto.

—Apeaos y desenvainad, señor —dijo Bucklaw, haciendo ambas cosas por su

parte—. Siempre pensé y dije que erais un hombre de primera calidad; sentiría tener que cambiar de opinión.

—No habrá razón para ello —dijo Ravenswood, apeándose y quedando a la defensiva.

Cruzáronse las espadas y Bucklaw comenzó batiéndose con mucho ánimo; estaba muy acostumbrado a ello y tenía fama de buen espadachín; pero en este caso no pudo lucirse. La actitud fría y desdeñosa del Master tratando de evitar el batirse con él, le impacientó y le hizo perder serenidad. El Master, con igual destreza y mucha mayor seguridad, permaneció a la defensiva y hasta renunció a aprovecharse de una o dos ventajas que pudo haber obtenido de la imprudente vehemencia de su adversario. Por último, al dar una estocada desesperada, Bucklaw resbaló sobre el césped.

—Guárdese su vida, caballero —dijo Edgar— y trate de arreglarla.

—Sería sólo un mal remiendo —dijo Bucklaw, levantándose lentamente y recogiendo su espada, menos desconcertado con el resultado del duelo de lo que era de esperar dado su temperamento impetuoso—. Gracias por vuestra generosidad. Aquí está mi mano. No os guardo rencor.

El Master lo miró seriamente un momento y luego le tendió la mano:

—Bucklaw. Sois un hombre cordial, y os he ofendido... Os ruego me perdonéis por la expresión que os hirió. Fue una ligereza por mi parte, y estoy convencido de haberme equivocado.

—¿De verdad, Master? Esto es más de lo que podía esperar de vos, pues dicen no sois muy inclinado a retractaros en vuestras opiniones.

—No lo soy, cuando antes las he pensado bien.

Entonces vio Bucklaw a un chico que se acercaba montado en un asno.

—¿Qué querrá ese rapaz gritando de ese modo?

—¡Caballeros, caballeros! ¡Poneos a salvo! La mesonera *nos* ha mandado a deciros que hay gente en la posada, y se han llevado al capitán Craigengelt, y están buscando a Bucklaw, y que debéis huir.

—Hombre, eso es una gran verdad —dijo Bucklaw—; aquí tienes una moneda de plata de seis peniques para ti por la noticia, y le daría a cualquiera el doble si me dijera el camino que debo tomar.

—Yo os lo diré, Bucklaw —dijo Ravenswood—; veniros conmigo al Despeñadero del Lobo. Hay sitios en la vieja torre donde os podrían buscar mil hombres sin dar con vos.

—Pero eso será una molestia para vos, Master, y a menos que estéis ya metido en conspiraciones jacobitas, no debo yo arrastraros a ellas.

—Nada tengo que temer.

—Entonces, os acompaño encantado, pues, a decir verdad, no sé a dónde nos iba a llevar Craigie esta noche; y, si lo han cogido, de seguro contará cuanto sabe sobre

mí, y veinte mentiras sobre vos, con tal de librar su pellejo.

Volvieron a montar y cabalgaron uno junto al otro, saliendo de la carretera e internándose por senderos apartados, rodeados de terrenos pantanosos. Corrieron cuanto permitía el estado del caballo de Ravenswood, hasta que al caer la noche hubieron de aminorar la velocidad, por la dificultad de ver el camino y por la esperanza de hallarse fuera del alcance de cualquier persecución.

—Y ahora que hemos tirado un poco de las riendas —dijo Bucklaw— me gustaría haceros una pregunta, Master.

—Preguntad, pero me perdonaréis no os conteste más que si lo creo oportuno.

—Es sólo esto: ¿Qué pudo haceros asociar —una persona que se estima tanto a sí misma como vos— con un bribón como Craigengelt y con ese tunante que llaman Bucklaw?

—Sencillamente, porque estaba desesperado y buscaba aliados también desesperados.

—¿Y por qué os separasteis de nosotros en el momento decisivo?

—Porque había cambiado de idea y renuncié a mi plan, al menos por ahora. Y para corresponder a mi franqueza, decidme qué os hace uniros a Craigengelt, infinitamente inferior a vos en nacimiento y en cualidades.

—Para decirlo claro —contestó Bucklaw—, porque soy un insensato que se ha jugado sus tierras. Mi tía abuela Lady Girnington me ha soltado, y sólo podría obtener algo de un cambio político. Conocí a Craigie jugando. Comprendió la situación en que me hallaba; me contó cincuenta mentiras sobre sus credenciales de Versalles, y sus intereses de Saint Germain, me prometió un nombramiento de capitán en París, y he sido lo bastante burro para ponerme bajo su dirección. Estoy convencido de que a estas horas el Gobierno sabrá ya por él una docena de bonitas historias más. Esto es lo que me han traído el vino, las mujeres y los dados.

—Sí, Bucklaw, habéis alimentado en vuestro pecho las víboras que ahora os pican.

—Es cierto, Master. Pero, con vuestra venia, vos también alimentasteis una gran víbora, que ha tragado a las demás, pues ella sola se bastará para devoraros en el tiempo que necesitan mi media docena para darse un banquete con lo que resta de Bucklaw, o sea, sólo la ínfima y despreciable parte comprendida entre la gorra y los tacones.

—Hablando sin metáforas —replicó el Master de Ravenswood— ¿qué pasión es ésta, que me acusáis de fomentar en mí?

—La venganza, mi buen señor, la venganza; un pecado propio de caballeros, y tan anticristiano como otros que por lo menos no son sangrientos. Matar a un viejo...

—¡Pero si yo no he tenido jamás esa intención, por mi alma! Sólo quería enfrentarme con el tirano antes de abandonar mi país natal y echarle en cara su tiranía

y las consecuencias de ésta. Le hubiera expuesto mis agravios de modo que su alma se habría sentido sacudida por el remordimiento.

—Sí —contestó Bucklaw— y os habría echado mano, habría pedido socorro, y entonces le habríais sacudido el alma de verdad hasta que la hubiera arrojado. Sólo con veros se habría atemorizado el viejo mortalmente.

—Pero ¿no os dais cuenta de la provocación que supone la conducta de ese hombre? ¡Pensad en la ruina y la muerte causadas por su corazón insensible; una antigua casa, deshecha; un padre querido, asesinado! En nuestra vieja Escocia, quien hubiese permanecido tan tranquilo bajo agravios semejantes, se habría deshonrado para siempre.

—Bueno, Master, me alegra ver que el diablo emplea tanta astucia con los demás como conmigo. Pues, cuando voy a cometer alguna insensatez, me convence de que es la cosa más necesaria, caballeresca y delicada de la tierra. Y vos, Master, podíais haberos convertido en un ases... en un homicida, sólo por respeto a la memoria de vuestro padre.

—Hay más cordura en vuestras palabras de lo que podía esperarse juzgando por vuestra conducta. Es muy cierto; nuestros vicios se introducen en nosotros adoptando formas externas tan hermosas como esos demonios que los supersticiosos imaginan en constante intriga con la raza humana, y cuya repugnante condición no se descubre hasta tenerlos en los brazos.

—Pero podemos expulsarlos de nosotros, sin embargo. Y eso voy a hacer uno de estos días, cuando muera la vieja Lady Girnington.

—¿Oísteis alguna vez la expresión del divino poeta? —dijo Ravenswood—. «El infierno está empedrado con buenas intenciones», lo cual viene a ser como decir: se conciben con más frecuencia que se ejecutan.

—Bien, pero yo empezaré en esta bendita noche —respondió Bucklaw—. He decidido no beber más de un cuartillo de vino, a no ser que vuestro clarete fuera de una calidad extraordinaria.

—Poca tentación hallaréis en mi torre. Me parece os podré sólo ofrecer la protección de mi techo; toda nuestra reserva —y más aún— de vinos y provisiones se consumió en la última ocasión.

—Ojalá no haya necesidad en mucho tiempo de preparar otra reserva para una ocasión semejante. Pero no se ha de beber la última jarra en el funeral. Trae mala suerte.

—Mala suerte la hay en cuanto a mí se refiere —dijo Ravenswood—. Pero ya diviso el Despeñadero del Lobo; lo que aún contenga está a vuestra disposición.

Ya hacía tiempo que el rugido del mar anunciaba a los viajeros su choque con el acantilado, en cuya cima había colgado su nido, como el de algún águila marina, el fundador de la fortaleza. La pálida luna, que había venido luchando con nubes

pasajeras, lucía ahora y descubría, al iluminarla, la torre solitaria y desnuda, situada en una roca saliente sobre el mar del Norte. Por tres lados, las rocas eran inaccesibles. Por el cuarto, hacia la tierra, se había protegido antaño la entrada por medio de un foso y un puente levadizo. Pero éste estaba ya hecho pedazos y el foso se había llenado en parte, pudiendo pasar un jinete por allí al reducido patio, rodeado a los lados por los servicios y las cuadras, ruinosas en parte, y cerrado hacia la entrada por un bajo muro almenado, mientras el resto del cuadrángulo estaba ocupado por la torre misma elevada y estrecha, construida de piedra grisácea, la cual se erguía a la luz de la luna, despidiendo una tenue reverberación, como el espectro de un enorme gigante envuelto en blanquecinas telas. Era difícil concebir una morada más solitaria o más desconsoladora. El lúgubre ruido del oleaje, martilleando periódicamente sobre la costa rocosa bajo la torre, era para el oído lo que el paisaje era para la vista, un símbolo de invariable y monótona melancolía, no desprovista de horror.

Aunque la noche no estaba muy avanzada, no había indicio alguno de seres vivos por aquellos contornos, excepto que una sola de las ventanas estrechas —que aparecían a distancias y alturas irregulares en las paredes de la torre— mostraba una luz mortecina.

—Allí está —dijo Ravenswood— el único criado varón que le queda a la casa de Ravenswood; y hemos de alegrarnos de su presencia, pues de otro modo poca esperanza tendríamos de hallar luz ni fuego. Seguidme con precaución; el sendero es estrecho y sólo cabe un caballo de frente.

En efecto, el camino pasaba por una especie de istmo, a cuyo extremo peninsular estaba situada la torre, con aquella preocupación por la fortaleza y seguridad, antes que por consideraciones de comodidad, que dictó a los barones escoceses la elección del emplazamiento y estilo de sus construcciones.

Cautelosamente, entraron en el patio. Pero tardaron mucho en ser oídos por Caleb los golpes de su amo en la maciza puerta y los gritos repetidos para que abriese.

—El viejo debe de haberse marchado —empezó a decir el propietario— o quizás le haya dado algún ataque; porque los golpes que he dado habrían despertado a los siete durmientes...

Una voz tímida y vacilante respondió:

—¡Master... Master de Ravenswood! ¿Sois vos?

—Sí, soy yo, Caleb, abre la puerta en seguida.

—¿Pero sois vos en carne y hueso? Porque antes me enfrentaría con veinte diablos que con el fantasma de mi amo, o aunque fuera con su *wraith*<sup>[16]</sup>.

—¡Te digo que soy yo, viejo estúpido! En carne y hueso, y completamente vivo, aunque estoy medio muerto de frío.

La luz desapareció de la ventana superior y apareciendo sucesivamente de tronera en tronera, indicaba que su portador bajaba, con gran parsimonia, la escalera en



espiral, la cual ocupaba una de las torrecillas que adornaban los ángulos de la fortaleza. Ravenswood se impacientó con la tardanza de su criado, y su acompañante, más impulsivo, lanzó algunos juramentos. Caleb volvió a detenerse antes de descorrer el cerrojo, y una vez más preguntó si eran hombres de verdad.

—Si estuvieras a mi alcance —dijo Bucklaw— te daría pruebas suficientes de *mi* condición corpórea.

—Abre la puerta, Caleb —dijo su amo, en un tono más conciliador.

Al fin, Caleb descorrió, con manos temblorosas, los pesados hierros que atrancaban la voluminosa puerta, la abrió, y quedó frente a ellos, con su escaso cabello gris, su calvicie de casi todo el cráneo, y las afiladas facciones iluminadas por la titubeante lámpara que sostenía con una mano, mientras con la otra hacía pantalla y resguardaba la llama. El aspecto atemorizado de su rostro, y el efecto de claroscuro de la luz sobre él, podían haber sido buen tema para un cuadro.

—¿Sois vos, mi querido Master? Estoy desolado de haberos hecho esperar a vuestra propia puerta, pero ¿cómo había yo de pensar que volveríais tan pronto y con un caballero desconocido...? —Y, dirigiéndose entonces a alguien que debía estar en el interior—: ¡Mysie... mujer! ¡Muévete y prepara el fuego! Me temo que no vamos a estar bien surtidos... Como no os esperábamos hasta dentro de varios meses... Entonces os habríamos recibido como corresponde a vuestro rango. Pero, no obstante...

—No obstante, Caleb —dijo su amo— has de atender a nuestros caballos, y a nosotros también, lo mejor posible. Espero que no te habrá sentado mal verme antes de lo convenido.

—¡Sentarme mal, mi lord! ¡Sentarme mal ver al Lord de Ravenswood en uno de sus castillos! —Entonces, dirigiéndose de nuevo hacia su invisible asociada—: ¡Mysie, mata la gallina clueca, anda, no lo pienses más! No es la mejor de sus mansiones —le aclaró a Bucklaw— pero sirvió mejor para escapar al Lord de Ravenswood... no, para *escapar* no, para retirarse hasta que pasaran los malos tiempos; pues no le convenía vivir en cualquiera de sus residencias más suntuosas; pero la gente dice que merece la pena venir a ver los paisajes del Despeñadero.

—Y tú estás dándonos tiempo para ir a verlos —dijo Ravenswood, divertido por el interés del viejo en retenerlos allí hasta tanto lo hubiera preparado todo su auxiliar Mysie.

—No te preocupes por los paisajes —dijo Bucklaw— déjame ver el interior, y lleva los caballos a ver la cuadra.

—¡Oh!, sí, señor... Claro, señor...

—¡Nuestros caballos, mi viejo amigo! Se van a helar aquí después del sudor de la carrera, y el mío es demasiado bueno para que se desgracie. Una vez más, ¡nuestros caballos! —exclamó Bucklaw.

—Es verdad... Los caballos... Sí, llamaré a los mozos. —Y Caleb se puso a gritar — ¡John, William, Saunders!... Me parece que han salido los chicos. O están dormidos —observó, después de esperar una respuesta que él sabía no podía venir nunca—. ¡Estos muchachos! Cuando no está el amo, ya se sabe... Pero me ocuparé yo mismo de los caballos.

—Eso debes hacer —dijo Ravenswood—. De otro modo *hay poca probabilidad* de que nos atienda nadie.

—¡Silencio, mi lord, silencio, por amor de Dios! —dijo Caleb en tono suplicante, y aparte a su amo—; si no queréis cuidar de vuestro crédito, pensad por lo menos en el mío. Tendré que trabajar de lo lindo para ofrecer una hospitalidad presentable, con todas las mentiras que se me puedan ocurrir.

—Anda, anda —le instó su amo—; ve a la cuadra. ¿Hay heno y cebada, no?

—Claro, en abundancia —esto lo dijo Caleb en voz tonante, y, confidencialmente a su amo:— Había unos restos que sobraron del funeral.

—Muy bien —dijo Ravenswood, tomando la lámpara de manos del criado, que se resistía—. Yo mismo acompañaré a este caballero.

—No es posible, mi lord. Si esperaseis cinco minutos, o diez, o un cuarto de hora a lo más, y contemplaseis mientras las hermosas vistas a la luz de la luna hasta que yo termine con los caballos, luego acompañaría arriba, como es muy justo, a su señoría y a su honorable huésped. Es que guardé los candelabros de plata y esta lámpara no es apropiada para...

—Hará el avío mientras —dijo Ravenswood—, y en la cuadra no te hará falta luz, porque, si no recuerdo mal, falta del todo el techo.

—Es muy cierto, milord —replicó el fiel criado, y añadió instantáneamente con pronto ingenio—: y esos tunantes obreros, tan vagos, no han venido aún a poner otro nuevo.

—Si pudiera reírme de las calamidades de mi casa —dijo Ravenswood mientras subía delante—, el pobre Caleb me daría buen motivo de diversión. Su pasión consiste en representarse las cosas de nuestro miserable *ménage*, no como son, sino como debían ser a su juicio. Y, la verdad, me ha resultado a veces muy cómico observar cómo se ingeniaba el desgraciado para proporcionarnos lo que él creía esencial para el crédito de la familia, y sus disculpas por la falta de aquellos artículos a los cuales su ingenuidad no podía encontrar sustitutos. Aunque la torre no es muy grande, me va a ser difícil sin Caleb encontrar una habitación donde podamos calentarnos.

Al decir esto, abrió la puerta de un *hall*.

—Aquí, por lo menos, no hay puerto ni cobijo.

Y, en verdad, era una escena desoladora. La amplia estancia se conservaba en el mismo estado en que se hallaba después del banquete funeral en memoria de Allan

Lord Ravenswood. Volcados por aquí y por allá, sobre la gran mesa de roble, se veían jarras, botellas, cántaros, copas...; los vasos, rotos por los comensales después de los brindis exaltados, salpicaban el suelo con sus fragmentos. En cuanto a la vajilla de plata, prestada para esta inoportuna ocasión por los amigos y parientes, había sido retirada en seguida. Nada que indicase riqueza; sólo indicios del reciente derroche y de la actual penuria. Las colgaduras negras que reemplazaron, para el luto, a los apolillados tapices, fueron arrancadas a tirones, dejando ver a trozos el basto muro de piedra. Los asientos, tirados por el suelo, o abandonados en desorden, decían bien claro la desaprensiva confusión con que terminó la orgía funeral.

—En esta sala —dijo Ravenswood, sosteniendo la lámpara—, en esta sala, míster Hayston, hubo un jolgorio cuando debió haber estado en duelo; en justa compensación, todo en ella es desolación ahora que debía estar acogedora.

Salieron, y por fin encontró Ravenswood un aposento donde había un fuego muy decente, preparado por Mysie. Bucklaw, contento de hallar en el castillo más comodidades de las que cabía esperar, se frotó satisfecho las manos al fuego, y escuchó ya con mayor complacencia las disculpas del Master por no proporcionarle más que un refugio sin confort, contestándole:

—Ahora no falta sino un bocadillo y un trago. Es cuanto se puede pedir.

—Temo que vuestra cena va a ser muy modesta —dijo el Master—. Oigo una discusión entre Caleb y Mysie. El pobre Balderstone es algo sordo, entre sus demás méritos; por eso, casi todo cuanto él cree hablar en secreto, lo oyen precisamente aquellos que no habían de enterarse. ¡Escuchad!

Les llegaba la voz del viejo criado diciéndole a Mysie:

—Saca el mayor partido posible de ello, mujer... La cosa es saberlo presentar. Debemos mejorarlo todo.

—Pero, la gallina clueca... ¡Si va a estar más dura y tiesa que la cuerda de un arco!, ¡si va a parecer cuero!

—¡Pues di que te equivocaste, di que te has confundido de gallina! —replicó Caleb casi en tono de conspirador—. Échate la culpa; que no sufra el crédito de la casa.

—Bueno, pero ¿cómo voy a buscar ahora la gallina ahí fuera en la oscuridad? La única lámpara de la casa la tiene el Master y, aunque cogiese la gallina, ¿cómo la voy a preparar si ellos se han sentado junto a la única lumbre que tenemos?

—Espérate un poco, Mysie. Voy a ver si les quito la lámpara.

Y Caleb Balderstone entró en la habitación, ajeno a que sus palabras habían llegado hasta allí.

—Bueno, Caleb, ¿hay alguna probabilidad de comer? —dijo el Master.

—¿Probabilidad, señor? —contestó Caleb enfáticamente—. ¿Cómo podéis dudararlo siquiera, siendo nosotros vuestros criados? ¡Vamos, qué ocurrencia!

Su amo, para acabar con esta comedia, le explicó que el joven laird de Bucklaw estaba perseguido como él y en mala situación, noticia que alegró a Caleb al comprender que no necesitaba fingir tanto. Sirvió la escasa comida fiambre — Bucklaw, por cortesía, le dijo preferirla así— y en lo referente al vino, también pudo reunir en una jarra algunos restos del fondo de las vasijas. Luego, arrojó al suelo un cántaro, fingiendo haber tropezado, y mandó a Mysie recoger el vino que nunca había sido derramado. Así pudo presentar la jarra con los restos, lamentando el incidente y diciendo haber quedado sólo aquello. Bucklaw acabó bebiendo agua, muy a pesar suyo. Se dispuso lo necesario para que durmiese en el cuarto secreto, con grandes excusas por parte de Caleb sobre la deficiencia del mobiliario, ropa blanca, etc.

—¿Quién hubiera pensado que iba a necesitar tan pronto la cámara secreta? No se ha usado desde la época de la Conspiración de Gowrie; y no he permitido que ninguna mujer supiera entrar en ella, pues entonces —estaréis de acuerdo—, no hubiera sido ya una cámara secreta.

## CAPÍTULO VIII

### QUE VIENE A DEMOSTRAR LAS VENTAJAS DE LA VIDA RETIRADA PARA FAVORECER LOS EXÁMENES DE CONCIENCIA

A la mañana siguiente, Edgard de Ravenswood se hallaba en condiciones de analizar los diversos sentimientos que lo agitaban, y muy dispuesto a combatirlos y dominarlos. El día había amanecido en calma y luminoso, haciendo agradables incluso los pantanosos paisajes que se veían tierra adentro desde el castillo. El esplendoroso océano, rizado con miles de plateadas olas en constante cabrilleo, se extendía hasta el horizonte en una majestad imponente, pero benigna. El corazón humano, hasta en sus momentos de más turbación, se estimula con tales escenas de calma sublime y esta majestuosa influencia le inspira hazañas de honor y virtud.

Lo primero que hizo el Master, después de haberse sometido a un examen de conciencia singularmente severo, fue ir en busca de Bucklaw.

—¿Qué tal, Bucklaw? —fue su saludo—. ¿Cómo os ha ido en el lecho donde una vez durmió a salvo el conde de Angus, cuando lo perseguía el resentimiento del rey?

—¡Uf! —exclamó el invitado, recién despierto— No tengo reparos que ponerle a un lugar donde durmió un hombre tan notable, a no ser que el colchón es de lo más duro; el techo, bastante húmedo, y las ratas más amotinadas de lo que cabía esperar de la despensa de Caleb; y si hubiera habido postigos en esa ventana enrejada o un mosquitero para la cama, podría decirse que es una estancia modelo.

—Sí, está muy abandonada —dijo el Master mirando al exiguo techo—; pero si os levantáis y salís de aquí, Caleb tratará de proporcionaros un desayuno mejor que la cena de anoche.

—¡Por favor, que no sea mejor! —exclamó Bucklaw, mientras se vestía como la oscuridad allí reinante le permitía—. Que no sea mejor, si deseáis la reforma de mi carácter. El sólo recuerdo del bebestiaje que nos preparó anoche Caleb, ha contribuido más a quitarme la costumbre de mi trago matutino, de lo que hubieran hecho veinte sermones. ¿Y vos, Master, habéis luchado valerosamente con esa serpiente que lleváis en el pecho? Seguid mi ejemplo; ya veis cómo voy ahogando mis víboras una a una.

—Por lo menos, ya he comenzado la batalla, Bucklaw, y he tenido en sueños la hermosa visión de un ángel que venía en mi ayuda.

—¡Ay! —se lamentó su huésped— yo, en cambio, no puedo esperar visión alguna, a no ser que mi tía, Lady Girnington, se marche a su tumba; y en ese caso no sería precisamente su fantasma, sino la substancia de su herencia, lo que vendría a animarme en el buen camino...

El Master dejó a su invitado y fue en busca de Caleb, al que halló en una especie de calabozo muy oscuro. El anciano se afanaba bruñendo una vasija de peltre para hacerle tomar el tono y la semejanza de la plata. «Creo que hará el efecto... Pasará, pasará por plata... Si no la acercan demasiado a la luz de una ventana...» —murmuraba Caleb entre dientes, como animándose en su tarea, siendo interrumpido por la voz del joven Ravenswood—: «Toma esto y procúranos lo que sea preciso». Y le dio la bolsa que la tarde anterior escapó por chiripa de las garras de Craigengelt. El viejo, mientras tomaba el peso al reducido tesoro, preguntó a su amo angustiosamente: «¿Y esto es todo lo que os queda?».

—Por ahora, sí, Caleb —respondió el Master— pero ya vendrán tiempos mejores.

El fiel criado se esforzaba por convencer a su amo de que él podía lograr crédito. La bolsa debía reservarla el Master para lucirse ante los demás. Esto no convencía a Edgard, y mucho menos la afirmación del viejo de que él se hacía responsable de las deudas. Era imposible argumentar con Caleb y el Master abandonó el campo.

Así pasaban los días. Bucklaw, separado de sus habituales deportes y borracheras por la necesidad de permanecer oculto se había hecho un compañero mohíno y nada interesante. No sabiendo qué hacer, cuando Ravenswood se cansaba de practicar la esgrima o de jugar al tejo con él, se entretenía cepillando a su caballo y lo envidiaba por el estoicismo con que tomaba su situación, echándose cuando terminaba de comer. «¡Qué animal tan estúpido! —pensaba Bucklaw—. No se acuerda de la pista de carreras, ni de la caza, ni de su verde dehesa en Bucklaw, sino que disfruta en estas ruinas como si hubiera nacido en ellas. Y yo, con la libertad de un prisionero a quien se consiente recorrer todos los calabozos de esta miserable torre, apenas si puedo llegar a la hora del almuerzo a fuerza de silbar y dormir». Y subía a las almenas de la torre, por si veía algo digno de nota en la lejanía, o para tirar piedras a las gaviotas y a los corvejones que se ponían incautamente a su alcance.

Ravenswood, muchísimo más reflexivo y fundamental que su compañero, tenía sobrados motivos de cavilación para no aburrirse. La primera impresión dejada en él por Lucy Ashton no fue tan intensa como la producida ahora por su recuerdo. A medida que aminoraba la violencia de aquella pasión vindicativa, por la cual se sintió impulsado a buscar al padre, consideraba, mirando hacia atrás, que su conducta con la hija había sido ruda e indigna de una mujer de tal rango y belleza. Sus miradas de agradecimiento, sus palabras de afectuosa cortesía, las había rechazado él con algo muy parecido al desprecio. Y si el Master de Ravenswood había sufrido agravios por obra de Sir William Ashton, la conciencia le decía que su actitud, haciendo pesar sobre la hija el resentimiento provocado por el padre, no era propia de un caballero. Mientras sus pensamientos tomaban este giro de autorreproche, el recordar las lindas facciones de Lucy Ashton —dotadas de un atractivo mayor aún por las circunstancias del encuentro entre ambos—, dejó en su ánimo una impresión sedante y dolorosa a la

vez. La dulzura de su voz, la delicadeza de sus expresiones, el fuego de su afecto filial... al surgir ahora en su recuerdo, amargaban su arrepentimiento por haber rechazado con dureza la gratitud de la joven y, por otra parte, colocaban ante su imaginación un cuadro del más seductor encanto.

Resuelto firmemente a vencerse en el vicio predominante de su carácter, recurría a todas las ideas que podían ser un poderoso argumento contra su afán de venganza, y, en semejante trance, había de dar gran relieve a su injusta conducta para con la hija de su enemigo, llevándole esto, por una reacción natural, a dotar a la muchacha de quizás más atractivos de los que realmente poseía.

Si en esos momentos hubiera recordado alguien al Master de Ravenswood el juramento de venganza proferido por él tan recientemente contra Sir William y los suyos, lo habría negado al principio como una vil calumnia. Pero poco después, reflexionando sobre ello, habría reconocido que entonces fue bastante justificada su actitud contra quien él consideraba, y no sin fundamento, culpable de la ruina y muerte de su padre.

Coexistían ya en su alma dos pasiones contradictorias: un deseo de vengar la muerte de su padre, extrañamente fundido con la admiración hacia la hija de su enemigo. Había luchado contra el primer sentimiento, hasta llegarlo a considerar a veces amortiguado; del segundo no se defendía, pues no reconocía conscientemente su existencia. La prueba de esto: había vuelto a pensar en marchar de Escocia. A pesar de ello, seguía en el Despeñadero del Lobo un día tras otro sin hacer nada por poner en práctica su propósito. Es cierto que había escrito a uno o dos familiares residentes en una apartada región de Escocia, y especialmente al marqués de A..., comunicándoles sus proyectos. Y, cuando Bucklaw le instaba a contarle sus planes, solía alegar la necesidad de recibir las contestaciones a sus cartas, sobre todo la del marqués, antes de tomar una decisión tan trascendental.

El marqués era rico y poderoso; y, aunque se tenían sospechas de sus ideas contrarias al gobierno instaurado por la Revolución, poseía no obstante la suficiente habilidad para acaudillar, en el mismo Consejo Privado escocés, un partido en contacto con la facción de la High Church inglesa, y era lo bastante influyente para amenazar a los correligionarios de Lord Keeper con un probable hundimiento del poder de éstos.

La consulta a un personaje de semejante importancia era una disculpa plausible para Bucklaw, y para sí mismo, al objeto de continuar la residencia en el Despeñadero del Lobo. Y la hacían más justificada aún los rumores que corrían sobre un probable cambio de ministros y de medidas en el gobierno escocés. Estos rumores, sostenidos seriamente por unos y negados por otros con idéntica seriedad, se abrieron paso hasta la ruinosa torre del Despeñadero, sobre todo gracias a Caleb, el cual, entre sus otras cualidades, tenía la de ser un ardiente político, y rara vez hacía una

excursión al vecino pueblo de Wolf'shope sin volver bien informado.

Bucklaw, cada vez menos resignado a aquella inacción, argumentó un día sobre ello con el Master, cuando éste le puso en las manos una carta del marqués de A..., que había traído un correo de este lord.

Ayudado por Ravenswood, descifró Bucklaw lentamente la carta, escrita en letra no muy legible. Su contenido era el siguiente:

«Muy honorable primo nuestro:

Os aseguramos ante todo el decidido interés que nos tomamos por vuestro bienestar y por vuestros propósitos de aumentarlo. Si no hemos manifestado antes esta buena voluntad nuestra hacia vos como corresponde a devotos parientes, os rogamos creáis que ha sido por falta de oportunidad, y no por enfriamiento de nuestro afecto. En cuanto a vuestro proyecto de viajar por el extranjero, lo creemos poco aconsejable por ahora, pues quienes os quieren mal, pueden imputaros ciertos motivos para vuestro viaje, y, aunque sabemos que sois tan limpio de intención como nosotros, esas malévolas palabras podrían encontrar eco en sitios donde el que se les diera crédito os podría perjudicar.

Gustosos añadiríamos razones de peso, que os convencerían de las ventajas materiales para vos y para la casa de vuestro padre que podríais lograr permaneciendo en el Despeñadero del Lobo hasta que pase la cosecha. Pero ya lo dice el proverbio, *verbum sapienti*: «Una palabra significa más para el sabio que un sermón para el necio». Y aunque hemos escrito esta misiva con nuestra propia mano, y estamos seguros de nuestro mensajero, por estar ligado a nosotros de muy diversas maneras, lo cierto es que si las paredes tiene oídos, también hay ojos por todas partes; por eso no podemos arriesgar en el papel ciertos asuntos que os comunicaríamos de buen grado verbalmente. Con este objeto pensábamos haberos invitado a venir a nuestra árida Highland a matar un ciervo, pero no están los tiempos para ello y hemos de diferir la entrevista hasta tanto podamos ocuparnos con todo regocijo de aquellos asuntos sobre los cuales guardamos ahora silencio. Mientras tanto, os rogamos nos creáis vuestro buen y afectuoso pariente, el cual no espera sino los días que ya vislumbramos. Con esta esperanza nos firmamos.

El muy honorable, afectuoso primo vuestro,

A...»

—¿Qué pensáis de esta carta, Bucklaw? —dijo el Master, cuando su compañero hubo sacado, a tirones, todo el sentido y casi todas las palabras del mensaje.

—Verdaderamente, el sentido de la carta es un jeroglífico tan complicado como el de la letra. Le vendría bien leer *El intérprete del ingenio* o el *Manual completo de correspondencia*. Os escribe muy amablemente que continuéis desperdiciando



vuestra vida y vuestro dinero en este país miserable, estúpido y oprimido, sin ofreceros siquiera el refugio de su casa. A mi juicio, tiene algún plan a la vista en el cual supone le vais a ser útil, y quiere teneros a mano para utilizaros cuando convenga, reservándose la facultad de dejaros a la deriva si le falla su conspiración.

—¿Una conspiración, decís?

—¿Qué va a ser sino eso? Hace mucho tiempo que se sospecha de la relación entre el marqués y Saint Germain.

—Él no me complicaría en una aventura tan temeraria —dijo Ravenswood—. Cuando pienso en los tiempos de Carlos I, Carlos II y el último Jacobo, hay poco en ellos que me impulse a desenvainar mi espada por sus descendientes. Pero me parece que el marqués alude sólo a una revolución en el Consejo Privado escocés, y no en los reinos británicos.

Bucklaw le echó en cara cordialmente su visión fría de los asuntos políticos, en contraste con el temperamento apasionado del Master. Llegó Caleb con una frugalísima comida compuesta por cuatro arenques salados; escasez atribuida por el viejo a ser la víspera de santa Magdalena, reina de Escocia; y él se había ya figurado que los señores desearían ayunar en este día.

—¡Acaba de una vez con tus disculpas! —dijo el Master—. Comamos los arenques a falta de algo mejor. Pero estoy empezando a pensar como vos, Bucklaw, que estamos consumiendo la última hoja verde y que, a pesar de las maquinaciones políticas del marqués tenemos necesariamente que evacuar por falta de forraje, sin esperar el resultado de ellas.

## CAPÍTULO IX

### EN EL CUAL DEJAMOS A CALEB AFILANDO SUS ARMAS, Y A SU AMO DE UN HUMOR SOMBRÍO

LAS comidas ligeras proporcionan sueños también ligeros. Así, muy breves debieron de ser los de ambos jóvenes después de la dieta que les impuso la conciencia de Caleb —o la necesidad disfrazada de conciencia, como ocurre tantas veces en la vida—.

Por la mañana irrumpió Bucklaw en el aposento de su huésped dando una voces como para despertar a un muerto.

—¡Vamos, arriba! ¡En nombre del Cielo, levantaos! Los cazadores han salido ya. Es la única distracción que se nos ha presentado en este mes y os estáis ahí tumbado, en un lecho tan poco recomendable, si no es por ser algo más blando que el suelo de piedra.

El Master levantó la cabeza malhumorado:

—No tiene gracia ninguna despertarme ahora que empezaba a dormirme, después de una noche pasada con mis pensamientos, más inhospitalarios que mi lecho.

—¡Dejaos de historias! ¡Levantaos de una vez! He ensillado los caballos yo mismo. Caleb hubiera estado dos horas excusándose por la tardanza de unos criados imaginarios. Los galgos corren ya por ahí. ¡Os digo que os levantéis, que va a empezar la cacería! —Y Bucklaw salió como una exhalación.

—Y yo digo, que todo eso me importa un comino —dijo el Master incorporándose lentamente—. Caleb, ¿de quién son esos perros para estar cerca de la torre?

El viejo servidor, llegado a la estancia tras el impaciente laird de Bucklaw, respondió a su amo:

—Son del honorable Lord Bittlebrains. Y, la verdad, no sé qué derecho tienen a venir a ladrar y aullar dentro del terreno de caza reservado a la exclusiva disposición de su señoría.

—Quizá el de haber comprado tanto los terrenos como el derecho exclusivo de cazar en ellos.

—Muy bien; pero no es de caballero venir aquí a ejercer sus derechos tan cerca de su señoría. Lord Bittlebrains haría bien recordando lo que han sido sus antepasados.

—Y a nosotros no nos estaría mal acordarnos de lo que somos ahora. Anda, dame mis cosas. Iré a esta cacería por consideración a Bucklaw.

—¿Señor, qué jubón preferís llevar?

—Cualquiera, Caleb; mi vestuario, me figuro, no será muy abundante.

—¿Cómo no ha de serlo, si hay el justillo verde y plata que su señoría concedió a su lacayo Hildebrand, y el de terciopelo francés que mi señor vuestro padre regaló,

con otras prendas viejas, a los pobres de la familia, y el *drap-de-berry*...

—... Que te regalé a ti, Caleb, y el único a mano por ahora? Si exceptúo el que me quité ayer. Haz el favor, acércame éste.

—Si su señoría tiene este capricho... Como es de color triste y estáis de luto... No obstante... no he llegado a usar el *drap-de-berry*, lo tengo muy bien cepillado... y como habrá damas allá abajo...

—¡Damas! —dijo Ravenswood—; y ¿qué damas, por favor?

—¿Qué sé yo, su señoría? Sólo las he visto pasar desde nuestra atalaya, agitando las bridas y con sus plumas al viento.

—Bueno, Caleb; dame el cinturón y la capa. ¿Qué ruido es ese en el patio?

—Bucklaw sacando los caballos.

Ravenswood descendió rápidamente por la escalera de caracol que conducía al patio, no sin deber soportar antes las tímidas sugerencias de Caleb sobre la conveniencia de que se hiciese invitar por Lord Bittlebrains en vista del actual estado de la despensa, o en todo caso comiera en la taberna y dijera luego que había olvidado la bolsa.

Bucklaw, con riesgo evidente de romperse la cabeza, había comenzado a galopar desenfrenadamente por la senda, muy pendiente, que partía de la torre. Ravenswood salió tras él.

Caleb Balderstone los miró angustiadamente y movió la cabeza, confiando en que no les pasaría nada.

Llegados a una llanura, Bucklaw siguió como un torbellino animado por la impetuosidad de su carácter. Ravenswood no le iba a la zaga, pues aunque de temperamento contemplativo, era tan altivo como el primero una vez que se ponía en movimiento. La caza lo animaba muchísimo. Este deporte viene a ser una pasión inherente a nuestra naturaleza, niveladora de todas las clases sociales.

Distraían al Master de sus habituales meditaciones las repetidas llamadas de los cuernos de caza animando a los sabuesos, los distantes ladridos de la jauría, los gritos de los cazadores, las figuras borrosas que surgían y volvían a desaparecer entre los matorrales y, sobre todo, lo impulsaba la sensación de su propia carrera. Pero su caballo no estaba a la altura de las circunstancias, y esto le hizo pensar en su pobreza. Había frenado al animal, cuando se le acercó un desconocido montando en un buen corcel.

—Vuestro caballo está agotado —dijo este individuo—. ¿Puedo rogar a su señoría se sirva usar el mío?

—Señor —replicó Ravenswood, más sorprendido que complacido por tal ofrecimiento—, no sé a qué puedo deber semejante favor de un desconocido.

—No os preocupéis, Master —dijo Bucklaw, quien muy en contra de su voluntad, detuvo su carrera para no abandonar a su huésped—. Tomad los bienes que os envían

los dioses, como dijo el gran John Dryden... O mejor, veréis... Amigo, prestadme ese caballo; ya he visto el trabajo que os costaba montarlo. Yo le sacaré el diablo y veréis cómo queda después... Vos, Master, montad el mío. Os llevaré como un águila.

Y poniendo en manos del Master las riendas de su caballo, saltó al que le cedió el desconocido, continuando su carrera a toda velocidad.

—¡Qué atolondrado! —exclamó Ravenswood—. ¿Cómo se os pudo ocurrir confiarle nuestra cabalgadura?

—Este caballo pertenece a una persona que tendrá un gran placer en saludar a su señoría o a cualquiera de sus honorables amigos.

—¿Y su nombre es...? —preguntó Ravenswood.

—Su señoría me dispensará; ya lo sabréis por él mismo. Si me hacéis el favor de montar el caballo de vuestro amigo y dejarme el vuestro... Nos veremos después de la muerte del ciervo, pues las trompas anuncian ya que está acorralado.

Hecho el cambio, Ravenswood se dirigió, a toda la velocidad que pudo obtener de la jaca de Bucklaw, hacia el lugar donde estaba el ciervo a punto de caer.

Los alegres gritos de los cazadores, y la algarabía de los perros formaban un coro animadísimo. Los cazadores, diseminados antes, se agrupaban ahora en círculo. El ciervo, con su arrogante cabeza inclinada, los ojos irritados por la rabia y el terror, privado ya de toda posibilidad de huida, habíase enfrentado con los perros. Los monteros se acercaban prudentemente uno a uno y esperaban la oportunidad de atacarlo con éxito. Los perros tampoco se fiaban mucho y cada cazador esperaba que uno de sus compañeros se encargaría de matar al animal. El terreno era poco apropiado para acercarse al ciervo sin ser visto por éste.

Así, fueron unánimes las exclamaciones de alegría, cuando Bucklaw saltó de su caballo y, con gran destreza, se lanzó como una flecha contra el ciervo, derribándolo mediante un profundo corte en una pierna trasera dado con su cuchillo de caza. Entonces la jauría, precipitándose sobre su mutilado enemigo, acabó pronto con él y celebró su triunfo con un clamor de ladridos de satisfacción, mientras los cazadores celebraban el éxito con sus cuernos, tocando una *mort*, una nota triste, aguda y prolongada, que llevó el eco hasta el mar.

Luego, el montero mayor hizo separar de la pieza a los perros y, arrodillado, presentó su cuchillo a una dama que cabalgaba un palafrén blanco, y a la cual el miedo, o quizá la compasión, había mantenido a cierta distancia. Llevaba sobre el rostro un velo de seda negra. (Estos antifaces estaban entonces de moda en las monterías para proteger la tez del sol y la lluvia, y por pudor, no pareciendo bien que una señora permaneciese a rostro descubierto en un deporte tan violento y en medio de tantos hombres). Bucklaw pensaba —contemplando su rico atavío y la distinción de que le hacía objeto el montero mayor— que debía de ser ella la persona principal entre las presentes. Observó casi con desprecio, cómo rechazaba la dama el arma que

se le ofrecía para dar la primera cuchillada en el pecho del animal, y descubrir con ella la calidad del venado. Sentíase inclinado a presentarle sus respetos, pero, por desgracia para Bucklaw, su género de vida no le había familiarizado con el trato de las damas distinguidas; y, pese a su natural audacia, sentíase tímido al dirigirse a una señora de calidad.

Por fin se animó lo bastante para decidirse a desear los buenos días a la hermosa cazadora y manifestarle sus deseos de que lo hubiera pasado bien. La respuesta de ella fue muy cortés y recatada, manifestando a Bucklaw en cierto modo su agradecimiento por haber terminado la caza con tal habilidad. Estas escasas palabras llevaron a Bucklaw al terreno que pisaba seguro y entró en una serie de consideraciones y consejos sobre montería. Ella le respondió, con una sonrisa que el antifaz ocultaba apenas, cuán poco le servirían esas instrucciones. El montero mayor se acercó, y Bucklaw, cordial como siempre, propuso se echase a los perros la cabeza del ciervo, pues estaban agotados por el esfuerzo, y que, para fortalecer el ánimo del montero, allí presente, a cuyo cargo quedaba abrir al venado, no vendría mal bebiese un buen trago de cerveza o brandy a la salud de la bella amazona.

El montero, para corresponder a esta atención, tendió a Bucklaw el cuchillo rechazado por la joven, la cual se unió al ofrecimiento.

—Estoy segura, señor, de que mi padre, en cuyo honor ha organizado Lord Bittlebrain esta cacería, no vacilará en confiar todos estos asuntos a un caballero de vuestra experiencia.

Y, después de saludar a Bucklaw con una ligera inclinación de cabeza, se alejó en su caballo seguida por los criados. Bucklaw, encantado de lucir sus habilidades venatorias, entró en faena, remangándose y hundiendo los brazos en sangre y grasa, cortando, hendiendo, partiendo y en ruidosa discusión, con cuantos le rodeaban, sobre cuestiones de montería.

Al contemplar Ravenswood la muerte del ciervo, decayó su entusiasmo transitorio por la caza para dejar paso a ese sentimiento de profundo disgusto que solía experimentar al hallarse —en su actual estado de infortunio— en presencia de sus iguales o sus inferiores. Refrenó a su caballo sobre un pequeño promontorio, desde el cual pudo observar la pintoresca escena que se desarrollaba abajo y oír la algarada de los monteros en alegre mezcla con el ladrar de los perros, así como los relinchos y el impaciente piafar de los caballos. Pero esta despreocupación resonó tristemente en el alma del aristócrata arruinado. La caza, ha constituido, desde los tiempos feudales, un privilegio casi exclusivo de la nobleza y era la principal ocupación de ésta en tiempos de paz. Sentíase Ravenswood deprimido por la sensación de hallarse excluido —debido a su situación actual— del disfrute de un deporte que había constituido un privilegio para sus antepasados, quienes guardaron celosamente el derecho exclusivo a cazar en aquellos terrenos, mientras él, su

heredero, se veía obligado a soportar que unos desconocidos disfrutasen ahora de los placeres de la montería. Sin embargo, su orgullo le hizo sacudirse estos depresivos pensamientos para ocuparse de su amigo Bucklaw, que no parecía darse mucha prisa en devolver el caballo que le prestaran, y que Ravenswood quería ver devuelto a su dueño antes de marchar. Iba a acercarse al grupo de los cazadores cuando se le acercó un jinete que como él se había mantenido apartado durante el asedio del ciervo.

Este personaje daba una impresión de avanzada edad. Llevaba una capa escarlata que mantenía subida hasta cubrirle parte del rostro y su sombrero tenía las alas muy caídas, probablemente para protegerse contra las inclemencias del tiempo. Un servidor esperaba a una cierta distancia. Todo en este caballero denotaba una persona de rango y distinción. Abordó a Ravenswood muy cortésmente, pero no sin algún embarazo, diciéndole:

—Aunque me pareáis, señor, un noble joven perfectamente dotado para el esforzado deporte de la caza, os veo tan indiferente a él como si vuestros hombros soportaran mi carga de años.

—En otras circunstancias me ha interesado más —replicó el Master—; ahora me lo impiden recientes acontecimientos familiares... y además, tenía un mal caballo al principio de la caza.

—Creo que mi mayordomo tuvo la feliz ocurrencia de ceder su caballo a vuestro amigo.

—He agradecido mucho esta cortesía. Mi amigo es Mr. Hayston de Bucklaw, uno de los más hábiles deportistas. Devolverá el caballo a vuestro criado y tomará mi jaca a cambio.

Después de haber reiterado su agradecimiento, el Master de Ravenswood volvió bridas en dirección a su casa, dándose así por despedido de su interlocutor. Pero el desconocido no lo entendía así; volvió a la vez su caballo y lo hizo trotar en la misma dirección que el del Master, tan cerca de él que el joven no hubiera podido evitar su compañía sin dejarlo atrás, cosa mal vista por la etiqueta de la época e impropia, en este caso, del respeto debido a la edad y a la reciente atención del desconocido.

Éste no permaneció silencioso durante mucho tiempo:

—Entonces, ese es el antiguo castillo del Despeñadero del Lobo, mencionado tantas veces en los anales escoceses —y el caballero miraba a la vieja torre ensombrecida ahora por las nubes tormentosas que le servían de fondo.

Ravenswood asintió fría y abstraídamente a esta observación.

—Según he oído —continuó el desconocido sin inmutarse por esta frialdad—, es una de las primeras posesiones de la honorable familia Ravenswood.

—La primera, y probablemente la última.

—Espero... espero que no, señor —contestó el desconocido, aclarando su voz con una tos forzada, y esforzándose en vencer su vacilación—; Escocia sabe cuánto

debe a esta antigua familia, y tiene presentes sus repetidas hazañas. Estoy seguro de que si la situación actual de los Ravenswood llegara a oídos de su Majestad, pondría pronto remedio a la decadencia de esta noble y antigua casa y se hallarían recursos *ad-re-oedificandum antiquam domum...*

—Caballero, le evitaré la molestia de ocuparse más de este asunto —interrumpió el Master con altivez—. Soy el heredero de aquella desgraciada casa... Soy el Master de Ravenswood. Y vos, señor, que parecéis un caballero tan distinguido, debéis daros cuenta de la mortificación que supone para quien sufrió un infortunio el ser objeto de una indeseada compasión.

—Perdón, señor, no sabía... comprendo que no debí hablar de esto... ¿Cómo podía haber supuesto...?

—No necesitáis disculparos, caballero; pues aquí, según creo, se separan nuestros caminos y no os guardo rencor, os lo aseguro.

Pronunciadas estas palabras, Ravenswood dirigió su caballo hacia un estrecho sendero, que conducía a la torre. Pero antes de ponerse en movimiento, apareció, seguida de sus criados, la joven mencionada antes dirigiéndose hacia el caballero de edad.

—Hija —dijo éste a la damita enmascarada—, he aquí al Master de Ravenswood.

Hubiera sido natural responder a esta presentación; pero había algo en la gracia y recato de esta joven, que no sólo le impidió preguntar a quién y por quién había sido presentado, sino que le dejó confuso y no pudo encontrar las fórmulas de rigor. En este momento, la nube que venía cerniéndose sobre la altura donde se hallaba enclavada la torre, extendiéndose y haciéndose cada vez más negra, comenzó a anunciar con lejanos truenos la tormenta que en ella se había fraguado. Dos relámpagos muy seguidos iluminaron allá lejos las grises torretas del Despeñadero, y cubrieron con un instantáneo fulgor rojizo las olas embravecidas del océano.

El caballo de la bella cazadora dio muestras de inquietud e impaciencia, y fue ya imposible para Ravenswood, como caballero, dejarla bruscamente al cuidado de su padre o de sus servidores. Se consideró obligado a prestarle ayuda para dominar a su palafreñ. En esto, el desconocido dijo que como la tormenta aumentaba por momentos y estaban lejos de la casa de Lord Bittlebrains —cuyos huéspedes eran ahora— agradecerían al Master les indicase el refugio más próximo que podrían hallar. Al mismo tiempo miraba con fijeza y embarazo a la torre, pareciendo imposible que su dueño pudiera evadirse de ofrecer a sus interlocutores —en semejantes circunstancias— el cobijo de su casa. Además, Ravenswood pudo observar en la joven cazadora síntomas crecientes de nerviosismo y agitación sin duda debidos a la proximidad de la tormenta.

El Master mostraba también haber perdido el dominio de sus nervios al decir:

—La torre sólo puede ofrecer el amparo de su techo, pero en un momento como

éste... —y el resto de la invitación no salía de su garganta.

El desconocido aceptó apresuradamente este ofrecimiento, más implícito que claramente expresado. Dijo que la salud de su hija era débil; había sufrido mucho con un susto reciente...; que todo estaría bien en tales circunstancias; la tormenta excusaba toda ceremonia...

No había escape posible. Ravenswood abrió la marcha, llevando de la brida el caballo de la joven en previsión de que se espantara con algún trueno. Pudo observar el rubor que iba substituyendo ahora a la palidez que cubría antes la escasa parte del rostro —cuello y sienes— dejada al descubierto por el antifaz. Y sentía con azoramiento cómo se sonrojaban su propias mejillas por tácita simpatía. El padre de tan delicada amazona observaba al Master mientras subían la colina conducente a la torre. Las emociones experimentadas por Ravenswood al encontrarse frente a la mansión con sus invitados, eran de índole muy complicada. Y cuando llamó a Caleb desde el patio, el tono de su voz era agrio, casi agresivo, lo cual parecía bastante reñido con todas las reglas de cortesía.

Acudió Caleb; y ninguna palidez podría compararse a la suya cuando vio a los huéspedes que le traía su amo y pensó con horror cómo se aproximaba la hora del almuerzo. «¿Está loco?», se preguntaba. «¿Qué es esto de traer lords, ladies y criados a las dos de la tarde? Ha perdido la cabeza». Entonces, acercándose, pidió perdón por haber permitido al *resto* de la servidumbre irse a presenciar la caza. ¡Cómo iba él a suponer que su amo volvería tan pronto!

—¡Silencio, Balderstone! —dijo Ravenswood severamente—: eres de una estupidez irremediable. —Y, volviéndose hacia sus invitados: —Señor y señora, este viejo y una mujer aún más vieja y más imbécil, constituyen toda mi servidumbre. Pero todavía andamos más escasos en medios para atenderos, que en criados. De todos modos podéis disponer de lo poco que hay.

El caballero de edad, sorprendido por el aspecto ruinoso y casi salvaje de la torre, aún más desconsolador a la tenebrosa luz de la tormenta, lo contemplaba todo con inquietud, como arrepintiéndose de haber aceptado esta hospitalidad. Pero no podía volverse atrás.

En cuanto a Caleb, quedó petrificado ante la contundente confesión pública de su amo, y sólo pudo murmurar —dentro de su barba de una semana—. «¡Está de remate... loco perdido...! Pero que el diablo se lleve a Caleb Balderstone si la familia pierde ni una pizca de crédito por muy desquiciado que esté mi amo». Entonces se adelantó audazmente, y, a pesar de las señales irritadas que le dirigía el Master, preguntó con grave cortesía si no le serviría a la señorita algún refrigerio... un vaso de *tokay*... o mejor, vino añejo de Canarias...

—¡Basta ya de inoportunas tonterías! —exclamó el Master, malhumorado—. Lleva los caballos a la cuadra y no vuelvas a interrumpirnos con tus simplezas.



—Obedezco en todo a su señoría. Si a sus nobles huéspedes no les atrae el *tokay* ni el Canarias...

Pero la tozudez de Caleb fue interrumpida por la voz de Bucklaw, la cual dominaba sobre el estruendo que se aproximaba a la torre: cuernos de caza, ruido de herraduras, gritos...; todo ello indicaba que el divertido joven se acercaba a la cabeza de la mayor parte de los criados que tomaron parte en la cacería.

—¡Que el diablo me lleve —dijo Caleb, armándose de valor ante esta nueva invasión de filisteos— si logran vencerme todavía! ¡Este vago bullanguero, habrása visto, traerme a toda esta gentuza sedienta de aguardiente, sabiendo como sabe nuestra situación! Pero están listos si creen que van a entrar.

Las medidas tomadas por Caleb para oponerse a la invasión, se conocerán en el próximo capítulo.

## CAPÍTULO X

### DONDE LOS DESCONOCIDOS DEJAN DE SERLO

HAYSTON de Bucklaw era uno de esos desaprensivos que no vacilan entre su amigo y su diversión. Al saber que las personas más distinguidas asistentes a la cacería se dirigían hacia el Despeñadero del Lobo, los cazadores propusieron llevar allí el venado, proyecto aceptado en seguida por Bucklaw, pensando en el asombro que la llegada de la tropa había de causar al viejo Caleb, y muy poco en el dilema en el cual pondría a su amigo el Master. Pero en Caleb encontraría un animoso antagonista. En cuanto su amo entró en la residencia con sus nobles huéspedes, comenzó Balderstone sus operaciones, diciendo a los criados entrados antes con su amo:

—Como traen la pieza cobrada, debíamos recibirlos en la entrada para corresponder a ese honor...

Los incautos domésticos aceptaron esta idea y apenas hubieron cruzado todos ellos el umbral, Caleb cerró la única hoja abierta —la otra la había cerrado el viento— de un portazo que resonó desde el sótano hasta las almenas. Con el enemigo ya fuera, y aumentado con los recién llegados, parlamentó con los monteros desde una especie de tronera (a través de la cual reconocían los centinelas, en épocas pasadas, a quienes se presentaban ante la fortaleza). Les dio a entender, en una alocución breve y enérgica, que la puerta del castillo no solía abrirse bajo ningún pretexto a las horas de comer. Su señoría, el Master de Ravenswood, y algunos invitados de calidad, acababan de sentarse a la mesa...; en la taberna de Wolf's-hope había un aguardiente de lo mejor...; y hasta llegó a sugerir vagamente la posibilidad de que le pasaran la cuenta al Master. Pero esto último quedó muy dudoso, pues Caleb, como Luis XIV, no quería llevar los subterfugios hasta la falsedad, y trataba de engañar con mentiras «indirectas».

Estas noticias fueron recibidas con sorpresa por unos, con risas por otros, y algunos protestaron. Pero Caleb era impermeable a toda súplica y razonamiento.

—Si el mismo rey viniese aquí a la hora de comer, no le abriría yo, para no faltar a la tradicional costumbre de los Ravenswood.

Bucklaw estaba exasperado, y con más juramentos y maldiciones de los que podríamos poner aquí, se declaró víctima de una atroz injusticia, y exigió hablar urgentemente con el mismo Master. Pero Caleb se hizo el sordo —después de decirle a Bucklaw que más le valía echarse a dormir, y que le estaba bien empleado— dejándolos a todos allí digiriendo su exclusión.

Otra persona, sin saberlo Caleb, había oído sus palabras. Nos referimos al mayordomo del desconocido —un hombre de aspecto digno y que inspiraba confianza—, el mismo que dejara su caballo a Bucklaw. Estaba en la cuadra cuando Caleb llevó a cabo la expulsión de sus colegas, y se libró así de ella. Este hombre

percibió el motivo de la conducta del anciano criado, y conociendo las intenciones de su amo hacia la familia Ravenswood, no dudó de las medidas que debía adoptar. Ocupó el puesto de Caleb en la tronera, cuando éste la abandonó, —sin que se diera cuenta— y anunció a la tropa de criados «el gusto que tenía su amo en que la servidumbre de Lord Bittlebrains y la suya propia fueran a divertirse a la taberna cercana y que bebieran a costa suya cuanto les apeteciera».

El alegre tropel de cazadores se retiró de la inhospitalaria puerta de la torre, mandando al diablo con expresiones groseras el castillo, su propietario y todo lo que encerraba. Bucklaw estaba tan mal educado, que pronto se asimiló el estado de ánimo de aquella gente. Había escuchado hacía poco grandes alabanzas a su persona, en contraste con las maldiciones que oía amontonarse ahora sobre Ravenswood. Desfilaron por su mente los días tristes y monótonos pasados en la torre y los comparaba con la jovialidad habitual de su vida. Interpretó como una ofensa el habersele negado la entrada al castillo. Todos estos sentimientos le llevaron a decidir su ruptura con el Master.

Al llegar a la taberna del pueblecillo de Wolf's-hope, se encontró allí inesperadamente con un antiguo conocido, que se apeaba del caballo: el mismísimo respetable capitán Craigengelt, quien se le acercó al instante y, como si nada hubiera pasado, le dio un efusivo apretón de manos. Bucklaw contestó con igual cordialidad, y Craigengelt supo ya a qué atenerse.

—¡Que vivas muchos años, Bucklaw! —exclamó el «capitán»—. ¡Todavía pueden vivir en este mundo despreciable las personas honradas!

Los jacobistas de este período usaban la expresión *personas honradas* para designar a los de su partido. Ignoro hasta qué punto estaba esto justificado.

—¡Sí, y por lo visto *las otras* también! —replicó Bucklaw—. ¿Cómo si no te atreviste a llegar hasta aquí?

—¿Quién?... ¿Yo? Si soy tan libre como el viento. Todo se ha arreglado... No se atrevieron a encerrarme más de una semana... Cierta persona tiene mejores amigos entre ellos de lo que puedes figurarte...

—¡Pché! —contestó Hayston, el cual conocía perfectamente el carácter de este nombre, y lo despreciaba—. Déjate de incongruencias y baladronadas. Dime la verdad: ¿no te persiguen?

—No, hombre, no. Más libre estoy que un alcalde *whig*<sup>[17]</sup> paseándose por su distrito y que un cura presbiteriano en su púlpito. Y he venido a decirte: Bucklaw, no necesitas ya esconderte.

—Entonces, Craigengelt, ¿sigues siendo amigo mío? —¿Amigo? ¡Si somos como la mano y el guante, si soy tuvo en vida y en muerte!

—Esto lo vamos a ver ahora mismo —respondió Bucklaw—. Tú tienes siempre dinero, por el medio que sea. Préstame dos soles para enjuagar el polvo de las

gargantas de estos honrados muchachos. Eso en primer lugar, y luego...

—¿Dos soles nada más? Veinte están a tu disposición, chico, y otros veinte para responder de ellos.

—¿Es posible? —dijo Bucklaw, perplejo, pues su perspicacia le hacía sospechar de algún motivo extraordinario oculto bajo tal exceso de generosidad—. Craigengelt, o eres una persona decente y me cuesta mucho trabajo creerlo, o eres más listo de lo que te supongo, y esto tampoco puedo admitirlo.

—*L'un n'empeche pas l'autre*. Tócalo... pruébalo. Es oro de lo más fino.

Y puso un puñado de monedas de oro en manos de Bucklaw, el cual se las guardó sin contarlas ni mirarlas siquiera, diciendo a Craigengelt que hallándose en tales circunstancias, se veía obligado a alistarse, aunque la prima de enganche la pagara el diablo. Luego, dirigiéndose a los cazadores, les gritó: «¡Vamos, muchachos; lo pago todo!».

—¡Viva Bucklaw! —se oyó por doquier.

—Y maldito sea quien se aprovecha de la diversión y deja a los monteros más secos que el pellejo de un tambor —dijo uno de los hombres.

—La casa de Ravenswood no es ni sombra de lo que fué, y el Master es un belitre avariento.

Conformes todos en este juicio, irrumpieron tumultuosamente en la taberna, donde estuvieron bebiendo hasta una hora muy avanzada.

El temperamento jovial de Bucklaw rara vez le permitía escoger a sus compañeros de diversión. En esta ocasión, con el estímulo adicional de la reciente abstinencia, era tan feliz presidiendo a los festejantes como si hubieran sido príncipes. Craigengelt tenía sus fines para inducirlo a extremar sus inclinaciones; y supo excitarlo, tomando él parte activa en la juerga, cantando y barbarizando como también Craigengelt sabía hacerlo.

Una escena muy diferente desarrollábase entre tanto en la torre. El Master condujo a sus invitados al gran *hall* de su mansión. El incansable Balderstone había conseguido, a fuerza de paciencia, adecentar la saía haciendo desaparecer las huellas del banquete funeral. Pero su habilidad no podía borrar la sombría apariencia de los desnudos muros ni la forma de las angostas ventanas, que parecían ideadas para impedir la entrada de la luz; y el cielo plomizo de tormenta intensificaba la oscuridad.

Ravenswood acompañó a la damita hasta el fondo del *hall* y el padre de ésta se detuvo junto a la entrada para quitarse el sombrero y la capa. En este momento se oyó el portazo, ruido que sobresaltó a aquel caballero, haciéndole acercarse a la ventana y mirar alarmado a Ravenswood al ver cómo habían quedado fuera sus criados.

—Nada temáis, señor —dijo Ravenswood—. Mi techo puede proteger, pero no dar la bienvenida. Creo —añadió— que ya es hora de conocer a quienes han honrado así mi ruinosa morada.

La joven permanecía silenciosa e inmóvil, y el padre, a quien se dirigía la indicación, daba la impresión de un actor que se hubiera encargado de interpretar un papel superior a sus fuerzas y callase cuando le correspondiera hablar. Los gestos que hizo para presentarse fueron torpes y nerviosos, y parecía le costaba un esfuerzo sobrehumano desabrochar el cuello de la capa y quitarse el sombrero de castor. La oscuridad del cielo aumentaba por momentos, como para suplir la necesidad de aquellos embozos que por fin había apartado de sí. La impaciencia de Ravenswood crecía en proporción a esta tardanza. Se esforzó por contener su impulso de hablar, y el que acababa de descubrirse no encontraba palabras para expresar lo que deseaba. Finalmente, la impaciencia del Master rompió el silencio:

—Según veo, Sir William Ashton no parece dispuesto a anunciarse en el castillo del Despeñadero.

—Creí que no sería necesario —dijo el Lord Keeper, libertado de su silencio, como un espectro por la voz del exorcista—; y os agradezco, Master de Ravenswood, que hayáis roto el hielo, pues las circunstancias —desgraciadas circunstancias, permitidme llamarlas así— hacían mi presentación singularmente penosa.

—Entonces —dijo el Master severamente—, ¿no he de considerar el honor de esta visita como una pura casualidad?

—Puntualicemos —respondió el Lord Keeper con una tranquilidad quizás sólo aparente—; este es un honor que deseo con verdadero interés desde hace algún tiempo, pero nunca podría haberlo obtenido a no ser por la tormenta. Mi hija y yo celebramos igualmente se haya presentado esta oportunidad de dar las gracias al valiente a quien debemos la vida ella y yo.

El odio que dividiera a las grandes familias en la época feudal, había perdido poco de su acritud, aunque ya no se exteriorizase en acciones violentas. Ni los sentimientos que Ravenswood experimentaba más o menos conscientemente hacia Lucy, ni la hospitalidad debida a sus huéspedes, podían vencer por completo las profundas pasiones que revolvían su alma al contemplar al enemigo de su padre en el *hall* de la familia cuya ruina había acelerado. Sus miradas iban del padre a la hija con indecisión. Sir William Ashton la aprovechó, y dirigiéndose a su hija, le quitó el antifaz.

—Lucy, querida —dijo, conduciéndola hasta Ravenswood—, expresemos al Master nuestra gratitud, abiertamente y sin disfraces.

—Si consiente en aceptarla —fue cuanto dijo Lucy, pero en un tono tan suavemente modulado, y pareciendo implicar a la vez pena y perdón por la fría acogida, que sus palabras llegaron al corazón de Ravenswood. Murmuró algo entre admirado y confuso y vino a terminar con una efusiva expresión de su dicha al poder acogerla bajo su techo. La saludó según mandaba el ceremonial de la época en semejantes ocasiones. Rozaron levemente sus mejillas, y Ravenswood retuvo

mientras la mano de ella en la suya. Lucy seguía ruborizada, mostrando con ello estar concediendo un mayor significado a esta costumbre. En ese momento, un relámpago inundó la estancia con luz cegadora. La escena adquirió un relieve momentáneo: la leve figura de Lucy Ashton, la bien proporcionada y arrogante de Ravenswood, sus facciones morenas, y la expresión vehemente y vacilante a la vez, de sus ojos, las panoplias y escudos en los muros... Todo ello impresionó al Keeper instantáneamente. Siguió, casi sin interrupción, un trueno formidable, pues la tormenta estaba muy próxima al castillo. El ruido fue tan súbito y terrible que la vieja torre se estremeció hasta sus cimientos, y todos creyeron que se derrumbaba. El hollín, el cual llevaba siglos durmiendo en las chimeneas, se vino abajo por los enormes tubos. Y, ya fuera por haber caído un rayo en la torre, ya por la violenta conmoción del aire, lo cierto es que varias piedras de enorme tamaño se desprendieron de la construcción y cayeron rodando al mar. Parecía como si el antiguo fundador del castillo estuviese dirigiendo la tormenta y manifestara así su disgusto por la reconciliación entre su descendiente y el enemigo de su casa.

La consternación fue general, y Lucy estuvo a punto de desmayarse. Así, se hallaba el Master por segunda vez dedicado a la más delicada y peligrosa de todas las tareas: prestar apoyo y asistencia a una joven en la cual ya pensaba despierto y dormido por haberla encontrado en una situación semejante. Si el Genio de la Casa no veía con buenos ojos esta relación entre el Master y su bella invitada, no pudo haber escogido peor los medios de manifestar su oposición. En efecto, esa serie de pequeñas atenciones inevitables en ocasiones como aquella, obligó al Master a tener un mayor contacto con el padre. Conducirse rudamente, o aunque fuese sólo con frialdad, hacia un hombre de edad, cuya hija (y una hija *como aquella*) se hallaba sentada entre ellos vencida por el terror, y todo esto bajo su techo, era algo inconcebible. Y cuando Lucy, tendiendo una mano a cada uno, pudo ya agradecer a ambos su amabilidad, el Master sintió que se derretía en gran parte su hostilidad hacia el Lord Keeper.

Todo impedía que Lucy Ashton reanudase su viaje a casa de Lord Bittlebrains: el tiempo, su estado de salud, la ausencia de los criados... Y el Master tuvo que ofrecerles la suya para el resto del día y la noche. Pero Ravenswood volvió a sufrir recordando el miserable estado de su morada.

—No volváis a disculparos por esas deficiencias —le interrumpió el Lord Keeper—. Preparáis un viaje al Continente y nada más lógico que vuestra casa no esté provista de ciertas cosas. Si volvéis a insistir en eso, nos obligaréis a buscar alojamiento en la aldea.

Cuando iba a contestar Ravenswood, se abrió la puerta del *hall* y Caleb entró apresuradamente.

## CAPÍTULO XI

### PARA DEMOSTRAR EL PARTIDO QUE PUEDE SACARSE DE UN TRUENO

LA descarga atmosférica, que alarmó a todos, sirvió en cambio para espolear el audaz genio inventivo de la flor de los mayordomos. Caleb, casi antes de haber cesado el estruendo, sin preocuparse de si el castillo se iba a derrumbar o no, exclamó: «¡El cielo sea loado! ¡Esto viene que ni pedido de encargo!». Entonces cerró la puerta de la cocina ante las narices del criado principal del Lord Keeper, que volvía de hablar a los cazadores.

—¿Cómo diablos consiguió entrar? Pero... me da igual... Oye, Mysie, ¿qué haces ahí tiritando junto al fogón? Ven acá... Ó, mejor, estáte ahí; pero chilla con todas tus fuerzas... Es para lo único que sirves... Vamos, vieja bruja... chilla... Más fuerte, mujer, más fuerte, que te oigan los señores en el *hall*... Además, a romper la loza...

Y con un golpe barredor derribó de una repisa varios cacharros de peltre y de barro. Levantó la voz sobre el ruido del destrozo, gritando y rugiendo de tal manera que los terrores histéricos de Mysie por la tormenta, trocáronse en miedo de que su viejo compañero se hubiera vuelto loco.

—¡Todo lo ha hecho pedazos, Dios mío! ¡Ha tirado al suelo la comida del Master! ¡El viejo ha perdido un tornillo con la tormenta!

—¡Muérdete la lengua, mala pécora! Ahora es cuando está listo el almuerzo —el almuerzo y todo— ¡el trueno lo ha hecho en un abrir y cerrar de ojos! A ver, ese criado forastero, que no entre en la cocina; sal a jurarle que el rayo ha entrado por la chimenea, ha caído aquí, y ha hecho migas la mejor comida que se ha preparado en el mundo: vaca... tocino... cabrito... alondra... liebre... aves silvestres... venado... y lo que se te ocurra. Pon mucho de todo y no te preocupen los gastos. Yo voy unos momentos arriba... Como ya te he dicho, mucho cuidado con ése.

Caleb se detuvo un momento ante la puerta del *hall* y miró —por una abertura que el tiempo había hecho en ella para beneficio de sucesivas generaciones de criados — la escena que ya conocemos. No queriendo empeorar el estado nervioso de Miss Ashton, tuvo la prudencia de esperar un poco. Además, pensó que así le harían más caso.

Cuando vio que los de la sala volvían a la normalidad, penetró en ella aparatosamente.

—¡Qué desgracia! ¡Qué horrible desgracia ha caído sobre la Casa Ravenswood! ¡Que haya de ver yo esto!

—¿Qué pasa, Caleb? —dijo su amo, algo alarmado—; ¿se ha derrumbado alguna parte de...?

—¿Derrumbado? ¡No! Algo peor que eso. El trueno ha caído por la chimenea y allí está todo tirado por aquí... y por allá... Y con nuestros nobles huéspedes —aquí una inclinación a Sir William y a su hija— y no nos ha quedado ni tanto así para servirles el almuerzo... ni la cena, por supuesto.

—Te creo, Caleb —dijo Ravenswood secamente, y, viendo que el viejo se disponía a lanzarse de nuevo; le increpó—: ¡Guárdate tus insoportables tonterías, viejo idiota! —Pero en verdad no se atrevía a contradecirlo por no hacer más ridícula la situación.

Caleb vio que podía sacar ventaja de esto y, aprovechando que entró el mayordomo del Lord Keeper y se acercó a hablar aparte a éste, dijo él a su amo:

—¡Señor, callaos, por amor del Cielo! Si me place perder el alma mintiendo por el honor de la familia, no debéis meteros en ello. Si me debáis seguir tranquilamente, seré moderado en mi banquete; pero si me contradecís, ¡que el diablo me lleve si no cuento el almuerzo de un duque!

Ravenswood se resignó a oírlo y Caleb se puso a enumerar con los dedos:

—Primero: capones con caldo blanco... cabrito asado... tocino, con perdón; secundo: liebre asada... cangrejos en mantequilla... ternera a la florentina; tercero: tarta, flan, *plumdamas*, algunas dulzainas más... y confites... y... eso es todo —cortó Caleb observando la impaciencia de su amo—. Sí, eso es todo, aparte de las peras y manzanas.

Miss Ashton se había repuesto poco a poco, y ahora podía observar la contenida impaciencia del Master, contrastando con la seguridad con la cual detallaba Caleb su banquete imaginario. Esta escena le pareció tan ridícula que no pudo contenerse y rompió a reír. Su padre se unió a ella, aunque con más moderación, y el mismo Master acabó por reírse, aunque la diversión era a costa suya. La risa aumentaba de modo alarmante. Cesaron las carcajadas... volvieron a empezar, y así varias veces. Caleb, entretanto, resistía firme la oleada con grave y resentida dignidad, aumentando esto lo ridículo de la escena y el regocijo de los espectadores.

Por fin, cuando se agotó la hilaridad, exclamó con muy poca ceremonia: «¡El demonio de los señores! Comen tan principescamente, que la pérdida de un almuerzo tan colosal los pone más alegres que el mejor chiste».

Y esto les hizo reír de nuevo. Sir William, no queriendo extremar esta situación molesta para Ravenswood, se dirigió a Balderstone:

—Mr. Caleb; creo que entre mi criado Lockhard y vos, podríais encontrar remedio a esta desgracia.

Caleb trató de defender su independencia en una cuestión «que afectaba al honor de la casa», pero su amo le hizo callar. El Keeper dijo que su mayordomo «tenía costumbre de esas cosas» y se acordó que fueran los dos fámulos a la aldea cercana.

—Aquí tienes mi bolsa, Caleb —añadió el Master.



—¿Para qué necesito vuestra bolsa en vuestro propio terreno? ¿Vamos a pagar lo que es nuestro?

Los criados salieron del *hall*, y tanto el Lord Keeper como su hija se disculparon por haberse reído del viejo, a lo cual respondió Ravenswood con palabras dignas sobre «el buen humor con que ha de conllevarse el ridículo inherente a la pobreza».

Después de consultar con Mysie, se dispuso el alojamiento de los invitados. Ravenswood cedió su aposento a Miss Ashton, y Mysie (que en tiempos fue una persona de mundo) se puso un vestido de satén negro —el cual había pertenecido a la abuela del Master y figurado en los bailes palaciegos de Henrietta María— y sirvió a la joven de azafata. Luego preguntó por Bucklaw, y, enterándose de que estaba en la aldea con los cazadores, dio a Caleb el encargo de informar a éste del compromiso que tenía en la torre, y cómo le agradecería pasara la noche en la posada, para poder instalar al caballero en la cámara secreta. En cuanto a él, pasaría la noche junto a la chimenea de la sala, arropado en su capa de campaña.

Lockhard llevaba instrucciones de su amo para traer provisiones de la posada. El Master sacó por segunda vez su bolsa, pero como el otro criado estaba mirando, no quiso tomarla Caleb, aunque le ardieran los dedos por atraparla: «¿No me la podía haber deslizado discretamente en la mano?» se preguntaba el viejo, decepcionado. «Su señoría no aprenderá nunca a hacer estas cosas con habilidad».

## CAPÍTULO XII

### EL LEMA DE CALEB PUESTO EN ACCIÓN: TODO POR EL HONOR DE LA CASA

CALEB no las tenía todas consigo en su expedición. No se atrevió a contarle a su amo cómo había ofendido por la mañana a Bucklaw; había rechazado la bolsa con excesivo apresuramiento; y, en tercer lugar, temía la actitud que pudiese adoptar Bucklaw al verlo. Le molestaba, además, que Lockhard le ayudase en algo «donde el honor de la casa estaba en juego».

El pueblecito de Wolf's-hope ganaba su vida con la pesca. Tradicionalmente venían pagando sus habitantes una especie de tributo a los Lores de Ravenswood. Pero, aprovechando las dificultades por las cuales atravesara esta familia, habían ido indenendizándose de aquellas pequeñas exacciones. Caleb había conseguido prolongar la costumbre establecida por los señores escoceses para remediar su propia pobreza, sobre súbditos aún más pobres. Los tiempos habían cambiado, y el viejo criado lo sentía. Ahora no podía ya convencer a los vecinos del castillo, a cinco millas a la redonda, de que aquella reminiscencia de la época feudal no había muerto, sino que dormitaba tan sólo.

Los habitantes de Wolf's-hope comenzaron a gruñir, a resistirse y acabaron por negarse de plano a toda contribución en especie. En vano les recordaba Caleb que el oncenso Lord Ravenswood, interesado en la navegación, les había construido un pequeño muelle para las barcas de pesca, y que entonces habían acordado darle el primer huevo puesto por cada gallina todos los lunes del año, contribución llamada por ellos «el huevo del lunes».

Los pueblerinos escuchaban, se rascaban la cabeza carraspeaban, y contestaban a una: «Cualquiera sabe...», refugio universal para los campesinos escoceses cuando se les viene a reclamar un derecho cuya legitimidad reconoce su conciencia y niegan sus intereses. En una ocasión, pretendió Caleb exigirles el pago de los atrasos, y el tonelero, persona muy importante en un lugar pesquero, explicó «que las gallinas de Wolf's-hope habían cacareado muchos días para los Lores de Ravenswood y ya iba siendo hora de que cacareasen para quienes les daban cebada y les construían gallineros».

Decidieron traer a un abogadillo, un tal Davie Dingwall, para zanjar la cuestión. Celebróse una magna reunión en la aldea, y Caleb asistió a ella. Davie Dingwall, astuto leguleyo rural —al servicio de Sir William Ashton— supo envolverlo en sus redes. Y cuando el fiel servidor puso de relieve a los aldeanos las consecuencias que tendría para ellos el retirarles Lord Ravenswood su protección, Dingwall se burló de él, y le hizo ver que vivían en una época avanzada en la cual bastarían un cabo y cuatro guardias para proteger a la aldea *contra* Lord Ravenswood.

El resultado de esta reunión cerró al ingenioso Balderstone los filones de este El Dorado, o Perú, al cual solía recurrir en días de apuro. Decidió castigar a los pescadores privándoles de su presencia y se prometió no poner más el pie allí. Y, en verdad, aquéllos consideraban a Mr. Caleb como alguien relacionado con un orden superior de seres, cuya presencia era ornato de sus festejos. «Mal deben andar las cosas en el castillo, cuando Mr. Caleb no aparece por aquí», decían todos. Pero, lo de los huevos... Por eso no pasaban.

¿Qué haría ahora Balderstone? ¿Reconocer ante aquel extraño que tenía cerradas todas las despensas?

Por lo pronto se desembarazó de Mr. Lockhard:

—Si queréis entrar en esa taberna de donde sale luz... y donde están cantando *Caul Kail in Aberdeen*, podéis cumplir el encargo de vuestro amo... Yo iré mientras a ocuparme de buscar los demás víveres.

Con pies pesados como el plomo, pero mucho más ligeros que su corazón, siguió andando por la calle tortuosa y empedrada, meditando sobre la estrategia más eficaz. Había de encontrar alguien en quien pudiera más la admiración por la grandeza pasada que el orgullo por su reciente independencia. No podía recordar ningún habitante con esta disposición mental. Pasó revista a todos ellos en su memoria y concluyó que el más indicado era precisamente aquel Gibbie Girder, el tonelero ya mencionado —quien, por otra parte, se vería obligado a tomar una actitud digna por haber sido el conductor de la «insurrección de los huevos». El caso es que este notable del pueblo estaba casado con la regordeta monada Jean Lightbody, hija del viejo Lightbody, y la mujer de éste era Marión, la cual había servido con los Ravenswood hacía cuarenta años—.

Con decisión entró sin escrúpulos hasta la habitación próxima a la cocina, desde donde pudo observar sin ser visto. Un fuego magnífico crepitaba en la chimenea. La mujer del tonelero se contemplaba su hermosa cara, reflejando buen humor, en un espejo roto, y daba los últimos toques a su atavío de los días festivos. Su madre, una alegre vieja, se hallaba sentada junto al fuego luciendo un vestido de gorgorán, fumando en pipa y vigilado un gran caldero en el cual cocía un apetitoso caldo de vaca. Dos aprendices del tonelero, uno a cada lado de la fogata, atendían a dos asadores cargados el uno con una pierna de cordero y el otro con un pato bien cebado. Esto era más que suficiente para deslumbrar a Caleb, el cual, por si fuera poco, había podido ver en el comedor una gran mesa con cubiertos para diez o doce personas, con manteles blancos como la nieve. La vajilla, reluciente, y las jarras y copas, de excelente calidad. Todo ello presagiaba un verdadero banquete.

Caleb, una vez dentro de la cocina, halló en ella una acogida cordialísima, por parte de la madre y la hija. El Despeñadero del Lobo era la corte de aquella baronía, y Caleb, el primer ministro de la Torre.

—¡Pero si es Mr. Balderstone! ¡Sentaos... sentaos! ¡Cuánto se alegrará mi marido! Vamos a bautizar al crío... Ya lo sabéis, ¿no? Os quedaréis, ¿eh? Así veréis la fiesta. Hemos matado una ternera y uno de los chicos fue a cazar... Antes os gustaban las aves silvestres, ¿no?

—No, no, buena mujer. Entré sólo un momento para saludaros. Hubiera querido saludar también a vuestro marido. Pero he de irme —dijo Caleb haciendo como que se marchaba.

La vieja lo agarró con gran confianza y lo obligó a sentarse, a lo cual se avino él sin mucha resistencia.

Dijo que en cuanto a la comida, estaban atareadísimos en el castillo reparando tartas y platos raros todo el santo día.

La madre le aseguró que no había tartas como las de ellas, y debía probarlas. Él dijo que por el olor se comprendía su extraordinaria calidad, pero no podía probarlas por haber comido mucho hacía un rato, aunque para no hacerles un feo se iba a llevar una de ellas y se la tomaría de postre por la noche. Y la envolvió en un amplio paño que había traído consigo previendo la ocasión. Las mujeres se sonrieron al ver esto.

—Y ¿qué hay por el castillo? —dijo la esposa del tonelero.

—Lo más grande. Algo formidable. El Lord Keeper está allí con su guapísima hija, dispuesto a confiarla a los brazos de mi señor. Y estoy viendo que él está dispuesto a coserle nuestras tierras en la cola de su falda.

—¡Ay, señor! Y ¿cómo es? Y ¿se casará con ella? ¿De qué color son sus cabellos?

—¡Vamos! Ya está bien. Haría falta un día entero para responder a tantas preguntas. ¿Dónde está Gilbert?

—Fue a buscar al pastor —dijo Mrs. Gilbert— Mr. Peter Bide-the-Bent, del Mosshead. El buen hombre tiene reumatismo de cuando andaba huido por las montañas en los días de la persecución.

—¡Ah! ¿De modo que *whig*<sup>[18]</sup> y montañés? —dijo Caleb malhumorado—. Felices los tiempos en que Míster Cuffcushion y su libro de rezos hubieran podido honrar un bautizo, ¿verdad, Marión?

—Es verdad —contestó Mrs. Lightbody—, pero ¿qué va a hacer Jean sino cantar los salmos si su marido se empeña y él es quien manda?

Luego insinuó Caleb que su interés en ver al cabeza de familia obedecía a cierto favor que podría hacerle el Lord Keeper, una plaza de tonelero en Leith —la de Peter Poncheon, que acababa de morir— y como quiera que estaba ahora en el castillo, el Master podía recomendárselo... Las mujeres insistieron en que esperase.

En esto rompió a llorar la criatura motivo de la fiesta. Madre e hija acudieron a ver qué le ocurría y para ello habían de cruzar toda la casa. Caleb, al verse solo, tomó rapé para darse valor y, dirigiéndose al mayor de los chicos que daban vueltas a los asadores, un muchacho de once años, le dijo: «Caballerete, aquí tienes dos peniques.

Vé a la posada y dile a Mrs. Smattrash que me llene la tabaquera y que te dé, de mi parte, un pedazo de pan de gengibre. Yo mientras daré vueltas a tu asador».

En cuanto desapareció el mayor de los chicos, Caleb mirando al otro con toda severidad, quitó del fuego el asadoi que sostenía el pato salvaje, calóse el sombrero y marchóse tranquilamente. Al pasar por delante de la taberna, dejó en breves palabras el encargo de decir a Mr. Hayston de Bucklaw que no lo esperaban aquella noche en el castillo.

Si Caleb había sido escueto en su recado, la tosca maritornes que lo comunicó a Bucklaw fue ya terriblemente ruda, y el sanguíneo joven se sulfuró de lo lindo. El capitán Craigengelt propuso, con el aplauso unánime de todos los presentes, dar alcance al viejo zorro antes de que se metiese en la madriguera, y arrastrarlo en una manta. Pero Lockhard, allí presente, conminó a los criados de su amo y a los de Lord Bittlebrains, en tono autoritario, que la menor impertinencia cometida contra el criado del Master de Ravenswood causaría a Sir William Ashton el mayor enojo. Y con estas palabras, salió de la taberna seguido por los criados cargados con provisiones, alcanzando a Caleb a la salida del pueblo.

## CAPÍTULO XIII

### TODO SALE EN ÉL A PEDIR DE BOCA

FUE cosa digna de verse el rostro del chico, único testigo de la violación inferida por Caleb a las leyes de la hospitalidad y de la propiedad. Se quedó de una pieza, como si hubiera visto una de esas apariciones espectrales de los cuentos de invierno; y, en su estupefacción, dejó achicharrarse el asado de cordero confiado a su vigilancia, aumentando así las desventuras del día. Lo sacó de su ensimismamiento un vigoroso bofetón que le propinó la dama Lightbody, la cual (aunque en otros aspecto hacía honor a su nombre)<sup>[19]</sup> era una mujer forzuda experta en el uso de sus manos, cosa que, según algunos había sabido por experiencia su difunto marido.

—¡Eres una calamidad! Dime, ¿cómo dejaste quemar el asado?

—No sé —dijo el chico.

—Y, ¿adónde ha ido el otro tabardillo?

—No sé.

—Y Mr. Balderstone ¿dónde está?... Pero, por vida de... ¿adónde fue a parar el pato que se asaba aquí?

En esto entró Mrs. Girder y se unió a las exclamaciones de su madre, gritándole al niño por un oído, mientras la vieja le ensordecía el otro, hasta atontarlo por completo, e incapacitarlo para contar nada comprensible. Sólo cuando volvió el otro aprendiz pudieron enterarse.

—¡Habrás visto! —dijo Mrs. Lightbody—. ¿Quién iba a decir que Caleb Balderstone podía jugar esta trastada a unos antiguos amigos?

—¡Vaya lío! Y ¿qué le digo yo a mi marido? ¡Ay, nada me puede librar de la tunda que me va a dar!

—Para pegarte a ti me tendría que pegar a mí primero —le contestó su madre.

Entraron en ese momento en la cocina el tonelero y el cura. La joven esposa, atractiva en sus atavíos domingueros, se lanzó a recibir el primer ataque, mientras su madre —como la división veterana de una legión romana— permaneció a retaguardia, dispuesta a reforzar a su hija en caso necesario. Ambas esperaban retrasar el descubrimiento de lo ocurrido; la madre interponiendo su voluminosa persona entre Mr. Girder y el fuego, y la hija por la extremada cordialidad con que recibió a los recién llegados. Pero no pudieron evitar que el tonelero reparase en la ausencia del pato.

—¿Por qué se ha servido la carne de ave sin esperarnos? —preguntó airado.

—No se ha servido —dijo su mujer—; fue... un accidente.

—¿Qué accidente? —inquirió Girder con ojos centelleantes.

Entonces acudió la dama Lightbody a reforzar las defensas:

—Se la di a un conocido mío. ¿Y qué?

Su yerno se quedó mudo de asombro. Y luego preguntó con sorda irritación:

—Y ¿se puede saber su nombre, por favor?

—El digno Mr. Caleb Balderstone, del Despeñadero del Lobo —contestó la suegra, dispuesta a dar la batalla.

¡A Caleb! Girder se sintió estallar de ira y, no atreviéndose con la poderosa Mrs. Lightbody, que le esperaba con un hierro de asador en la mano, se volvió contra su mujer, pero la intervención del melifluo ministro contuvo su indignación.

—Gilbert —dijo Mr. Bide-the-Bent—, en esto debías ver los altos designios de la Providencia. Piensa en lo que significa el hijo de un poderoso opresor habiendo de recurrir a mantener su casa con lo que a ti te sobra.

—Y además —añadió la esposa—, tampoco era para Lord Ravenswood; era para festejar al Lord Keeper como le llaman, que está allá en el castillo.

—¡Sir William en el Despeñadero! —exclamó atónito el tonelero.

—Y que son uña y carne, Ravenswood y él —explicó la suegra.

—¡Pero si son como el gato y el perro! Esta vieja me querría hacer creer que la luna está hecha de queso verde.

—Pues te equivocas. Además —añadió Mrs. Lightbody—, Peter Puncheon, el tonelero de los almacenes reales, ha muerto, y la plaza está vacante...

Hablaron a la vez la madre y la hija a grandes voces. El oficial mayor de Girder, que había llegado durante la trifulca, intervino para decir:

—Maestro, vuestra mujer no dice más que la verdad. He visto a los criados del Lord Keeper bebiendo en casa de Luckie Smattrash.

—Y ¿está su amo en la Torre? —le preguntó Girder.

—Sí que está.

—Y ¿son amigos Ravenswood y él?

—Eso parece, puesto que se aloja en su casa.

—Y ¿Peter Puncheon ha muerto?

—Sí, murió por fin ese vejestorio... Y no os preocupéis por vuestro asado. Mr. Balderstone no puede estar lejos. Voy a traerlo...

—Sí, Will... pero ven acá... Te diré lo que has de hacer cuando lo alcances.

Y, apartándose con él, le dio a su oficial instrucciones privadas. Luego hizo servir la comida del bautizo y no volvió a aludir al incidente en toda la tarde.

Entretanto, el hombre de confianza del tonelero, cabalgando en el corcel de su amo, se lanzó en persecución del merodeador Caleb. Este personaje, como puede pensarse, no se entretenía por el camino. Hasta renunció a su bienamada charla, para no perder tiempo, limitándose decir a Mr. Lockhard que había pedido a la mujer de su proveedor que le pasara un poco por el fuego la carne de ave por si Mysie no tuviera lista la lumbre. Ya pensaba hallarse fuera de peligro, cuando oyó el galope de un caballo, y unos gritos cada vez más próximos: «¡Mr. Caleb... Mr. Balderstone... Mr.

Caleb!...».

Aunque quiso hacerse el desentendido, diciendo a sus compañeros que era el ruido del viento —y luego que no hicieran caso, pues no merecía la pena de pararse— no tuvo más remedio que pararse cuando se le plantó delante el jinete. Ante la inminencia del peligro, blandió el asador que, en su carga, parecía a la vez lanza y escudo, y se dispuso a morir antes que rendirse.

Cuál no sería su asombro cuando el enviado del tonelero, dirigiéndose a él respetuosamente, le comunicó el pesar de su amo por no haberse hallado en casa durante su visita y cómo sentía no se hubiera esperado a la comida del bautizo; y que se había tomado la libertad de enviar un barrilejo de Canarias y otro de aguardiente, por tener entendido que había huéspedes en el castillo, no fuera a haberles cogido desprevenidos...

He leído no sé dónde que un respetable anciano se vio perseguido por un oso. Agotado en su huida, el caballero hizo frente al animal —como recurso desesperado— y lo amenazó con su bastón. A la vista de éste, prevaleció el instinto de disciplina y el oso, en vez de lanzarse sobre él, levantóse sobre sus patas traseras y se puso a bailar una zarabanda. Algo así le ocurrió a Caleb, el cual volvió a tomar una actitud importante al decirle confidencialmente el oficial, inclinándose desde la altura de su caballo, donde estaba en equilibrio entre los dos barriles: «Si lo de la plaza de Peter Puncheon se arregla, John Girder sabría agradecerse al Master mejor que con un par de guantes y tendría mucho gusto en hablar con Mr. Balderstone sobre este asunto».

Caleb escuchó sin dar más respuesta que la habitual en todos los grandes hombres desde Luis XIV para acá, o sea: «Ya veremos», y añadió en voz alta, para información de Mr. Lockhard:

—Vuestro amo se ha portado como un caballero. Se lo haré destacar a mi Lord Ravenswood. Amigo mío, podéis adelantaros hasta el castillo y dejar los barriles en la garita del portero, si no ha regresado aún ninguno de los criados. El portero está con permiso visitando a unos amigos..."



## CAPÍTULO XIV

### EN EL CUAL SE HALLAN LOS SENTIMIENTOS DEL MASTER EN UNA ENCRUCIJADA

SE puede observar que cuando una persona comienza a representar un papel en determinadas circunstancias, acaba haciéndolo en serio. Al cabo de una o dos horas, se encontró Ravenswood en la situación de quien está tratando de atender cordialmente y lo mejor posible a sus invitados. En qué proporción influía en su estado de ánimo la belleza y sencillez de Lucy Ashton, la buena disposición de ésta para encontrarlo todo bien, y cuánto contribuía a ello la agradable conversación del Lord Keeper, buen conocedor de las palabras que halagan el oído, es algo que toca calcular al lector. Desde luego, Ravenswood no era insensible a ninguna de estas dos influencias.

El Lord Keeper era un veterano estadista, experto en cortes y gabinetes, y muy enterado de la historia política del siglo xvii. Podía hablar de hombres y acontecimientos, de un modo que no dejaba de atraer la atención de sus oyentes y poseía la notable habilidad de dar la impresión de estar hablando sin reserva alguna, cuando en verdad nunca pronunciaba una palabra que lo comprometiera. Ravenswood, pese a sus prejuicios y a sus fundados motivos de resentimiento, se complacía e instruía escuchándolo, mientras el estadista, más a sus anchas ahora, había recobrado la fluidez de su lengua de plata de abogado de primerísimo orden.

Su hija hablaba poco: pero sonreía mucho y lo que decía traslucía una gentileza dócil, y un deseo de no molestar, lo cual había de fascinar más a un hombre orgulloso como Ravenswood que el ingenio más brillante. Pero sobre todo le seducía la deferencia de que era objeto por parte de sus huéspedes. Todas las deficiencias pasaban inadvertidas. Y, si se hacía inevitable una sonrisa, era siempre de simpatía y acompañada por algún pertinente comentario para darle a entender cuánto estimaban sus méritos y cómo consideraban agradable la estancia en la torre de los Ravenswood.

Llegó la hora del descanso. El Keeper y su hija se retiraron a sus habitaciones, mejor preparadas de lo que podía esperarse, gracias en parte a la ayuda de una comadre, llegada del pueblo a curiosear, y «detenida» por Caleb, quien la obligó a secundar a Mysie en las tareas domésticas.

Siguiendo la costumbre de la época, el Master de Ravenswood acompañó al Lord Keeper hasta su aposento, escoltados ambos por Caleb, el cual colocó en la mesa dos rústicos candelabros y salió, para volver inmediatamente con dos jarras de barro (las de china no las usaban, explicó Caleb, «desde los tiempos de mi señora»), una llena de vino de Canarias y otra con *brandy*, según la antigua costumbre de buena hospitalidad. Pero el Keeper, a pesar de las alabanzas prodigadas por el viejo al vino

—de reciente procedencia— atribuyéndole veinte años de bodega, decidió beber agua, cosa que anonadó a Caleb, quien se despidió con una profunda reverencia.

Sir William no dejó marchar a Ravenswood. Tenía que decirle algo. El joven se detuvo con evidente turbación, pensando con qué podría cerrarse un día tan pródigo en sucesos inesperados.

—Master de Ravenswood —dijo Sir William, no muy sereno—. Espero que vuestra fe cristiana os inducirá a renunciar a vuestra ira.

El joven enrojeció y respondió:

—No he tenido hoy ocasión de ejercitar ese deber que me imponen mis creencias.

—Hubiera pensado lo contrario, teniendo en cuenta los diversos motivos de litigio surgidos, con más frecuencia de lo deseable, entre el difunto Lord —vuestra honorable padre— y yo.

—Desearía, milord —dijo Ravenswood con emoción contenida—, que una conversación como ésta tuviera lugar en cualquier parte menos bajo este techo.

—En otro tiempo hubiera respetado esa delicadeza de sentimientos, pero ahora he de continuar con lo que me propongo deciros. He sufrido bastante por la falsa delicadeza que se opuso a mi petición de una entrevista con vuestro padre, la cual solicité frecuentemente. Pudieron haberse evitado con ello muchas calamidades.

—Es verdad. He oído decir a mi padre que su señoría le había propuesto una entrevista.

—Desde luego la propuse, pero debí haberla rogado, implorado... Debí romper el velo que tendían entre nosotros personas interesadas, y haberme mostrado tal como era, deseoso de sacrificar una parte considerable incluso de mis derechos, para conciliar sentimientos tan comprensibles como hubieron de ser los suyos, por razón natural. Permitidme, mi joven amigo —así os llamaré— que os diga esto: Si vuestro padre y yo hubiéramos pasado juntos el tiempo que mi buena suerte me ha dejado pasar hoy en compañía vuestra, posiblemente nuestro país disfrutaría aún de uno de los miembros más respetables de su antigua nobleza, y me hubiera sido evitado el tener que separarme como enemigo de una persona cuyas condiciones admiraba y honraba yo tanto.

Se llevó el pañuelo a los ojos. Ravenswood también estaba conmovido, pero esperaba en silencio la continuación de esta extraordinaria confianza.

—Me interesa mucho haceros saber —continuó el Keeper— que ha habido muchos puntos entre nosotros, en los cuales, aun estimando conveniente hacer valer mis derechos por sentencia de los tribunales, no fue nunca mi intención, sin embargo, extremarlos más allá de los límites de la equidad.

—Milord —dijo el Master—, no es necesario seguir ocupándonos de este tema. Lo que la ley os dé, os haya dado, lo disfrutaréis, o lo estáis disfrutando sin que ni mi padre ni yo hayamos recibido nada en concepto de favor.

—¿Favor? No... No me interpretáis bien. O será porque no sois abogado. Un derecho puede ser aceptado por la ley y, sin embargo, un hombre de honor no puede prevalerse de él en todos los casos.

—Lo siento, milord.

—No, no... Habláis como un joven consejero. Vuestro ánimo se adelanta a vuestro ingenio. Aún quedan muchas cosas pendientes entre nosotros. ¿Podéis censurarme porque yo —ansioso de paz, y en el castillo de un noble joven que ha salvado la vida de mi hija y la mía— desee con toda mi alma que esas diferencias se arreglen con una amplitud de criterio?

Mientras hablaba, Sir William mantenía entre las suyas la pasiva mano del Master, y a éste le era imposible contestar sino afirmativamente. Y, deseando a su huésped las buenas noches, quedó con él en proseguir esta conversación a la mañana siguiente.

Ravenswood se apresuró en llegar al *hall* en donde iba a pasar la noche. Su enemigo mortal se encontraba bajo su techo, y sus sentimientos hacia él no eran ni los de un enemigo feudal, ni los de un verdadero cristiano. Sentía que no podría llevar adelante su venganza en el primer sentido, ni perdonarlo en el segundo, sino que estaba forjando un compromiso bajo y deshonroso entre su resentimiento contra el padre y su afecto por la hija. Se maldijo a sí mismo mientras cruzaba la sala en todas direcciones, iluminado débilmente por la pálida luz de la luna y el resplandor rojizo del fuego que expiraba en la chimenea. Abrió y cerró con violencia las ventanas enrejadas. Por fin, el torrente de su pasión perdió fuerza y se arrojó al sillón en el cual se proponía pasar la noche.

«Si, en realidad —tales fueron los pensamientos, más serenos ya, que siguieron a la primera tempestad de sus sentimientos— si, en realidad, está dispuesto a limitar equitativamente hasta los derechos que la ley le concede, ¿qué motivo de queja podría tener mi padre?... ¿Cuáles podría yo tener? Aquellos de quienes ganamos nuestras antiguas posesiones cayeron bajo la espada de mis antepasados, y todo lo suyo quedó en manos de los vencedores. Nosotros nos hemos hundido bajo la presión de la ley, demasiado poderosa ahora para los caballeros escoceses. Parlamentaremos con los actuales vencedores, como si nos hubieran sitiado en nuestra fortaleza, y no tuviéramos esperanza de recibir refuerzo alguno. Quizá sea diferente este hombre de lo que he pensado; y su hija... pero he decidido no pensar en ella».

Envolvióse en su capa, se durmió y soñó con Lucy Ashton hasta que la luz del día se filtró entre los enrejados.

## CAPÍTULO XV

### TRIBULACIONES DE LA POLÍTICA Y DE LA CONCIENCIA

EL Lord Keeper vio turbado su reposo —en este lecho, más duro que el suyo habitual — por los mismos pensamientos ambiciosos e inquietudes políticas que suelen ahuyentar el sueño de los lechos más blandos y suntuosos. Había navegado lo bastante por entre las encontradas mareas y corrientes de su época para tener consciencia del peligro que ofrecían y de la necesidad de orientar su barco en la dirección de los vientos dominantes, si quería librarlo de un naufragio. La índole de su talento, y la prudencia derivada de él, le habían hecho adoptar la acomodaticia condición del versátil Conde de Northampton, el cual explicaba su habilidad para mantenerse firme durante todos los cambios políticos, desde el reinado de Enrique VIII hasta el de Isabel, con la confesión franca de haber nacido del sauce y no del roble. De la táctica de Sir William Ashton había sido, en todas las ocasiones, vigilar las variaciones del horizonte político y, antes de que el conflicto se resolviera, entrar en ifegociaciones provechosas para él con el partido que llevaba las de ganar. Esta disposición elástica era bien conocida y provocaba el desprecio de los jefes, más consecuentes, de los dos grandes partidos. Pero sus facultades eran útiles y prácticas, y sus conocimientos jurídicos le valían gran estimación, equilibrando hasta tal punto aquellas debilidades de su carácter, que los detentadores del poder se complacían en contar con él y recompensarlo, aunque sin fiarse demasiado, ni respetarlo grandemente.

El Marqués de A... estaba empleando su extraordinaria influencia para lograr un cambio en el Gabinete escocés, y sus planes fueron tan bien trazados y tan eficazmente apoyados, que había gran probabilidad de su triunfo final. Sin embargo, no se sentía tan fuerte ni tan confiado como para prescindir de nuevos reclutas que reforzaran sus filas. La adquisición del Lord Keeper parecía muy conveniente, y un amigo del Marqués, que conocía bien a Sir William, se encargó de esta conversión política.

Cuando este caballero llegó al Castillo de Ravenswood como de visita, ocultando así sus verdaderos propósitos, encontró al Lord Keeper preocupado con el peligro personal que para él suponía el Master de Ravenswood. Las misteriosas palabras pronunciadas por la vieja sibila Alice; la súbita aparición del Master, armado, en sus recintos, poco tiempo después de que le previnieran contra él; la fría y altanera respuesta a sus primeras frases de agradecimiento, todo ello le había impresionado fuertemente.

En cuanto el agente del Marqués descubrió de dónde soplaba el viento, comenzó a sugerir temores y dudas de otro género, calculados para producir tanto efecto en el

Keeper como lo referente a la persona del Master. Le preguntó, con aparente solicitud, si no había posibilidad de apelación para las sentencias dictadas en los litigios entre Sir William y la familia, Ravenswood. El Keeper contestó negativamente; pero su interlocutor estaba demasiado bien informado para creerlo. Le hizo ver, con irrefutables argumentos, que algunos de los asuntos más importantes decididos a su favor por los tribunales contra la casa de Ravenswood, eran susceptibles de revisión por la Cámara inglesa de los Pares —según lo dispuesto por el Tratado de Unión—, tribunal por el que sentía el Lord un miedo instintivo. Éste procedimiento había venido a substituir la apelación al antiguo Parlamento escocés.

El Lord Keeper, después de haber impugnado la legalidad de ese recurso, acabó por consolarse con la improbabilidad de que el Master pudiese encontrar en el parlamento amigos influyentes capaces de sostener sus pretensiones.

—No os confiéis en esa falsa esperanza —dijo su sagaz amigo—; es posible que, en la próxima sesión del Parlamento, encuentre el joven Ravenswood más amigos e influencia incluso que su señoría.

—Eso habría que verlo —replicó el Keeper desdeñosamente.

—Sin embargo, cosas como ésta se han visto antes y se están viendo en nuestros días. Muchos hay ahora con altos cargos que hace unos años habían de esconderse para salvar sus vidas; y hombres que ahora comen en vajilla de plata, se veían antes muy apurados para comer; muchos también que estaban muy alto se han derrumbado entre nosotros. La obra «Situación bamboleante de los estadistas escoceses», de la cual me enseñasteis un manuscrito, resulta más justificada aún en nuestra época.

El Lord Keeper contestó, con un profundo suspiro, que esos cambios no eran una novedad en Escocia, y ya se daban mucho antes de existir ese autor satírico. Muy anteriormente, había citado Fordum un proverbio antiguo: «*Neque dives, neque fortis, sed nec sapiens Scotus, proedominante invidia, diu durabit in terra*»<sup>[20]</sup>.

—Y tened la seguridad, mi estimado amigo —le respondió el enviado— que ni vuestros prolongados servicios al Estado, ni vuestros conocimientos legales os podrían salvar, o conservaros vuestro puesto, si el marqués de A... domina con su partido en el Parlamento británico. No ignoráis que el difunto Lord Ravenswood era aliado suyo, por ser la esposa de éste descendiente en quinto grado del Caballero de Tillibardine; y estoy seguro tomará bajo su protección al joven Ravenswood. ¿Por qué no habría de hacerlo? El Master es un muchacho activo, capaz de hacer muy buen uso de su lengua y su manos. Por eso digo que si estos asuntos de los Ravenswood llegan a ser revisados por la Cámara de los Pares, muy probablemente el Marqués tenga que vérselas con vos.

—Eso sería un mal pago por mis largos servicios al Estado y el respeto que siempre tuve a la persona y la honorable familia de su señoría.

—Sí, pero es inútil volver la vista atrás, sobre servicios pasados y antiguo respeto;

lo que un hombre como el Marqués puede esperar en estos tiempos resbala dizos es sólo servicio actual y pruebas inmediatas de respeto.

El Lord Keeper comprendía ya por dónde iba su amigo, pero era demasiado cauto para contestar concretamente. Se limitó a decir que no sabía los servicios que sus limitadas facultades pudieran prestar al Lord Marqués, salvando su deber para con el Rey y el país.

Así, después de no decir nada, mientras parecía decirlo todo —puesto que la excepción estaba calculada para cubrir en su día cuanto estimara conveniente al Marqués— cambió Sir William de conversación y no volvió a dejar que el tema anterior se introdujera en ella. Su huésped partió sin haber logrado que el sagaz estadista se comprometiera, pero con la certidumbre de haber despertado sus temores en un punto muy sensible, y establecido los cimientos para posteriores acuerdos.

Cuando informó al Marqués de su gestión, estuvieron ambos de acuerdo en no ser conveniente volviese el Keeper a sentirse seguro y que estaría bien alarmarlo con nuevos motivos, sobre todo durante la ausencia de su mujer. Sabían que el espíritu vengativo y dominante de esta señora podría suministrarle el valor de que carecía; que ella era una incondicional del partido gubernamental, con el cual se mantenía en estrecha relación, y odiaba a los Ravenswood (cuya nobleza, más ilustre, ensombrecía el advenedizo encumbramiento de su marido) hasta tal punto que hubiera arriesgado los intereses de su propia casa con tal de hundir a la vez la de sus enemigos.

Pero Lady Ashton se hallaba ahora ausente. Los asuntos que la habían detenido en Edimburgo la habían inducido a marchar a Londres, no sin la esperanza de poder contribuir con su participación para desarticular los planes del Marqués, pues estaba en muy buenas relaciones con Sara, Duquesa de Malborough, a quien se parecía mucho en el carácter. Era preciso presionar sobre el marido antes del regreso de la esposa; y, como paso preparatorio para esto, escribió el Marqués la carta que leímos en un capítulo anterior. Las palabras de ésta fueron escogidas cuidadosamente, de modo que quien las escribió pudiese tomar luego un mayor o menor interés por el destino de su pariente, según aconsejase la marcha de sus propios proyectos. Ahora bien, aunque el Marqués, como hombre de Estado, no deseara obligarse abiertamente, mientras nada positivo podía ofrecer, debe reconocerse en su honor que sentía un decidido afecto por el Master y estaba dispuesto a usar el nombre de éste para intimidar al Lord Keeper.

El mensajero encargado de llevar aquella carta había sido aleccionado, puesto que debía pasar cerca de la casa de Sir William, para detenerse en el pueblo colindante con las verjas del parque del castillo, haciendo perder a su caballo oportunamente una herradura. Allí se lamentaría de la pérdida de tiempo, y haría saber, en la vehemencia de sus prisas, que llevaba un mensaje del Marqués de A... para el Master de

Ravenswood sobre una cuestión de vida o muerte.

La noticia, exagerada, llegó velozmente por varios conductos a oídos del Lord Keeper y todos los informadores describieron la gran impaciencia del mensajero y la sorprendente celeridad con que había cumplido su misión. El estadista, preocupado, escuchó en silencio. Luego, Lockhard recibió instrucciones para vigilar el correo a su regreso, llevarlo al pueblo, hacerle beber y usar todos los medios, lícitos o ilícitos, para conocer el contenido de la carta. Pero, como esta maquinación había sido prevista, el mensajero volvió por un camino diferente y alejado, escapando así a la trampa que le habían tendido.

Cansados de esperar en vano, encargaron a Mr. Dingwall de investigar entre los habitantes de Wolf's-hope si un criado del Marqués de A... había llegado al vecino castillo. Esto fue fácil de descubrir, pues Caleb estuvo en la aldea una mañana con el correo para obsequiarlo con cerveza y salmón, y el pobre hombre estuvo malo veinticuatro horas por una indigestión «de salmón salado y bebida amarga». Así quedó demostrada la realidad de una correspondencia entre el Marqués y su arruinado pariente, considerada en un principio por Sir William como una cosa fantástica.

El Lord Keeper se alarmó seriamente. Desde el *Claim of Right*, la facultad de apelar al Parlamento de las decisiones de los Tribunales se había puesto en práctica y había prevalecido la revisión en algunos casos. Tenía fundamento su aprensión. Si las demandas del Master se revolvían en la Cámara inglesa con amplio criterio de justicia, éste no sería tan favorable para Sir William Ashton como un criterio estrictamente legal. Además, basándose en los tribunales que él conoció en los tiempos desgraciados anteriores a la unión de Escocia con Inglaterra, el Keeper llegaba a la inexacta conclusión de que también en el Parlamento actual prevalecería el antiguo adagio escocés: «Dime quién es el hombre, y te diré cual es la ley». Entonces se conocía poco en Escocia el elevado e insobornable carácter de la justicia inglesa; y la extensión de estos procedimientos judiciales a Escocia fue una de las mayores ventajas que le reportó la Unión. Pero la mentalidad del Lord Keeper estaba demasiado influida por el sistema bajo el cual había vivido, para comprender esa recta manera de pensar. En su desconcierto, daba de antemano por perdidas esas posible apelaciones. Mientras tanto, cuantos informes le llegaban presentaban el éxito de las intrigas del Marqués más probable cada vez, y el Lord Keeper empezó a creer indispensable buscarse algún género de protección contra la tormenta que se avecinaba. La timidez de su temperamento le indujo a adoptar medidas de compromiso y conciliación. El asunto del toro salvaje, convenientemente manejado, podía facilitarle, pensaba él, una relación directa y una reconciliación con el Master. Entonces podría conocer qué idea tenía éste del alcance de sus derechos, y de los medios a su disposición para hacerlos valer; y quizá las cosas pudieran llegar a un arreglo, siendo una de las partes rica y la otra muy pobre. Una reconciliación con

Ravenswood podía darle oportunidad para tratar con el Marqués de A... ventajosamente. «Y además», se dijo a sí mismo, «será un acto de generosidad rehabilitar al heredero de una familia en desgracia; y si ha de ser favorecido por el nuevo gobierno, ¿quién sabe si mi virtud no hallará, por conducto de él, su propia recompensa?».

Así pensaba Sir William Ashton, cubriendo sus intereses con un velo de virtud. Llegada a este punto, su imaginación avanzaba todavía más. Comenzó a decirse «que si Ravenswood iba a conseguir un puesto distinguido de honor y poder, peores partidos podían presentarse para su hija Lucy. Lord Ravenswood era un título muy antiguo y la alianza podría legitimar, hasta cierto punto, su propio disfrute de la mayor parte de los bienes, de que había privado al Master, y hacer menos lamentable para él la cesión de los restantes».

Con estos designios en la cabeza, el Lord Keeper aprovechó la repetida invitación de Lord Bittlebrains, y así se halló a pocas milas del Despeñadero del Lobo. Allí encontró a Lady Bittlebrains —el Lord estaba de viaje y lo esperaban de un momento a otro—. La dama le preparó una partida de caza, aceptada gustosamente por el Lord Keeper como ocasión para reconocer los alrededores de la torre y, si el dueño de ésta se sentía atraído por la caza, podría entablar relación con él. Lockhard tenía sus instrucciones, y ya vimos cómo las cumplió.

La tormenta hizo en favor de los planes del Lord Keeper mucho más de lo que pudo esperar. Su miedo al resentimiento personal del joven aristócrata había disminuido mucho desde que lo estimó un temible enemigo bajo el punto de vista legal, y considerando la protección de la cual podía disponer. No obstante, no dejó de sentir un terror secreto que hizo desfallecer su ánimo, al verse encerrado en la desolada torre, un lugar tan apropiado, por su aislamiento, para ser escenario de la violencia y la venganza. Así, cuando Sir William oyó cerrarse el portón del patio, acudieron a su mente las palabras de Alice, advirtiéndole «que había llevado las cosas demasiado lejos con una raza tan apasionada como los Ravenswood, y que éstos sabrían esperar la ocasión de vengarse».

La actitud de franca hospitalidad mostrada luego por el Master, a medida que aumentaba el trato entre ambos, calmó sus temores; y no escapó a la perspicacia de Sir William Ashton que debía a la gracia y belleza de Lucy este cambio en la conducta de su huésped.

Todos aquellos pensamientos se le acumularon cuando se instaló en la cámara secreta. La lámpara de hierro, el aposento desguarnecido, más parecido a una mazmorra que a un lugar normal de reposo, el bronco e incesante batir de las olas sobre las rocas que sostenían la torre, entristecían y atormentaban su ánimo. La ruina de aquella familia se debía en gran parte a sus propias maquinaciones. Pero él no era cruel en el fondo, y ahora le dolía contemplar la desolación causada por sus manos



como sería doloroso para una compasiva ama de casa presenciar la ejecución de las aves y los corderos matados según sus indicaciones. Al mismo tiempo, cuando pensaba en la perspectiva de restituir a Ravenswood una gran parte de sus despojos, o de adoptarlo como aliado y miembro de su familia, sentíase como puede suponerse se siente la araña cuando toda la red que tejió con tanta habilidad se deshace al tropezar casualmente una vara. Además, si profundizaba en esta cuestión, surgía una pregunta peligrosa, que se han hecho muchos buenos esposos, al verse tentados de actuar por cuenta propia, sin hallar nunca una respuesta satisfactoria: «¿Qué dirá mi mujer?... ¿Qué dirá Lady Ashton?». Terminó refugiándose en la resolución que suelen tomar con gran frecuencia los débiles de voluntad. Decidió vigilar los acontecimientos para aprovechar las circunstancias favorables que presentaran y obrar en consecuencia. Por fin, tranquilizado así su ánimo, pudo descansar.

## CAPÍTULO XVI

### UN PADRE JUGANDO CON FUEGO Y UNA APARICIÓN FUGAZ DE CRAIGENGELT

A la mañana siguiente, volvió a recaer el Master en sus sombrías cavilaciones. Pero, ya que estaba roto el hielo, no estaba dispuesto el Lord Keeper a dejarlo congelarse otra vez. Decidido a desorientar la inexperiencia del joven con sus manejos legales, se apartó con él junto a una ventana del *hall* y le pidió le escuchara con paciencia el relato circunstanciado de sus pleitos con el difunto Lord. El Master enrojeció, pero guardó silencio y Sir William comenzó refiriéndose a un préstamo de veinte mil marcos hecho por el padre del Keeper al de Allan Lord Ravenswood, pero el joven le interrumpió:

—No es este el lugar apropiado para escuchar una explicación de Sir William Ashton sobre los asuntos en litigio entre nosotros. Aquí, donde mi padre murió con el corazón destrozado, no puedo investigar las causas de su infortunio. Podría recordar que soy su hijo, y olvidar los deberes de un huésped. Ya vendrá el momento en que todo ello se ventile en un lugar y ante quienes tengamos ambos la misma libertad para hablar y escuchar.

El Keeper no se arredró, insistiendo en la legalidad de sus actos pasados.

—Sir William Ashton —repuso el Master con ardor—, las tierras que ocupáis ahora fueron concedidas a mi antepasado para recompensarlo por los servicios prestados con su espada contra los invasores ingleses. Vos sabéis mejor que yo por qué conglomerado de argucias jurídicas han ido a parar a manos extrañas. Sin embargo, estoy dispuesto a creer en la lealtad de vuestra) conducta para conmigo y he podido equivocarme sobre vuestro carácter.

El Lord Keeper le devolvió el cumplido.

—Os había creído un muchacho atolondrado y engreído, dispuesto a acudir al empleo de la fuerza contra la ley y ahora lo veo tan sensato y respetuoso con los procedimientos legales... ¿Por qué, pues, no queréis escucharme?

—No, mi lord —contestó Ravenswood—, argumentaremos sólo en la Cámara de los Pares británicos. Si fracaso, aún me quedan mi capa y mi espada para luchar dondenuiera suene una trompeta.

Al pronunciar estas palabras, en un tono firme y melancólico a la vez, levantó los ojos y encontró los de Lucy Ashton, y observó la mirada de ésta clavada en él con un interés entusiasta y una admiración, que la habían hecho detenerse allí sin el temor a ser inoportuna. La arrogancia de Ravenswood, la belleza de sus facciones, el tono suave y a la vez expresivo de su voz, su adversa fortuna, el estoicismo con que parecía soportarla, todo ello hacía peligrosa su contemplación por una muchacha ya muy inclinada a pensar en él. Cuando sus ojos se encontraron, ambos se ruborizaron

intensamente, como reflejo de la emoción que los invadía, y evitaron volver a unir sus miradas.

A Sir William Ashton no se le había escapado la expresión de los dos. «No tengo que temer al Parlamento, pensó; siempre tendré a mano un excelente modo de reconciliación. Lo importante, por lo pronto, es no comprometerse. El anzuelo está echado. No tiremos de la caña demasiado pronto; si el pez no merece la pena, lo dejaremos dentro del agua».

En su egoísmo, jugando así sobre un supuesto afecto de Ravenswood por Lucy, ni siquiera pensó en el riesgo de envolver a su hija en los peligros de una pasión desgraciada, como si las predilecciones sentimentales de ésta fueran como la llama de una bujía, que puede encenderse o apagarse a capricho. Pero la Providencia había preparado una horrible respuesta a este agudo observador del alma humana, que se pasó la vida asegurándose provechos mediante un habilidoso manejo de las pasiones ajenas.

Caleb Balderstone entró a anunciar que el desayuno estaba servido. En aquellos días de abundantes provisiones, los restos de la cena sirvieron para el sustento de la mañana siguiente.

—Un hombre espera en el patio desde muy temprano. ¿Va a hablarle su señoría o no? —dijo Caleb, de mal humor.

—¿Quiere hablar conmigo?

—Eso pretende; pero no haríais mal echándole una ojeada por el postigo antes de abrir; no es persona para dejarla entrar en el castillo.

—¡Eh! ¿Supones que viene a arrestarme por deudas?

—¡Arrestaros por deudas y en vuestro castillo del Despeñadero! ¡Su señoría bromea con el viejo Caleb! —Pero estas palabras fueron contrarrestadas por otras dichas a su amo al oído, cuando salían juntos—. No he querido dejar que pongan en tela de juicio la reputación de su señoría; ¡tened cuidado con ese fulano por si acaso!

...

No era sin embargo un alguacil, pues se trataba nada menos que del capitán Craigengelt, con la nariz colorada de resultas de una restauradora copa de aguardiente, el chambergo ladeado sobre la negra peluca de viaje, la espada al cinto, una pistola en cada pistolera, y su persona ataviada con traje de montar, guarnecido con encajes deslucidos; en fin, toda la apariencia de alguien capaz de gritarle ¡alto! a un hombre cabal.

El Master, al reconocerlo, dio orden de abrir las puertas.

—Creo, capitán Craigengelt, que no hay entre nosotros asuntos de tanta importancia como para discutirlos en este lugar. Tengo invitados, y los términos en que nos separamos últimamente me excusan de consideraros como uno de ellos.

Craigengelt, aunque perfecto en el descaró, quedó algo turbado con tan

desfavorable acogida. Dijo que venía sólo a traerle un mensaje de parte de su amigo.

—Abreviemos, señor, ésta será vuestra mejor disculpa. ¿Quién es el caballero que tiene la fortuna de utilizaros como mensajero?

—Mi amigo Mr. Hayston de Bucklaw, el cual se considera tratado por vos con falta de respeto y está dispuesto a obtener una satisfacción. Aquí traigo —y sacó del bolsillo un pedazo de papel— la longitud exacta de su espada. Espera encontrarse con vos igualmente armado, y acompañado por un amigo en cualquier sitio a una milla del castillo... Yo asistiré muy complacido como testigo suyo.

—¡Satisfacción... y armas iguales! —repitió Ravenswood, el cual, como se recordará, no tenía motivo para suponer haber ofendido a su reciente alojado—. A fe mía, capitán Craigengelt: o habéis inventado la falsedad más increíble o vuestra bebida de la mañana ha sido de lo más fuerte. ¿Qué podía inducir a Bucklaw a enviarme un emisario semejante?

—Vuestra inhospitalidad, señor, no dejándole entrar en vuestra casa, sin razón alguna.

—Es imposible que pueda interpretar la falta de medios como un insulto. Ni puedo creer que sabiendo mi opinión sobre vos, capitán, haya empleado los servicios de una persona tan insignificante e inmoral. No es posible que un hombre de honor pueda utilizaros de testigo.

—¡Yo, inmoral e insignificante! —dijo Craigengelt, levantando la voz, y llevándose la mano a la espada—; si no fuera porque el duelo de mi amigo tiene precedencia, os haría comprender...

—No puedo comprender nada si vos me lo explicáis. Contentaos con esto, y hacedme el favor de marcharos.

—¡Maldito sea! —rezongó el matón—; ¿y esta es vuestra respuesta a un honorable mensaje?

—Decid al *Laird* de Bucklaw, si realmente os manda él, que cuando me envíe sus motivos con una persona apropiada, veré entonces si doy o no explicaciones.

—Bien, Master, me habéis deshonrado y vilipendiado esta mañana, pero recaerá sobre vos mismo mucho más... ¡De manera que un castillo! Vamos, esto es peor que una casa *coupe-gorge*, donde reciben a los viajeros para robarlos.

—¡Insolente canalla! —le increpó el Master, alzando sobre él un bastón y sujetando las bridas del caballo de Craigengelt—. ¡Si no os marcháis sin pronunciar otra palabra, os apalearé hasta mataros!

Como el Master avanzara hacia él, el matón volvió grupas con tal rapidez que estuvo a punto de derribar a su caballo, cuyas herraduras levantaban chispas del pavimento rocoso. Sin embargo, recobrando el dominio de las riendas, se lanzó al galope en dirección a la aldea.

Al volverse Ravenswood para abandonar el patio, halló que el Lord Keeper había

descendido del *hall* y presenciado —aunque a la distancia prescrita por la cortesía— su entrevista con Craigengelt.

—No hace mucho he visto el rostro de ese caballero —dijo el Lord Keeper—. Su nombre es Craig... Craig... no sé qué... ¿no?

—Se llama Craigengelt —dijo el Master—, por lo menos así dice llamarse ahora.

—Craig-in-guilt —dijo Caleb, haciendo un juego de palabras con la voz *Craig* que significa en escocés garganta<sup>[21]</sup>—, y luego será Craig-in-peril<sup>[22]</sup>. El pillastre lleva la horca grabada en su *visnomía*.

—Entendéis de fisonomía, buen Mr. Caleb —dijo el Keeper, sonriente—. Ese caballero ha estado ya en gran peligro, pues recuerdo claramente haber visto, con motivo de un viaje que hice a Edimburgo hace quince días, a Mr. Craigengelt, o como se llame, cuando sufría un severo juicio ante el Consejo privado.

—¿Por qué motivo? —dijo Ravenswood, con algún interés.

Esta pregunta estaba estrechamente relacionada con algo sobre lo cual el Keeper deseaba sobremanera hablar en la primera oportunidad. Tomó al Master por el brazo y lo llevó *hall* adentro. «La respuesta a esa pregunta», dijo, «aunque es asunto sin importancia, sólo vos debéis oírla». Y apartáronse en el vano de una ventana, sin que Miss Ashton se hallase presente.

## CAPÍTULO XVII

### «¡GENEROSO AMIGO MÍO!»

EL Lord Keeper comenzó su relación con aparente indiferencia, observando, sin embargo, muy cuidadosamente el efecto producido por sus palabras en el joven Ravenswood.

—La sospecha, mi joven amigo, es vicio natural de nuestra época turbulenta, y expone a los mejores de nosotros a los manejos de habilidosos bribones. Si yo hubiera estado dispuesto el otro día a escuchar a gente de esa clase —y si hubiera sido el político astuto que os han hecho creerme— vos, Master de Ravenswood, en vez de hallaros en libertad para actuar contra mí en defensa de lo que suponéis ser vuestro derecho, estaríais ahora en el Castillo de Edimburgo, o en cualquier otra prisión del Estado. O, de libraros de ese destino, sólo habría sido huyendo al extranjero y a riesgo de una sentencia de deserción.

—Mi Lord Keeper, no creo posible bromeéis sobre un asunto como éste, y, no obstante, parece imposible que estéis hablando en serio.

—La inocencia es también confiada, y, a veces, aunque sea disculpable, vanidosamente confiada. Muy pocas veces tiene en cuenta la realidad.

—No comprendo...

—Por lo menos, podemos llamarla imprudente, ya que al creernos inocentes en la consideración de los demás, caemos en grave error. Quien no tenga esa seguridad se defenderá mejor.

—Permitidme... volvamos al tema —dijo el Master—. ¿Decíais que se sospechaba de mí?

—Sí... y puedo mostraros las pruebas..., si es que las traigo conmigo. Lockhard, tráeme el maletín que te confié. ¿Oyes?

—Sí, milord —Lockhard desapareció y el Keeper continuó, como si hablase consigo mismo:

—Creo que tengo aquí esos papeles... Me parece, porque como iba a andar por esta región, era natural... De todos modos, si no los he traído, es seguro que están en el Castillo de Ravenswood... En ese caso quizá os dignaríais...

En esto entró Lockhard y puso la gran carpeta de cuero en manos de su amo. El Keeper sacó dos o tres documentos relativos a los disturbios ocurridos en los funerales de Allan Lord Ravenswood, de los cuales fue informado el Consejo privado y en los que se evidenciaba la parte fundamental tomada por él en anular el proceso contra el Master. Esos documentos habían sido seleccionados cuidadosamente, para excitar la curiosidad de Ravenswood sin satisfacerla, y para poner de manifiesto el papel de conciliador representado por Sir William entre éste y las autoridades, celosas cumplidoras de su deber. Después de entregar esos papeles a su huésped, el Lord

Keeper se acercó a la mesa central, y conversó superficialmente, en parte con Caleb, cuyo resentimiento contra el usurpador del Castillo de Ravenswood se iba suavizando por la familiaridad de aquél, y en parte con su hija.

Luego que hubo leído los documentos, el Master de Ravenswood permaneció durante un minuto o dos en profunda meditación, con la frente apoyada en la mano. Volvió a repasar los escritos, como tratando de descubrir en ellos alguna recóndita intención. La segunda lectura debió de confirmar su primera impresión, pues, levantándose del banco de piedra en el cual se hallaba sentado, y acercándose al Lord Keeper, le tomó la mano, y la estrechó calurosamente, pidiéndole perdón repetidas veces por la injusticia que le había hecho, pues resultaba que había protegido su persona y reivindicado su carácter.

El estadista recibió estas demostraciones, al principio con sorpresa bien fingida, y luego, afectando una franca cordialidad. Los azules ojos de Lucy se empezaron a llenar de lágrimas al presenciar tan inesperada y emocionante escena. Ver al Master, hasta hacía poco tan reservado y altivo —y al cual se imaginó ella siempre como la persona ofendida— suplicando a su padre lo perdonase, era un cambio sorprendente y halagüeño.

—Enjuga tus ojos, Lucy —dijo su padre—. ¿Has de llorar porque tu padre, aunque abogado, resulta ser una persona honorable y justa? ¿Qué me habéis de agradecer, mi querido Master —continuó, dirigiéndose a Ravenswood— que vos mismo no hubierais hecho en mi caso? *Suum cuique tribuito*<sup>[23]</sup>, era la justicia romana, y yo lo aprendí de Justiniano. Además, ¿no me habéis pagado mil veces salvando la vida de esta querida niña?

—Sí —respondió el Master, con remordimiento—; pero el pequeño servicio que yo hice fue un acto de mero instinto; *vuestra* defensa de mi causa, sabiéndome vuestro enemigo declarado, fue un acto de hombría y generosidad.

—¡Pché! Cada uno de nosotros actuó a su manera: vos como un bizarro soldado, yo como un juez recto y como consejero privado. Quizá no hubiéramos podido cambiar de papeles... por lo menos yo hubiera hecho un lamentable *tauridor*; y vos, mi buen Master, aun siendo vuestra causa excelente, no podríais haberla defendido tan bien como yo, que os representé ante el Consejo.

—¡Generoso amigo mío! —exclamó Ravenswood, y con estas breves palabras dio a su enemigo feudal la plena confianza de un corazón altivo, pero abierto a la comprensión. Los encantos, auténticos, de Lucy Ashton, unidos a los servicios, supuestos, del padre, desarraigaron de su memoria los votos de venganza proferidos por él en el funeral de su padre. Pero el Libro del Destino los había oído y registrado.

Caleb presenció esta extraordinaria escena, y no podía concebir otra razón para tan insólito proceder que una alianza entre ambas casas, viendo ya el Castillo de Ravenswood asignado como dote a la damita. En cuanto a Lucy, cuando Ravenswood

manifestó su apasionado agradecimiento a Sir William, sólo pudo sonreír a través de las lágrimas y, abandonando su mano entre las del joven, expresarle, con quebrado acento, la alegría que le causaba aquella reconciliación. Hasta el estadista estaba emocionado por la actitud de Ravenswood. Sus ojos brillaron al contemplar a la pareja —evidentemente, se iban tomando mayor afecto cada vez— y pensó que parecían hechos el uno para el otro. Pensó también que el carácter orgulloso y caballeresco de Ravenswood podía sobreponerse a muchas circunstancias en las cuales él había de sentirse vencido de antemano por su nobleza demasiado reciente y su natural tímido. Su hija parecía que había de ser muy feliz unida a un hombre animoso como el Master; y hasta las lindas formas, delicadas y frágiles, de Lucy Ashton, parecían requerir el apoyo de la fuerza física del joven y de su carácter masculino. Complacido con estas ideas, tardó mucho en acordarse de la pobreza del Master y de la segura disconformidad de Lady Ashton con esta bondad que él consideraba ya probable y deseable. La actitud extremadamente afectuosa del Keeper fue una de las circunstancias que animaron más la mutua devoción de los dos enamorados.

Después de una pausa, el Lord Keeper reanudó la conversación, volviendo a ocuparse de Craigenfelt, y advirtiéndole al Master que su nombre se vio envuelto en el juicio de aquél.

—¡Vaya un truhán! —exclamó Ravenswood—. Mi relación con él fue de lo más pasajero, pero no debí tratarlo en absoluto. ¿Qué dijo de mí?

—Lo bastante para aterrorizar a algunos de nuestros sesudos varones, que se dejan guiar por meras sospechas o por informes mercenarios. Nada... Una tontería sobre vuestro propósito de entrar al servicio de Francia, o del Pretendiente, no recuerdo cual, pero a la que ni el marqués de A..., uno de vuestros mejores amigos, ni otra persona —que pasa por uno de vuestros peores enemigos— quisieron prestar la menor atención.

—Estoy muy reconocido a mi honorable amigo... y, sin embargo —dijo Ravenswood estrechando la mano de Sir William— ...lo estoy más aún a mi honorable enemigo.

—*Inimicus amicissimus* —contestó el Keeper devolviendo el apretón—; pero ese caballero... ese Mr. Hayston de Bucklaw... Temo que el pobre joven anda por mal camino... Oí al tipo mencionar su nombre.

—Ya tiene edad para saber gobernarse.

—Pero es muy imprudente, cuando se fía de un hombre así. Declaró contra él de tal manera, que, si no hubiéramos tenido más en cuenta el carácter del testigo que lo declarado por él...

—Me parece que Mr. Hayston de Bucklaw —dijo el Master— es un hombre muy honorable e incapaz de nada bajo o impropio.



—Por lo menos capaz de muchas cosas irrazonables. Esto habéis de reconocerlo, Master. La muerte lo pondrá pronto en posesión de una saneada herencia, si no la tiene ya. La anciana Lady Girnington —una persona excelente, aparte de su mal carácter, que la hacía insoportable para todo el mundo— habrá muerto probablemente a estas horas. Seis herencias la enriquecieron. Conozco bien sus propiedades, pues lindan con las mías... una magnífica fortuna.

—Me alegro —dijo Ravenswood— y más me alegraría si Bucklaw cambiara de compañías y de costumbres al cambiar de fortuna. Esta aparición de Craigengelt, actuando en representación de su amigo, es del peor augurio para la futura respetabilidad de Bucklaw.

—Desde luego, es un pájaro de mal agüero —dijo; el Keeper— y sus graznidos anuncian la cárcel y la horca... Pero... Mr. Caleb se impacienta porque no empezamos a desayunar.

## CAPÍTULO XVIII

### LA PROFECÍA: «CUANDO EL ULTIMO LAIRD DE RAVENSWOOD HASTA RAVENSWOOD CABALGUE»

MIENTRAS sus huéspedes se dedicaban a los preparativos de su marcha, Ravenswood hizo también los suyos para ausentarse de la torre un día o dos. Para ello había de utilizar a Caleb y lo encontró en su sótano ruinoso y oscuro, encantado de que partieran los visitantes, y calculando el tiempo que durarían las provisiones no consumidas.

El Master le comunicó, no sin alguna vacilación, su propósito de acompañar al Lord Keeper hasta el Castillo de Ravenswood y permanecer allí un par de días.

—¡No lo quiera el Cielo! —exclamó el viejo, poniéndose más pálido que el mantel que enrollaba en aquellos momentos.

—Y, ¿por qué, Caleb? ¿No puedo devolver la visita al Lord Keeper?

—¡Oh, señor! ¡Oh, míster Edgard! Soy vuestro criado y no me está bien hablar, pero soy un viejo servidor vuestro —he servido a vuestro padre, a vuestro abuelo y recuerdo haber visto, siendo yo un niño, al padre de vuestro abuelo...

—Bueno. ¿Y qué, Balderstone? ¿Qué tiene eso que ver?...

—¡Oh, míster Edgard... esto es... mi Lord! Vuestra conciencia tiene que decirnos que no es el hijo de vuestro padre quien ha de cultivar esa amistad... El honor de la familia... Si os devolviera lo vuestro y honrase su casa dándoos a su hija por esposa, no diría nada, porque la señorita es una criatura encantadora. Pero mantened vuestro rango ante él... conozco bien a esta clase de gentes... entonces os estimarán más.

—Caleb, vas más lejos que yo —dijo el Master, ahogando con una risa un cierto grado de consciencia— no te importaría verme casado dentro de una familia a la cual no me dejas visitar... Además, estás más pálido que la muerte.

—¡Oh, señor! Os reiríais si os dijera; pero Thomas el Poeta, cuyos dichos no pueden ser falsos, dijo algo sobre vuestra casa que resultará cierto si vais hoy a Ravenswood. ¡Oh, que hubiese yo de verlo!

—Y ¿de qué se trata, Caleb?

Éste replicó que nunca había repetido aquellos versos a persona alguna. Se los dijo un venerable sacerdote que fue confesor del padre de Lord Allan cuando la familia era católica.

—Muchas veces —añadió— he cavilado sobre esas misteriosas palabras, y ¡quién me iba a decir que hoy saldrían de mis labios!

—Basta ya de tonterías, y dime esos malos versos que te han metido en la cabeza —dijo el Master con impaciencia.

Con voz temblorosa y rostro empalidecido por el temor, tartamudeó Caleb los siguientes versos:

*Cuando el último Laird de Ravenswood hasta  
Ravenswood cabalque,  
Y corteje a una doncella muerta para que sea su novia,  
Encerrará su caballo en el pantano de Kelpie,  
Y su nombre se habrá perdido para siempre.*

—Conozco bastante bien el pantano de Kelpie —di el Master—. Supongo que te refieres a las arenas mo vedizas entre esta torre y Wolf's-hope... pero ¿quién que no estuviera loco iba a dejar su caballo en seme jante lugar?

—Dios permita no lleguemos a conocer lo que significa la profecía... Pero quedaos en casa, señor, y dejad marchar solos a los forasteros. Hemos hecho bastante por ellos; hacer más sería ir contra el crédito de la familia...

—Mira, Caleb, todo eso está muy bien, pero yo no voy a Ravenswood para buscar novia, viva ni muerta, y espero encontrar para mi caballo una cuadra mejor que las arenas movedizas del Kelpie, sobre todo, por haberles tenido siempre gran prevención desde que se perdió en ella la patrulla de dragones hace diez años. Mi padre y yo los vimos desde la torre luchando contra la marea que avanzaba, y se perdieron antes de que pudiera llegarles ayuda alguna.

—¡Se lo merecieron, esos bandidos del sur! —dijo Caleb—. ¿Quién les mandaba venir a nuestras arenas, persiguiendo a la gente honrada que traía aguardiente a la playa?

El cerebro de Caleb se hallaba ahora plenamente ocupado por los abusos de los soldados ingleses, de manera que su amo pudo evadirse con gran facilidad, y volvió a reunirse con sus huéspedes. Todo estaba dispuesto para la marcha. Uno de los criados del Lord Keeper ensilló el caballo del Master y montaron todos en el patio.

Caleb acudió a abrir, muy laboriosamente, la doble puerta de la salida, y se estacionó en ella tratando de suplir, con un aspecto digno, toda la inexistente servidumbre baronal.

El Keeper devolvió su profunda reverencia con un cordial saludo de despedida, inclinándose al mismo tiempo desde el caballo y deslizando en la mano del doméstico la remuneración que daban siempre en aquel tiempo los huéspedes a los servidores de la familia que los había alojado. Lucy sonrió al anciano con su habitual dulzura y le entregó su gratificación con tal gracia y gentileza que se hubiera ganado por completo el corazón del fiel criado si no hubiera sido por Thomas el Poeta y por los procesos contra su amo. Caleb podía haber hecho suyas las palabras del Duque en *Como gustéis*. «Esta acción vuestra me hubiera agradado más, si de otro padre fueseis hija».

Ravenswood, cerca de ella, sujetaba las riendas del Palafrén de la joven, animándola y conduciendo al caballo cuidadosamente por el sendero rocoso que descendía de la torre, cuando uno de los criados se acercó anunciando que Caleb

venía gritando detrás de ellos, diciendo que deseaba hablar con su amo. Ravenswood pensó que parecería extraño si no le hacía caso, aunque en su interior maldecía a Caleb por su inoportuna oficiosidad. Confió a míster Lockhard el agradable deber en el cual se hallaba ocupado y dirigió su cabalgadura camino atrás. Al encontrar a Caleb, empezó a preguntarle con mal talante el motivo de sus gritos, y el buen viejo le interrumpió: «¡Callad, señor! Callad, y dejadme decir algo de que no pude hablar allí, delante de la gente —y puso en la mano de su amo el dinero que había recibido—, hay tres monedas de oro... y necesitaréis dinero allá abajo. Pero ¡deteneos, señor, dejadme hablar! —pues el Master comenzaba a protestar contra esta transferencia—, no me digáis nada; ahora bien, deberéis cambiarlas en el primer pueblo por donde paséis, pues están recién salidas de la fábrica y se conoce demasiado».

—Olvidas, Caleb —dijo su amo luchando por devolverle el dinero a su fámulo y librar las bridas de él—; olvidas que tengo todavía algunas monedas de oro. Guarda esas para ti, mi viejo amigo; y una vez más, adiós. Te aseguro que me sobra. Ya sabes cómo has conseguido que viviéramos sin costarnos nada o casi nada.

—Bueno, pues os servirá para otra ocasión. Pero ved si tenéis bastante, pues os hallaréis obligado, para mantener el crédito de la familia, a tener liberalidades con los criados, y habéis de disponer de algo para cuando alguien os diga: Master, ¿os apostáis una de las grandes? Entonces deberéis sacar vuestra bolsa y decir: No tengo ningún inconveniente; y luego, no os mostréis conforme con la solución de la apuesta y recoged otra vez vuestra bolsa, y...

—Caleb, esto es intolerable; he de marcharme ahora mismo.

—Entonces, ¿os iréis de verdad? —dijo Caleb soltando la capa de su amo, y adoptando un tono patético—, ¿marcharéis a pesar de cuanto os he dicho sobre la profecía, y la novia muerta y las arenas movedizas de Kelpie? Un hombre voluntarioso debe tener camino libre; pero, por vuestra vida, señor... si estáis cazando en el Parque... no bebáis en la Fuente de la Sirena... ¡Se fue!... ¡Allá va senda abajo, como una flecha detrás de ella! ¡Hoy es un día mortal para la casa de Ravenswood!

El viejo servidor siguió con la vista a su amo, secando las lágrimas de sus ojos, para distinguir durante el mayor tiempo posible la arrogante figura del joven de las de los demás jinetes —¡Junto a las riendas de ella!; ¡ay, junto a las bridas de su caballo! Ya lo dijo el santo varón. «También por esto verás que la mujer domina a todos los hombres»; y sin esta muchacha no se hubiera consumado nuestra ruina—.

Con el corazón lleno de tan tristes augurios volvió Caleb a sus deberes en el Despeñadero del Lobo, en cuanto no pudo distinguir por más tiempo el objeto de su ansiedad entre el grupo de jinetes, los cuales se veían ya muy diminutos.

Entretanto, la cabalgata proseguía su camino alegremente. Una vez decidido, el Master de Ravenswood no vacilaba más ni se volvía atrás. Se abandonó al placer que

experimentaba acompañando a Miss Ashton y desplegó una asidua galantería. El Lord Keeper admiró mucho sus profundas dotes de observación y las enseñanzas nada corrientes que le habían valido sus estudios. La profesión de Sir William Ashton y su trato de gentes le permitían juzgar esos méritos con excelente criterio. Y sabía apreciar, sobre todo, una cualidad de que él carecía totalmente, la intrépida y tajante condición del Master, que no conocía el miedo ni la duda. Se alegraba el Lord Keeper de haberse ganado a un adversario tan formidable: mientras, con una mezcla de placer y ansiedad, anticipaba las grandes cosas que su joven amigo podría realizar, si el viento del favor cortesano inflaba sus velas.

—¿Qué más podría desear? —pensó, girando siempre su mente alrededor de la oposición que esperaba encontrar en Lady Ashton— ¿qué más podría desear una mujer sino una boda con la cual acabarían revisiones muy peligrosas y le proporcionaría un yerno noble, valeroso, bien dotado y excelentemente relacionado —flotara donde quiera se incline la marea— fuerte en lo que nosotros somos débiles, en su alcurnia y en ese temperamento belicoso? Desde luego, ninguna mujer razonable vacilaría. ¡Pero!... —Y aquí se interrumpía su argumentación, pensando que Lady Ashton no era siempre razonable en la acepción que él daba a esta palabra. «Preferir cualquier *Laird* apayasado a este noble; joven, y a la posesión segura de Ravenswood mediante un acuerdo, sería propio de una loca».

Así reflexionaba el veterano político hasta que llegaron a la casa de Lord Bittlebrains, donde habían acordado almorzar y reposar, para proseguir el viaje por la tarde.

Fueron recibidos con un exceso de hospitalidad, y el Master de Ravenswood fue objeto de las mayores atenciones. La verdad era que Lord Bittlebrains había logrado su título de par gracias a una elocuencia vulgar, a una observación constante de los cambios de situación, y a la facultad de prestar ciertos servicios políticos a quienes podían recompensarlos. Como quiera que su mujer y él no se encontraban muy a sus anchas con sus recientes honores, sentían grandes deseos de ganarse la amistad de los que por nacimiento se hallaban en las regiones adonde ellos acababan de subir. La extremada deferencia que mostraron hacia el Master de Ravenswood aumentó la importancia de éste a los ojos del Lord Keeper, el cual, aun menospreciando en gran medida a Lord Bittlebrains, tenía una alta opinión de él en todo lo referente a abrirse paso en la vida.

—Me hubiera gustado que Lady Ashton hubiese visto eso —fue su reflexión—; nadie sabe tan bien como Bittlebrains de qué lado están sus intereses; y lisonjea al Master como un mendigo a un cocinero. Además, su señora, haciendo pavonearse a sus mocitas —que se hacen los angelitos— como diciendo al muchacho: anda, escoge. Se pueden comparar menos a Lucy que un búho a un cisne, de manera que pueden irse con sus pretensiones a otra parte.

Terminado este intermedio, nuestros viajeros, a los cuales faltaba aún la mayor parte del camino, volvieron a montar; y luego que el Lord Keeper, el Master y la servidumbre hubieron bebido la *dochan-dorroch* (o sea, «la copa del estribo») con los licores apropiados a sus diferentes categorías, la cabalgata se puso de nuevo en movimiento.

Ya era de noche cuando penetraron en la avenida del Castillo de Ravenswood, una larga franja recta conducente al frontispicio de la casa, senda bordeada de enormes álamos, que suspiraban con el viento nocturno, como si compadecieran al heredero de sus antiguos propietarios, el cual retornaba ahora a sus sombras en compañía, y casi en el séquito, de su actual dueño. Algunos sentimientos de este género oprimían la mente del Master. Gradualmente se encerró en el silencio, y fue quedándose atrás de la joven, soltando las riendas que hasta entonces llevara con tanta devoción. Recordaba muy bien cuando había acompañado a su padre, a aquella misma hora, cuando aquel aristócrata abandonó, para no volver más a ella, la mansión de la que derivaba su apellido y su título. La amplia fachada del viejo castillo, al cual recordaba haberse vuelto a mirar muchas veces al partir de él para siempre, estaba entonces «negra como velo de viuda». La misma fachada brillaba ahora con numerosas luces, algunas de ellas penetrando en la noche con un resplandor fijo y otras apresurándose de una ventana a otra, indicando el ajetreo y los preparativos para la llegada de los viajeros, anunciada por un mensajero. Este contraste torturó tanto su corazón que despertó en él algunos de los sombríos sentimientos que solía abrigar contra el nuevo poseedor de sus bienes paternos, y grabó en su continente una severa dignidad al descender del caballo y entrar en el *hall* que ya no era el suyo, rodeado por los numerosos criados del actual dueño.

El Lord Keeper notó este cambio al acercarse para darle la bienvenida y, conteniendo su primer impulso, limitó la ceremonia de la recepción a una profunda reverencia a su invitado, dándole así a entender delicadamente que participaba de sus sentimientos.

Dos criados de categoría superior, cada uno con un par de enormes candelabros de plata, condujeron a los señores a un espacioso salón, cuyas reformas hicieron resaltar ante Ravenswood la mayor riqueza de los actuales moradores del castillo. La tapicería desgastada —que medio cubría, en tiempos de su padre, las paredes de la majestuosa estancia, cayendo en parte sobre ella en jirones— había sido sustituida por un artesonado perfecto, cuyas cornisas, así como los frisos, estaban adornados con festones de flores y pájaros, los cuales, aunque esculpidos en roble, parecían hinchar sus gargantas y estremecer sus alas, tal era el arte del cincel. Algunos antiguos retratos de familia, de héroes militares de la casa de Ravenswood —una armadura o dos, y algunas armas antiguas— habían sido cambiados por los del Rey Guillermo y la Reina María, Sir Thomas Hope y Lord Stair, distinguidos abogados

escoceses, y los retratos del padre y de la madre de Lord Keeper; el último representaba una señora agria, solemne y malhumorada, con su toca negra muy cerrada a los lados y un devocionario en la mano; el del padre mostraba, debajo de una cogulla ginebrina de seda negra tan pegada a la cabeza como si ésta hubiera estado afeitada, unas facciones puritanas, contraídas y enfurruñadas, terminando el rostro en barba puntiaguda y pelirroja. En su totalidad, esta faz reflejaba una expresión en la cual parecían disputarse la primacía el hipócrita y el pillo. «¡Y para dejar sitio a espantapájaros como éstos», pensó Ravenswood, «arrancaron a mis antepasados de los muros erigidos por ellos!». Los miró detenidamente y conforme los miraba, la imagen de Lucy Ashton (la joven no había entrado en la sala con ellos) perdía intensidad en su imaginación. También había allí dos o tres «humoradas» holandesas, como se llamaba entonces a los cuadros de Teniers y Ostade, y un buen cuadro de la Escuela italiana. Además, veíase un imponente retrato de cuerpo entero del Lord Keeper en sus vestiduras oficiales, colocado junto al de su esposa, en seda y armiño; una belleza altiva, despidiendo por sus ojos el orgullo de la casa de Douglas, de la cual descendía. El pintor, vencido por la realidad, pese a su habilidad, o quizá por un sentido acusado del humor, no había podido dar al marido en la tela ese aire dominante de supremacía que revela el pleno disfrute de la autoridad doméstica. Resultaba evidente a primera vista, que a pesar de su maza y sus insignias, el Lord Keeper estaba algo dominado. El suelo de este hermoso salón se hallaba cubierto de ricas alfombras. Enormes fuegos ardiendo en las chimeneas dobles, y diez arañas de plata, multiplicando sus luces con las brillantes pantallas, daban una luminosidad de pleno día.

—¿Tomaríais algún refresco, Master? —dijo Sir William Ashton, deseoso de romper el molesto silencio.

No recibió respuesta alguna, pues el Master estaba tan abstraído observando los diversos cambios verificados en la sala, que no oyó al Lord Keeper. Lo sacó de su ensimismamiento una repetición del ofrecimiento, con la advertencia de que pronto estaría dispuesta la comida, y comprendió haber dado una prueba de debilidad, y hasta de ridiculez, al dejarse vencer por las circunstancias en que se había encontrado. Por tanto, se forzó a trabar conversación con Sir William Ashton, aparentando toda la indiferencia que podía:

—No os sorprenderá, Sir William, que me interese por las modificaciones introducidas por vos, para mejorarla, en esta estancia. En tiempos de mi padre, después que nuestras desgracias le obligaron a llevar una vida apartada, la usábamos poco, como no fuese para mis juegos cuando el tiempo no me permitía salir. En este rincón tenía yo mi pequeño taller, donde atesoraba las pocas herramientas de carpintería que el viejo Caleb me procuraba y me enseñaba a manejar; allí en aquel otro rincón, debajo de donde está ahora esa hermosa lámpara de plata, guardaba mis

cañas de pescar, y mis venablos, arcos y flechas para la caza.

—Tengo un rapaz de aficiones muy semejantes —dijo el Lord Keeper, interesado en cambiar el tono de la conversación—. Sólo es feliz en el campo. No sé si estará en casa... Oye, Lockhard, envía a William Shaw a buscar a Mr. Henry... Me figuro que estará, como siempre, pegado a las faldas de Lucy... Esta tontuela, Master, maneja a toda la familia a su gusto.

Ni siquiera con esta alusión a su hija, aunque lanzada con toda idea, logró sacar a Ravenswood de sus añoranzas.

—Nos vimos obligados a dejar —dijo— algunas ata maduras y retratos en esta estancia... ¿No sería indiscreto preguntar dónde han sido trasladados?

—Es que la habitación fue reformada en ausencia nuestra —contestó el Keeper, con cierta turbación— y *cedant arma togae* es la máxima de los abogados, ya lo sabéis... Temo que se haya cumplido en este caso demasiado al pie de la letra... Espero... Creo que se conservan... Estoy seguro de haber dado órdenes... ¿Puedo confiar en que, cuando se encuentren, me haréis el honor de aceptar esos objetos de mis manos, como una indemnización por su extravío transitorio?

El Master de Ravenswood se inclinó secamente y, con los brazos cruzados, siguió revisando la sala.

Henry, un muchacho mimado de quince años, entró corriendo en la habitación, y se abalanzó a su padre:

—Papá, Lucy ha llegado a casa tan disgustada y tan antipática, que no quiere venir a la cuadra para ver mi nuevo *pony*, el que me trajo Bob Wilson del Cabo de Galloway.

—Haces muy mal en pedírselo —dijo el Keeper.

—Entonces, estáis enfadado como ella. Pero cuando vuelva mamá ya os arreglará las cuentas a los dos.

—¡Vamos, impertinente, a callar! ¿Dónde está tu ayo?

—Ha ido a una boda en Dunbar... Me parece que le pondrán picadillo para almorzar —y empezó a cantar la antigua canción escocesa: «Había un picadillo en Dunbar, Fal de Fal...».

—Le agradezco mucho a Mr. Cordery la atención que pone en ti, ¿y se puede saber quién se ha hecho cargo de ti mientras estuve fuera, Mr. Henry?

—Norman y Bob Wilson, aparte de yo mismo.

—¡Un mozo y un guardabosque... y tu loca persona! ¡Vaya unos guardianes para un futuro letrado! Estoy viendo que no sabrás en tu vida más leyes que las prohibitivas de cazar ciervos en el verano y de la pesca del salmón.

—Y a propósito de caza de ciervos —dijo el joven tunante, interrumpiendo a su padre sin escrúpulo—: Norman ha matado un ciervo y le enseñé las astas a Lucy y dice que sólo tienen ocho puntas, y que habéis matado un ciervo con los galgos de



Lord Bittlebrains, cuando estabais por allá, y ¿sabes?, dice que tenía diez puntas, ¿es verdad?

—Lo mismo puedo decirte que tenía veinte, ¿qué se yo? Pero si preguntas a aquel caballero, podrá informarte... Anda, ve a hablarle, Henry; es el Master de Ravenswood.

Mientras sostenían la anterior conversación, padre e hijo se hallaban junto al fuego; y el Master, en el otro extremo de la habitación, les volvía la espalda, sumido en la contemplación de uno de los cuadros. El chico corrió a él, y le tiró del faldón de la casaca con la libertad de un niño mimado, diciéndole: «Oíd, señor... ¿queréis decirme...?». Pero cuando el Master se volvió hacia él, y Henry vio su rostro, se desconcertó de pronto por completo, retrocedió dos o tres pasos, sin dejar de contemplar a Ravenswood con un aire de temor y de asombro que borró enteramente de sus facciones la habitual expresión de descarada vivacidad que las distinguía.

—Ven aquí, caballerito —dijo el Master— y te diré todo lo que sé de la caza.

—Henry, acércate a este caballero —dijo el Keeper—, no sueles ser tan tímido.

Pero nada podía convencer al muchacho. Por el contrario, en cuanto hubo observado bien al Master, se volvió y, andando tan cautelosamente como si estuviera pisando huevos, se deslizó hasta donde se hallaba su padre, apretándose contra él lo más posible. Ravenswood, para librarse de escuchar la discusión entre el padre y este niño consentido, juzgó más cortés volver una vez más el rostro hacia los cuadros, y no prestar atención a lo que decían...

—¿Por qué no hablas al Master, atolondrado?

—Tengo miedo —dijo Henry, en un tono de voz muy apagado.

—¿Miedo? ¡Qué ganso eres! —le replicó su padre sacudiéndolo ligeramente por el cuello—. ¿Miedo de qué?

—Porque se parece tanto al cuadro de Sir Malise Ravenswood —murmuró el chico.

—¿Qué cuadro, desdichado? Hasta ahora te he creído un pillastre, pero vas a resultar un idiota...

—Os digo que es el mismo cuadro de aquel Malise de Ravenswood, y es tan parecido a él como si hubiera salido del lienzo. Esta arriba, en el salón del Barón, donde las criadas lavan la ropa, y tiene una armadura, no una casaca como este caballero... Éste no tiene barba y patillas como el del cuadro, y lleva otra cosa en el cuello y...

—Y ¿por qué no había de parecerse el caballero al su antepasado, niño estúpido?

—Sí, pero ¿y si ha venido a echarnos a todos del castillo, y tiene veinte hombres a sus espaldas disfrazados... y ha venido a decir, con una voz cavernosa: *No tengo prisa*, y te mata luego en el atrio como hizo Malise con el otro?... ¡Todavía puede verse la sangre!

—¡Te quieres callar! ¡Basta ya de majaderías! —dijo el Lord Keeper, a quien no agradaba mucho que le hiciesen ver esas coincidencias enojosas—. Master, aquí viene Lockhard a decir que la cena está servida.

Y, en ese momento, Lucy entró por otra puerta, ya cambiada de vestido. Su exquisita belleza femenina, matizada ahora por el dorado esplendor de varias trenzas; las formas de sílfide liberadas ya de su pesada falda de montar, y envueltas en un finísimo manto de seda azul celeste; la gracia de sus actitudes y de su sonrisa despejó, con una celeridad que sorprendió al mismo Master, todos los lúgubres pensamientos que venían nublando su fantasía. En aquellas facciones, tan sencillamente dulces, no podía hallar ninguna analogía con el rostro contraído del puritano de barba puntiaguda y gorro negro, ni con su almidonada y ajada esposa, ni tampoco con la astucia expresada por la fisonomía del Lord Keeper o con la altanería predominante en la figura de Lady Ashton. Y, contemplando a Lucy, le parecía un ángel descendido del cielo sin relación alguna con los bastos mortales entre los cuales se dignaba habitar durante una temporada. Tal es el poder de la belleza sobre una fantasía juvenil y entusiasta.

## CAPÍTULO XIX

### EN EL CUAL OYE RAVENSWOOD NUEVOS PRESAGIOS Y ALGO QUE DEBÍA DE SERLE AGRADABLE

LA comida en el castillo de Ravenswood fue tan notable por su esplendidez como la del Despeñadero del Lobo lo había sido por su penuria. Aunque el Lord Keeper sintiera un orgullo interior por este contraste, tenía demasiado tacto para dejarlo aparentar. Por el contrario, parecía recordar con agrado lo que llamó «la comida de soltero de Mr. Baldestone», y estar más disgustado que contento por el despliegue de su propia mesa.

—Hacemos estas cosas —dijo—, porque las hacen los demás; pero a mí me educaron con sencillez, en la mesa frugal de mi padre, y me gustaría, si me lo permitieran mi mujer y mi familia, volver a mis comidas sencillas.

Esto resultaba un poco forzado. El Master respondió solo que «posiciones sociales diferentes, mejor dicho», añadió corrigiéndose, «diferentes grados de riqueza requieren un estilo doméstico diferente».

Tan seca observación cortó de plano este tema de conversación, y no es necesario consignar aquí los que lo sustituyeron. Basta decir que las horas siguientes pasaron agradablemente, e incluso con cordialidad; y Henry había vencido hasta tal punto sus primeros recelos que se puso de acuerdo, para organizar una partida de caza, con el representante y viva imagen del tétrico Sir Malise de Ravenswood, llamado el Vengador. Se fijó para ello la mañana siguiente. Los deportistas estaban muy animados, y la partida fue un éxito. Durante la caza celebraron un verdadero banquete, y fue hecha y aceptada una invitación para prolongar un día más la estancia en Ravenswood. El Master decidió que sería el último de su permanencia allí, pero recordó que no había visitado todavía a la vieja y fiel servidora de su casa, Alice, y era elemental que dedicase una mañana a proporcionar esta satisfacción a una partidaria tan antigua.

Por tanto, dedicó otro día a visitar a Alice, y Lucy sirvió de guía al Master en el camino. Es cierto que Henry los acompañó, quitando así al paseo de la pareja el aire de un *tête-à-tête*, cuando en realidad, era poco más de esto, si se tiene en cuenta las diversas circunstancias que surgieron para impedir prestase el muchacho la menor atención a lo que ocurría entre sus compañeros de excursión. Una vez era una corneja que se posaba, a tiro, en una rama; a cada momento, una liebre cruzando la senda, y Henry que se lanzaba con su galgo en su persecución; otra vez un leñador con quien se detenía a charlar; o también el deseo de examinar la madriguera de un tejón hacía adelantarse un gran trecho a la pareja.

La conversación entre su hermana y el Master tomaba, mientras tanto, un sesgo interesante y hasta confidencial. Ella no pudo evitar expresarle su sentimiento; por el dolor que había él de experimentar al visitar lugares tan queridos, y de tan diferente aspecto ahora. Y esta simpatía era expresada con tal gentileza que Ravenswood la estimó como una plena compensación por todas sus desgracias. No pudo contener el comunicar a la joven parte de sus pensamientos, los cuales escuchó Lucy con más confusión que disgusto. Y puede perdonársele la imprudencia de haber prestado oído a semejantes palabras, teniendo en cuenta que la actitud de su padre parecía autorizarlas. Sin embargo, hizo un esfuerzo para desviar la conversación, y lo consiguió, pues el Master había avanzado más de lo que se proponía, y su conciencia le contuvo instantáneamente cuando estaba a punto de hablar de amor a la hija de Sir William.

Ahora se acercaban a la choza de la vieja Alice, reparada últimamente y presentando por ello un aspecto menos pintoresco, pero mucho más limpio que antes. La anciana estaba en su sitio acostumbrado, debajo del sauce llorón, tomando el sol de otoño, con el indiferente disfrute de la vejez y los achaques. Al llegar sus visitantes, volvió la cabeza hacia ellos.

—Oigo vuestros pasos, Miss Ashton —dijo—, pero el caballero que os acompaña no es mi lord, vuestro padre.

—¿Por qué lo creéis así, Alice? —dijo Lucy—; ¿cómo es posible que podáis juzgar con semejante precisión por el sonido de los pasos al aire libre?

—Mi oído, hija mía, se ha agudizado con mi ceguera, y ahora puedo deducir conclusiones de los sonidos más ligeros, que antes eran tan indiferentes a mis oídos como ahora lo son a los vuestros. La necesidad es una maestra severa, pero excelente, y si una ha perdido la vista, ha de informarse por otros medios.

—Bien, decís que es el paso de un hombre. Habéis acertado —dijo Lucy—; pero ¿porqué, Alice, no puede ser el de mi padre?

—El andar de la edad avanzada, amor mío, es tímido y cauteloso, el pie se separa de la tierra lentamente, y vuelve a posarse en ella vacilando; lo que he oído ahora son los pasos ligeros y decididos de un joven y —si pudiera dar crédito a una idea tan extraña— diría que es el paso de un Ravenswood.

—Nunca hubiera creído —dijo Ravenswood— una agudeza auditiva como ésta si no lo hubiera visto... En efecto, soy el Master de Ravenswood, Alice..., el hijo de vuestro antiguo amo.

—¿Vos? —dijo la anciana, casi con un grito de sorpresa—. ¿Vos el Master de Ravenswood?... ¿Aquí... en este lugar, y acompañado así? ¡No puedo creerlo! Dejad que pase mi mano por vuestro rostro, para que mi tacto confirme a mis oídos.

Sentóse el Master junto a ella en el banco de tierra, y le permitió que tocase sus facciones con su mano temblorosa.

—¡Si que lo es! Son las facciones y la voz de los Ravenswood... las altas líneas del orgullo y el tono audaz y altivo... Pero ¿qué hacéis aquí, Master de Ravenswood? ... ¿qué hacéis en las tierras de vuestro enemigo, y en compañía de esta niña?

A medida que la vieja Alice hablaba, iba animándose su rostro, como ocurriera probablemente a los antiguos vasallos feudales en cuya presencia su señor hubiera mostrado algún síntoma de degeneración respecto al espíritu de sus antepasados.

—El Master de Ravenswood —dijo Lucy, a quien no gustaba el tono de esta reconvencción, y deseaba cortarla— ha venido a visitar a mi padre.

—¿Sí? —dijo la anciana ciega, en un tono de sorpresa.

—Sabía —contestó Lucy— que le proporcionaría un placer trayéndolo a vuestra casita.

—En la cual, Alice, para decir verdad —intervino Ravenswood—, esperaba una acogida más cordial.

—¡Es maravilloso! —murmuró para sí la vieja— a pero los caminos del Cielo no son como los nuestros, y sus juicios se realizan por medios fuera de nuestro alcance... Escuchad, joven —dijo—, vuestros antepasados eran implacables, pero eran adversarios honorables; no trataban de hundir a sus enemigos bajo el amparo de la hospitalidad. ¿Qué relación podéis tener con Lucy Ashton?... ¿Por qué se mueven vuestros pasos en la misma senda que los de ella?... ¿Por qué ha de sonar vuestra voz acorde con la suya?... Joven, quien trata de vengarse por medios deshonorosos...

—¡Cállate, mujer! —dijo Ravenswood con severidad—. El diablo impulsa tus palabras... Has de saber que esta señorita no cuenta en la tierra con un amigo que llegase más lejos para salvarla de todo daño o de cualquier insulto...

—Si es así —dijo la anciana en un tono alterado pero melancólico—, ¡Dios os bendiga a los dos!

—Amén, Alice —dijo Lucy, la cual no había comprendido el verdadero significado de la alusión de la ciega—, y os devuelva la vista y el buen humor. Si seguís con ese misterioso lenguaje, en vez de recibir como es debido a vuestros amigos, van a pensar de vos lo que el resto de la gente.

—Y, ¿qué piensan los demás? —preguntó Ravenswood, que también comenzaba a creer que la anciana hablaba incoherentemente.

—Pues piensan —dijo Henry Ashton, el cual llegó en aquel momento, y murmuró al oído de Ravenswood— que es una bruja, y que deberían haberla quemado con los de Haddington.

—¿Dices que soy una bruja y que debía padecer con los desgraciados que fueron asesinados en Haddington? —exclamó Alice, volviéndose hacia el muchacho, encendido de pasión su rostro ciego.

—¡Anda! —volvió a murmurar Henry— ¡y estaba hablando tan bajo que ni yo mismo me oía!

—Si el usurpador, el opresor, el martirizador de los pobres, y expoliador de antiguas propiedades, estuviera en la misma hoguera que yo, gritaría: ¡Prended fuego, en nombre de Dios!

—Es horrible —dijo Lucy—. Nunca he visto a esta pobre mujer en semejante estado; pero la edad y la pobreza la disculpan... Ven, Henry, la dejaremos por ahora... Quiere hablar con el Master. Volveremos a casa, y descansaremos —añadió, mirando a Ravenswood— en la Fuente de la Sirena.

Cuando Alice se convenció de que ambos hermanos se habían alejado, dijo a Ravenswood:

—¿También vos me guardáis rencor por mi cariño? Los extraños es diferente, pero ¿también vos?

—No estoy enfadado, Alice. Sólo sorprendido de que vos, cuyo buen sentido he oído alabar tan a menudo, deis lugar a sospechas ofensivas e infundadas.

—¿Ofensivas? ¡Ay, la verdad ofende siempre!... pero infundadas, no.

—Repito que no tienen fundamento alguno.

—Entonces, el mundo ha cambiado, y los Ravenswood perdieron su temperamento hereditario, y los ojos del entendimiento de la vieja Alice están aún más ciegos que los de su cara. ¿Cuándo se vio a un Ravenswood buscar la casa de su enemigo, si no fue con el propósito de vengarse? Y allí habéis ido, Edgard Ravenswood, o con un odio fatal o con un amor más fatal todavía.

—Ni lo uno ni lo otro, os doy mi palabra de honor... quiero decir, os lo aseguro.

Alice no pudo ver sus mejillas enrojecidas, pero notó la turbación del juramento con que quiso reforzar en un principio su negativa.

—Será así —dijo la ciega—, ¡pero ella se detendrá en la Fuente de la Sirena! Es un lugar que tiene fama de ser funesto para los Ravenswood —con frecuencia ha resultado cierto—, pero nunca tuvo ocasión más propicia que hoy para probar su fatalidad esta tradición.

—Acabaréis por volverme loco, Alice. Sois más estúpida y más supersticiosa que el viejo Balderstone. ¿Tan pocos sentimientos cristianos tenéis para creerme capaz de declarar la guerra en el día de hoy a la familia Ashton como en la sanguinaria costumbre de los tiempos pasados? ¿O me suponéis tan loco, que no pueda pasear al lado de una muchacha sin lanzarme de cabeza a enamorarla?

—Mis pensamientos —replicó Alice— me pertenecen; y si mi vista mortal se ha cerrado a los objetos presentes, quizá pueda mirar con más resultado a los acontecimientos futuros. ¿Estáis dispuesto a sentaros en el último lugar de la mesa que perteneció a vuestro padre, en calidad de pariente y aliado de su orgulloso sucesor? ¿Estáis decidido a vivir de su liberación, a seguirlo en la senda de la intriga y los enredos, a roer los huesos de su presa cuando ya él haya devorado la substancia? ¿Podéis hablar como Sir William Ashton, pensar como él piensa, votar lo que él vota,

y llamar al asesino de vuestro padre vuestro adorado suegro y reverenciado protector? ... Master de Ravenswood, soy la sirviente más antigua de vuestra casa, ¡y antes preferiría verlo amortajado y en el ataúd!

Los pensamientos bullían en la mente de Ravenswood en un tumulto extraordinario. La ciega había tocado y despertado una cuerda que él había conseguido mantener silenciosa durante algún tiempo. Recorrió el jardincito en varias direcciones con pasos nerviosos, y, por fin, deteniéndose frente a Alice, exclamó: «¡Mujer! ¿te atreves, en el umbral de la tumba, a excitar al hijo de tu amo a vengarse, a derramar sangre?».

—¡No lo permita Dios! —dijo Alice solemnemente—. Y sin embargo, desearía veros abandonar estas tierras fatales, donde vuestro odio y vuestro amor amenazan con seguras maldades, o por lo menos, desgracias, tanto para vos como para otros. Si estuviera en el poder de esta mano marchita, protegería a los Ashton de vos, y a vos de ellos, y a unos y otros de sus propias pasiones. No podéis, no debéis tener nada de común con ellos. Alejaos de su compañía; y si Dios ha permitido que la venganza caiga sobre la casa del opresor, no seáis vos el instrumento.

—Pensaré en cuanto me habéis dicho, Alice —dijo Ravenswood, ya con más tranquilidad—. Creo me queréis bien y me sois fiel, pero lleváis demasiado lejos la libertad de una antigua criada. Adiós, y si el Cielo me concede medios más adecuados, no dejaré de contribuir a vuestro bienestar.

Intentó ponerle en la mano una moneda de oro, y ella se negó a aceptarla. En la ligera escaramuza para hacérsela tomar cayó al suelo.

—Dejadla ahí un instante —dijo Alice, cuando el Master se inclinaba para recogerla—; y creedme, esa moneda de oro es un símbolo de lo que amáis: es preciosa, pero os veis obligado a inclinaros hasta la humillación antes de poder lograrla. En cuanto a mí, me interesa tan poco el oro como las pasiones terrenales. Y la mejor noticia que podrían darme es que Edgar Ravenswood se halla a cien millas de la mansión de sus antepasados, con la decisión de no volver a contemplarla en su vida.

—Alice —dijo el Master, el cual comenzaba a suponer basada esta seriedad en alguna causa más secreta que la anciana no podía haber deducido sólo de esta visita—. Mi madre os alababa por vuestro sentido, agudeza y fidelidad: no sois tonta para creer en dichos supersticiosos y para crearos fantasmas, como Caleb Balderstone; decidme, pues, claramente, en qué veis el peligro si creéis que alguno me amenaza. Si me conozco a mí mismo, puedo asegurar que no tengo respecto a Miss Ashton las miras que me atribuí. Tengo asuntos que tratar con Sir William. Una vez arreglado esto, me marcharé, y con tan escaso deseo de volver a un lugar lleno para mí de recuerdos melancólicos, como vos tenéis de verme aquí.

Alice inclinó hacia el suelo sus ojos muertos, y sumióse por algunos momentos en

profunda meditación. Luego, levantando la cabeza, habló de esta manera:

—Diré la verdad. Os diré el origen de mis aprensiones, sea para bien o para mal. ¡Lucy Ashton os ama, Lord de Ravenswood!

—Es imposible —dijo el Master.

—Mil circunstancias me lo han demostrado. En nadie más ha pensado desde que la salvasteis; y esto lo ha deducido mi experiencia de su propia conversación. Después de deciros esto —si en verdad sois un caballero y el hijo de vuestro padre— será motivo suficiente para que huyáis de ella. Su pasión morirá como la luz de una lámpara, por falta de alimento para la llama; pero, si permanecéis aquí, su destrucción o la vuestra, o la de ambos, será la inevitable consecuencia de su afecto colocado en quien no debe. Os digo este secreto contra mi voluntad, pero no hubiera podido escapar mucho tiempo a vuestra observación, y es mejor que lo sepáis por la mía. Marchaos, Master de Ravenswood... ya tenéis mi secreto. Si permanecéis una hora más bajo el techo de Sir William Ashton sin decidir casaros con su hija, sois un villano; si resolvéis emparentar con él, sois un insensato, un loco predestinado.

Con estas palabras, se levantó la anciana, tomó su bastoncito y, con paso tembloroso, se dirigió a su cabaña, entró en ella y cerró la puerta, dejando a Ravenswood solo con sus pensamientos.



## CAPÍTULO XX

### EN LA FUENTE DE LA SIRENA

LAS meditaciones de Ravenswood eran muy complejas.

Se veía ahora en el mismo dilema en que temía encontrarse desde hacía algún tiempo. El placer que le proporcionaba la compañía de Lucy llegaba ya a fascinarlo, pero no había podido conseguir sobreponerse del todo a su repulsa interna a casarse con la hija del enemigo de su padre; y ni siquiera perdonando a Sir William Ashton las ofensas inferidas a su familia y creyendo en la buena fe de las atenciones de éste para con él, ni aún así podía decidirse a admitir la posibilidad de una unión entre ambas casas. Comprendía que Alice tenía razón, y que su honor le exigía marcharse del Castillo de Ravenswood o convertirse en pretendiente de Lucy Ashton. Además, la visibilidad de verse rechazado en el caso de solicitarla a su rico y poderoso padre —pedir la mano de una Ashton y serle negada— sería ya demasiado humillación. «Deseo su felicidad», se dijo, «por ella perdono a su padre el daño que hizo a mi casa, pero nunca, no, nunca volveré a verla».

Con dolorosa angustia adoptó esta resolución, en el preciso momento de llegar al lugar donde el sendero se dividía en dos: uno a la Fuente de la Sirena, en la cual sabía que lo esperaba Lucy; el otro, dando rodeos, al castillo. Detúvose un instante cuando iba a tomar por la segunda dirección, pensando en las excusas que daría por una conducta que había de parecer extraordinaria, y acababa de decirse a sí mismo: «Noticias inesperadas de Edimburgo... cualquier pretexto puede servir... Lo que importa es no quedarme aquí más tiempo», cuando el joven Henry llegó como una flecha, casi sin respiración: «¡Master, Master! Debéis ofrecer vuestro brazo a Lucy para volver al castillo, pues yo no puedo darle el mío porque Norman me está esperando, y voy a acompañarlo a dar su vuelta de todos los días; no me lo perdería ni por un jacobino de oro, y a Lucy le da miedo volver sola, aunque ya han matado todo el ganado salvaje, de modo que debéis ir en seguida».

En una balanza cuyos dos platillos estén cargados por igual, basta el peso de una pluma para inclinar uno de ellos.

«Me es imposible dejar sola en el bosque a la muchacha», pensó Ravenswood; «verla una vez más no puede importar, después del tiempo que hemos estado juntos. Además, es elemental hacerle saber mi intención de partir».

Y habiéndose convencido a sí mismo de estar dando un paso, no sólo conveniente sino absolutamente necesario, tomó la senda que conducía a la fuente fatal. En cuanto Henry lo vio encaminarse hacia donde estaba su hermana, salió como un rayo en otra dirección, para divertirse con el guardabosque. Ravenswood, sin permitirse la menor revisión de la conveniencia de su conducta, dirigióse con paso rápido hacia la fuente, en la cual halló a Lucy sola sentada entre las ruinas.

Parecía estar contemplando el fluir del agua, a medida que surgía borbotando a la luz del día, en alegre y reluciente abundancia, bajo la sombra de la oscura bóveda con que la veneración, o quizá el remordimiento, había endoselado su manantial. A un espectador supersticioso, hubiera podido sugerirle Lucy Ashton —envuelta en su manto a cuadros, con su largo cabello escapándose en parte del cintillo y cayendo sobre su níveo cuello— la imagen de la Ninfa que murió en la fuente. Pero Ravenswood sólo vio una mujer de exquisita belleza, y más se lo parecía por saber ahora que había puesto en él su cariño. Conforme la miraba, sentía derretirse su decisión comal la cera al sol, y se apresuró a salir del matorral que lo ocultaba. Ella lo saludó, pero no se levantó de la piedra donde estaba sentada.

—El locuelo de mi hermano —dijo— me ha abandonado; pero volverá dentro de unos minutos, pues, afortunadamente, como todo le gusta para un minuto, nada lo retiene mucho.

Ravenswood no se sintió con ánimos para informar a Lucy de que su hermano planeaba una excursión larga y tardaría en volver. Sentóse en la hierba, a alguna distancia de Miss Ashton, y ambos callaron durante unos momentos.

—Me gusta este sitio —dijo Lucy, como encontrando el silencio embarazoso—; el murmullo de la fuente tan clara, el ondular de los árboles, la abundancia de hierba y de flores silvestres nacidas entre las ruinas, todo ello forma una escena de novela. Además, he oído decir que es un lugar relacionado con las leyendas que me atraen tanto.

—Se ha supuesto —contestó Ravenswood— que es un lugar fatal para mi familia; y yo debo creerlo así, puesto que fue aquí donde por primera vez vi a Miss Ashton, y aquí es donde tengo que despedirme de ella para siempre.

La sangre que había afluído a las mejillas de Lucy con las palabras anteriores, se retiró de ellas al oír las últimas.

—¡Despediros de nosotros, Master! —exclamó—. ¿Qué puede haber ocurrido para apresuraros de ese modo? Sé que Alice odia... quiero decir, que no quiere a mi padre, y apenas comprendí su misteriosa actitud de hoy. Pero, estoy segura, mi padre os agradece sinceramente el gran servicio que nos prestasteis. Dejadme confiar en que, habiéndonos sido tan difícil ganar vuestra amistad, no vamos a perderla tan fácilmente.

—¡Perderla, Miss Ashton! No; donde quiera me llame mi sino... y me tenga reservado lo que fuere..., es siempre vuestro amigo... vuestro sincero amigo... quien goza o padece. Pero hay una fatalidad sobre mí, y he de marcharme, o añadiré a mi desgracia la de otros.

—Sin embargo, no nos dejéis, Master —dijo Lucy; y apoyó su mano, con toda sencillez y afectuosidad, en el vuelo de la capa de aquél, como para retenerlo—. No os iréis, ¿verdad? Mi padre es influyente; tiene amigos que lo son más que él... No

os vayáis hasta tanto podáis ver cuánto hará por vos su gratitud. Creedme, ya está ocupándose en vuestro provecho en el Consejo.

—Puede ser —repuso el Master con orgullo—; pero el éxito en la carrera en la cual voy a entrar no quiero deberlo a vuestro padre, sino a mí mismo. Ya tengo hechos mis preparativos: una espada y una capa, un corazón audaz y una mano decidida.

Lucy se cubrió el rostro con las manos, y, a pesar suyo, las lágrimas se abrieron paso entre los dedos. «Perdonadme», le dijo Ravenswood tomándole la mano derecha, que ella le cedió después de una leve resistencia, ocultando aún el rostro con la izquierda; «soy demasiado rudo, demasiado huraño para tratar a un ser tan suave y gentil como vos. Olvidad que una visión tan sombría haya cruzado la senda de vuestra vida; dejadme proseguir la mía, y estad segura de que no podré hallar una mayor desgracia después de haberme separado de vos».

Lucy lloró, pero sus lágrimas no eran ya tan amargas. Cada intento que hizo el Master para justificar su propósito de marchar, no era sino otra prueba de que deseaba quedarse; hasta que, al fin, en vez de despedirse de ella para siempre, le prometió amor eterno y recibió de ella idéntica promesa. Todo ocurrió con tal rapidez, obedeciendo de tal modo al impulso del momento, que antes de poder el Master reflexionar sobre las consecuencias del paso que había dado, se unieron los labios y las manos de los jóvenes, sellando así la sinceridad de su afecto.

—Y ahora —dijo el Master, pasados unos momentos—, es preciso que hable a Sir William Ashton; debe de conocer nuestro noviazgo. Ravenswood no puede dar la impresión de prolongar su estancia en el castillo para solicitar clandestinamente el afecto de su hija.

—¿Hablarle a mi padre de esto? —dijo Lucy dudosa; y después, con ardor—. ¡Oh, no, no le habléis! Es mejor que logréis una posición en la vida antes de dirigiros a mi padre. Estoy segura de que os ama... Creo que consentirá... pero ¿está luego mi madre...!

Se interrumpió, avergonzada de haber expresado la duda que sentía sobre la autoridad doméstica de su padre.

—¿Vuestra madre, Lucy mía? Es de la casa de los Douglas, una casa que ha emparentado con la mía; incluso cuando estaba en su mayor gloria y poder... ¿Por qué habría de oponerse vuestra madre a nuestra unión?

—No he dicho oponerse, pero está celosa de sus derechos y quiere ser consultada en primer lugar.

—Bien, sea; Londres está lejos, pero una carta llegará allá y puede recibirse la contestación a los quince días. No instaré al Lord Keeper para que responda inmediatamente.

—Pero —dijo Lucy vacilante—, ¿no sería mejor esperar unas cuantas semanas?

Si mi madre os conociera, as estimaría... Tengo la seguridad de que estaría conforme; pero a vos personalmente no os conoce y las viejas rencillas entre las dos familias...

Ravenswood la miró fijamente con sus penetrantes ojos negros, como queriendo ahondar en su alma. Y le dijo:

—Lucy, he sacrificado por vos los proyectos de venganza que he alimentado durante tanto tiempo, y sobre los cuales hice juramentos casi paganos; los he sacrificado a vuestra imagen, incluso antes de conocer lo que ibais a ser para mí. En la tarde siguiente al funeral de mi padre, corté un mechón de cabellos y, mientras se consumían en el fuego, juré que mi odio y mi venganza perseguirían a sus enemigos, hasta que se retorcieran ante mí como aquel símbolo de aniquilación.

—Fue un pecado mortal —dijo Lucy, palideciendo— hacer un juramento tan fatídico.

—Lo reconozco —dijo Ravenswood—, y mayor crimen hubiera sido mantenerlo. Por vos abjuré de esos propósitos de venganza, aunque sin saberlo hasta ahora, en que al veros de nuevo, he comprendido claramente la influencia que teníais sobre mí.

—Y ¿por qué recordáis ahora unos sentimientos tan terribles... tan contrarios e incompatibles con los que me profesáis?

—Porque deseo dejaros bien grabado el precio a que adquiriré vuestro amor... el derecho que tengo a esperar vuestra constancia. No digo que lo haya pagado con el honor de mi casa, nuestra última posesión, pero aunque digo que no, y a pesar de creerlo así, sé que la gente podrá pensarlo y decirlo.

—Si son esos vuestros sentimientos, habéis jugado cruelmente conmigo. Pero no es tarde para dejarlo. Os devuelvo vuestra palabra que no podríais cumplir sin humillar vuestro honor; no tengamos en cuenta lo ocurrido... Olvidadme. Yo también procuraré olvidar.

—Me hacéis una gran injusticia. Si mencioné el precio al cual compré vuestro amor, es sólo para mostraros cuánto lo valoro; para ligar nuestro compromiso con lazos aún más firmes, y para haceros ver cómo sufriría si algún día lo rompierais.

—Y, ¿por qué creéis eso posible, Ravenswood? ¿Cómo podéis ni aludir siquiera a la infidelidad? ¿Porque os pedí que aplazaseis un poco el pedirme a mi padre? Ligadme con los juramentos que deseáis. Si los juramentos son innecesarios para asegurar la constancia, por lo menos evitan las sospechas.

Ravenswood se disculpó, suplicó, y hasta se arrodilló ante ella para calmarla; y Lucy perdonó en seguida la ofensa que implicaban las dudas de él. Esta discusión terminó entre los enamorados con la simbólica ceremonia de sus esponsales, de la que aún se conservan huella entre la gente del pueblo. Partieron entre ellos la delgada moneda de oro que Alice se había negado a recibir de Ravenswood.

—Nunca saldrá de mi pecho —dijo Lucy colgando de su cuello la moneda de oro y ocultándola con un pañuelo— hasta que vos, Edgar Ravenswood, me pidáis os la

devuelva; y, mientras la lleve, no reconocerá mi corazón más amor que el vuestro.

Con protestas semejantes, Ravenswood colocó junto a su corazón la mitad que le correspondía de la moneda. Y por fin se dieron cuenta de que el tiempo había pasado volando durante la entrevista y la ausencia de ambos llamaría la atención en el castillo, y hasta podía ser motivo de alarma. Cuando se levantaban para abandonar la fuente, testigo de sus mutuas promesas, silbó una flecha por el aire y fue a herir a un cuervo posado en una rama seca de un viejo roble cerca del lugar donde estuvieron sentados. El pájaro aleteó algunas yardas y cayó a los pies de Lucy, cuyo vestido se manchó con salpicaduras de sangre.

Miss Ashton se alarmó mucho; y Ravenswood, sorprendido e irritado, miraba a todas partes buscando al tirador, el cual había dado una prueba de habilidad tan inesperada como poco deseada. Al momento se presentó éste, pues no era otro que Henry Ashton, quien llegó con un arco en la mano.

—Ya sabía que os llevarías un susto —dijo—; y ¿sabéis?, parecíais tan ocupados que me imaginaba no veríais al cuervo hasta que os cayera sobre la cabeza... ¿Qué te estaba diciendo el Master, Lucy?

—Le decía a vuestra hermana lo holgazán que sois, teniéndonos aquí esperándoos tanto tiempo —dijo Ravenswood para salvar a Lucy de su turbación.

—¿Esperándome? ¿Cómo, pero no os dije que llevarais a Lucy a casa mientras yo me iba con Norman? Una hora he estado yo con él, mientras vos estabais aquí sentado con Lucy, haciendo el vago.

—Bueno, Mr. Henry —dijo Ravenswood—; pero a ver cómo os justificáis por haber matado al cuervo. ¿Sabéis que todos los cuervos están bajo la protección de los Lores de Ravenswood, y que matar uno en presencia de éstos trae tan mala suerte que merece un buen castigo?

—Eso mismo dijo Norman. Vino conmigo hasta ahí cerca y me dijo que nunca había visto un cuervo posado tan tranquilamente cerca de las personas, y suponía que debía de ser señal de buena suerte porque el cuervo es uno de los pájaros más salvajes, a no ser que esté domesticado. Por eso me acerqué gateando, hasta estar a unas sesenta yardas de él, y entonces... ¡chchch! salió el dardo, ¡y ahí lo tenéis a fe mía! ¿No fue un buen disparo? Y, la verdad, no habré tirado ni diez veces con la ballesta.

—Magnífico disparo, desde luego —dijo Ravenswood—; y, si lo practicáis mucho, seréis un tirador formidable.

—Eso dice Norman. Pero no es culpa mía si no practico más. Si me dejaran no haría otra cosa, pero mi padre y mi ayo se enfadan a veces, y Miss Lucy pone mala cara a mis diversiones cuando es capaz de estarse ahí sentada junto a una fuente un día entero si tiene un caballerito con quien charlar... Ya la he visto hacerlo veinte veces, podéis creerme.

El chico miró a su hermana mientras hablaba y se dio cuenta de estarla hiriendo, aunque sin comprender la verdadera causa.

—Vamos, Lucy —le dijo—, no llores; y si he dicho algo más de la cuenta, estoy dispuesto a negarlo. ¿Y qué le puede importar al Master de Ravenswood, aunque hubieses tenido cien novios? De manera que no merece la pena de ponerse así.

A Ravenswood le agradó muy poco, en un principio, lo que acababa de oír; pero su buen sentido lo consideró, naturalmente, como una ocurrencia de un niño mimado, cuya intención era mortificar a su hermana en lo que más podía dolerle en aquel momento. No obstante, el Master era lento para recibir las impresiones y, obstinado en retenerlas, y la cháchara de Henry le hizo sospechar vagamente que su actual compromiso podía conducirle a ser presentado como un cautivo uncido al carro del vencedor, cuyo único afán fuera saciar su orgullo a expensas de los vencidos. Pero esto era sólo una vaga aprensión, y no pensaba en ello seriamente. En verdad, era imposible mirar los claros ojos azules de Lucy y dudar de su sinceridad. Sin embargo, el orgullo y la consciencia de su pobreza hacían suspicaz su mente que, en circunstancias más afortunadas, hubiera sido ajena a cualquier mezquindad.

Llegaron al castillo, donde Sir William Ashton —alarmado por tan prolongada tardanza— los recibió en el *hall*.

—Si no hubiera estado Lucy —dijo— en compañía de alguien que ha demostrado ser tan capaz de protegerla, habría estado intranquilísimo y hubiera enviado algunos de mis hombres a buscaros. Pero en compañía del Master de Ravenswood mi hija nada tiene que temer.

Lucy comenzó a disculparse, pero, con la conciencia intranquila, se turbó y no pudo proseguir; y, cuando Ravenswood, que acudió en su ayuda, trató de terminar la explicación, se hizo el mismo enredo, como quien trata de salvar a un compañero de un lodazal y se ve también hundido en él. No puede pensarse que la confusión de ambos jóvenes escapara a la observación del sutil abogado, acostumbrado por su profesión a desenmarañar la naturaleza humana. Pero su táctica no era, por lo pronto, darse por enterado de sus observaciones. Se proponía tener bien atado al Master de Ravenswood, deseando a la vez que su persona conservase la libertad de movimientos, y no se le ocurría pensar que su plan pudiese desbaratarse por corresponder Lucy a la pasión que inspiraba. Si la muchacha experimentaba sentimientos románticos, y las circunstancias, o bien una oposición incommovible por parte de Lady Ashton, aconsejaban no favorecerlos, daba por seguro el Lord Keeper que podrían desaparecer fácilmente mediante un viaje a Edimburgo, o incluso a Londres, un nuevo surtido de encajes de Bruselas, y los tiernos cuchicheos de media docena de pretendientes deseosos de sustituir a aquel a quien debía renunciar. Esto era lo previsto para el peor de los casos. Pero, según la solución más probable, había que animar cualquier favor pasajero de Lucy para Ravenswood.

Abonaba esta probabilidad una carta recibida por Sir William Ashton aquella misma mañana, cuando los jóvenes estaban en el campo, y cuyo contenido se apresuró a comunicar al Master. Había llegado un correo con un sobre para el Lord Keeper de aquel amigo —ya lo hemos mencionado— que trabajaba clandestinamente para consolidar una facción de patriotas, a cuya cabeza se hallaba el terror de Sir William, el activo y ambicioso marqués de A... El éxito del amigo intermediario había sido tal, que logró obtener del Keeper, si no una respuesta francamente favorable, por lo menos la promesa de escucharlo con más atención. Le había comunicado esto a su jefe, el cual le había respondido con el antiguo adagio francés: «*Château qui parle, et femme qui écoute, l'un et l'autre va se rendre*»<sup>[24]</sup>. Según el Marqués, un estadista que os escucha proponerle un cambio de situación sin replicar, se encontraba en la misma situación que la fortaleza que parlamenta y la dama que escucha. Por tanto, decidió estrechar el cerco al Lord Keeper.

El sobre contenía dos cartas para el Lord Keeper, una del Marqués, y otra del amigo ofreciendo a aquél una entrevista sin cumplidos. Iban a pasar en dirección al sur, las posadas eran detestables, él conocía desde hacía tiempo al Lord Keeper y el Marqués, aunque menos, tenía la suficiente relación con él para que la visita pasara por natural ante los que pudieran atribuirle a una intriga política. Aceptó inmediatamente la visita ofrecida, aunque estaba dispuesto a no comprometer ni un ápice más de lo que la *razón* (esto es, su propio interés) le aconsejara.

La satisfacían dos circunstancias: la presencia de Ravenswood, y la ausencia de Lady Ashton. Instó al Master para que esperase a su pariente, y el joven, claro está, accedió en seguida, pues con el *éclaircissement* que tuvo lugar en la fuente de la Sirena desaparecieron sus prisas. Lucy y Lockhard tomaron todas las disposiciones necesarias para recibir a los huéspedes con un despliegue de lujo y una pompa muy poco frecuente en Escocia en aquel remoto período.

## CAPÍTULO XXI

### DONDE BUCKLAW Y CRAIGENGELT BRINDAN POR MISS ASHTON

AUNQUE Sir William Ashton era hombre astuto, docto en jurisprudencia, y con un gran sentido práctico del mundo, algunas facetas de su carácter respondían mejor a cierta timidez y a las sutiles artes por las cuales subió en la vida, que a su grado de elevación social. En efecto, daba muestras de una innata mediocridad de entendimiento —aunque muy cultivado éste— y una idiosincrasia rastrera, aun cuando la velase cuidadosamente. Gustaba de la ostentosa exhibición de su riqueza, como persona no acostumbrada a ella. No se le escapaban ni los detalles más insignificantes; y Lucy pudo observar el sonrojo que producía a Ravenswood oír a su padre discutiendo seriamente con Lockhard y hasta con la vieja ama, sobre pequeñeces de las cuales no cabe preocuparse en una casa de calidad, por suponerse imposible que no sean atendidas.

—Podría perdonar a Sir William —dijo Ravenswood una tarde— una cierta inquietud con motivo de la visita del Marqués, pues ésta es un honor; pero me sacan de quicio esas miserables minucias de la despensa y hasta del gallinero. Prefiero la pobreza del Despeñadero a tenerme que fastidiar con la riqueza del Castillo de Ravenswood.

—Y, sin embargo —contestó Lucy—, gracias a ser tan minucioso adquirió mi padre la propiedad...

—... Que perdieron mis antepasados por no serlo. Más vale así; un cargador no deja de llevar un gran peso sobre sus hombros, aunque éste sea de oro.

Lucy suspiró. Veía con demasiada claridad que su amado despreciaba la manera de ser de su padre, a quien ella consideraba como su mejor amigo, y cuyo cariño la había consolado a menudo del desdeñoso rigor de su madre. El Lord Keeper, como *whig*, era desde luego presbiteriano y había mostrado en diversas ocasiones quizá mayor devoción por la *Kirk*<sup>[25]</sup> de la que realmente sentía. Su familia, naturalmente, era fiel a la misma institución. Ravenswood era, como sabemos, episcopalista y con frecuencia criticaba a Lucy el fanatismo de algunos correligionarios suyos, y ésta, por su parte, insinuaba las ideas que le imbuían los suyos, contrarias a la iglesia episcopal. Así, aunque su mutuo afecto crecía, los sentimientos de ambos se teñían con ingredientes menos agradables a medida que iban conociéndose mejor. Lucy, en medio de su cariño por Ravenswood, experimentaba un terror secreto. El alma de este joven era de superior naturaleza que la de las personas a quienes ella había tratado hasta entonces; sus ideas eran más atrevidas y libres; y despreciaba muchas de las opiniones que a ella le habían inculcado como dignas de veneración. Por otra parte, Ravenswood vio en Lucy un carácter blando y flexible, susceptible, según él, de ser



moldeado según aquellos con quienes vivía. Pensaba que su propio temperamento requería una compañera de espíritu más independiente, que pudiera llevar ancla con él en su rumbo por la vida, dispuesta —como él lo estaba— a enfrentarse lo mismo con la tormenta que con la brisa favorable. Pero Lucy era tan hermosa, lo quería tanto, tenía un temperamento tan exquisitamente tierno y amable, que —aunque la deseaba más firme y resuelta y se impacientaba a veces por el miedo extremado de la joven a que se descubriera el noviazgo— sentíase captado, sin embargo, por aquella dulzura de carácter, rayana casi en la debilidad, de un ser que buscaba amparo en él y lo hacía arbitro de su destino. En esos momentos, sus sentimientos hacia ella eran los que expresó tan bellamente nuestra inmortal Joanna Baillie:

«Tú, lo más frágil que posara su leve espuma en la áspera roca. ¡Ah! ¿Querías adherirte a mí? Soy rudo y muchas tormentas me han batido; pero ámame así, y yo te devolveré este amor con un corazón fiel, aunque poco apropiado para ser el compañero de tan dulce gentileza».

De manera que precisamente los puntos en que discrepaban venían, en cierto modo, a unirlos más. Sin duda, si hubieran tenido ocasión de conocer mutuamente sus caracteres antes del estallido de pasión que los hizo comprometerse, Lucy habría temido demasiado a Ravenswood para haberlo amado y él, por su lado, podía haber interpretado la blandura y el dócil temperamento de ella como necedad, considerándola indigna de su estimación. Pero ahora estaban unidos, y Lucy sólo temía que el orgullo de su amado pudiera llevarlo a arrepentirse de haberse ligado; y Ravenswood, que una mente tan dúctil como la de Lucy pudiera, estando él ausente o ante las dificultades, dejarse influenciar por las personas que la rodeaban hasta el punto de renunciar a su promesa.

—No lo temáis —dijo Lucy, en cierta ocasión en que su novio dejó traslucir su preocupación—. Los espejos, que recogen las imágenes de sucesivos objetos, están fabricados de materiales duros, como el vidrio o el acero; las sustancias más blandas, al recibir una impresión, las conservan indeleblemente.

—Eso es poesía, Lucy —dijo Ravenswood—; y en la poesía siempre hay falsedad y ficción.

—Creedme, pues, una vez más, en honrada prosa —dijo Lucy— que, aunque desde luego no me casaré sin el consentimiento de mis padres, sin embargo, ni la fuerza ni la persuasión podrán disponer de mi mano mientras no renunciéis al derecho que os di sobre ella.

Los enamorados tenían tiempo de sobra para estas explicaciones. Henry los acompañaba ahora muy raramente, y si tenía muy pocos deseos de dar clase con su preceptor, en cambio, se desvivía por la compañía de los Palafreneros y guardabosques. En cuanto al Keeper, pasábase las mañanas en su cuarto de trabajo, despachando toda clase de correspondencia, y sopesando en su mente inquieta las

diversas informaciones, llegadas a él de todos los sectores, concernientes al esperado cambio de la política escocesa, y a la probable fuerza de los dos partidos que iban a disputarse el poder. A otras horas se dedicaba a disponer los preparativos que juzgaba necesarios para recibir al Marqués de A..., cuya llegada había sido aplazada por algún motivo justificado. Mandaba preparar algo, luego se arrepentía, dando la orden contraria, y después volvía a dejarlo como antes.

En medio de todas esas ocupaciones, políticas y económicas, parecía no observar cuánto tiempo permanecían juntos su huésped y su hija; y muchos de sus vecinos lo censuraban —siguiendo la costumbre de todos los vecinos del mundo— por permitir un trato tan íntimo entre los dos jóvenes. La mejor explicación podía ser que los destinaba el uno para el otro; pero la única finalidad que se proponía era diferir la resolución de este asunto para poder descubrir hasta qué punto se interesaba el Marqués por los asuntos de Ravenswood, y qué influencia podía tener para hacerlos prosperar. El Keeper decidió no comprometerse, y, como ocurre a muchas personas, se pasó de listo.

Entre los que censuraron con la mayor severidad la conducta de Sir William Ashton consintiendo la prolongada estancia de Ravenswood bajo su techo y su constante asiduidad con Miss Ashton, se contaban el nuevo Laird de Girnington, y su fiel escudero, personajes a quienes ya conocemos bien bajo los nombres de Hayston y Bucklaw, el uno, y el otro su compañero el capitán Craigengelt. El primero había heredado, por fin, las extensas propiedades de su longeva tía segunda, y además una fortuna considerable, que empleó en rescatar las tierras de su padre (las cuales daban nombre al título que él prefería llevar aún), a pesar de que Craigengelt le había propuesto una manera más ventajosa de invertir el dinero, colocándolo en una operación financiera, que acababa de iniciarse en el extranjero y se ofreció a hacer un viaje a París con este fin. Pero Bucklaw había aprendido mucho de la adversidad para prestar oídos a ninguna proposición que pudiera ocurrírsele a Craigengelt y que supusiera la menor probabilidad de arriesgar su independencia recién adquirida. Según él, quien había comido y bebido de mala manera, y dormido en la cámara secreta del Despeñadero del Lobo, había de apreciar toda su vida los buenos platos y la cama blanda y tener todo el cuidado posible para no necesitar de nuevo una hospitalidad semejante.

Por tanto, Craigengelt vio fallidas sus esperanzas de manejar a su gusto al Laird de Bucklaw. Sin embargo, obtuvo muchas ventajas de la buena fortuna de su amigo. Bucklaw, que nunca fuera muy escrupuloso en la elección de sus amigos, se había acostumbrado a un tipo con el cual podía reírse, o del que se podía reír, según le viniese en gana; que podía aceptar, según la expresión escocesa, «el bocado y la bofetada», ducho en todas las diversiones, dentro o fuera de casa, y que cuando al Laird se le apetecía una botella de vino (circunstancia bastante frecuente), siempre

estaba dispuesto a evitarle el escándalo de emborracharse «directamente». En estas condiciones era Craigengelt un morador casi permanente de la casa de Girnington.

De esta intimidad nunca podría haber resultado nada bueno —aunque Bucklaw conocía a fondo a su compañero y lo menospreciaba— pero en aquellas circunstancias el mal influjo del subordinado tenía las mayores probabilidades de corromper los buenos principios que la naturaleza había grabado en el patrón.

Craigengelt no había olvidado el desprecio con que le había tratado Ravenswood, y el modo de venganza más seguro para él era exasperar el resentimiento de Bucklaw contra el Master.

Con cualquier pretexto traía a colación la historia del desafío, que Ravenswood se había negado a aceptar, y trataba de convencer a su amo de que el honor de éste exigía solucionar el asunto volviendo a plantearlo al Master. Pero Bucklaw acabó mandándolo callar sobre este punto:

—Creo que el Master no me ha tratado como un caballero: le pido satisfacción por una ofensa, y me contesta con otra. Pero una vez me salvó la vida, y si doy por terminado ahora este asunto, quedamos igualados. Si me vuelve a ofender, una vez liquidada la cuenta pasada, ya puede tener cuidado.

—Sí debe tenerlo —replicó Craigengelt—; pues si te pones a ello, Bucklaw, apostarí un *magnum*<sup>[26]</sup> a que acabarías con él a la tercera estocada.

—No sabes lo que dices; no lo has visto batirse nunca.

—¡No me vengas con esas! ¿Qué más da no haberla visto? ¿No he estado, en cambio, en la escuela de Monsieur Sagoon, que era el primer *maître d'armes* de París y en casa del Signor Poco, en Florencia, y de Meinhee Durchstosswn, en Viena, y no he visto cómo esgrimen todos ellos?

—No sé si los viste o no; pero ¿qué tiene eso qué ver...?

—Pues sólo esto: que me condene yo si alguno da ellos es capaz de combinar pies, manos y ojos ni la mitad de bien que tú, Bucklaw.

—Creo que mientes, Craigie. Sin embargo, pueda hacer lo mío con estoque, sable, espada, daga, espadón y hasta con cimitarra; me parece es cuanto necesita saber un caballero.

—Y el doble de lo que saben el noventa y nueve por ciento. Aprenden a hacer unas cuantas fintas con la espada de salón y con eso creen dominar el noble arte de la defensa. En 1695, cuando estaba yo en Ruán, un Chevalier de Chapón y yo fuimos a la ópera, y encontramos allí tres ingleses...

—¿Me vas a contar una historia muy larga? —le interrumpió Bucklaw en seco.

—Como lo prefieras —contestó el parásito—, porque en aquella ocasión despachamos pronto.

—Pues que sea corta. ¿Es alegre o seria?

—Terriblemente sería para ellos, pues el Chevalier y yo...

—Entonces no me gusta. De modo que llena una copa del clarete de mi vieja tía, ¡que en paz descanse! Y, como dicen en Highlands: «Corta el cuento con un trago». Dejémonos de historias, y venga un brindis.

Craigengelt se levantó, se acercó de puntillas a la puerta, miró afuera, la cerró cuidadosamente, volvió y, colocándose a un lado de la cabeza el deslucido sombrero con encajes dorados, tomó su capa con una mano y mientras tocaba con la otra el puño de su espada, pronunció estas palabras: «El Rey más allá del agua»<sup>[27]</sup>.

Mira, Craigengelt —dijo Bucklaw—, profeso demasiado respeto a la memoria de mi venerable tía Girnington para arriesgar sus tierras y bienes cometiendo traición contra la autoridad constituida. Tráeme el rey Jacobo a Edimburgo con treinta mil hombres a sus espaldas, y entonces te diré lo que pienso de sus derechos, pero ten la seguridad de que no estoy tan loco para meter mi cabeza en un nudo corredizo y arrojar mis magníficas posesiones a la confiscación. De manera que cuando te sientas en vena de brindar como un conspirador, búscate bebidas y compañía en otra parte.

—Bueno, entonces escoge el brindis tú mismo y lo sostendré, sea cual fuere.

—Te propondré un brindis que merezca la pena, muchacho. ¿Qué te parece Miss Lucy Ashton?

—¡Vamos allá! —dijo el capitán, levantando su copa—. ¡Por la muchacha más bonita del Lothian! ¡Lástima que su padre, ese viejo zorro *whig*, esté a punto de darla a ese pobretón orgulloso, el Master de Ravenswood!

—Eso no está tan claro —dijo Bucklaw, en un tono indiferente en apariencia, pero que despertó en su compañero la mayor curiosidad con la esperanza de unas confidencias que lo hicieran necesario a su patrón.

—Creí —dijo después de una breve pausa— que era ya cosa hecha. Andan siempre juntos y no se habla de otra cosa entre Lammerlaw y Trapain.

—Pueden decir lo que quieran, pero sé a qué atenerme y brindaremos otra vez por la salud de Miss Lucy Ashton, muchacho.

—Brindaría de rodillas, si supiera que la joven es capaz de dejar plantado a ese condenado, después de haber coqueteado con él.

—No vuelvas a hablar de coqueteo refiriéndote a Miss Ashton —dijo Bucklaw, serio.

—¿He dicho coquetear? No, por Júpiter, he querido decir sólo que lo descarte... y espero que lo descartará como una carta de poco valor en el *piquet*, y luego, chico, ¡tomará el Rey de corazones! Sin embargo...

—Sin embargo... ¿qué?

—Pues que sé muy bien cómo se pasan juntos las horas muertas en el campo y en los bosques...

—Eso es por la chochez del tonto de su padre... La muchacha olvidará en seguida todo ello, si ha llegado a interesarse. Y ahora, capitán, llena otra vez tu vaso. Voy a

hacerte feliz... Te voy a confiar un secreto... una conspiración muy típica para echarme un lazo...

—¿Asunto matrimonial? —dijo Craigengelt, alargándosele la cara al preguntar, pues sospechaba que una boda podría hacer su situación en Girnington mucho más precaria que durante la soltería de su protector.

—Sí, hombre, un matrimonio. Pero ¿por qué decae tu poderoso ánimo, y por qué palidecen los rubíes de tus mejillas? La mesa tendrá una esquina y en la esquina habrá un trincherero, y el trincherero tendrá un vaso al lado, y el trincherero y el vaso se llenarán una y otra vez para ti, aunque todas las enaguas del Lothian hubieran jurado lo contrario. ¿Qué crees, hombre? Yo no soy de los que se dejan llevar con andaderas.

—Eso suelen decir muchas personas dignas y algunos de mis amigos. Pero, cualquiera sabe por qué, las mujeres no pueden aguantarme, y siempre se esforzaron por acabar con mi privanza antes de terminar la luna de miel.

—Si hubieras podido resistir hasta que pasara, habrías disfrutado luego de una buena pensión.

—Pero nunca pude —contestó el afligido parásito—. Mi Lord Castle-Cuddy y yo éramos como el guante y la mano... Yo montaba sus caballos... Pedía prestado dinero, tanto para mí como para él... Entrenaba sus halcones, y le enseñaba la manera de apostar con éxito. Bueno, pues cuando le dio por casarse, lo case con Katie Glegg, de la cual me creía lo más seguro que un hombre puede estar de una mujer. ¡Y ya ves, dentro de la primera quincena me hizo salir de la casa; y salí como si llevara ruedas en los pies!

—Bien, me parece que no tengo nada de un Castle-Cuddy, ni Lucy puede parecerse a una Katie Glegg. Ahora que, en resumidas cuentas, el asunto seguirá su curso te convenga o no. La única cuestión es si me serás útil.

—¿Útil? Y para ti, querido, por quien recorrería el inundo descalzo. Dime el sitio, la hora, la manera y las circunstancias, y ya verás si soy útil de todas las formas imaginables.

—Bueno, entonces tendrás que cabalgar doscientas millas para mí.

—Mil me parecerían el salto de una pulga. Voy a ensillar en seguida mi caballo.

—Más vale que te quedes hasta saber dónde has de ir, y qué has de hacer. Ya sabes que tengo un pariente en Northumberland —se llama Lady Blenkinsop— cuyo afecto, que tuve la desgracia de perder en los días de mi pobreza, ha vuelto a brillar en cuanto comenzó a levantarse el sol de mi prosperidad.

—¡Malditas sean esas bribonas con dos caras! —exclamó Craigengelt heroicamente—. En cambio, John Craigengelt es el amigo de su amigo a las verdes y a las maduras, en la pobreza y en la opulencia; y tú tienes pruebas de esto, Bucklaw.

—No he olvidado tus méritos; recuerdo que, en mis malos momentos, te proponías engancharme para servir al rey de Francia, o al Pretendiente; y, además, me

prestaste veinte monedas en cuanto oíste decir —esto lo creo firmemente— que la vieja Lady tenía ya un pie en la tumba. Pero no te apures, John; después de todo, tengo la impresión de que me quieres a tu manera. Lástima que no tenga un consejero mejor en estos momentos. Volviendo a Lady Blenkinsop, sabrás que está muy unida a la duquesa Sara.

—¡Cómo! ¿A Sall Jennings? Entonces... así será ella.

—Cierra el pico, y guárdate tus arrebatos de *tory* si te es posible. Te digo que esta prima mía, por medio de la duquesa de Marlborough, se hizo íntima de Lady Ashton, la mujer del Keeper, o si cabe la expresión, la Lady Keeper del Lord Keeper<sup>[28]</sup>. Ésta ha visitado a Lady Blenkinsop a su regreso de Londres, y ahora se encuentra precisamente en la vieja mansión de mi pariente a orillas del Wansbeck. Y como quiera, señal mío, que estas damas han tenido siempre la costumbre de no dar a sus esposos la menor beligerancia en la dirección de su propias familias, se les ha venido a ocurrir ahora, sin consultar con Sir William Ashton, pone sobre el tapete una alianza matrimonial que ha de concertarse entre Lucy Ashton y mi honorable persona, actuando Lady Ashton como plenipotenciaria —autonombrada— de su hija y de su marido; y la madre Blenkinsop, desprovista igualmente de credenciales, me hace el honor de representarme. Puedes suponer que me sorprendí un poco cuando supe que un tratado en el que era yo parte tan interesada, había progresado un buen trecho antes de haberme consultado nadie.

—Que me aspen si me parece bien esto —dijo el confidente—. Y ¿cuál fue tu respuesta?

—Hombre, mi primera intención fue mandar el convenio al diablo, con todas las negociaciones de ese par de viejas entrometidas. Mi segundo impulso fue reírme de corazón; y mi tercera y última decisión fue considerar la cosa muy razonable y muy conveniente para mí.

—Pero si yo creía que sólo habías visto a la chica una vez; y entonces llevaba un antifaz... Estoy seguro de habértelo oído decir.

—Así es; pero esa vez me gustó mucho. Y el mal trato que me infirió Ravenswood, dándome con la puerta en la cara y mandándome a comer con los lacayos, porque tenía al Lord Keeper y su hija en su miserable castillo de la Inanición... ¡Maldita sea, Craigengelt, que no he de perdonarlo hasta devolverle un golpe que valga el suyo!

—Y lo harás, si eres un mozo con sangre en las venas —dijo Craigengelt, animado al ver que las cosas tomaban un sesgo agradable para él— y si le quitas a la muchacha, se le partiría el corazón.

—No lo creas; su corazón está abroquelado con la razón y la filosofía, cosas de las cuales tú, Craigengelt, sabes tan poco como yo. Pero será un golpe terrible para su orgullo, y es lo que pretendo.

—Ahora comprendo el motivo de su impropia conducta en aquella torre que se tambalea. ¿Avergonzado de tu compañía? ¡No, no! ¡Por Dios, si es que temía le quitaras la chica!

—¿Eh, Craigengelt? ¿De verdad crees eso? No, no puede ser; él es mucho más guapo que yo.

—¿Quién? ¿Él? —exclamó el parásito—. Si es más negro que un cuervo; y en cuanto a su estatura... sí, es alto, desde luego... pero donde se pone un hombre fuerte, de estatura media...

—¡Vete a paseo! —dijo Bucklaw, interrumpiéndole—. Y yo también debo irme por estar escuchándote. Lo mismo dirías si yo fuera jorobado. Pero, lo importante es que Ravenswood no me ha guardado ninguna consideración; yo tampoco se la guardaré. Si *puedo* conquistarle la muchacha, se la conquistaré.

—Claro que la conquistarás, por vida de...

—Las cosas han llegado tan lejos, que ya tengo estudiada la propuesta de mi pariente, y estoy de acuerdo en los términos de la unión, bienes y demás; y el asunto seguirá su camino en cuanto regrese Lady Ashton, pues ella decide todo lo relativo a su hija y a su hijo. Ahora quieren que les mande alguna persona de confianza con ciertos escritos.

—¡Por este buen vino, te juro que por ti cabalgaré hasta el fin del mundo, hasta las mismísimas puertas de Jericó y la sede del Preste Juan!

—No cabe duda, algo harías por mí, y mucho más por ti. Llevar los escritos podría hacerlo cualquiera; tendrás algo más de que ocuparte. Has de procurar dejar caer ante Lady Ashton, como si la cosa no tuviera importancia, la noticia de hallarse Ravenswood en casa de su esposo, y la estrecha relación que mantiene con Miss Ashton. Le puedes decir también que toda la región habla de una visita del Marqués de A..., la cual se supone tendrá por objeto arreglar la unión de Ravenswood y Lucy. Me gustaría oír lo que va a contestar a todo esto; porque si Ravenswood lleva las de ganar, sería yo tonto empezando el juego.

—Nada de eso... La muchacha tiene demasiado buen sentido. Con esta seguridad brindo a su salud por tercera vez. Y, si la ocasión fuera propicia, brindaría de rodillas, y a quien no lo hiciera conmigo le pondría los intestinos de ligas en sus medias...

—Escúchame bien, Craigengelt: no olvides que vas a tratar a señoras de calidad, y por ello te agradeceré olvides tus extravagantes juramentos y maldiciones. Les voy a escribir que eres un tipo rudo, sin desbastar...

—¡Ahí, ahí! Un soldado recto, sencillo y honrado.

—No demasiado honrado, ni tampoco demasiado soldado; pero me convienes tal como eres, porque he de picar las espuelas a los movimientos de Lady Ashton.

—Pues se las hincaré hasta las rodajas, y regresará al galope, como si fuera una vaca asaetada por un enjambre de tábanos, con la cola retorcida sobre la grupa como

un sacacorchos.

—Además, Craigie, tus botas, y tu jubón están un poco grasientos para la hora del té. Por favor, ponte algo más presentable; aquí tienes para pagar.

—Hombre, no. Me ofendes dándome... Sin embargo —añadió Craigengelt, guardándose el dinero—, si lo deseas, he de conformarme.

—Bueno, a caballo y en marcha tan pronto como estés equipado. Puedes utilizar el caballo desorejado, el negro. Además, te lo regalaré.

—Brindo por el buen éxito de mi misión —repuso el embajador.

—Gracias, Craigie; confío en ti. Lo único en contra mía es si al padre o a la muchacha les da por armar un escándalo; pero me han dicho que la madre se los enrolla a ambos con el dedo meñique. Y cuida de no injuriarle con tu jacobita.

—¡Es verdad que es una *whig*, y amiga de la vieja Salí de Malborough! Gracias a mi estrella puedo izar bandera que necesite. Con el mismo brío luché bajo las órdenes de John Churchill que bajo Dundee o el Duque de Berwick.

—Te creo, Craigie —dijo el señor de la casa— pero, oye, ¿quieres bajar a la bodega y traernos una botella de borgoña 1678? Está en el cuarto barril a la derecha. Escucha, Craigie, ya que vas a ir, tráete media docena. ¡Pardiez, pasaremos la noche con ellas!



## CAPÍTULO XXII

### LOS DOS CAMINOS

CRAIGENGELT partió en cumplimiento de su misión tan pronto como se hubo equipado, prosiguió su viaje con toda diligencia, y cumplió su encargo con la habilidad que Bucklaw esperaba de él. Las damas lo acogieron excelentemente cuando se presentó con las credenciales de Mr. Hayston de Bucklaw, y quienes se hallan predispuestos en favor de una persona recién conocida, da cubren méritos hasta en sus mismas faltas, y perfecciones en sus deficiencias. Aunque acostumbradas a la buena sociedad, ambas señoras tenían el prejuicio de que el amigo de Mr. Hayston había de ser un caballero agradable y sabiendo conducirse, por lo cual les fue muy fácil convencerse a sí mismas. Es cierto que Craigengelt se presentaba ahora muy bien vestido, y éste era un extremo importante. Pero, aparte de su apariencia, su descaro se les antojaba honrada franqueza, que parecía convenir su condición militar, sus baladronadas pasaban por valor y sus insolencias por ingenio. Para que esto resulte verosímil, hemos de añadir en descargo de las damas, que su discernimiento habíase ofuscado en gran parte y su favor se mostró propicio por haber llegado Craigengelt en el preciso momento en que echaban de menos a una tercera persona para completarles el tresillo. Y sabemos que en este juego, así como en todos los demás —ya fueran de suerte o de destreza— era este notable individuo un gran experto.

Cuando vio que pisaba terreno firme, estudió la manera de aprovechar su buena posición en provecho de los fines de su protector. Halló a Lady Ashton muy inclinada en favor de lo propuesto por Lady Blenkinsop (a ésta la movía, en parte, el interés hacia su pariente y en parte su afán casamentero). La tarea era, pues, fácil. Bucklaw, corregido de su mala vida, era justamente la clase de marido que ella deseaba para su Pastora de Lammermoor, pues Lady Ashton creía colmada ja ventura de su hija con una fortuna saneada y un noble rural por marido. Además, Bucklaw contaba, entre sus recientes adquisiciones, con una pequeña influencia política en un condado vecino donde la familia de los Douglas tuvo en tiempos grandes posesiones. Una de sus más ardientes esperanzas era que su hijo mayor, Sholto, representara a este condado en el Parlamento británico, y consideró la alianza con Bucklaw como una circunstancia que podía ser muy favorable para sus designios.

En cuanto Craigengelt —a quien, a su manera, no faltaba sagacidad— descubrió de dónde soplaban los deseos de Lady Ashton, orientó su actividad en el mismo sentido. «Bucklaw necesitaba muy poco para sentarse en el Parlamento en representación del condado. Pero no le interesaba eso. Era una lástima que no lo aconsejaran bien...».

Esto lo escuchaba Lady Ashton con oídos atentos, resolviéndose en su fuero

interno constituirse en la directora política de su futuro yerno en beneficio de su primogénito, Sholto, y demás partes interesadas.

Ganada así la voluntad de la señora, dedicóse el capitán —para emplear la expresión de su patrón— a hincarle las espuelas, aludiendo al estado de cosas en el castillo de Ravenswood, la prolongada residencia del heredero de aquella familia junto al Lord Keeper y los rumores propalados por la vecindad (aunque él —que se condenara si mentía— nunca les dio crédito). No entraba en los planes del capitán mostrarse intranquilo por estos rumores, pero observó las encendidas mejillas, la voz vacilante y los ojos centelleantes, signos evidentes de haber prendido en la señora la alarma que él quería comunicarle. Su marido no le había escrito tan a menudo como ella le creía obligado a hacerlo; había sido capaz de no informar a su mujer de algo tan importante como la visita a la torre del Despeñadero, y el huésped recibida con tal cordialidad en el castillo de Ravenswood, y ahora había de enterarse por un extraño.

Ella calificaba mentalmente esto de ocultación punible, por lo menos, si no de rebelión contra su autoridad matrimonial. En sus adentros juró vengarse del Lord Keeper, como de un súbdito descubierto tramando una conjura. Su indignación era mucho más violenta por tener que reprimirla en presencia de Lady Blenkinsop y de Craigengelt, pariente la una y amigo confidente el otro de Bucklaw, cuya alianza deseaba ahora el triple, por habersele ocurrido a su imaginación alarmada que su esposo podía preferir, por táctica o por timidez, la de Ravenswood.

El capitán era lo bastante ingenioso para descubrir que la mecha empezaba a arder. Por eso no le causó sorpresa alguna oír, el mismo día, que Lady Ashton había decidido abreviar su visita a Lady Blenkinsop, y partir para Escocia al apuntar el alba, a toda la velocidad consentida por el estado de las carreteras y los medios de viaje.

¡Infeliz Lord Keeper! ¡Cuán ajeno estaba a que una tormenta se dirigía hacia él a toda la velocidad de que es capaz un coche anticuado de seis caballos! Él, como Don Gaiteros, «había olvidado a su hermosa y fiel dama» y sólo le inquietaba la visita del Marqués de A... Noticias fidedignas le habían hecho saber que este aristócrata iba por fin a honrarlo con su visita —esta vez era seguro— a la una de la tarde. Y el ajeteo era grande como resultado del aviso. El Lord Keeper recorría la casa, consultaba al despensero en la bodega y hasta se atrevía a asomarse a la cocina a riesgo de un *démelé* con un cocinero de espíritu tan altivo que se atrevía a discutir hasta con la misma Lady Ashton. Finalmente, satisfecho de que todo estuviera lo mejor posible, mandó pasear por la terraza a Ravenswood y a Lucy, para que vigilasen desde aquella dominante posición los primeros indicios de la llegada de su señoría. Él también subió y, con paso lento y ocioso, se puso a recorrer la terraza, la cual, flanqueada por un fortísimo muro almenado, de piedra, se extendía a lo largo del frontispicio del castillo al nivel del primer piso. Los visitantes entraban patio por

una puerta saliente, a cuyo techo —una especie de parapeto— tenía acceso la terraza por un traído de bajos y anchos escalones. El conjunto ofrecía semejanza, por una parte, con un castillo y, por otra, con una residencia señorial, y, aunque calculado en algunos aspectos para la defensa, evidenciaba haber sido construido bajo la sensación de poder y seguridad característica de los antiguos Lores de Ravenswood.

Desde la terraza se dominaba un hermoso y dilatado panorama. Se veían desde ella dos caminos, uno por el este y otro por el oeste, los cuales cruzaban en ángulos distanciados una cadena de montañas —situadas frente al promontorio donde se elevaba el castillo— y convergían luego hasta unirse no lejos de la entrada de la avenida. El Lord Keeper, con afanosa ansiedad, su hija, por serle grata, y Ravenswood —aunque con síntomas de impaciencia— por agradar a la hija, concentraban su atención en el camino del oeste, para descubrir la aparición de los precursores del Marqués.

No tardaron éstos en aparecer. Dos corredores, vestidos de blanco, con gorras negras de postillón y unos largos bastones en la mano, encabezaban la comitiva, y su agilidad era tal que no les era difícil preceder al coche y a los jinetes a la distancia requerida por la etiqueta. Las antiguas comedias aluden con frecuencia a estos corredores y quizás los recuerden algunas personas de edad avanzada en Escocia, como parte constitutiva del tren de la antigua nobleza cuando viajaba con toda pompa. Detrás de estos centelleantes meteoros, veíase una nube de polvo levantada por los jinetes que precedían, acompañaban o seguían el coche del marqués.

Los privilegios de los nobles eran entonces impresionantes para la imaginación. Los trajes y libreas, el número de acompañantes, su estilo de viajar, el aire imponente y casi belicoso de los hombres armados que rodeaban la comitiva, los situaba muy por encima del laird, el cual viajaba con su par de lacayos. Ahora es diferente; y yo mismo, Peter Pattieson, tuve el honor, en un reciente viaje a Edimburgo, de irme codeando con un Par del Reino. No sucedía esto en los tiempos sobre los cuales escribo, y la llegada del marqués, tanto tiempo esperada en vano, se verificaba en aquel momento con toda la pompa de la antigua aristocracia, Sir William Ashton estaba tan interesado en lo que veía, y en pensar si no se le había olvidado ningún detalle del ceremonial de la recepción, que apenas si oyó a su hijo Henry exclamar: «Papá, coche de seis caballos que se acerca por el otro camino... ¿Serán los dos del marqués de A...?».

Por fin, cuando el jovenzuelo le hubo tirado de la manga para obligarle a atender,

*«Volvió los ojos, y, al volverlos,  
Contempló una visión horrorosa».*

Desde luego, otro carruaje de seis caballos, con cuatro lacayos cabalgando a sus lados, descendía la colina desde el este, a una velocidad que hacía dudar cuál de los dos coches llegaría antes a la puerta situada al extremo de la avenida. Un carruaje era verde; azul el otro, y no despertaron más emoción los carros verdes y azules en el Circo de Roma o de Constantinopla entre los ciudadanos que ocasionó en la mente del Lord Keeper la doble aparición. Todos recordamos la terrible exclamación del libertino moribundo cuando un amigo suyo, para desvanecer lo que él suponía una idea hipocondríaca, de un espectro que el enfermo decía aparecérselo en determinada forma y a una hora fija, colocó ante él una persona vestida tal como éste la había descrito. —*¡Mon Dieu!* —dijo el pecador agonizante, quien según parece, veía la aparición real y la poligráfica—, «*il y en a deux*».

La sorpresa del Lord Keeper no fue menos desagradable con la duplicación de la esperada llegada. Su mente era un mar de confusiones. Nadie podía haberse acercado con tal desprecio por las ceremonias, en un momento en que las ceremonias eran lo más importante, su conciencia le decía: «Debe de ser Lady Ashton», pensó angustiosamente en los motivos de un regreso tan súbito y no anunciado. Comprendió que la compañía con la cual iba a sorprenderlo en tan mala hora, tenía todas las probabilidades de disgustar profundamente a su esposa; esto no admitía duda. La única esperanza que le quedaba era el sentido de las conveniencias sociales que poseía ella en alto grado; esto podría evitar una explosión ante la gente. Pero sus dudas y temores eran tan intensos que llegó a trastornar el ceremonial preparado con tanto cuidado para la recepción del Marqués.

Estos sentimientos de aprensión no los experimentaba sólo Sir William Ashton.

—¡Es mi madre! ¡Es mi madre! —exclamó Lucy poniéndose tan pálida como la ceniza, y uniendo las manos a la vez que miraba a Ravenswood.

—Y si es Lady Ashton —le dijo su novio en voz baja—. ¿Por qué ese temor? Me parece que la vuelta de una dama a su familia de la cual lleva tanto tiempo separada, habría de despertar sensaciones diferentes a las del miedo y el abatimiento.

—No conocéis a mi madre —dijo miss Ashton en un tono casi ahogado por el terror—, ¿qué dirá cuando os vea aquí?

—Mi estancia debe de haberse prolongado demasiado —dijo Ravenswood con cierta altanería—, si su disgusto al verme va a ser tan grande. —Y luego prosiguió en un tono suave—: Eres una niña teniéndole ese miedo a Lady Ashton. Es una madre, una dama de sociedad, una persona que debe de conocer el mundo y lo que merecen su esposo y los huéspedes de su esposo.

Lucy movió la cabeza; y, como si su madre pudiera estarla observando a la distancia de una milla, apartóse de Ravenswood, y, tomando del brazo a su hermano Henry, lo condujo a otro sitio de la terraza. El Keeper descendió al portal de la entrada principal, sin invitar a Ravenswood a acompañarlo, y éste quedó solo, de pie

en la terraza, como si todos los de la casa le rehuyeran.

Esto no se avenía con el temperamento de un hombre cuyo orgullo era proporcionado a su pobreza, y le hizo pensar que, al sacrificar su resentimiento —tan profundamente arraigado— hasta el punto de convertirse en huésped de Sir William, había concedido un favor sin recibir ninguno a cambio. «Puedo perdonar a Lucy», se dijo, «es joven, tímida y le asusta haber contraído un compromiso serio sin el beneplácito de su madre; sin embargo, debería recordar con quién lo contrajo, y no darme motivo para pensar que se avergüenza de su elección. En cuanto al Keeper, parece haber perdido el ánimo, el discernimiento y hasta la expresión de su rostro a la primera vista del coche de Lady Ashton. He de ver cómo termina todo esto, y si me dan pie para creerme un huésped importuno, marcharé al instante».

Salió de la terraza, con esos pensamientos flotándole en el espíritu, y se dirigió a las cuadras del castillo, dando instrucciones para que su caballo estuviera dispuesto, en previsión de una repentina partida.

Entretanto, los conductores de ambos coches, cuya aproximación había causado tanta confusión en el castillo, se vieron el uno al otro, mientras se acercaban a la avenida como a un centro común. El cochero de Lady Ashton y sus postillones recibieron inmediatamente órdenes de adelantar si era posible al otro carruaje, pues la dama deseaba entrevistarse con su marido antes de la llegada de aquellos visitantes, fueran quienes fuesen. Por otra parte, el cochero del marqués, consciente de su dignidad y de la de su amo, al observar que su rival aceleraba la marcha, decidió —como hicieron siempre los verdaderos «hermanos del látigo», antiguos o modernos— disputarle la precedencia. Así, pues, el Lord Keeper vio aumentada su indecisión por la pugna de cocheros, con la cual se acortaba el breve espacio de tiempo que le quedaba para reflexionar. Los conductores, sin perderse de vista ni un instante, y fustigando concienzudamente a sus caballos, comenzaron a precipitarse cuesta abajo con velocidad creciente, mientras los jinetes que los acompañaban habían de mantener el galope.

La única probabilidad que le quedaba a Sir William era la posibilidad de un vuelco, y de que su mujer o el visitante se rompieran la cabeza. No puedo asegurar que se hubiese precisado en él algún deseo concreto en este asunto, pero no tengo motivo para pensar que su pena ante cualquiera de esas dos eventualidades hubiera sido inconsolable. Sin embargo, tampoco cabía ya esa esperanza, pues Lady Ashton —aunque insensible al miedo— empezó a comprender lo ridículo de celebrar una carrera con un visitante de distinción, teniendo como meta la entrada de su propio castillo; ordenó a su cochero moderar la marcha y ceder la precedencia al forastero; orden que aquél obedeció alegremente, pues venía a salvar su honor, ya que los caballos del otro carruaje eran mejores o, por lo menos, estaban menos cansados que los suyos. Por tanto, aflojó la marcha y dejó que el coche verde penetrara en la

avenida a la velocidad de un torbellino. Una vez convencido el auriga del marqués de que se le concedía el *pas d'avance*, moderó el paso, avanzando lentamente la comitiva bajo la sombra de los olmos, mientras el coche de Lady Ashton seguía, aún más despacio, a cierta distancia.

Frente a la fachada principal del castillo, y bajo el portal por donde los invitados pasaban al patio interior, se hallaba Sir William Ashton preocupadísimo, con su hijo y su hija junto a él, y teniendo a sus espaldas un tren de criados de varias categorías, con librea y sin ella. En aquella época, la nobleza y las personas distinguidas de Escocia llegaban a la extravagancia en el número de criados, cuyos servicios lograban fácilmente en un país donde los hombres eran mucho más numerosos que las colocaciones disponibles.

Un hombre como Sir William Ashton está demasiado habituado a dominarse para seguir desconcertado mucho tiempo, ni aun en las circunstancias más adversas. Recibió al marqués, cuando éste descendió del coche, con los acostumbrados cumplimientos de bienvenida y, mientras lo conducía al gran *hall*, manifestó su esperanza de que el viaje le hubiera sido agradable. El marqués era un hombre alto, de facciones correctas, con un semblante pensativo e inteligente, y unos ojos en los cuales el fuego de la ambición había substituido desde hacía algunos años a la vivacidad de la juventud; un continente audaz y orgulloso, moderado sin embargo por una prudencia habitual, y por el deseo, natural en él, como jefe de un partido, de adquirir popularidad. Contestó cortésmente a las atentas preguntas de Lord Keeper, y fue presentado a miss Ashton. En el transcurso de esta ceremonia mostró el Lord Keeper el primer síntoma de lo que ocupaba principalmente su pensamiento, al presentar a su hija como «mi mujer, Lady Ashton».

Lucy se ruborizó; el marqués quedó sorprendida por el aspecto extremadamente juvenil de su huésped. Y el Lord Keeper se disculpó con dificultad: «Debí haber dicho mi hija, milord: pero vi el coche de Lady Ashton entrar en la avenida poco después que el de su señoría, y...».

—No os disculpéis, milord —replicó el noble invitado—; me molesta que mi gente se haya adelantado a la señora de la casa en su misma puerta; pero su señoría sabe que suponía aún a Lady Ashton en el sur. Permitidme rogaros que dejéis a un lado las ceremonias, y os apresuréis a darle la bienvenida. Yo cultivaré mientras la amistad de miss Ashton.

El Lord Keeper no deseaba otra cosa, y aprovechó inmediatamente la amable atención del marqués. Ver a Lady Ashton, y resistir en privado la primera explosión de su descontento, podía servir en cierto grado para prepararla a recibir a sus huéspedes con el debido decoro. Por tanto, cuando el carruaje se detuvo, el atento esposo alargó el brazo para ayudar a Lady Ashton a descender. Haciendo ésta como si no lo viera, apartó su brazo y tomó el del capitán Craigengelt, quien estaba junto al

coche con su sombrero de encajes bajo el brazo, después de haber actuado como *cavaliere servente* durante el viaje. Apoyada en el brazo de esta persona respetable, Lady Ashton cruzó el patio, lanzando alguna que otra orden a los criados, pero sin dirigir la palabra a Sir William, el cual trataba en vano de atraer su atención, mientras la iba siguiendo —más que acompañando— hasta el *hall*. Allí encontraron al marqués en conversación reservada con el Master de Ravenswood. Lucy había aprovechado la primera oportunidad para desaparecer. Todos estaban desconcertados, menos el marqués de A...; pues hasta la desvergüenza de Craigenfelt era incapaz de velar el miedo y le causaba Ravenswood, y los demás sentían lo violento de la situación en que se hallaban.

Después de esperar unos momentos a ser presentado por Sir William Ashton, el marqués decidió presentarse a sí mismo.

—El Lord Keeper —dijo inclinándose ante Lady Ashton— acababa de presentarme a su hija como su mujer; podía ahora presentar a Lady Ashton como hija suya, tan poco difiere de como yo la recuerdo hace algunos años. ¿Concederá a una vieja amistad el privilegio de ser su huésped?

Se inclinó ante la dama con demasiada cortesía para que pudiese temer una negativa. Luego prosiguió:

—Esta visita es para hacer las paces y, por tanto, me atrevo a solicitar para mi primo, el joven Master de Ravenswood, vuestra favorable acogida.

Lady Ashton no tuvo más remedio que inclinarse; pero en su gesto había un aire altanero muy próximo al desprecio. Ravenswood hubo de hacer una reverencia, pero su actitud devolvía de manera explícita el desdén recibido.

—Permitidme —dijo ella— presentar a vuestra señoría *mi* amigo.

Craigenfelt, con el descaro que los hombres de su calaña confunden con la soltura, hizo al marqués una reverencia «resbaladiza», rubricada por un arabesco de su sombrero de encajes dorados. La señora se volvió hacia su esposo.

—Vos y yo, Sir William —y éstas eran las primeras palabras que le dirigía— hemos hecho nuevas amistades desde que nos separamos; dejadme presentar la mía: el capitán Craigenfelt.

Otra reverencia y otro floreo con el sombrero. El Lord Keeper correspondió al saludo sin aparentar conocerlo, con ese angustiado apresuramiento que daba a entender su deseo de que se llegase a la paz entre ambas partes contendientes, incluyendo a los auxiliares. Y, dirigiéndose a Craigenfelt, dijo: «Os presento al Master de Ravenswood». Pero el Master se estiró en toda su altura y sin mirar siquiera al individuo, dijo en un tono intencionado: «El capitán Craigenfelt yo nos conocemos perfectamente».

—Perfectamente... perfectamente —farfulló el capitán, como en un doble eco, y ejecutó con el sombrero un nuevo arabesco, muy reducido, comparado con los

dirigidos al marqués y al Lord Keeper.

Lockhard —seguido por tres fámulos— entró con el vino y los refrescos que solían ofrecerse como aperitivos. Una vez servidos a los huéspedes, Lady Ashton se disculpó por privarles de su esposo durante unos minutos para tratar con él de un asunto importante. El marqués rogó a la dama que no se preocupase por ellos; y Craigengelt, apurando rápidamente un segundo vaso de Canarias muy fuerte, se apresuró a salir de la estancia, no gustándole gran cosa la perspectiva de quedar solo con el marqués de A... y el Master de Ravenswood, pues la presencia del primero le infundía un respeto imponente, y la del segundo, un miedo cerval.

El marqués y el Master quedaron así en libertad para comunicarse sus respectivas observaciones sobre la recepción de que habían sido objeto. Mientras, Lady Ashton se dirigía a su cuarto, seguida por su esposo, el cual tenía el aspecto de un criminal condenado.

En cuanto los esposos estuvieron en la habitación, la señora dio salida a su temperamento explosivo, refrenado con tanta dificultad hasta entonces por guardar las apariencias. Cerró la puerta detrás del alarmado Lord Keeper, sacó la llave de la cerradura, y con un semblante al que los años no habían privado de su altanero atractivo, y unos ojos que revelaban decisión y resentimiento a la vez, dirigióse a su consternado esposo con estas palabras:

—Milord, no me han sorprendido mucho las relaciones que os ha placido entablar durante mi ausencia. Son perfectamente adecuadas a vuestro origen y si he llegado a esperar algo mejor, reconozco mi error, y merezco por ello la decepción que me habéis preparado.

—Mi querida Lady Ashton... Mi querida Eleonor, escuchadme un momento, y os convenceré de haber actuado con todo el respeto debido a la dignidad, así como a los intereses de mi familia.

—Al interés de *vuestra* familia os creo perfectamente capaz de atenderlo —repuso la indignada dama— y hasta a su dignidad; pero como resulta que la mía está inseparablemente unida con ésta, me perdonaréis que me preocupe por ella.

—¿Qué deseáis, pues, Lady Ashton? ¿Qué os puede molestar en todo esto? ¿Por qué me emplazáis así a vuestro regreso, después de una ausencia tan larga?

—Preguntad a vuestra conciencia, Sir William, para que os diga qué os ha movido a convertirlos en un renegado de vuestro partido y de vuestras opiniones, y os ha llevado a estar a punto de casar vuestra única hija con un pobretón jacobita en bancarrota, inveterado enemigo de vuestra familia.

—¿Qué he de hacer, pues? Decídmelo en nombre del sentido común. ¿Me es posible, sin faltar a la más elemental educación, echar de mi casa a un joven distinguido, que salvó la vida de mi hija y la mía el otro día, como quien dice?

—¡Salvó vuestra vida! Ya he oído esta historia. El Lord Keeper se asustó de una



vaca parda, y ha tomado al muchacho que la mató por un Guy de Warwick. Cualquiera carnicero de Haddington podría alegar los mismos títulos a nuestra hospitalidad.

—Lady Ashton —tartamudeó el Keeper—, esto es intolerable... Y yo estoy dispuesto a tranquilizaros con cualquier sacrificio... sólo con que me digáis qué os proponéis...

—Volved a vuestros huéspedes... —dijo la imperiosa dama— y disculparos con Ravenswood diciéndole que la llegada del capitán Craigengelt y de otros amigos os hace imposible ofrecerle alojamiento en el castillo... Espero al joven mister Hayston de Bucklaw.

—¡Cielos, señora! ¡Ravenswood ha de ceder el sitio a Craigengelt, un tahúr, un espía...! Ya hice bastante conteniendo mis deseos de verlo salir de esta casa, y me sorprendió grandemente verlo en vuestro séquito.

—Si lo habéis visto conmigo —contestó esta apacible compañera—, tened por seguro que es persona respetable. En cuanto a Ravenswood sólo encontrará su Merecido, recibiendo ahora el mismo trato que él infirió a un valioso amigo mío, que tuvo la desgracia de ser su huésped hace algún tiempo. Pero, decidíos; pues si Ravenswood no se va de esta casa me iré yo.

Sir William Ashton, agitadoísimo, se revolvía en el aposento. El temor, la vergüenza y la ira luchaban en su espíritu contra la deferencia que solía guardar a su esposa. Por fin, como ocurre a los tímidos que se ven en circunstancias semejantes, terminó adoptando un *mezzo termine*, un término medio.

—Os diré francamente, señora, que no puedo ni quiero hacerme responsable de esa desconsideración hacia el Master de Ravenswood; no la ha merecido de mí. Si podéis ser tan irrazonable como para insultar a un hombre de calidad bajo vuestro propio techo, no puedo impedirlo; pero, por lo menos, no he de mezclarme en tan descabellado proceder.

—¿No?

—¡No, señora, por el Cielo! Pedidme algo que sea compatible con la caballerosidad; por ejemplo, ir abandonando su amistad gradualmente, o algo así; pero decirle que se marche dé mi casa, esto ni quiero ni puedo hacerlo.

—Entonces caerá sobre mí la tarea de sostener el honor de la familia, como ha ocurrido ya tantas veces —dijo la señora.

Sentóse, y escribió rápidamente unas líneas. El Lord Keeper hizo otro esfuerzo para evitar que diera el paso tan decisivo cuando abría ya la puerta para llamar a su doncella.

—Lady Ashton, pensadlo mejor; os estáis haciendo un mortal enemigo de un joven que va a contar con los medios de perjudicarnos...

—¿Sabéis de algún Douglas que temiese a un enemigo? —contestó la dama desdeñosamente.

—Pero este es tan orgulloso y vengativo como un centenar de Douglas, y otro centenar de diablos además... Pensadlo siquiera de aquí a mañana.

—Ni por un momento más. Míster Patullo, entregad este billete al joven Ravenswood.

—¿Al Master, señora? —dijo míster Patullo.

—Bueno, al Master, si así lo llamáis.

—Me lavo las manos por completo en este asunto —dijo el Keeper—; y mientras, me voy al jardín a ver si cogen la fruta de invierno para el postre.

—Haced lo que gustéis —le contestó su esposa viéndole marchar con una mirada de infinito desprecio—. Y dad gracias a Dios por dejar alguien detrás de vos tan capaz de velar por el honor de la familia, como vos de vigilar los espárragos y las peras.

El Lord Keeper permaneció en el jardín lo bastante para dar tiempo a que su mujer se aplacase, y dejar pasar la primera violencia de la indignación que causaría aquello a Ravenswood. Cuando entró en el *hall*, halló al marqués de A... dando órdenes a algunos criados suyos. Parecía estar muy enojado, e interrumpió las excusas que Sir William comenzó a darle por haberlo dejado solo.

—Me figuro, Sir William, no desconoceréis ese singular billete con el cual ha honrado vuestra esposa a mi pariente de Ravenswood (y recalcó la palabra *mi*). Por supuesto, os supongo preparado para recibir mi despedida. Mi primo ha partido ya, creyendo innecesario guardar ninguna consideración a quienes le infligen este insulto.

—Protesto, milord —dijo Sir William, con el billete en la mano—. Desconozco el contenido de esta carta. Lady Asthon es una mujer llena de prejuicios y se acalora con facilidad... Siento sinceramente cualquier agravio que haya podido causar; sin embargo, espero que su señoría tendrá en cuenta que una dama...

—Se debía conducir como tal con personas de cierto rango —acabó el marqués.

—Es verdad, milord. Pero Lady Ashton es, a pesar de todo, una mujer...

—Y como tal, me parece debía de aprender los deberes que corresponden a su estado. Pero aquí viene, y sabré por ella misma la razón de esta inesperada y extraordinaria ofensa inferida a mi pariente cercano, mientras él y yo éramos sus invitados.

En efecto, Lady Ashton entraba en la estancia en ese momento. Su disputa con Lord Ashton y más tarde una entrevista con su hija, no le habían impedido atender a su *toilette*. Se presentó alegremente ataviada, con el esplendor que correspondía en tales ocasiones a una señora distinguida.

El marqués de A... se inclinó secamente, y ella devolvió el saludo con igual orgullo y sequedad. Entonces tomó el marqués de manos de Sir William el billete que le había dado momentos antes, e iba hablar cuando ella le interrumpió.

—Veo, milord, que vais a ocuparos de un tema desagradable. Siento que haya

ocurrido algo capaz de interrumpir, aun en el menor grado, la recepción debida a vuestra señoría; pero así es. Míster Edgar Ravenswood, a quien he dirigido el billete que su señoría tiene en la mano, ha abusado de la hospitalidad de esta familia, y de la blandura de carácter de Sir William, para seducir a una joven y hacerla dar su palabra sin contar con el consentimiento de sus padres, que nunca lo hubieran dado.

Ambos caballeros respondieron a un tiempo:

—Mi pariente es incapaz... —dijo el marqués.

—Estoy seguro de que mi hija Lucy es aún más incapaz... —dijo el Lord Keeper.

Lady Ashton interrumpió a ambos:

—Milord Marqués, vuestro pariente, si míster Ravenswood tiene el honor de serlo, ha intentado privadamente ganarse el afecto de esta inexperta muchacha. Sir William Ashton, vuestra hija ha sido lo bastante simple para animar más de lo conveniente a un pretendiente tan poco recomendable.

—Y yo creo, señora —dijo el Lord Keeper, perdiendo su paciencia habitual—, que si no teníais nada mejor que decirnos, podíais haberos reservado este secreto de familia.

—Me perdonaréis, Sir William —dijo la dama con calma—, pero el noble marqués tiene derecho a conocer la causa del trato que me he visto obligada a dar a un caballero que él llama pariente suyo.

—Una causa que ha surgido después del efecto —murmuró el Lord Keeper—. Y, caso de existir, seguro estoy de que no la conocía cuando escribió la carta.

—Es la primera vez que oigo hablar de esto —dijo el marqués—; pero ya que vuestra señoría ha planteado un tema tan delicado, permítaseme decir que la estirpe y las relaciones de mi deudo lo hacen digno de ser escuchado con paciencia o, por lo menos, de una negativa cortés, incluso en el caso de que su ambición lo lleve a poner los ojos en la hija de Sir William Ashton.

—Recordaréis, milord, de qué sangre procede miss Lucy por parte de su madre —dijo la señora.

—Recuerdo que descendéis de una rama joven de la casa de Angus. Y vuestra señoría —perdonadme, señora— no debía olvidar que los Ravenswood han emparentado tres veces, por matrimonio, con la rama principal. No nos engañemos, señora... Comprendo cuán difícil es vencer prejuicios tan arraigados... Los comprendo, y por eso he consentido que mi primo partiese como expulsado de esta casa; pero esperaba servir de mediador. Aun ahora me resisto a dejaros irritada, y no partiré hasta la tarde para reunirme con el Master de Ravenswood en la carretera a pocas millas de aquí. Hablaremos de este asunto más serenamente.

—Es lo que deseo de todo corazón, milord —dijo Sir William con ansiedad—. Lady Ashton, no podemos permitir que milord de A... marche disgustado. Hemos de rogarle se quede a comer en el castillo.

—El castillo —dijo la dama— y cuanto contiene está a disposición del marqués, por todo el tiempo que se digne permanecer en él; pero en lo referente a ese desagradable asunto...

—Perdonadme, señora —dijo el marqués— pero no puedo consentir que decidáis tan a la ligera una cuestión tan importante. Veo que llegan otras personas; y ya que tengo la dicha de renovar mi antigua relación con lady Ashton, espero que no me dejará arriesgar algo que estimo tanto con una discusión desagradable... por lo menos, hasta haber hablado sobre temas de mayor amenidad.

La dama sonrió, hizo una reverencia, y dio la mano al marqués, el cual la acompañó hasta el comedor, pero sin ofrecerle el brazo, pues la galantería formalista de la época no permitía al huésped llevar a la señora de la casa como lleva el rústico a su novia en una romería.

Allí se les unieron Bucklaw, Craigengelt y otros vecinos, invitados previamente por el Keeper para que coincidieran con el marqués de A... La ausencia de miss Ashton quedó disculpada con el pretexto de una ligera indisposición, y el sitio de la joven estuvo desocupado. La comida fue espléndida y se prolongó hasta muy tarde.

## CAPÍTULO XXIII

### DONDE SE RELATA LA MARAVILLOSA AVENTURA QUE ACAECIÓ A RAVENSWOOD

NO intentaré describir la mezcla de indignación y de arrepentimiento con que partió Ravenswood de la mansión de sus antepasados. Los términos en que estaba redactado el billete de lady Ashton no le permitían permanecer ni un momento más entre aquellos muros, si no quería traicionar su sentido del honor. El Marqués, a pesar de recibir parte de esta ofensa, pretendía aún llegar a una reconciliación. Por eso había tolerado que su pariente partiera solo, haciéndole prometer que lo esperaría en la pequeña posada llamada *La Madriguera del Zorro*, situada, como recordarán nuestros lectores, a mitad de camino entre el castillo de Ravenswood y el Despeñadero del Lobo, a unas cinco millas escocesas de cada uno de dichos lugares. Allí se proponía el Marqués reunirse con el Master, aquella noche o a la mañana siguiente. Sus sentimientos lo habían inducido a salir del castillo sin demora, pero le molestaba perder, sin un último esfuerzo, las ventajas que se había propuesto obtener de su visita al lord Keeper; y Ravenswood se resistía, hasta en el ardor de su resentimiento, a cortar toda posibilidad de reconciliación. Al principio llevó a su caballo a paso rápido por una avenida del Parque, como queriendo calmar la confusión de los sentimientos que le asaltaban. Pero a medida que el camino fue haciendo más agreste y apartado, y las almenas del castillo se perdieron de vista, aflojó la marcha gradualmente, como para permitirse las penosas reflexiones que en vano había tratado de reprimir. La senda por donde iba conducía a la Fuente de la Sirena y a la casita de Alice; y la fatal influencia atribuida a aquel lugar por la superstición, así como las advertencias que le fueron hechas por la ciega, le ocupaban el espíritu. «Los viejos dichos dicen verdad —pensó— y la Fuente de la Sirena presencié el último acto de temeridad de los Ravenswood. Alice tenía razón, y me encuentro en la situación que me predijo, o todavía más profundamente deshonrado, pues no estoy aliado y subordinado al que arruinó la casa de mi padre, sino degradado y expulsado desdeñosamente».

Hemos de contar esta historia tal como llegó a nosotros. Considerando la lejana época en que sucedió y la propensión a lo maravilloso de aquellos por cuyas bocas se ha ido transmitiendo, hemos de aceptarla como una historia escocesa y, por tanto, con un matiz supersticioso. Se dice que al acercarse Ravenswood a la fuente solitaria, le ocurrió esta singular aventura.

Su caballo, que avanzaba lentamente, se detuvo de pronto, bufó, se encabritó, y, pese a la presión de las espuelas, no quiso seguir, como si algo le hubiese aterrorizado. Mirando a la fuente, Ravenswood distinguió una figura de mujer —envuelta en un manto blanco, o más bien grisáceo— situada exactamente en el mismo

sitio donde Lucy Ashton había permanecido reclinada mientras escuchaba el fatídico cuento de amor. Su primera impresión fue que la joven se había figurado por qué camino cruzaría el parque al marchar, y habíase apostado en este recóndito lugar, tan conocido por ambos, para despedirse de él. Con esta creencia saltó del caballo y, atando las riendas a un árbol, anduvo rápidamente hacia la fuente, pronunciando apasionadamente las palabras: «¡Miss Ashton! ¡Lucy!».

La figura se volvió cuando se dirigió a ella y ante los ojos asombrados del Master aparecieron, no las facciones de Lucy Ashton, sino las de la vieja Alice, la ciega. Lo singular de su vestido, el cual se asemejaba más a un sudario que al atavío de una mujer viva; el aspecto de la figura, que le pareció mayor; y, sobre todo, la extraña circunstancia de una persona ciega, inválida y decrepita, hallada sola y a una distancia de su vivienda muy grande teniendo en cuenta sus dolencias... todo se combinaba para producirle una impresión muy próxima al terror. Al acercarse, se levantó lentamente de su asiento, elevó su sarmentosa mano como para que no se acercase, y se movieron con rapidez sus labios marchitos, aunque no salió de ellos sonido alguno. Ravenswood se detuvo; y, habiendo comenzado a andar hacia ella tras breve pausa, Alice —o su aparición— movióse o se deslizó para atrás en dirección a los matorrales, manteniendo el rostro vuelto hacia él. Pronto le ocultaron los árboles esta figura y cediendo a la fuerte y terrorífica impresión de que aquel ser no era de este mundo, Ravenswood quedó clavado al suelo en el sitio desde donde la dejó ver. Por fin, reuniendo sus energías, se acercó al lugar donde la figura parecía haber estado sentada; pero ni la hierba presentaba señal alguna de haber sido hollada, ni había ninguna otra señal que pudiera inducirle a creer haber visto un ser real.

Embargado por los extraños pensamientos y confusas aprensiones que se agitan en el espíritu de quien cree haber presenciado una aparición sobrenatural, el Master de Ravenswood volvió hacia su caballo, mirando atrás repetidas veces, no sin temor, como si esperase que la visión retornara. Pero la aparición —bien fuese real o bien una creación de su ardiente y agitada imaginación— no se repitió. Encontró a su caballo sudando y espantado, como experimentando ese terror angustioso que se dice causa a los animales la presencia de un ser sobrenatural. El Master montó y prosiguió la marcha a paso lento, apaciguando su corcel de cuando en cuando, pues daba constantes muestras de inquietud, como si presintiera nuevos motivos de miedo a cada claro de la arboleda. El jinete resolvió aclarar este asunto. «¿Me habrán engañado mis ojos —pensó— y durante tanto tiempo? ¿O fingirá esta mujer sus dolencias para promover compasión? Y, aun así, sus movimientos no parecían los de un ser viviente. ¿Debo dar crédito a la creencia popular, y admitir que esta desgraciada tiene un Pacto con las fuerzas ocultas? He de convencerme con más fundamento. No admito ni el testimonio de mis propios ojos».

Con esta decisión cabalgó hasta la cabaña de Alice. El asiento acostumbrado de

ésta bajo el abedul estaba vacío, a pesar del tiempo soleado y agradable que hacía. Se acercó a la vivienda, y oyó sollozos y gemidos que procedían de su interior. Nadie le respondió cuando llamó a la puerta; de manera que, tras un momento de espera, levantó el pestillo y entró. La escena era dolorosa. Tendido en su miserable jergón yacía el cadáver de la última sirviente de la casa de los Ravenswood que habitó en sus dominios. Poco hacía que exhalara el último suspiro; y la muchachita —que la había atendido en sus últimos momentos— se retorció las manos y sollozaba —entre apenada e infantilmente atemorizada— sobre el cuerpo de su ama.

A Ravenswood le costó algún trabajo tranquilizar a la pobre niña, cuyo temor había aumentado con la inesperada aparición del Master. Cuando lo consiguió, lo primero que habló la muchacha fue para darle a entender que «había llegado demasiado tarde». Preguntándole sobre el sentido de esta frase, vino a saber que al sentirse agonizar, la anciana había enviado un campesino al castillo para hablar con él y había mostrado gran impaciencia por el regreso del nombre. Pero los mensajeros de los pobres son lentos y negligentes. Cuando aquel individuo llegó al castillo, según se supo después, Ravenswood estaba ya lejos de él, y, entretenido con los criados forasteros, no se dio prisa por regresar. Entretanto, la ansiedad de espíritu de la ciega aumentaba con la agonía de su cuerpo; y, para decirlo con palabras de Babie, su única acompañante, «rezó muchísimo para que le fuera concedido *ver* al hijo de su amo una vez más y renovarle sus advertencias». Murió exactamente cuando el reloj de la aldea vecina daba la una, y Ravenswood recordó, con interno estremecimiento, que él también había oído a través del bosque aquella campanada, en el momento antes de haber visto lo que ahora creía ya el espectro de la muerta.

Era preciso que tomara —tanto por respeto a la difunta como por sentido humanitario hacia la muchacha— algunas disposiciones para relevar a ésta de su penoso deber. Él sabía que Alice había expresado su deseo de ser enterrada en el patio de una solitaria ermita (cerca de la pequeña posada *La Madriguera del Zorro*), donde habían sido enterrados algunos Ravenswood y muchos de sus partidarios. El Master consideró un deber satisfacer esta predilección, y mandó a Babie a la aldea para procurarse la asistencia de algunas mujeres, asegurándole que él velaría mientras el cadáver.

Así, en el transcurso de un cuarto de hora o poco más, permaneció junto al cuerpo inanimado cuyo espíritu se le había aparecido hacía poco, a no ser que sus ojos lo hubieran engañado. Pese a su valor, estaba muy impresionado por un concurso de circunstancias tan extraordinarias. «Murió expresando un vehemente deseo por verme. ¿Pueden los deseos muy intensos concebidos durante los últimos momentos de la agonía del organismo humano, sobrevivir a la destrucción de éste y, traspasando los límites del mundo sobrenatural, materializar ante nosotros a los habitantes del más allá? Y ¿por qué no ha hablado? Por otra parte, ¿qué objeto tiene esta transgresión de

las leyes naturales, si no puedo saber su significado? Vanas cuestiones, que sólo la muerte podrá resolver cuando me haga igual a este pálido y marchito despojo».

Mientras reflexionaba así, cubrió con un paño la faz de la muerta, cuyas facciones no tenía ya fuerzas de contemplar por más tiempo. Sentóse luego en un viejo sillón de roble tallado, ornamentado con su propio escudo de armas, el cual había conseguido reservarse Alice entre el saqueo de acreedores, alguaciles, criados y representantes de la ley, cuando Lord Ravenswood salió del castillo por última vez. Procuró desterrar de su mente los sentimientos supersticiosos que le había inspirado su reciente aventura. Pero sus pensamientos eran ya bastante atribulados sin necesidad del miedo a lo sobrenatural. ¡Verse pasar de la situación de enamorado favorecido de Lucy, honrado y respetado por Sir William, a la de guardián melancólico y solitario del cuerpo abandonado de una vulgar indigente!

Sin embargo, pronto fue revelado de su penosa misión; antes de lo que cabía esperar, considerando la distancia entre la choza de la difunta y la aldea, así como la edad y los achaques de las tres viejas que llegaron para efectuar el relevo de la guardia, si empleamos la expresión militar. En cualquier otra ocasión hubiera sido mucho más moderada la velocidad de estas reverendas sibilas, pues la primera tenía más de ochenta años, la segunda era parálitica y la tercera coja de resultas de un accidente. Pero los deberes funerales son en Escocia, para los campesinos de ambos sexos, una tarea de amor. La celebración de los funerales, a la antigua usanza escocesa, se hacía —y se hace aún— a base de una exaltada alegría, llegándose hasta la embriaguez. Las mujeres encontraban en los lúgubres preparativos del amortajamiento el mismo placer que hallaban los hombres en la fiesta funeral, o *dirgie*. Enderezar los miembros contorsionados en un tablero, envolver el cadáver en lienzos limpios, y luego en su mortaja de lana, eran operaciones confiadas siempre a las viejas matronas del pueblo, y con las que éstas experimentaban una singular y tétrica satisfacción...

Las viejas saludaron al Master con una sonrisa fantasmal, que le hizo recordar la escena de Macbeth y las brujas. Les dio dinero y les encargó cuidasen del cadáver, cometido que aceptaron de muy buen grado, indicándole que debía salir de la cabaña. Ravenswood se detuvo sólo unos momentos para encarecerles se esmerasen y para que las viejas le informasen de dónde podía hallar al sepulturero a cuyo cargo estaba el abandonado cementerio del Ermitage.

—No os costará mucho encontrar a Jhonie Mortsheug —dijo la sibila mayor, de cuyo rostro ajado no había desaparecido aún la horrorosa sonrisa—; suele pasar cerca de *La Madriguera del Zorro*, un lugar de diversión donde ha habido más de un entierro alegre, porque la muerte y la borrachera son buenos amigos.

—¡Ah, comadre, qué cierto es eso! —dijo la bruja lisiada, apoyándose en la muleta que compensaba el encogimiento de su pierna izquierda—. Me acuerdo de



cuando el padre del Master de Ravenswood —que está ahora frente a nosotros— atravesó al joven Blackhall con su espada, porque decía no sé qué mientras bebían vino o aguardiente. El muchacho había entrado contento como una alondra y salió con los pies por delante, yo ayudé a amortajarlo, y a fe que estaba hermoso después que le lavaron la sangre.

Se creará fácilmente que esta inoportuna anécdota apresuró el propósito del Master de librarse de una compañía tan odiosa y de tan mal agüero. Sin embargo, mientras se acercaba al árbol donde dejara atado su caballo y se ocupaba de ajustar la cincha de la silla, no pudo evitar el oír una conversación referente a él entre la coja y la sibila octogenaria. Ambas habían salido al jardín para coger romero, ruda, abrótno y otras plantas propias para esparcirlas sobre el cadáver y quemarlas en la chimenea fumigando así la cabaña. La paralítica, agotada por la caminata, quedó guardando el cadáver para que no fueran a divertirse con él las brujas y los malos espíritus.

Ravenswood oyó, a pesar suyo —oculto de las viejas por el vallado del jardín— el siguiente diálogo, graznado en tono bajo:

—¡Qué cicuta tan crecida y fresca, Annie Winnie! Muchas comadres no querrían mejor caballo para volar sobre montes y valles, por la niebla y a la luz de la luna, y meterse después de tan largo viaje en las bodegas del Rey de Francia.

—¡Ay, comadre! Hasta el mismo diablo se ha vuelto tan despiadado como el Lord Keeper y toda esa gente cuyos corazones son duros como la piedra. Nos pinchan, nos torturan y nos hacen aparecer como brujas. Aunque dijera mis plegarias diez veces al revés, nunca me recompensaría por ello Satán.

—¿Viste alguna vez al inmundo ladrón? —le preguntó su compañera.

—¡No! Pero he soñado con él muchas veces y creo que algún día me quemarán por esto. ¡No vamos a preocuparnos, comadre! Tenemos este dólar del Master, y mandaremos por pan, media pinta de vino, tabaco y un poquitín de azúcar; y con diablo o sin él, pasaremos una buena noche.

En esto sus desdentadas bocas emitieron una risa espectral, una especie de cacareo que recordaba a los chillidos del mochuelo.

—El Master es un hombre sincero y dadivoso —dijo Annie Winnie— y un real mozo, ancho de hombros estrecho de cintura... Haría un hermoso cadáver. Me gustaría tenerlo que amortajar.

—Lo lleva escrito en la frente, Annie Winnie: no lo tocará mano de mujer —ni de hombre tampoco— después de su muerte. Puedes darlo por cierto, porque lo sé de fuente segura.

—Entonces, Ailsie Gourlay, ¿es su destino morir en el campo de batalla? ¿Morirá por espada o por bala, como muchos de sus antepasados?

—No hagas más preguntas... No tendrá esa suerte.

—Sé que eres más sabia que nadie, Ailsie Gourlay, pero... ¿quién te dijo eso?

—No te rompas la cabeza pensando en ello —contestó la sibila—. Te digo que lo sé de fuente segura.

—¡Escucha! Oigo las pisadas de su caballo que se aleja. No suenan como si llevara buena suerte.

—¡Daos prisa! —gritó la paralítica desde la casita—. Hagamos lo que sea preciso y digamos lo necesario, pues si no vendamos al cadáver en seguida, empezará a moverse y hasta nosotras vamos a asustarnos.

Ravenswood se había alejado. Despreciaba los prejuicios corrientes sobre la brujería, los augurios y vaticinios, a los que su época y su país daban todavía tal crédito que el ponerlos en duda se consideraba como una herejía igual a la de los judíos o los sarracenos. Los archivos criminales de Escocia en aquel tiempo se hallan repletos de confesiones de personas acusadas de brujería.

Pero la visión de aquella mañana, ya fuera real o imaginaria, había impresionado su espíritu con un sentimiento supersticioso del cual trataba de librarse en vano. La clase de asunto que le llevaba a *La Madriguera del Zorro*, donde llegó poco después, no era de lo más apropiado para tranquilizar su ánimo.

Tenía que ver a Mortsheugh, el sepulturero del antiguo cementerio del Ermitage, para disponer el entierro de Alice. Como el hombre vivía cerca de este triste lugar dirigióse allí el Master, después de un breve reposo en la posada. El pequeño cementerio estaba situado en el recodo formado por el curso arremolinado de un arroyo que descendía de las colinas cercanas. La ermita se reducía a una primitiva caverna abierta en forma de cruz, en ella había hecho penitencia, en tiempos pasados, un santo varón que dio nombre al lugar. La rica Abadía de Coldinghame había establecido una capilla en sus cercanías, pero ya no quedaban ni vestigios de ella, aunque el cementerio que la rodeaba se utilizaba todavía para enterrar a determinadas personas. Dentro de su recinto se elevaban dos tejos, muy destrozados por el tiempo. Guerreros y barones habían encontrado allí su última morada, pero sus nombres cayeron en el olvido, y sus mausoleos fueron destruyéndose. Lo único que restaba eran las lápidas verticales que indicaban las tumbas de las personas de inferior posición social. La vivienda del sepulturero era una casita solitaria adyacente a la ruinosa tapia del cementerio, y tan baja que, con su techo casi tocando el suelo y cubierto con una gruesa capa de hierba, semejaba una tumba que sobresaliese demasiado. Ravenswood preguntó por el enterrador y le dijeron que estaba en una boda, pues lo mismo tocaba el violín que abría una fosa. Por tanto, se retiró a la posada, dejando recado de que a la mañana siguiente vendría de nuevo a buscarlo.

Un mensajero del Marqués llegó poco después a *La Madriguera del Zorro* para decirle que su amo se reuniría con él en aquel lugar al día siguiente por la mañana.

## CAPÍTULO XXIV

### EN EL CUAL CONOCEMOS A JHONIE MORTSHEUGH, VIOLINISTA Y SEPULTURERO

EL sueño de Ravenswood se pobló de visiones lúgubres, y los ratos en que permanecía despierto los perturbaron melancólicas reflexiones sobre el pasado y penosas anticipaciones del futuro. Quizá fuera él el único viajero que hubiese dormido en aquella miserable pocilga sin quejarse de sus incomodidades. El cuerpo sólo se muestra delicado cuando el espíritu está libre. A pesar de la mala noche pasada, el Master se levantó muy temprano, esperando que el aire fresco del alba calmaría su angustia. Se encaminó hacia el solitario camposanto, distante una milla de la posada.

Una fina columna de humo marcaba ya una diferencia entre la habitación del ser viviente y el fúnebre asilo, anunciándole que el hombre había regresado. En afecto, halló al anciano a la entrada del cementerio cavando una fosa. «Mi destino, pensó Ravenswood, me arrastra a escenas de fatalidad y muerte... Pero estos pensamientos son infantiles, no me dejaré dominar por ellos. No volverá a engañarme mi imaginación». Al acercarse el Master, se acodó el viejo sobre su azada, como esperando sus órdenes. Como el recién llegado no hablase, el sepulturero rompió el silencio:

—Apostaría que me buscáis para una boda. ¿No así, señor?

—¿Qué os hace creer eso, amigo?

—Señor, vivo de dos negocios —repuso el alegre viejo—, el violín y la azada... Llenar el mundo y vaciarlo... Conozco ambas clases de clientes con sólo mirarles la cara, después de treinta años de experiencia.

—Pues hoy os habéis equivocado.

—¿Sí? —dijo el hombre, mirándolo intensamente—. Puede ser; porque en vuestra frente hay algo ahora que oscila entre la muerte y las nupcias. Muy bien; el pico y la pala están a vuestra disposición, y lo mismo el arco y el violín.

—Quisiera que enterraseis dignamente a una anciana, Alice Gray. Vivía al pie del barranco, en el parque de Ravenswood.

—¡Alice Gray! ¡La ciega Alice! ¿Se murió por fin? Otra campanada para advertirme que debo estar preparado. Recuerdo cuando Habbie Gray la trajo a esta tierra; era una chica muy bonita, y nos miraba a todos por encima del hombro. Estoy seguro de que su orgullo se vino abajo. ¿Conque se ha muerto?

—Murió ayer y deseaba ser enterrada aquí, junto a su esposo, ¿sabéis dónde yace éste?

—¿Que si sé dónde?... —contestó el sepulturero, con una vaguedad típicamente escocesa—. Yo sé donde están enterrados todos los que yacen aquí. Pero hablábamos

de la tumba de Alice. No será una sepultura ordinaria, si es verdad lo que decían antaño de ella. Si cavo una fosa de seis pies de profundidad —y la sepultura de una hechicera no debe tener ni una pulgada menos, o si no vendrían sus comadres las demás brujas a sacarla de ella, validas de su antigua amistad— de seis pies, o de tres si es preciso, ¿quién va a pagar el trabajo, por favor?

—Yo lo pagaré, amigo mío, y todos los gastos razonables que se originen.

—Para enterrarla decentemente, vais a necesitar unas dieciséis libras escocesas.

—Aquí tenéis ese dinero, y algo más. Aseguraos del sitio que os dije.

—Seréis alguno de sus familiares ingleses ¿no? He oído que se casó por debajo de su rango. Es natural habería dejado arreglárselas como pudiera, mientras vivía, y es muy natural darle una buena sepultura ahora que está muerta, pues esto afecta a vuestra reputación más que a la de ella; ¿qué puede importarle todo esto a un cadáver?

—¿Pero en las bodas tampoco os parecerá bien que la gente descuide a sus deudos? —dijo Ravenswood, divertido con la limitación profesional de esta filantropía.

El viejo animó sus agudos ojos grises con una sonrisa astuta, como indicando haber comprendido el chiste; pero inmediatamente reasumió su gesto severo:

—¿Quién podría desatender las bodas, que sirven para repoblar la tierra? Deben celebrarse con jolgorio; reunión de todas las amistades, instrumentos de música: arpas, sacabuches y salterios; o violines y gaitas, si no pueden conseguirse esos antiguos instrumentos.

—Con el violín se suplen los demás...

—Sin duda... Claro, si se sabe tocar —y de pronto recordó algo y lo utilizó para cambiar de tema—: Mirad, allí está la sepultura de Halbert Gray, que andabais buscando. La tercera pasando ese sepulcro grande, cerca de algunos de los Ravenswood, pues aquí están muchos de sus familiares y seguidores —¡que el diablo se los lleve!— aunque no es éste su cementerio principal.

—No parecen seros muy gratos esos Ravenswood —dijo el Master, no muy satisfecho con la bendición que el hombre había dejado caer de pasada sobre su familia.

—¿Quién va a tenerles simpatía? Cuando poseían tierras y poder, no supieron manejar aquéllas ni manejar éste. Ahora que han caído, no se preocupa nadie de cuándo irán a levantar la cabeza.

—¿Es posible? Nunca oí decir que esta desgraciada familia mereciera esa mala voluntad de sus compatriotas. Estoy convencido, su pobreza la hizo despreciable...

—Esto suele ser verdad en muchos casos. Por lo menos, a mí es lo único que me hace despreciable. Si viviera en una lujosa casa de dos pisos me respetarían mucho más. Pero con los Ravenswood, en tres generaciones de ellos que he conocido, cada

vez ha sido peor.

—Creí que habían gozado de buena fama en el país —dijo su descendiente.

—¡Buena fama! Os contaré, señor. Desde muy niño fui corneta en el Castillo de Ravenswood. El padre de Lord Allan me hacía tocar al amanecer, a la hora de comer, y cada vez que venía gente al castillo. Y cuando organizó la lucha contra los *whigs*, hube de montar a caballo y salir con él haciendo cabriolas...

—Muy natural, para eso erais su vasallo...

—Sí que lo era; pero mi obligación no debía pasar je agotar todo mi viento a su servicio, soplando el día entero en el castillo... y no meterme en aquella sangrienta algarabía. Recuerdo que el joven Allan Ravenswood —entonces era Master— me encañonaba con su pistola —gracias a Dios que no se disparó— y me gritaba: «¡Toca, poltrón! ¡Toca, condenado villano, cobarde, o te salto la tapa de los sesos!». Y, aunque no quedaba ya aire ni para el aprovisionamiento particular de mis pulmones, di unos trompetazos que, a su lado, resultaría música celestial el cacareo de una gallina clueca. Se nos ordenó a los jinetes vadear un río. Yo siempre he tenido horror a los vados, mucho más cuando en la otra orilla hay miles de hombres armados. Todos fuimos a chapuzar en el agua, en un amasijo de caballos y jinetes, mientras entre los matorrales del otro lado se veían los fogonazos de los cañones *whigs*. Apenas había tomado tierra mi caballo, cuando un tipo muy moreno, con una barba tan ancha como esta pala, me puso la boca de su fusil a una cuarta de mi oreja. Pero, por fortuna, mi caballo se encabritó y me caí del otro lado en el instante en que la bala salía silbando por encima de mí, y el viejo lord llegó entonces y le partió la cabeza al *whig* en dos pedazos... Desde aquellos esfuerzos, no me ha quedado aliento ni para respirar bien.

—¿Entonces, perdisteis vuestro empleo de corneta?

—Claro, lo perdí. Pero podía haberlo pasado muy bien —porque me dejaron el sueldo y casa de balde y no tenía más obligación que tocarles el violín— si no hubiera sido por Allan, el último Lord Ravenswood, el cual fue mucho peor que su padre.

—¡Cómo! ¿Mi padre... quiero decir, este último Lord Ravenswood os privó de vuestra pensión?

—Sí, señor, porque consintió que sus asuntos se fueran al diablo, y nos dejó en manos de este Sir William Ashton, que no se casa con nadie, y nos echó a todos quitándonos comida y techo.

—Si Lord Ravenswood protegió a su gente mientras pudo hacerlo, me parece, amigo mío, que debían guardar buen recuerdo de él.

—Podéis pensar como queráis, señor; pero no me convenceréis de que cumplió con su deber para consigo mismo, ni para con nosotros, sus pobres servidores, al llevar sus asuntos tan descabelladamente.

—Es muy cierto —dijo Ravenswood, en un arranque de su conciencia—; el castigo de las extravagancias se extiende más allá de los sufrimientos del pródigo.

—Sin embargo, ese joven Edgar va a vengar nuestros agravios, según parece.

—¿Sí? ¿Por qué suponéis eso?

—Dicen que va a casarse con la hija de Lady Ashton. Pero en cuanto la señora lo tenga bien cogido, ya veremos si no le juega una mala pasada. Si yo fuera él... Lo peor que le pudiera desear al muchacho sería verlo aliarse, después de tantas luchas y tantos odios, con los enemigos de su padre...

Cervantes observó agudamente que la alabanza nos resulta agradable aunque proceda de labios de un loco; y la censura, tanto como el elogio, nos afecta por baja opinión que tengamos de quien la emite. Ravenswood, cortando en seco al sepulturero, reiterándole sus advertencias sobre el entierro de Alice, abandonó rápidamente aquel lugar, pensando que la gente del pueblo y las personas distinguidas pensarían de su matrimonio con Lucy lo mismo que este campesino egoísta e ignorante. «Y encima de haberme hecho blanco de estas calumnias, me veo rechazado. ¡Lucy, tu fe ha de ser inquebrantable como el diamante, para compensarme de la deshonra que me infieren la opinión de las gentes y la conducta de tu madre!».

Alzó los ojos y vio ante él al Marqués de A..., el cual, no habiéndolo hallado en la posada, le había salido al encuentro.

Después de mutuos saludos, se disculpó con el Master por no haber llegado la tarde anterior. Se había enterado de algo que le indujo a prolongar su estancia en el castillo.

—Pariente, he sabido que hubo allí un asunto amoroso. Y, aunque pudiera censuraros por no habérmelo comunicado, siendo yo hasta cierto punto el jefe de vuestra familia...

—Perdone vuestra señoría. Os agradezco profundamente el interés que os dignáis tomar por mí... Pero, soy yo el jefe de mi familia.

—Lo sé... Lo sé. En un sentido estricto, genealógico y heráldico, desde luego lo sois vos. Mi intención era decir que, siendo en cierto modo vuestro tutor...

—He de tomarme la libertad de advertiros, milord... —contestó Ravenswood en un tono que dejaba pocas esperanzas sobre la continuación de la amistad entre ambos parientes, cuando se vio a su vez interrumpido por el sepulturero, que llegó jadeando tras ellos, para preguntarles si sus excelencias deseaban un poco de música en la taberna para hacer más corto el tiempo.

—No queremos música —dijo el Master con brusquedad.

—Su Excelencia no sabe lo que se pierde —replicó el violinista, con el impertinente desparpajo de su profesión—. Sé tocar *Hazlo otra vez* y *Murió la yegua del viejo*, seis veces mejor que el mismo Pattie Birnie. Iré por mi violín en el tiempo

de poner un tornillo a un ataúd.

—Retiraos, hombre —dijo el Marqués.

—Y si Su Excelencia es del norte, según me parece por su acento, puedo tocar *Liggeram Cosh* y *Mullin Dhu*, y *Las Comadres de Athole*.

—Estáis interrumpiendo nuestra conversación —repuso el Marqués.

—O bien, como Su Excelencia será de «la gente honrada», puedo tocar (esto lo dijo en un tono confidencial) *Killiecrakie*, *Al Rey le devolverán lo suyo* y *Volverán los Estuardos*. La mujer de la taberna es una Persona discreta, y no se entera de los brindis ni de las canciones. Está sorda para todo lo que no sea el tintineo de la plata.

El Marqués, a quien se suponía jacobita, no pudo contener la risa mientras arrojaba al hombrecillo un dólar, y le propuso ir a distraer a los criados, si se sentía en vena, pero que lo dejara en paz.

—Muy bien, caballeros. Buenos días... Salgo ganando un dólar y vos salís perdiendo la música. Me voy a casa, a terminar la fosa en el tiempo de afinar una cuerda de mi violín. Luego, dejo a un lado mi azada, cojo el otro ganapán y me vengo con la gente de sus excelencias, a ver si tienen mejor oído que sus amos.

## CAPÍTULO XXV

### EN EL QUE SUCEDE ALGO TOTALMENTE INESPERADO

DESEABA deciros, querido pariente —dijo el Marqués—, ahora que nos hemos librado de ese músico impertinente, que intenté hablar con la hija de Sir William Ashton sobre vuestro asunto amoroso. Sólo he podido ver a la joven unos minutos. Por eso, no conociendo sus méritos, creo no ofenderla diciendo que hubierais podido escoger mejor.

—Milord, os estoy muy reconocido por vuestra atención. No pensé haberos preocupado con nada referente a Miss Ashton. Ahora que nuestro noviazgo ha llegado a oídos de vuestra señoría, supondréis que esperaba esas objeciones a mi entrada en la familia de los Ashton, y que tengo mis razones para considerar compensados esos inconvenientes, por muy lejos que haya llevado este asunto.

—No, Master; podíais haberos ahorrado esa advertencia si me hubierais escuchado, pues precisamente —y sin conocer esas razones vuestras— hice cuanto pude por persuadir a los Ashton para que os atendiesen.

—He de agradeceros vuestra espontánea intercesión, sobre todo, por constarme que vuestra señoría no la lleva nunca más allá de los límites que yo mismo nunca podría traspasar.

—De eso podéis estar seguro. Comprendía demasiado lo delicado del asunto para colocar a un caballero relacionado tan estrechamente con mi casa en una posición dudosa o degradante con estos Ashton. Pero puse de relieve las ventajas que ofrecía para ellos poder casar a su hija con el descendiente de una familia tan honorable, y emparentado con la primera de Escocia. Expliqué el grado exacto de parentesco que une a los Ravenswood con nosotros; y hasta aludí al esperado cambio político e indiqué las cartas que serían triunfos en el Parlamento. Dije que os consideraba como un hijo, un sobrino, o algo así, más que como un pariente lejano; y me hice totalmente solidario de vuestro asunto.

—Y ¿qué resultó de la intervención de vuestra señoría? —le preguntó Ravenswood, sin saber ya si llevaría a mal o agradecerla.

—El Lord Keeper se hubiera avenido. No le hace gracia perder su puesto, como ha de ocurrir en cuanto cambie la situación. Y, a decir verdad, parece estimaros y darse cuenta de las ventajas que se derivarían de esa boda. Pero su mujer, que lleva la voz cantante, Master...

—Decidme, decídmelo todo, milord. Puedo soporta lo que sea...

—Me alegro de ello, pariente, pues me avergüenza contaros incluso la mitad de lo que me dijo Lady Ashton. Está absolutamente decidida a impedir el enlace. Rechazó de plano mi mediación. No puedo adivinar que se propone esta señora. No es posible



que pueda lograr una alianza más honorable. En lo referente al dinero a las tierras, eso ha estado siempre a cargo de su esposo. En verdad creo que os odia por tener el linaje que no tiene su marido, y quizá también por no poseer las tierras que su marido posee. Pero de nada serviría hablar más de ello... Ya hemos llegado a la posada.

Poco después reanudaron la conversación. El Marqués expresó el agrado que le causaría ver al Master renunciar a un enlace que en cierto modo lo degradaba.

—Soy yo quien ha de resolver sobre esto, milord —respondió el Master—. Pero no he contraído ningún compromiso con Sir William ni con su esposa, sino con Miss Ashton, y mi conducta se regulará por la de ella. Si continúa prefiriéndome, dentro de mi pobreza, a los pretendientes acaudalados que le recomiendan en casa, bien puedo sacrificar a su sincero afecto los arraigados prejuicios de odio familiar. Si Miss Lucy Asthon falta a su palabra, estoy seguro de que mis amigos no comentarían esa decepción; en cuanto a mis enemigos, sabría hacerlos callar.

El Marqués insistió en su punto de vista. El Master debía llevar a Sir William ante la Cámara de los Pares y él lo respaldaría; así tendría que arrepentirse de no haber aceptado un arreglo demasiado honroso para él.

Pronto tuvo el Marqués temas de conversación más interesantes y agradables. Un correo que lo venía siguiendo desde Edimburgo al castillo de Ravenswood, y luego hasta *La Madriguera del Zorro*, le trajo buenas noticias. Los cálculos políticos del Marqués habían resultado exactos tanto en Londres como en Edimburgo. Veía casi en su mano la preeminencia que había ansiado lograr.

Los refrescos preparados por los criados fueron servidos, y un epicúreo hubiera disfrutado más con ellos por el contraste que ofrecía su calidad con la miserable taberna.

La charla tomó un giro agradable. El Marqués se explayó sobre el poder que la nueva situación iba a otorgarle y las ventajas que de él pensaba obtener para su deudo Ravenswood. El vino era excelente, aunque hubo que traerlo de Edimburgo en un barrilejo.

—Mi joven amigo —dijo el Marqués—, vuestro castillo del Despeñadero dista sólo cinco o seis millas de aquí, y puede ofrecer a vuestro pariente de A... la misma hospitalidad que dio a Sir William Ashton.

—Sir William Ashton tomó el castillo por asalto —respondió Ravenswood— y como muchos vencedores, no pudo alegrarse por su victoria.

—¡Bueno, hombre, bueno! —dijo Lord A..., bastante alegre ya con el vino—. Por lo visto habré de sobornaros para conseguir que me alojéis. ¡Vamos, brindemos por la última joven que durmió en el Despeñadero del Lobo y se encontró allí tan a gusto! Mis huesos no son tan blandos como los de ella, y estoy decidido a ocupar su aposento esta noche, para poder juzgar cuán duro es el lecho que el amor puede ablandar.

—Vuestra señoría puede escoger la penitencia que más le agrade; pero os aseguro que mi viejo criado se va a ahorcar o va a arrojarse desde las almenas si llegáis tan inesperadamente a la torre.

Su noble protector le aseguró que le eran indiferentes las comodidades, y que estaba resuelto a visitar la torre. Un antepasado suyo había sido festejado allí cuando marchó —junto con el entonces Lord Ravenswood— a la fatal batalla de Flodden, donde cayeron ambos.

Enviaron delante un lacayo para prevenir a Caleb Balderstone de la nueva invasión.

Mientras iban en el coche del Marqués, habló éste de sus planes —en vista del inminente cambio político— referentes a una misión de extremada importancia realizar en el continente, que sólo podría ser confiada a un aristócrata inteligente y de absoluta confianza, y había de resultar muy provechosa para el mismo enviado, por la distinción que suponía ser elegido para tal fin. No necesitamos indicar más circunstanciadamente la naturaleza de esta misión; baste decir que al Master le pareció muy aceptable, viendo con placer la perspectiva de pasar de su actual estado de indigencia e inactividad, a una ocupación honrosa e independiente.

En dirección al Despeñadero comenzó a verse un gran resplandor que los intrigó mucho. El Marqués creyó que se trataba de los preparativos para agasajarlo y embromó al Master con motivo de las repetidas advertencias de éste sobre su falta de medios para desvirtuar la contestación que había mandado Caleb con el mismo lacayo que fue a avisarlo: «Todo estará dispuesto para servir a sus señorías como se merecen». Una iluminación semejante era señal de una recepción extraordinaria. Ravenswood no se explicaba aquella luz brillante y potente que aparecía sobre la torre. Las ventanas eran escasas y muy estrechas, y las del piso bajo quedaban ocultas por los muros del patio. Un resplandor semejante no podía provenir de ellas.

Pronto se aclaró el misterio, pues la cabalgata se detuvo y Caleb Balderstone en persona se asomó por la ventanilla del coche, gritando aterrorizado:

—¡Ah, caballeros! ¡Ah, mis nobles señores! ¡La torre está ardiendo con todas sus riquezas por dentro y por fuera! Con todos sus cuadros, sus tapices, sus colgaduras, sus bordados y demás ornamentos... Todo está en llamas como si fuera turba o paja. ¡Por la derecha, caballeros, os lo imploro! En casa de Lucky Sma'trash hay algunas provisiones preparadas. ¡Oh, desdichada noche, y desdichado yo que vivo para verlo!

Ravenswood quedó petrificado ante esta nueva e inesperada calamidad; pero, reaccionando, saltó del carruaje y, despidiéndose precipitadamente del Marqués, quería subir por la colina del castillo, del cual se elevaba ahora una alta columna de luz roja, cuyo reflejo llegaba hasta las agitadas olas del océano.

—¡Montad a caballo, Master! —exclamó el Marqués—. Y vosotros, villanos, daos prisa, a ver qué puede salvarse todavía del mobiliario y si podéis extinguir el

fuego. ¡No perdáis ni un solo momento! ¡Corred, bellacos, por vuestras vidas!

Los lacayos formaron un enjambre, comenzaron a espolear sus caballos, llamando a gritos a Caleb para que los guiase; pero la voz del viejo mayordomo dominó el tumulto:

—¡Señores, deteneos, volved las bridas; por misericordia!... ¡No añadid la pérdida de vuestras vidas a la de las riquezas mundanas!... ¡Hay treinta barriles de pólvora en los sótanos de la torre, y el fuego estará llegando a ellos!... ¡Por amor de Dios, muchachos, torced a la derecha...; pongamos la colina entre el peligro y nosotros! ¡No hay doctor que valga si nos cae encima un bloque de piedra de la torre!

Se creará fácilmente que el Marqués y sus servidores se apresuraron a tomar la dirección prescrita por Caleb, arrastrando a Ravenswood con ellos, aunque éste apenas si podía comprender lo que ocurría. «¡Pólvora! —exclamó agarrando a Caleb, que en vano trataba de escapar—. ¿Qué pólvora? ¿Cómo han podido meterla en el castillo sin saberlo yo?».

—Yo no lo sé —le interrumpió el Marqués—. Por Dios, no le hagáis más preguntas.

—¿Veis? —dijo Caleb, soltándose y poniéndose bien la ropa—. ¿Creeréis el honorable testimonio de su señoría? En el año en que murió el Rey Willie, como lo llamaban, su señoría recordará muy bien...

—¡Silencio, mi buen amigo! —dijo el Marqués—. Ya se lo contaré a vuestro amo.

—¿Y la gente de Wolf's-hope no acudió a ayudaros antes de que el fuego progresara?

—Sí, acudieron los truhanes... Pero, la verdad, no tuve prisa por dejarlos entrar en la torre, con la plata y las cosas de valor que había en ella.

—¡Maldito seas, desvergonzado embustero! —exclamó Ravenswood con ira incontrolable—; no había ni una sola onza...

—Además —dijo el mayordomo, levantado la voz del modo más irreverente sobre la de su amo—, el fuego se propagó a toda velocidad por los tapices y el artesonado de la sala de los banquetes, y los tunantes salieron escapados como ratas en cuanto oyeron lo de pólvora.

—Os ruego que lo dejéis —dijo el Marqués a Ravenswood.

—Una sola pregunta, milord. ¿Qué ha sido de Mysie?

—¿Mysie? —dijo Caleb—. No pude ocuparme de ella... Allí estará en la torre, me figuro, víctima de su horrible destino.

—¡Cielos! No entiendo nada de esto. Milord, no puedo permanecer aquí ni un momento más... Por lo menos, me acercaré para ver si el peligro es tan inminente como dice este imbécil...

—Bueno, entonces, os confesaré que Mysie está sana y salva. La vi fuera del

castillo antes de salir yo. ¿Cómo había de abandonar a una antigua compañera?

—¿Por qué me dices ahora lo contrario?

—¿He dicho lo contrario? Entonces, debo de haber soñado, o he perdido el juicio en esta noche horrorosa. Peto os aseguro que no le pasó nada.

Ravenswood, en vista de esta afirmación, y a pesar de sus grandes deseos de presenciar la última explosión, que arruinaría definitivamente la mansión de sus padres, consintió que lo llevaran a la aldea, donde, no sólo en la taberna, sino también en casa de nuestro amigo el tonelero, se habían hecho grandes preparativos para recibir a ambos señores. Pero esto requiere una explicación.

Se nos olvidó mencionar en su debido lugar que Lockhard descubrió los medios empleados por Caleb para lograr las provisiones en el pueblo. El Lord Keeper, divertido con el incidente, y deseoso a la vez de agradar Ravenswood, había recomendado al tonelero de Wolf's-hope para el puesto oficial, cuya perspectiva le consoló de la pérdida de su asado. Él nombramiento de Mr. Girder causó una agradable sorpresa al viejo Caleb. En efecto cuando —algunos días después de marchar su amo— se vio en la ineludible necesidad de ir al pueblecito de pescadores, y se deslizaba como un fantasma al pasar ante la puerta del tonelero —temeroso de que le preguntasen por la recomendación— sintió que lo llamaban en tres tonos a la vez: tiple, tenor y bajo. Este trío lo constituían las voces de Mrs. Girder, la dama Lightbody y el jefe de la casa: «¡Míster Caleb... Míster Caleb... Míster Caleb Balderstone! ¿Vais a pasar por nuestra puerta con los labios secos debiéndoos nosotros tanto?».

Esto se puede decir en serio o irónicamente. Caleb se imaginaba lo peor y se hizo el sordo a las llamadas del trío. Siguió andando, el viejo sombrero de castor calado sobre los ojos y éstos fijos en el suelo, como si contara las piedrecitas del pavimento. Pero inmediatamente se vio rodeado, como un barco mercante en el Estrecho de Gibraltar por tres galeras argelinas.

—¿Quién hubiera creído esto de un amigo tan antiguo? —dijo la madre.

—No pararse ni siquiera a recibir nuestro agradecimiento —dijo el tonelero— y de un hombre como yo que casi nunca agradece nada a nadie. Espero que no nos habrán indispuerto, Mr. Balderstone. Quien os haya dicho que no os estoy reconocido por haberme logrado el puesto de tonelero de la Reina, le parto la cabeza con mi azuela... nada más que eso.

—Mis buenos amigos... Mis queridos amigos —dijo Caleb, sin gran seguridad todavía— no merece la pena. Uno trata de servir a las amistades y unas veces sale bien y otras mal. Nunca pude soportar que me dieran las gracias.

—A fe mía, Mr. Balderstone, muy pocas os hubiera dado si sólo hubiera tenido que agradeceros vuestra buena voluntad. Eso ya estaba pagado con el asado y el vino. La buena voluntad, amigo, es como un cubo, que no conserva ningún licor, pero los

buenos hechos son como el barril, apretado, redondo y sólido, que puede contener el vino del rey.

—¿No habéis oído decir —dijo la suegra— que recibimos una carta nombrando a nuestro John tonelero de la Reina? ¡Y todos los del oficio tenían solicitado el puesto!

—¡¡Que si lo he oído decir!! —exclamó Caleb sabiendo ya a qué atenerse, con fingida indignación de que lo dudasen—. ¡¡¡Dice que si lo he oído!!!

Fue cambiando su actitud acobardada en otra viril y autoritaria, y su frente emergió del sombrero con todo el orgullo de la aristocracia, como el sol tras una nube.

—Naturalmente, tiene que saberlo —dijo la esposa.

—¿Y cómo no? —repuso Caleb—; por eso seré el primero en besaros y a vos, tonelero, os deseo mucha suerte en vuestra colocación. Ya sabéis quiénes son vuestro amigos, quiénes os han ayudado y pueden ayudaros. Al principio quise hacerme el distraído, para ver si erais de los buenos... ¡Ahora me convenzo de que sois leal!

Y, con el aire más señorial, besó a las mujeres y entregó su mano, con una actitud de magnánimo protector, al cordial apretón de las palmas callosas de Mr. Girder. No vaciló en aceptar la invitación a una solemne fiesta a la cual acudieron, no sólo todos los notables del pueblo, sino su antiguo adversario Dingwall. Fue el invitado más agasajado, y se ganó la atención de todos explicándoles lo que él podía obtener de su amo, éste del Lord Keeper, el Lord Keeper del Consejo, y el Consejo del Rey. Cuando terminó el banquete, cada uno de los asistentes a él se veía subir hasta algún puesto ideal por la escalera de cuerda que Caleb había presentado a su imaginación. No sólo reconquistó el astuto mayordomo toda la influencia que había tenido en los buenos tiempos sobre los aldeanos, sino que aún subió de categoría. Hasta el escribiente, como llamaban a Míster Dingwall, se sintió atraído por este nuevo poder, y llevando aparte a Caleb, le habló, con afectuosa compasión, de la precaria salud del secretario judicial del condado; y le indicó que el cuerpo humano es frágil, y si aquel pobre hombre muriese habría que sustituirlo. Por eso, si Balderstone quisiera hablarle de esto al Master...

Caleb sonrió comprensivo y sellaron con un apretón de manos esta apertura de negociaciones, y el viejo regresó en seguida a la torre para no verse obligado a hacer promesas concretas.

Pensando sobre su reciente importancia, Caleb no cabía en sí de gozo. «¡¡Secretario judicial!! Tengo unas cuentas que arreglar con él, y el cargo le va a costar servirme tanto como si de verdad se lo fuera a conseguir, de lo cual hay pocas esperanzas, a no ser que el Master aprenda mejor el arte de vivir. Y esto hay que dudarle mucho».

## CAPÍTULO XXVI

### UNA ALDEA AGRADECIDA

LAS últimas escenas del capítulo anterior, nos explica el porqué de la magnífica recepción que hizo el pueblo de Wolf's-hope al Marqués de A..., y al Master de Ravenswood. En cuanto Caleb anunció el incendio de la torre, toda la aldea se precipitó como un solo hombre para apagar el fuego. Como quiera que el fiel criado los hizo retroceder revelándoles el contenido de los sótanos, esto sirvió para que desviarán su actividad en otro sentido. Nunca se había visto en Wolf's-hope tal matanza de capones, y de gansos bien cebados, y de aves de toda clase; nunca hirvieron en sus ollas caldos tan suculentos, ni se hicieron en sus hornos tan deliciosos dulces. Nunca se descorcharon botellas de tan exquisitos licores, ni se abrieron tantos barriles. Las casas de la gente humilde abrieron sus puertas para alojar a los criados del Marqués, a los cuales se veía llegar como precursores de una lluvia de colocaciones codiciables que habría de dejar seco al resto de Escocia, para regar con las sustancias más ricas el pueblo de Wolf's-hope, cercano al Lammermoor. El pastor, que ambicionaba un ascenso, reclamó el honor de alojar en el presbiterio a los huéspedes principales, pero Mr. Balderstone destinaba esta distinción al tonelero, su mujer y su suegra, que bailaron de alegría ante semejante preferencia, viendo aumentada su importancia en el lugar.

La casa del tonelero era tan espaciosa que cada invitado pudo descansar en una habitación separada, a las que fueron acompañados con la debida ceremonia, mientras se servía la abundante comida.

Ravenswood, apenas se quedó solo, abandonó el cuarto impulsado por mil sentimientos, salió de la casa, y subió a la colina que ocultaba la torre del pueblo. Quería presenciar el final de la casa de sus padres. Algunos chicos de la aldea, después de haber contemplado la llegada de la comitiva, fueron a seguir viendo el incendio. El Master se indignó al ver a los rapaces alborotando tras él, camino del puesto de observación. «Y estos son los hijos de los vasallos de mi padre —pensó—, de hombres obligados por la ley y la gratitud a seguir nuestros pasos a través del fuego y de las batallas. ¡Y ahora la destrucción de la casa de su señor es una fiesta para ellos!».

Estas exasperantes reflexiones se tradujeron en la acritud con que exclamó, al sentir que le tiraban de la capa.

—¿Qué quieres, perro?

—Sí, soy un perro; un perro viejo —contestó Caleb, pues era él quien se había tomado aquella libertad— y comprendo que se me trate como a tal; pero da lo mismo, porque soy un perro demasiado viejo para aprender nuevos trucos, o para buscar nuevo amo.

En esto llegaron a lo alto de la colina desde donde se divisaba el Despeñadero del Lobo. Con gran sorpresa de Ravenswood, las llamas habían desaparecido y sólo quedaba un reflejo enrojecido en las nubes bajas situadas sobre el castillo, como el rescoldo de un fuego extinguido.

—No puede haber habido ninguna explosión —dijo el Master—; lo habríamos sabido. Si una cuarta parte de la pólvora almacenada allí, según me has dicho, hubiera hecho explosión, ésta se habría oído en veinte millas a la redonda.

—Es muy probable que sí —dijo Balderstone tranquilamente.

—Entonces, el fuego no habrá llegado a los sótanos.

—No debe de haber llegado —respondió Caleb con la misma impenetrable reserva.

—Oye, Caleb. Esto me impacienta ya demasiado, tengo que acercarme y examinar el estado de la torre.

—Vuestra señoría no hará eso —dijo Caleb con firmeza.

—Y ¿por qué no? ¿Quién o qué me lo va a impedir?

—Yo mismo.

—¡Tú, Balderstone! —replicó el Master—. Me parece que no te das cuenta de lo que dices...

—Sí me doy, señor. Es que os puedo explicar todo cuanto pasa en el castillo como si estuvierais dentro de él.

—Dime ya, estúpido. Quiero saber en seguida toda la verdad.

—Toda la verdad es que la torre está de pie como siempre, tan indemne y tan vacía como cuando salisteis de ella.

—¿Cómo! ¿Y el fuego?

—Nada de fuego, a no ser un poco de turba para encender el fogón y quizá algo de yesca para la pipa de Mysie.

—Pero ¿y las llamas? Ese resplandor que se habrá visto a diez millas a la redonda, ¿qué lo ha motivado?

—Hay un dicho muy verdadero:

*Pequeñita es la luz,  
Pero desde lejos se verá  
En una noche tenebrosa.*

Total, un montón de helechos y unas yacijas de caballo que he quemado en el patio, en cuanto despedí al tunante del lacayo; y, para decir la verdad, la próxima vez que enviéis o traigáis alguien al castillo, que sean sólo caballeros, sin criados como ese Lockhard, que andaba husmeándolo todo —para descrédito de la familia— y

obligándome a condenar mi alma diciendo una mentira tras otra en menos tiempo que se emplea para contarlas. Incendiaría en serio la torre y metería en el fuego mi cabeza antes que tolerar ese deshonor de la familia.

—Palabra de honor, te estoy infinitamente reconocido por tu proyecto, Caleb —dijo su amo conteniendo a duras penas la risa, aunque enfadado al mismo tiempo—. Pero ¿y la pólvora? ¿Es cierto que hay pólvora en la torre? El Marqués parecía conocer su existencia.

Caleb le explicó con gran misterio que, en efecto, con motivo de un levantamiento en que estuvieron complicados todos los grandes señores del Norte, entre ellos el Marqués, almacenaron en la torre —protegidos por las sombras de la noche— una gran cantidad de armas y pólvora. «Pero ya os lo contaré con detalles, mientras volvemos».

—Y estos golfillos, ¿vas a dejarlos ahí sentados toda la noche, esperando la explosión de una torre que ni siquiera está ardiendo?

—Como quiera Vuestra Excelencia, aunque no les vendría mal quedarse sin dormir hasta mañana. Pero como queráis.

Y, acercándose a los rapazuelos les informó Caleb, en tono autoritario, que Sus Excelencias, Lord Ravenswood y el Marqués de A... habían ordenado que la torre no hiciera explosión hasta el día siguiente a las doce. Ante esta tranquilizadora seguridad, los chicos se dispersaron.

Reanudaron la conversación mientras se dirigían de nuevo al pueblo.

—Las armas —dijo Caleb— se dispersaron, «unas al este, otras al oeste, y algunas al nido del cuervo», como dice la canción. La pólvora la fui cambiando por ginebra y aguardiente a los patronos de los barcos franceses.

El viejo servidor estaba entusiasmado por las consecuencias que se derivarían de su gran idea. El incendio —porque aquello había sido un incendio— lo libraría de tener que inventar veinte mentiras diarias. Cuando le preguntaran: «¿Dónde están los cuadros valiosos?» él contestaría: «El gran incendio del Despeñadero». «¿Dónde está la vajilla de esta familia?». «El gran incendio —diré yo—. ¿Quién iba a pensar en la vajilla, cuando estaba la vida en peligro?». «¿Dónde están los trajes y la ropa blanca? ¿Dónde los tapices y los ornamentos? ¿Las camas lujosas, los bordados, los manteles?». El fuego... el fuego... el fuego... Administrad bien el fuego y os servirá para todo lo que deberíais tener y no tenéis. Y, en cierto modo, una buena excusa es mejor que las cosas mismas; porque éstas se rompen y se gastan, el tiempo las consume, mientras que una buena disculpa bien manejada, puede servir para toda la vida."

Ravenswood conocía demasiado bien la tozudez de su criado para discutir con él estas peregrinas teorías. Así, dejando a Caleb, volvió a la aldea, donde halló al Marqués y a las buenas mujeres de la casa con alguna intranquilidad, el primero por



su tardanza, y ellas por el descrédito que se derivaría para su arte culinario si la comida había de esperar, lista ya, sin servirse. Volvió la tranquilidad con la llegada del Master, y todos oyeron con satisfacción que el fuego se había extinguido por sí mismo sin llegar a los sótanos, única información que Ravenswood creyó conveniente dar en público sobre el desenlace de la estratagema de su mayordomo.

La cena fue excelente. Mr. y Mrs. Girder no accedieron a las reiteradas invitaciones de sus huéspedes para que se sentaran con ellos a la mesa y se quedaron de pie cuidando de que nada faltase. Tales eran los modales de la época. La suegra, con la confianza de su edad y de su antigua relación con la familia de Ravenswood, no se mostraba tan escrupulosamente ceremoniosa. Representaba un papel intermedio entre una posadera y la señora de una casa particular que ha recibido huéspedes de condición social superior a la de ella.

El Marqués ocupó la cámara de honor. El moderno recubrimiento de yeso no se conocía entonces, y la tapicería se limitaba a las casas de la aristocracia y personas de alto rango. Sin embargo, el tonelero, algo vanidoso, imitó la moda que seguían los terratenientes y el clero, los cuales solían recubrir sus habitaciones de respeto con colgaduras de una especie de cuero estampado, fabricado en los Países Bajos, adornado con árboles y animales ejecutados en repujado, y con muchas y eficaces sentencias morales, redactadas en holandés. El conjunto tenía un aspecto más bien severo. Pero la chimenea despedía el alegre resplandor de un fuego alimentado con duelas inservibles de barriles embreados. La cama luda unas sábanas de deslumbrante blancura, que nunca habían sido usadas, ni se hubieran usado quizá a no ser por esta ocasión. En el tocador veíase un anticuado espejo, con un marco afiligranado, procedente de la dispersión de los objetos valiosos del vecino castillo. A su lado, una botella de alargado gollete, llena con vino de Florencia, y junto a ella un vaso casi tan alto, recordando por su forma al que Teniers suele colocar en las manos de su autorretrato, cuando se pinta rodeado de campesinos jaraneros. Para equilibrar estos centinelas extranjeros, montaban la guardia al otro lado del espejo dos robustos representantes del linaje escocés: una jarra de cerveza, capaz de contener una pinta escocesa, y una copa de marfil y ébano con aros de plata, obra del mismo John Girder y orgullo de su corazón. Además de estos remedios contra la sed, había una espléndida y apetitosa tarta. Con tales preparativos, el aposento podía resistir un asedio de dos o tres días.

El ayuda de cámara del Marqués desplegó la camisa de brocado que había de usar su amo por la noche y el lujoso gorro de terciopelo bordado, sobre el enorme sillón de cuero vuelto hacia el fuego.

El cuarto reservado al Master era el ocupado habitualmente por el matrimonio. Estaba confortablemente recubierto por una especie de estambre de colores vivos fabricado en Escocia. Adornaba el dormitorio un retrato de John Girder pintado por

un francés medio muerto de hambre, que había ido a parar a Wolf's-hope, sabe Dios por qué motivo, a bordo de un dogre contrabandista procedente de Flushing o Dunkirk. Eran desde luego las facciones del testarudo artesano, pero a Monsieur se le había ocurrido matizarlas con cierta gracia francesa, tan incompatible con la ceñuda severidad del original que era imposible mirar el cuadro sin reír. Sin embargo, John y su familia se sentían orgullosos de él, cosa que les llevaban muy mal sus vecinos. Opinaban que el tonelero se había extralimitado en sus privilegios de hombre más rico del pueblo, posando ante el pintor y atreviéndose a colgar el cuadro en su cuarto. Era un acto de vanidad y presunción. He tratado este punto con cierta extensión por respeto a la memoria de mi difunto amigo Richard Tinto, pero evitaré al lector las prolijas observaciones de éste —muy curiosas, por otra parte— sobre las características de la escuela francesa, y sobre el estado del arte pictórico en Escocia a comienzos del siglo XVIII.

Los demás preparativos del dormitorio del Master eran iguales a los de la cámara de honor.

A la mañana siguiente muy temprano, el Marqués de A... y su pariente se dispusieron a proseguir su viaje. Antes desayunaron opíparamente: carne fiambre y carne caliente, gachas de harina de avena, vino, licores además de leche preparada de varias maneras. Wolf's-hope resonó con el bullicio de la despedida: pago de cuentas, apretones de manos, la tarea de ensillar los caballos, y reparto de propinas por doquier. El Marqués gratificó con una moneda de las grandes a la servidumbre de John Girder. A éste le pareció oportuno hacerse con ese dinero, pues, según Dingwall el escribiente, la cosa era perfectamente lícita, ya que el tonelero había dado motivo con los gastos realizados a esa gratificación. Pero a pesar de esa justificación legal, John Girder no tenía corazón para meterse una propina en el bolsillo. Se limitó, pues, a advertir a sus servidores que los consideraría como un hatajo de condenados egoístas si le compraban el aguardiente a otro, estando allí él. Y como de este modo, el dinero iría a parar a su bolsa, sin desdoro para él, Mr. Girder se quedó tan contento.

Mientras se realizaban los preparativos para la marcha, Ravenswood alegró el corazón de su viejo criado informándole —con precaución, pues conocía la acalorada imaginación de Caleb— del probable cambio de fortuna que se le avecinaba. Depositó en manos de Balderstone la mayor parte de su escaso dinero, reiterándole que no lo necesitaba ya. Asimismo, le instó a que desistiera de ejecutar más «operaciones» entre los habitantes de Wolf's-hope y sus bodegas, gallineros y demás. El viejo fámulo asintió más pronto de lo que su amo esperaba, expresando su convicción de que debía dárseles a las pobres gentes algún respiro mientras las cosas marchaban bien. Así estarían mejor dispuestos si se volvía a ofrecer la ocasión de utilizarlos.

Después de haberse despedido afectuosamente de Caleb, el Master volvió a

reunirse con su familiar, que se disponía en aquel momento a subir al coche. Las dos mujeres, la vieja y la joven, recibieron un beso de cada uno de los nobles huéspedes, y permanecieron en la puerta de su casa sonriendo con afectación, mientras el carruaje, seguido por el séquito de jinetes, emprendía veloz carrera hacia la salida del pueblo. John Girder también estaba en su umbral contemplándose la mano derecha, que poco ha fuera estrechada por un marqués y un lord, echando, al propio tiempo, una ojeada al interior de su casa —que mostraba el desarreglo del festín— como calculando si la distinción lograda merecía los gastos que le había supuesto.

## CAPÍTULO XXVII

### GIRO COMPLETO DE LA RUEDA DE LA FORTUNA: TRES CARTAS Y TRES CONTESTACIONES

NUESTROS viajeros llegaron a Edimburgo sin más incidentes, y Ravenswood, según habían acordado, se despidió de su ilustre amigo.

Entretanto, tuvo lugar la crisis política esperada, y el partido *tory* obtuvo, en los Consejos de la Reina Ana —tanto en el escocés como en el británico— una pasajera preponderancia a cuyas causas y consecuencias no hemos de referirnos aquí. Baste decir que afectó a los diferentes partidos políticos según los principios que profesaban. En Inglaterra, muchos de los afiliados al partido de la High Church —con Harley, luego conde de Oxford, a la cabeza— o, como se llamaban asimismo, *los Caballeros*, fueron más consecuentes, aunque menos prudentes, en su política, y consideraban los cambios ocurridos sólo como preparatorios para llamar al trono, a la muerte de la Reina, al *Chevalier de St. George*. Los que habían padecido por servirlo, alimentaban ahora las esperanzas más desorbitadas, no sólo de indemnizarse, sino de vengarse de sus enemigos políticos. En cambio, las familias unidas a los intereses *whigs* veían ante ellas una renovación de las penalidades pasadas durante los reinados de Carlos II y de su hermano, y represalias por las confiscaciones infligidas a los jacobitas durante el del rey Guillermo.

Pero los más alarmados con el cambio fueron esos individuos prudentes —de los que se encuentra en cualquier sistema político, pero que abundan especialmente una administración como la de Escocia en aquel período— y a los cuales llamó Cromwell *servidores de la Providencia*, o, en otras palabras, partidarios del Gobierno que triunfa, sea cual fuere. Muchos de ellos se apresuraron a cantar la palinodia ante el Marqués de A...; y, como se vio en seguida que éste tomaba un interés decidido por los asuntos de su pariente el Master de Ravenswood, fueron los primeros en sugerir medidas para hacerle recuperar por lo menos una parte de sus propiedades, y reivindicar la memoria de su padre.

El viejo Lord Turntippet fue uno de los más interesados en ver prosperar estas medidas. Porque le dolía en el alma —dijo— que se viera reducido a semejante extremo un joven tan valeroso y distinguido, de la más acrisolada nobleza, y, sobre todo, familiar del Marqués de A..., el hombre a quien él honraba más en la tierra. «Dentro de sus pobres medios», y para contribuir en algo a la rehabilitación de una casa tan ilustre, mandó tres cuadros a los cuales faltaban los marcos, y seis grandes sillones, con cojines turcos que llevaban bordado el escudo de Ravenswood. No pidió por estas cosas ni un penique de lo que le habían costado dieciséis años antes, en una subasta de mobiliario de los Ravenswood.

Pero el Marqués recibió la donación muy fríamente, y le indicó que esa,

restitución necesitaba ser ampliada, para que el Master se dignase recibirla, con una finca bastante extensa, hipotecada a Turntippet por una cantidad irrisoria, y que éste se apropió luego —aprovechando el confusionismo producido en los asuntos de aquella familia— por procedimientos muy corrientes entre los abogados de la época.

El viejo lord no veía qué necesidad podía tener el muchacho de aquella finca, cuando iba a rescatar todo el grueso de sus bienes de manos de Sir William Ashton. Ya esta restitución estaba dispuesto Turntippet a contribuir con todas sus fuerzas, por considerarla justa y razonable, declarando finalmente que tendría mucho Susto en legar al joven esas tierras en su testamento.

De nada le valieron todas esas excusas. Le obligaron a soltar las tierras, recibiendo a cambio estrictamente importe de la hipoteca.

Se tomaron medidas semejantes contra los demás que se habían aprovechado del naufragio de la fortuna de los Ravenswood. Y Sir William Ashton, sobre todo, fue amenazado con una apelación de la Cámara de los Pares contra las sentencias judiciales que le habían conferido el Castillo y la Baronía de Ravenswood. Sin embargo, el Master se sintió en la obligación de obrar caballerosamente con él, tanto por Lucy como por la hospitalidad que había recibido. Escribió al ex-Lord Keeper (ya había cesado en dicho cargo), confesándole abiertamente su noviazgo con Miss Ashton y pidiéndole su mano. A la vez le ofrecía llegar al arreglo de las diferencias existentes entre ellos por un procedimiento amistoso y a iniciativa de Sir William, resolviéndose amistosamente su larga rivalidad.

El mismo mensajero llevaba también una carta del Master para Lady Ashton, pidiéndole perdón por cualquier motivo de disgusto en que pudiera haber incurrido sin querer, y extendiéndose sobre su afecto por Miss Ashton. Rogaba a la dama que olvidase generosamente, como correspondía a una Douglas, los viejos prejuicios y las incomprensiones entre ambas familias. Se despedía insistiendo en que los Ashton tenían un verdadero amigo, y ella un respetuoso y humilde servidor en el firmante: Edgard, Master de Ravenswood.

Una tercera carta iba dirigida a Lucy (y el mensajero llevaba instrucciones de entregarla en propia mano, de un modo secreto) con las más acendradas protestas de afecto inquebrantable, y ocupábase también de su cambio de fortuna, como medio de vencer los obstáculos que se oponían a la unión de ambos. Le contaba los pasos que había dado para vencer los prejuicios de sus padres, y sobre todo de su madre; y esperaba lograrlo. De no ser así, confiaba en la eficacia de su alejamiento de Escocia para que ese antagonismo se fuera borrando. Mientras, la constancia de Miss Ashton —estaba segurísimo de esto— anularía cualquier presión que pudieran ejercer sobre ella para desviar su afecto. A cada una de las tres cartas tuvo el Master una contestación, pero por diversos medios y, desde luego, de estilos muy diferentes.

Lady Ashton le mandó su respuesta por el mismo mensajero que él le había

enviado, a quien sólo se permitió permanecer en Ravenswood el tiempo exacto que tardó la señora en escribir estas líneas:

“Para entregar en propias manos a Mr. Ravenswood, del Despeñadero del Lobo:

Desconocido señor:

He recibido una carta, firmada Edgar, Master de Ravenswood, y no sé quién puede ser esta persona, puesto que los títulos de esa familia fueron abolidos como castigo a la alta traición cometida por el último Lord Ravenswood, Allan. Si sois vos el que ha escrito dicha carta, os interesa saber que, en mi derecho como madre de Miss Lucy Ashton, he dispuesto de ella irrevocablemente destinándola a una persona muy digna. Y aunque no fuera así, no atendería ninguna proposición vuestra ni de nadie de vuestra casa, pues siempre estuvo ésta en contra de la libertad de sus súbditos y de las inmunidades de la Kirk.”

Añadía unas alusiones a las mudanzas de la fortuna y al encumbramiento fugaz de los malvados. Se despedía cortando toda relación entre ellos.

Dos días después, Lockhard, el criado de confianza de Sir William Ashton, se acercó al Master cuando iba éste por la High Street de Edimburgo. Se inclinó, le entregó una carta y desapareció. El sobre contenía cuatro pliegos escritos con letra menuda de los que poco podía sacarse en claro —como suele ocurrir con los informes de los grandes abogados— a no ser que quien los había escrito se hallaba en una situación embrollada.

Sir William se extendía sobre la alta estima en que tenía a su joven y querido amigo el Master, y la altísima estimación que sentía por el Marqués de A..., su queridísimo y viejo amigo. Confiaba en que cuantas medidas tomaran ambos respecto a él, se llevarían dentro del debido respeto a la santidad de la cosa juzgada *in foro contentioso*. Aseguraba, ante los hombres y los ángeles, que si la ley de Escocia había de ser trastocada por la Cámara de los Lores, le dolería mucho más el daño que de ello resultaría para el país que las pérdidas propias sufridas a consecuencia de procedimientos tan irregulares. Venían luego florituras sobre la generosidad y perdón de las mutuas ofensas, refiriéndose de pasada a la inestabilidad de todo lo humano, temas favoritos de los vencidos en política. Se lamentaba patéticamente y censuraba con moderación la prisa que se había tenido en privarle del cargo de Lord Keeper — el cual había desempeñado con gran eficacia— sin darle tiempo siquiera para explicar los puntos de contacto que pudieran tener sus ideas políticas con las del partido ahora en el poder. Respecto al noviazgo entre su hija y Ravenswood, se expresaba de un modo confuso. Decía lamentar una decisión tan prematura, y pedía al Master recordase que él no los animó nunca a ello, añadiendo que, por tratarse de un acuerdo *inter minores* sin intervención de los padres de la joven, el compromiso era nulo en

derecho. Este precipitado acuerdo había producido muy mal efecto a Lady Ashton, y ahora era imposible borrarlo. Su hijo, el coronel Ashton, apoyaba la actitud de su madre y Sir William no podía oponerse a ellos sin causar un rompimiento de la armonía familiar, lo cual no entraba por ahora en sus cálculos. Esperaba que el tiempo, ese gran doctor, lo arreglaría todo.

En una postdata decía ya más concretamente que consentiría en un arreglo extrajudicial del asunto de la Baronía de Ravenswood —y llegaría a considerables sacrificios— antes que ver desprestigiarse la ley de Escocia por la intervención en sus decisiones de un tribunal de apelación que él consideraba extranjero.

De Lucy Ashton recibió las siguientes líneas:

«Recibí vuestra carta, pero fue con gran riesgo. No me escribáis más hasta que vengan mejores tiempos. Estoy sitiada cruelmente, pero seré fiel a mi palabra mientras conserve la razón. Me consuela algo el saberos feliz y en próspera situación». Este billete venía firmado L. A.

Ravenswood se alarmó vivamente con el contenido de la misiva. Efectuó varios intentos —pese a la prohibición de Miss Ashton— de hacerle llegar unas cartas e incluso de conseguir una entrevista; pero sus planes se frustraron y sólo sacó la mortificación de comprobar las eficaces precauciones tomadas para impedirle toda comunicación con la joven. Le resultaban más penosas estas circunstancias por serle imposible demorar su salida de Escocia para la importante misión que le fuera confiada. Antes de partir, puso en manos del Marqués de A... la carta de Sir William. El aristócrata dijo, sonriendo, que habían pasado los buenos tiempos para Sir William Ashton y ahora iba a saber de qué lado alumbraba el sol. Sólo con gran dificultad logró Ravenswood que el Marqués le prometiera no recurrir a la revisión en el Parlamento si Sir William accedía a su enlace con Lucy.

—No me avendría —dijo el Marqués— a veros renunciar de este modo a los derechos de vuestra casa, si no estuviera absolutamente seguro de que Lady Ashton, o Lady Douglas, o como se llame, se mantendrá en sus trece, y su esposo no se atreverá a llevarle la contraria.

—Pero, en todo caso, espero que vuestra señoría considere sagrada mi promesa.

—Después de haberos dado mi opinión, me esforzaré en serviros según la vuestra, si la ocasión es propicia. Ante todo, soy vuestro amigo...

Ravenswood dio las gracias a su generoso pariente y protector, y le dejó plenos poderes para actuar en todos sus asuntos. Partió de Escocia para su misión, que se pensaba le retendría en el Continente algunos meses.

## CAPÍTULO XXVIII

### UN AÑO DESPUÉS

DOCE meses duraba ya la ausencia de Ravenswood. Los asuntos que le fueron confiados, y otros —según rumores insistentes— de índole privada, le detenían por más tiempo del previsto. Entretanto, las cosas habían cambiado para Sir William Ashton, como podrá deducirse de la siguiente conversación entre Bucklaw y escudero y compinche, el afamado y poco escrupuloso capitán Craigengelt.

Estaban sentados uno a cada lado de la gigantesca chimenea, de aspecto sepulcral, en el vestíbulo de Girnington. El semblante del patrón expresaba duda e insatisfacción, a pesar del alegre fuego en la chimenea y las buenas bebidas en la mesa de roble situada entre ambos. Después de una larga pausa, interrumpida sólo por el repiqueteo ejecutado por Bucklaw con la punta de su bota sobre la reja de la chimenea, Craigengelt se aventuró por fin a romper el silencio:

—¡En mi vida he visto un hombre que parezca menos un novio! ¡Más pareces un condenado a la horca!

—Muchas gracias por el cumplido —replicó Bucklaw—; pero esa situación te viene mejor a ti. Y, dime, por favor, ¿cómo he de tener aspecto alegre si estoy terriblemente triste?

—Eso es lo que me irrita. Está a punto de realizarse este casamiento que ansiabas tanto —el mejor partido de todo el país— y te veo tan malhumorado como una osa que ha perdido sus cachorros.

—No sé si me casaría si no fuera porque he avanzado ya demasiado para poder dar el salto atrás.

—¡El salto atrás! ¿Cómo, acaso la fortuna de la chica?...

—La señorita, por favor.

—Bueno, hombre... No he querido faltarle... ¿Acaso la dote de esta señorita no va a ser tan buena como las mejores de Lothian?

—Sí, pero eso no me importa ni pizca. Me basta con lo mío.

—Y la madre, que te ama como si fueras su hijo...

—Más que a alguno de sus hijos...

—Y el coronel Sholto Douglas Ashton, que desea este matrimonio por encima de todo.

—Sí, porque espera representar el condado de... por mi mediación.

—Y el padre, más impaciente por ver efectuado este enlace que yo por tener los triunfos en la mano.

—Desde luego —respondió Bucklaw, en el mismo tono despectivo—; el plan de Sir William es asegurarse el mejor partido siguiente, ya que no ha podido trocar a su hija por los bienes de Ravenswood, los que pronto le arrancará de sus garras la



Cámara inglesa de los Lores.

—Pero, a todo esto, ¿qué dices de Miss Ashton? La joven más hermosa de toda Escocia, la que tanto te gustó mientras te rechazaba. Ahora en cambio, cuando consiente en casarse contigo, y rompe su compromiso con Ravenswood, te resistes a avanzar. Tienes el diablo dentro, pues ni siquiera sabes lo que quieres.

—Te explicaré en dos palabras lo que pienso —contestó Bucklaw, levantándose y paseándose por la habitación—, me interesa saber qué demonios ha motivado ese cambio tan súbito en Miss Ashton.

—Y ¿qué necesidad tienes de saberlo, si ha sido en tu favor?

—Verás; nunca he tratado gran cosa a esta clase de mujeres distinguidas, pero creo que son como el diablo, de caprichosas. Sin embargo, en esta mudanza de Miss Ashton hay algo demasiado repentino y demasiado serio para ser una veleidad suya. Apostaría a que Lady Ashton conoce todos los procedimientos existentes para domar el espíritu, y los hay tan variados como las serretas, gamarras y bocados para los potros.

—Y ¿cómo diablos íbamos a domarlos sin eso?

—Es verdad —dijo Bucklaw interrumpiendo su marcha y apoyándose en el respaldo de una silla—. Además, hay que contar con Ravenswood. ¿Crees que accederá a romper su noviazgo con Lucy?

—Naturalmente. ¿Cómo puede negarse a ello si se va a casar con otra mujer, y Miss Lucy con otro hombre?

—Pero ¿crees seriamente que se va a casar con la extranjera de quien nos han hablado?

—Ya oíste lo que contó el capitán Westenho de esas relaciones y de los grandes preparativos que se hacían para la boda.

—El capitán Westenho —replicó Bucklaw— tiene muchos puntos de contacto contigo, Craigie, y puede ser lo que Sir William llamaría «un famoso testigo». Bebe fuerte, juega mucho y jura más, y sospecho es además capaz de mentir y hacer trampas. Cualidades muy útiles, Craigie, si se mantienen en su propia esfera, pero que descubren demasiado al filibustero para poder servir de testimonio fidedigno.

—Entonces, ¿creerás al coronel Douglas Ashton, que oyó decir al Marqués de A... en una reunión —no sabiendo que él lo oía— que su pariente había encontrado una solución mejor que la de ceder las tierras de su padre por la pálida hija de un fanático en bancarrota, y que Bucklaw no servía ni para descalzar a Ravenswood?

—¿Dijo eso, por el Cielo?! —exclamó Bucklaw, en uno de los arrebatos de ira frecuentes en él—. Si yo le hubiera oído, le habría arrancado la lengua delante de todos sus favoritos y matones del Highland. ¿Por qué no lo atravesó Ashton con su espada?

—Hombre, se lo merecía, pero es una persona de edad y ministro además, y

resultaría más daño que provecho el meterse con él. Por lo pronto, debes penar en prevenir a Miss Ashton de la falsa situación en un cual está colocada, y no en buscar pendencia a un hombre situado en un pedestal demasiado alto para que tu mano le llegue.

—Pues *le llegará* algún día, y también a su pariente Ravenswood. Entretanto —añadió Bucklaw— trataré de evitar en que el buen nombre de Miss Ashton pierda con el desaire que le han inferido. Es una empresa difícil para mí; no sé cómo hablarle. Pero llenemos una copa y bebamos a su salud. Se hace tarde, y un trago de buen clarete vale por todas las preocupaciones.

## CAPÍTULO XXIX

### DONDE LADY ASHTON INTERPRETA LOS SENTIMIENTOS DE SU HIJA

A la mañana siguiente, se presentaron Bucklaw y su fiel Craigengelt en el castillo de Ravenswood. Fueron recibidos con la mayor cortesía por el distinguido matrimonio y su hijo y heredero, el coronel Ashton. Después de muchos titubeos, Bucklaw —pues, pese a su audacia en otros aspectos, era de una timidez muy corriente en quienes han frecuentado poco la buena sociedad— logró por fin explicar su deseo de hablar con Miss Ashton sobre el próximo enlace de ambos. Sir William y su hijo miraron a Lady Ashton, la cual respondió con mucha compostura: «Lucy recibirá en seguida a Míster Hayston. Espero», añadió con una sonrisa, «que como Lucy es muy joven y está profundamente avergonzada de aquel compromiso que le hicieron aceptar engañosamente, nuestro querido Bucklaw disculpará su deseo de que yo me halle presente en la entrevista».

—En verdad, mi querida señora —dijo Bucklaw—. Y eso es precisamente lo que yo quería, pues si no os tuviera como intérprete, caería en alguna inconveniencia. Estoy tan poco acostumbrado a la galantería...

Así perdió Bucklaw, por su turbación de aquel momento crítico, la oportunidad de conocer directamente los verdaderos sentimientos de Lucy. En aquellos instantes olvidó sus aprensiones sobre el dominio ejercido por Lady Ashton sobre el espíritu de su hija.

Los demás caballeros salieron de la estancia y al rato entró en ella la señora seguida de su hija. La joven parecía muy serena. Resultaba difícil adivinar si aquella calma era el resultado de la desesperación o de la indiferencia. Bucklaw estaba demando agitado por sus propios sentimientos para poder analizar minuciosamente los de Lucy. Tartamudeó unas frases inconexas, confundiendo unas cosas con otras, y parándose en seco antes de haber llegado a ninguna confusión. Miss Ashton escuchaba, o hacía como si escuchara, siguiendo con los ojos fijos en su bordado, en el que se afanaban sus dedos maquinalmente. Lady Ashton se había sentado a cierta distancia, casi oculta en el entrante de la ventana donde había colocado su silla. Desde allí murmuró, en un tono de voz que, aunque dulce y suave, tenía algo de conminatorio: «Lucy, querida, ¿has oído lo que Bucklaw te ha estado diciendo?».

La muchacha parecía haber olvidado la presencia de su madre. Al oírla, se sobresaltó, dejó caer la aguja y dijo apresuradamente: «Sí, señora... No, señora mía... Perdón, no lo he oído».

—No tienes por qué ruborizarte ni asustarte de ese modo —dijo la madre, acercándose—. Ya sabemos que una doncella no debe prestar oídos muy ávidos a las palabras de un caballero, pero ten en cuenta que míster Hayston habla de un asunto

sobre el que estás dispuesta a escucharle, desde hace tiempo. Sabes muy bien la satisfacción que nos producirá a tu padre y a mí un acontecimiento tan deseable.

La voz de Lady Ashton tenía un tono dominante, hábilmente velado bajo la apariencia de la más cariñosa ternura maternal. El disfraz era para Bucklaw, que se dejó engañar con bastante facilidad; el contenido iba dirigido a Lucy, quien sabía muy bien cómo interpretar las insinuaciones de su madre.

Miss Ashton, muy rígida en su silla, miró a su alrededor angustiadamente, pero sin pronunciar una palabra. Bucklaw, que se paseaba por el cuarto para recobrar la serenidad, se detuvo a unas dos o tres yardas del sillón, y habló así:

—Creo que me he conducido como un maldito loco, miss Ashton. No me extraña que no me hayáis comprendido; no sé tratar a una joven. Pero, en pocas palabras, vuestros padres aprueban mi proposición y si vos queréis tomar por esposo a un muchacho sencillo, que nunca os privará de un gusto, os llevaré a la mejor residencia de los tres Lothians. Tendréis la casa de Lady Girnington en la Canongate de Edimburgo; podréis salir dónde queráis, hacer cuanto os plazca y ver todo lo que deseéis. Sólo he de pedir os que en un rincón de la mesa haya cabida para un antiguo e indigno compañero mío, de cuya compañía prescindiría gustoso, no me hubiera convencido ese condenado individuo de que me es indispensable. Espero, pues, que podáis tolerar a Craigie...

—Pero, Bucklaw —dijo Lady Ashton, interponiéndose de nuevo—, ¿cómo podéis pensar que Lucy iba a tener nada contra el sencillo y honrado capitán Cragengelt?

—Bien, dejemos eso, señora —repuso Bucklaw—, lo que me interesa oír de labios de miss Ashton es si acepta o no mi propuesta.

—Mi querido Bucklaw, dejadme evitarle a Lucy el verse obligada a vencer su timidez. Os digo, en presencia de ella, que ya ha consentido en ser orientada en este asunto por su padre y por mí... Lucy, amor mío —añadió, con esa mezcla singular de suavidad y cortante energía que ya señalamos—, Lucy, queridísima, dinos, ¿no es verdad lo que digo?

Su víctima contestó con voz trémula:

—He prometido obedeceros, sumisamente, pero con una condición.

—Se refiere —dijo Lady Ashton volviéndose a Bucklaw— a la respuesta que espera de ese individuo, actualmente en Viena, Ratisbona o París, donde sea, anulando el compromiso en que logró envolverla. No podéis llevarle a mal esa delicadeza, mi querido amigo.

—Es muy justo... —dijo Bucklaw, tarareando entre dientes el final de la vieja canción:

*Es mejor terminar con el antiguo amor*

*Antes de empezar con el nuevo.*

Y luego, en voz alta:

—Pero creí que había habido tiempo para recibir seis contestaciones de Ravenswood. ¡Voto a tal! Si miss Ashton me quiere honrar con el encargo, iré yo mismo a buscar la respuesta.

—De ningún modo —dijo Lady Ashton—. Ya nos ha costado buen trabajo impedir que Douglas (y en él estaría mejor) llevase a cabo esa resolución. Y ¿creéis que podemos permitirnos, mi buen amigo, casi tan querido para nosotros como nuestro hijo, ir en busca de un desesperado? Todos nuestros amigos opinan, y mi querida Lucy debía pensarlo también, que al no contestar esta indigna persona, su silencio debe ser interpretado como conformidad, y ese noviazgo ha de considerarse roto.

—Señora —dijo Lucy, con inusitada energía—, no insistáis más; si se me devuelve mi palabra, ya os he dicho que dispondréis de mí como gustéis; pero hasta ese momento, hasta que no sepa si estoy en libertad, no puedo ceder a vuestra decisión sin cometer un gran pecado ante Dios y los hombres.

—Pero, amor mío, si este individuo se obstina en no contestar...

—*Contestará* —replicó Lucy—. Hace seis semanas le envié un duplicado de mi primera carta, valiéndome de un mensajero de confianza.

—¡No debes hacer eso!... ¡No puedes hacerlo!... —y la voz de Lady Ashton adquirió una violencia sorprendente, en contraste con el tono melifluo adoptado antes. Pero en seguida rectificó—: Queridísima Lucy, ¿cómo pudo ocurrírsete semejante idea?

—No importa —dijo Bucklaw—. Respeto los sentimientos de miss Ashton; y sólo hubiera querido ser yo mismo su mensajero.

—Y, por favor —dijo irónicamente la madre—, ¿cuánto tiempo hemos de esperar a tu enviado?

—He contado las semanas, los días, las horas y los minutos. Dentro de otra semana recibiré una contestación, a menos que haya muerto. Hasta entonces es inútil hablarme de este asunto.

—Permitidme que os pregunte, miss Ashton —dijo la señora, pálida de ira— ¿en qué términos estaba redactada vuestra carta?

—Exactamente en los mismos, señora, que me dictásteis en otra ocasión.

—Entonces, amor mío —y la madre volvió al tono suave—, esperaremos los ocho días.

—No debemos acosar a miss Ashton, señora —dijo Bucklaw, cuya rudeza no excluía los buenos sentimientos—. El correo puede haberse detenido por algún accidente... Veamos... voy a mirar el calendario... El 20 de este mes es San Jude y, el día antes he de estar en Caverton Edge para presenciar el acoplamiento de la yegua

negra del Laird de Kittlegirth y el potro de cuatro años que tiene Johnston el molinero; pero puedo cabalgar toda la noche, o Craigie me lo puede contar luego. Espero que en el entretanto, miss Ashton podrá decidirse, ya que nadie querrá importunarla.

—Señor —dijo Lucy—, sois generoso.

—¡Bah, señora!, sólo soy un hombre de buen humor que os hará feliz si se lo permitís.

Bucklaw se despidió de ella con más emoción de lo que permitía suponer su carácter. Lady Ashton, mientras lo acompañaba, le pidió que viera a Sir William antes de marcharse. «Pues para el día de San Jude» —añadió mirando a su hija— «hemos de estar todos preparados para *firmar y sellar*».

—¡Firmar y sellar! —murmuró Lucy cuando la puerta se cerró—; ¡firmar y sellar... y luego morir! —y uniendo sus manos trémulas, dejóse caer hacia atrás en el sillón, como desmayada.

## CAPÍTULO XXX

### SITIADA

LA conducta del marqués de A... desde que partió Ravenswood había sido la más a propósito para excluir toda posibilidad de un enlace entre su pariente y Lucy Ashton. En esto creía favorecer a Ravenswood, aun sabiendo ir contra sus inclinaciones.

Con la fuerza de su autoridad ministerial, el marqués llevó en apelación a la Cámara inglesa de los Pares las sentencias de los tribunales que pusieron a Sir William en posesión de los bienes de Ravenswood. El antiguo Lord Keeper estaba desesperado por la pérdida que veía avecinarse. El espíritu altanero de su hijo llegaba a la rabia ante la perspectiva de perder su patrimonio. Y para Lady Ashton, la conducta de Ravenswood, o más bien la de su protector, le parecía una ofensa que requería la venganza más imperecedera. Hasta la misma Lucy, arrastrada por las opiniones que oía a su alrededor, consideraba ya la conducta de Ravenswood como demasiado precipitada e incluso grosera. «Fue mi padre quien lo trajo aquí, pensaba, y animó, o por lo menos permitió, la intimidad entre nosotros. Debí recordar esto y haber aplazado algún tiempo la reivindicación de sus derechos. Yo hubiera perdido por él un valor doble que el de estas tierras, y él, por la ansiedad con que quiere conseguirlas, demuestra haber olvidado cuánto estoy yo implicada en este asunto».

Pero estas observaciones no salían de su pensamiento, para no aumentar la irritación de su familia contra Ravenswood y el partido dominante, cuyas disposiciones calificaban de vejatorias, tiránicas e ilegales, como las peores medidas de los peores tiempos de los peores Estuardos.

Lucy lo podía soportar todo con paciencia menos la persecución de que su madre la hacía objeto, dispuesta a acabar con el noviazgo de Ravenswood y su hija, como medio de asestar un golpe de eficacísima venganza en el mismo corazón de su mortal enemigo. Y no vacilaba en levantar el brazo aun sabiendo que la herida sólo podía conseguirla traspasando primero el pecho de su hija. Con esta idea fija, la señora preparó todos los horrorosos medios por los cuales pueden torcerse los libres movimientos del espíritu.

Conquistó, con el dinero y con su autoridad, a cuantos rodeaban a su hija. Ninguna fortaleza sitiada sufrió un bloqueo más riguroso. En cambio, aparentemente Lucy disfrutaba de amplia libertad. Los límites de las posesiones de sus padres eran para ella como la línea invisible y encantada tendida alrededor de un palacio de hadas, donde nada puede entrar ni salir sin permiso. Así, las cartas de Ravenswood a Lucy, exponiéndole las razones que le obligaban a demorar el regreso, y las muchas misivas dirigidas a él por lo que ella creía «un conducto seguro», caían sin excepción en manos de la madre. Esta quemaba los papeles conforme los leía. Y mientras se reducían a cenizas, se dibujaba una sonrisa en sus labios contraídos y los ojos le

brillaban de alegría con la confianza de ver pronto igualmente destruídas las esperanzas de los enamorados. La suerte ayudó las maquinaciones de Lady Ashton, pues se extendieron ciertos rumores, sin base alguna, que procedían del Continente, sobre la inminencia de un enlace entre el Master de Ravenswood y una distinguida y acaudalada dama extranjera. Sobre esta noticia se lanzaron ávidamente ambos partidos políticos, utilizando —como ocurre siempre— las circunstancias más privadas de la vida de los contrarios para convertirlas en materia de discusión política.

El Marqués de A... dio su opinión públicamente, desde luego no en términos tan rudos como contó el capitán Craigengelt, pero de manera bastante ofensiva para los Ashton, diciendo que se alegraría muchísimo si se confirmara la noticia, librándose su pariente de casarse con la hija del *whig* marrullero. El otro partido acusaba al Master de perfidia por haberse ganado la voluntad de la joven y haberla abandonado luego por otra.

Se puso buen cuidado en que estos informes entraran en el Castillo de Ravenswood por varios conductos, pensando Lady Ashton que un rumor repetido por caminos distintos parece una verdad; y así, unos los murmuraban al oído de Lucy en tono de broma malintencionada y otros se lo decían en serio, como una grave advertencia.

Hasta a su hermano Henry lo convirtieron en instrumento de tortura para ella. El muchacho venía a soliviantarla, transmitiendo lo que le habían dictado.

Lucy sentía que sospechaban de ella, que la despreciaban, veía que molestaba a los suyos, por no decir que la odiaban. Y tenía la impresión de haber sido abandonada precisamente por la persona a causa de la cual se había ganado la enemistad de cuantos la rodeaban. Desde luego, la evidencia de la infidelidad de Ravenswood se acentuaba cada día más.

Un soldado aventurero, llamado Westenho, antiguo conocido de Craigengelt, había llegado del extranjero en aquellos días. El famoso capitán, siempre dispuesto a secundar los planes de Lady Ashton, convino con su amigo en presentar lo del casamiento de Ravenswood como cosa absolutamente cierta, aportando Westenho su «testimonio».

Sitiada así por todas partes, y reducida a la desesperación, el temperamento de Lucy cedió bajo la presión de la persecución incesante. Se fue haciendo sombría y abstraída, y, en contra de su naturaleza, a veces se revolvía airadamente contra los que la molestaban. Su salud comenzó también a resentirse; sus ojos extraviados y sus mejillas héticas eran síntomas de la fiebre llagada «del espíritu». Esto, en cualquier madre hubiera sido motivo de compasión; pero Lady Ashton, inquebrantable en su propósito, veía estas oscilaciones de la salud y del intelecto de Lucy con tan poca simpatía como siente un artillero al contemplar las torres de una ciudad enemiga



sitiada derrumbándose bajo los disparos de sus cañones. O, para expresarlo mejor, consideraba estas relaciones y desigualdades del carácter de su hija como el pescador que se da cuenta, por los convulsivos tirones del pez ya preso en el anzuelo, de que pronto lo podrá sacar a tierra. Para acelerar la catástrofe, Lady Ashton recurrió a un medio muy de acuerdo con la credulidad de aquellos tiempos, pero que al lector le parecerá probablemente detestable y diabólico.

## CAPÍTULO XXXI

### QUE ES UN BUEN EJEMPLO DE LA MALDAD HUMANA

PRONTO requirió la salud de Lucy la asistencia de una enfermera. Ailsie Gourlay, llamada algunas veces la Maga de Bowden, fue la persona escogida por Lady Ashton para cuidar de su hija.

Esta mujer había adquirido una considerable reputación entre los ignorantes por las curas que pretendía haber realizado, sobre todo en las *oncomes* —como las llaman los escoceses— o sea, enfermedades misteriosas donde el médico nada puede hacer. Su farmacopea se componía, en parte, de hierbas, cogidas en las horas planetarias, signos, y encantos que a veces quizá produjeran una influencia favorable en la imaginación de sus pacientes. Esta era la profesión declarada por Ailsie Gourlay, a la cual miraban con malos ojos sus vecinos y el clero del distrito. En privado, se ocupaba más intensamente de las ciencias ocultas; pues a pesar de los terribles castigos infligidos por el delito de brujería, no faltaban quienes practicaran estos manejos tenebrosos por el prestigio terrorífico que les daban ante los crédulos, y por los miserables emolumentos que les producían.

Ailsie Gourlay no era tan tonta como para confesar un pacto con el Maligno, declaración que la hubiera conducido al barril de alquitrán y a la hoguera. Pretendía que su magia, como la de Calibán, era inofensiva. Adivinaba el porvenir, leía los sueños, preparaba filtros, descubría dónde se hallaban los objetos robados, hacía y deshacía matrimonios... con tanta facilidad como si el mismo Belzebú la estuviera ayudando (así decía la gente). Lo peor de estos falsarios de la ciencia era que, siendo por lo general personas que sentían sobre sí el odio de la humanidad, no les importaba dedicarse a las cosas más punibles. A veces cometían verdaderos crímenes bajo el pretexto de la magia y esto nos hace comprender lo merecido que se tenían las severas penas a que eran condenados por brujería. Muchos de ellos fueron envenenadores, y agentes diabólicos en los más secretos crímenes domésticos.

Lady Ashton colocó a esta mujer junto a su hija para tenerla totalmente dominada. Una mujer peor situada que Lady Ashton no se hubiera atrevido a dar este paso; pero su alto rango y un carácter enérgico la colocaban por encima de toda censura, no llevándosele a mal que escogiera para su hija la mejor *nurse* y curandera del contorno.

La bruja, buena conocedora del corazón humano y de las pasiones, se dio cuenta de que había de proceder por insinuación. Vio al instante que Lucy temblaba ante ella; le producía espanto. Y, aunque la dama Gourlay odiaba en su interior a la pobre joven por este involuntario horror que le causaba, supo sobreponerse y esforzarse por conquistar su simpatía. Esto le fue fácil conseguirlo, pues supo aparentar una

amabilidad y un interés que la hicieron soportable a Lucy, tan poco acostumbrada en los últimos tiempos a que nadie se interesara por ella. Conociendo la romántica afición de la joven a las leyendas, en las cuales la vieja era maestra, y bajo pretexto de distraerla en su enfermedad, la dama Gourlay fue contándole —y ella le prestaba una gran atención— historias de asunto suave al principio; «De hadas que danzan de noche en el bosque y amantes condenados a vagar y llorar, y altos castillos donde los brujos malvados guardan celosamente sus cautivos».

Pero, gradualmente, los cuentos fueron haciéndose más sombríos y misteriosos. Contados a la luz vacilante de una lámpara, y subrayados por una voz trémula, saliendo de labios temblorosos y lívidos, con el dedo esquelético levantado, y la cabeza oscilante, mientras brillaban extrañamente los ojos azules de la hechicera, hubieran atemorizado a cualquier imaginación menos crédula, en una edad menos propicia a la sugestión de lo sobrenatural. La vieja sibila comprendió la ventaja que llevaba y fue estrechando poco a poco el círculo mágico alrededor de su víctima. Sus leyendas comenzaron a referirse al destino de la familia Ravenswood, en torno a cuya antigua grandeza y portentosa autoridad se habían formado muchas supersticiones. Le relató en toda su extensión la historia de la fuente fatal, y añadió por su cuenta detalles impresionantes. La profecía, citada por Caleb, sobre la novia muerta para el último de los Ravenswood, también fue comentada misteriosamente. Y la singular aparición vista por el Master en el bosque, le dio pie para exagerar a su gusto.

Si estas historias se hubieran referido a otra familia, o si su situación hubiera sido menos desoladora, Lucy las habría desdeñado. Pero, en las circunstancias en que se hallaba, la idea de que un cruel destino pendía sobre su cariño, se sobrepuso a sus demás sentimientos, y las sombras de la superstición oscurecieron un espíritu ya bastante debilitado por la pena, la incertidumbre y la impresión de verse abandonada por todos. Insensiblemente, fue confiándose a la hechicera, y gustaba de hablar con ella sobre esos temas trágicos y sobrenaturales. Sin embarco, no dejaba de experimentar un involuntario estremecimiento cuando sus ojos se encontraban con los de la vieja. La dama Gourlay supo aprovechar esta confianza. Dirigió los pensamientos de Lucy hacia la adivinación del porvenir, el medio más seguro de destrozar el espíritu. Consultaron augurios, interpretaron sueños, y recurrieron a otros trucos de prestidigitación mágica. He encontrado en las actas del proceso contra Ailsie Gourlay —(pues consuela algo saber que la miserable vieja fue procesada, condenada y quemada, por sentencia del Consejo Privado)— he encontrado entre otras acusaciones la de haber mostrado en un espejo —a una joven distinguida— la imagen de un caballero, quien se encontraba en el extranjero, y al cual estaba prometida la doncella; y detalla la sentencia que en este momento aparecía dando la mano a otra dama. Pero tanto ésta como otras partes del legajo han sido desfiguradas cuidadosamente en los nombres y fechas, en consideración a las familias interesadas.

Naturalmente, si Ailsie Gourlay realizó esta superchería tendría que valerse de otras personas y de medios que no estaban a su alcance. Entretanto, esta misteriosa impostura visionaria produjo su efecto, trastornando el espíritu de Miss Ashton. Su temperamento se volvió desigual; su salud fue decayendo día tras día, y su rostro se hizo gesticulante, acentuándose su melancolía. Sir William, adivinando en parte la causa de esta transformación, y ejerciendo un grado de autoridad increíble en él, ordenó que la dama Gourlay se marchara del Castillo; pero ya la flecha había sido disparada, y la herida se enconaba.

Después de marchar esta mujer, Lucy Ashton anunció a sus padres, con una vivacidad que los sorprendió, su convencimiento de que el cielo, la tierra y el infierno se oponían a su enlace con Ravenswood. No obstante, su compromiso seguía en pie y ella no podía ni quería romperlo sin el consentimiento de Ravenswood. «Si me demostráis que él ha accedido, disponed entonces de mí como queráis, no me importa cómo. ¿Qué puede importar el estuche cuando los diamantes han desaparecido?».

El tono obstinado con que dijo esto, los ojos fulgurantes de una luz anormal, y sus puños apretados, cerraban el camino a toda discusión. Lo más que Lady Ashton pudo obtener fue dictarle una carta en la cual Lucy insistía a Ravenswood para que dijese si tenía la intención de renunciar al «desgraciado compromiso» contraído por ambos. La carta no salió, aunque los términos en los cuales había sido dictada hacían que pareciera estar pidiendo Lucy a Ravenswood que le devolviese su libertad.

Pasó el tiempo normal para recibir una contestación del Continente. El débil rayo de esperanza que aún alumbraba el espíritu de Lucy, se había extinguido. Pero la joven sospechaba que la carta no había sido expedida.

Lady Ashton eligió otro agente para seguir dominando la mente de su hija. Esta vez fue el reverendo Míster Bide-the-bent, sacerdote presbiteriano de la más rígida ortodoxia y al cual conocemos ya. Aunque un enlace Ravenswood-Ashton le parecía inconcebible, por pertenecer el Master a los episcopalistas y a pesar de todos sus prejuicios, era un nombre de corazón y muy ecuánime. En una entrevista privada con Miss Ashton, sintióse conmovido por su desamparo, y le pareció muy justo que la muchacha quisiera comunicarse directamente con Ravenswood para aclarar su situación. Estaba de acuerdo con Lucy en que las cartas podían no haber salido del castillo y se ofreció a resolver aquella duda. Puso como única condición que la nueva carta fuera redactada en términos idénticos a la dictada por su madre. Y así lo hicieron. Mr. Bide-the-bent entregó la carta a Saunders Moonshine, persona de toda su confianza. Saunders prometió ocuparse activamente de que esta misiva llegase a la corte donde se hallaba entonces Ravenswood.

Todo lo relatado en este capítulo es una aclaración retrospectiva para explicarnos lo sucedido en la entrevista entre Miss Ashton, su madre y Bucklaw, la cual hemos detallado en un capítulo precedente.

Lucy se hallaba ahora en la situación del marinero que, en medio del tempestuoso océano, se aferra a la única tabla que flota a su alcance, y siente debilitarse a cada momento sus fuerzas, mientras la lóbrega oscuridad de la noche sólo se quiebra por los fogonazos de los relámpagos, a cuya luz cárdena se ven las crestas de las gigantescas olas, en las que pronto se sumergirá.

Pasó una semana y otra, un día y otro día. Vino el San Jude, el término fatal, y no llegó carta ni noticia alguna de Ravenswood.

## CAPÍTULO XXXII

### ESPONSALES

BUCKLAW y Craigengelt llegaron al castillo el día de San Jude, por la mañana temprano, para firmar la escritura de esponsales.

Esta había sido redactada bajo la revisión de Sir William, habiéndose decidido — a causa, según se dijo, del estado de salud de Miss Ashton— que nadie, excepto las partes directamente interesadas, presenciara la firma de los pergaminos. Se determinó que la boda se efectuara al cuarto día después de los esponsales, medida adoptada por Lady Ashton para que Lucy tuviese tiempo de arrepentirse. Pero no parecía que la joven fuera a volverse atrás. Escuchó los artículos de la escritura con la serena indiferencia de la desesperación. Para una persona tan poco observadora como Bucklaw, esta apatía no era sino la timidez natural en una doncella. Sin embargo, no dejaba de comprender que no se casaba con él por afecto, sino acatando la elección de sus allegados.

Después de los saludos de rigor al novio, se permitió a Miss Ashton que se retirara por algún tiempo. Su madre dijo que los esponsales habían de verificarse, según costumbre, antes del mediodía para que el matrimonio fuera feliz.

Lucy se dejó vestir para esta ocasión al gusto de las camareras, y desde luego, fue ataviada espléndidamente. Su vestido era de satén blanco adornado de enea íes de Bruselas y su cabello Lucy profusión de joyas, cuyo brillo contrastaba extrañamente con la mortal palidez de su rostro y con el desasosiego de sus ojos.

Aún no había terminado su *toilette* cuando se presentó Henry, para conducir la pasiva novia al salón principal donde todo estaba dispuesto para la firma del contrato.

—¿Sabes, hermana? —dijo—, me alegro de que te cases con Bucklaw en vez de con Ravenswood, quien parece un grande de España que hubiera venido a cortarnos el cuello y a ponernos el pie encima. Y me encanta que el mar lo separe hoy de nosotros; pues nunca olvidaré cómo me asusté cuando me pareció el retrato de Sir Malise escapado del cuadro. Dime la verdad, ¿no te alegras de haberte librado de él?

—No me hagas preguntas, querido Henry. Poco puede ya ocurrir en este mundo que me alegre o me apene.

—Eso dicen todas las novias, Lucy. Dentro de un año no hablarás así... Yo seré el padrino y cabalgaré hasta la iglesia delante de ti, y todos nuestros parientes y amigos, y los de Bucklaw, irán a caballo y en orden... Y me pondré una casaca con blondas escarlata, y un sombrero con plumas, y un cinturón dorado por los bordes, y *point d'Espagne*<sup>[29]</sup>, y una daga en vez de espada; preferiría una espada, pero mi padre no quiere que le hable de eso. Todas estas cosas y cien más llegarán esta noche de Edimburgo. Las trae el viejo Gilbert en las acémilas. En cuanto lleguen, te las traeré para que las veas.

La cháchara del muchacho fue interrumpida por la llegada de Lady Ashton, algo alarmada por la tardanza de su hija. Con una de sus sonrisas más amables, tomó a Lucy del brazo, y la condujo al salón.

Sólo se hallaban presentes Sir William Ashton, el coronel Douglas Ashton —éste de uniforme—; Bucklaw, en traje de novio; Craigengelt, equipado de nuevo, de pies a cabeza, por la generosidad de su patrón y el reverendo Mr. Bide-the-bent, ya que la presencia de un sacerdote era, en las familias devotamente presbiterianas, un requisito indispensable en toda solemnidad.

Se sirvieron vinos y refrescos, en la mesa donde estaban extendidas las escrituras, en espera de la firma.

Previamente, Mr. Bide-the-bent pidió a los presentes que rezaran con él, implorando la bendición del Cielo sobre el contrato próximo a concertarse. Con la sencillez de su época y su estado, que le permitían alusiones personales muy marcadas, rogó en su plegaria que el espíritu herido de una de las partes curase, como recompensa a su obediencia a los consejos de los honorables padres; y también que el novio huyera de las locuras juveniles y de las malas compañías (entonces Bucklaw hizo un guiño a Craigengelt). También recordó en su oración a Sir William, su esposa, y familia, incluyendo así a todos los presentes, menos a Craigengelt, al cual consideraba quizá como un caso perdido.

Sir William Ashton firmó el contrato solemnemente; su hijo, con *nonchalance* militar; y Bucklaw, después de firmar cuando Craigengelt le hubo pasado las hojas concluyó secando la pluma en la nueva corbata de éste.

Ahora le tocaba el turno a Miss Ashton, conduciéndola su madre hasta la mesa. Empezó a escribir con una pluma seca, y cuando se lo hicieron notar, no acertó a mojarla en el macizo tintero de plata. Lady Ashton se apresuró a suplir esta deficiencia. Yo mismo he visto el documento fatal, y los claros caracteres de la firma de Lucy, en cada página, sólo traslucen su estado de ánimo en aquel momento por una ligerísima irregularidad en algunos trazos temblorosos. Pero la última firma está incompleta, desfigurada y con un borrón encima. Mientras su mano la trazaba, se oyó el impaciente pataleo de un caballo ante el portal, seguido de un ruido de pasos por la galería exterior y una voz que vencía, en tono imperioso, la oposición de los lacayos. La pluma cayó de los dedos de Lucy, la cual exclamó con una débil exclamación: «¡Ha venido... ha venido!».

## CAPÍTULO XXXIII

### DECISIVO EN EL DESARROLLO DE ESTA HISTORIA

LA puerta se abrió y el Master de Ravenswood entró en el salón.

Lockhard y otro criado, que en vano trataron de impedirle el paso, quedaron en el umbral estupefactos, sorpresa que se comunicó a todos los reunidos en la estancia. El coronel Ashton expresaba además un hondo resentimiento; Bucklaw, una afectada y altiva indiferencia; los demás, incluso Lady Ashton, daban muestras de miedo, y Lucy quedó petrificada por la inesperada aparición. Así podía llamarse, aparición, pues Ravenswood tenía más aspecto de volver de entre los muertos que de ser un visitante vivo.

Se plantó en medio del salón, frente a la mesa junto a la cual estaba Lucy sentada. Se la quedó mirando como si sólo ella hubiese estado presente, con una expresión mezcla de profunda pena y de intensa indignación. Su capa de montar, caída de uno de los hombros, le colgaba a un lado con los amplios pliegues de la capa española. El resto de su lujoso traje, en desorden y polvoriento, testimoniaba una carrera forzada. Llevaba una espada y dos pistolas al cinto. El sombrero, con el ala caída sobre los ojos, no se lo quitó al entrar, lo cual contribuía a dar un aspecto más sombrío a sus morenas facciones. El dolor impreso en su rostro y la mirada fantasmal, resultado de una larga enfermedad, hacían más severo y huraño su continente de lo que ya era. Los mechones alborotados de su cabello, que asomaban bajo el sombrero, junto con la inmovilidad de su postura, lo hacían parecer un busto de mármol más que un ser viviente. No dijo ni una palabra y durante dos minutos se produjo en la estancia un silencio absoluto.

Lo rompió Lady Ashton, la cual había recobrado en ese tiempo su audacia habitual. Preguntó a qué se debía esta intrusión.

—Esa pregunta, señora —le advirtió su hijo— me corresponde a mí hacerla. He de pedir al Master de Ravenswood que me siga adonde pueda contestarme con más libertad.

Bucklaw se interpuso, diciendo:

—Nadie en el mundo puede quitarme la precedencia para pedirle una explicación al Master. Craigengelt —añadió en voz baja—, condenado, ¿por qué lo estás mirando como si fuera un fantasma? Tráeme la espada... Ahí, en la galería.

—No cederé a nadie —dijo el coronel Ashton—, mi derecho a pedirle una satisfacción por esta inconcebible ofensa inferida a mi familia.

—Tened paciencia, caballeros —dijo Ravenswood, mirándolos severamente, y levantando la mano para imponer silencio en aquel altercado—. Si estáis tan cansados como yo de la vida, hallaré hora y lugar propicio para jugarme la mía contra cualquiera de los tres; ahora no tengo tiempo que dedicar a rencillas de necios.



—¡Necios! —repitió el coronel Ashton, desenvainando a medias su espada, mientras Bucklaw se llevaba la mano al puño de la suya, que Craigengelt acababa de traerle.

Sir William Ashton, temiendo por su hijo, se interpuso entre los jóvenes y Ravenswood, exclamando:

—¡Hijo mío, te ordeno!... ¡Bucklaw, os suplico!... ¡Teneos en paz en nombre de la Reina y de la Ley!

—En nombre de la ley de Dios —dijo Bide-the-bent, colocándose también con los brazos levantados entre Bucklaw, el coronel y el enemigo de ambos— en nombre de Aquel que trajo la paz a la tierra, y la buena voluntad a los humanos, ¡os imploro... os mando que no recurráis a la violencia! Dios condena a los sedientos de sangre; quien mate por la espada, por la espada morirá.

—¿Me tomáis por un perro, señor —dijo el coronel Ashton, volviéndose hacia él airadamente—, o por algo peor, creyéndome capaz de soportar este insulto en la casa de mi padre? ¡Dejadme, Bucklaw! ¡Me dará cuenta de esto, por el Cielo que lo mataré aquí mismo!

—Aquí no lo habéis de tocar —dijo Bucklaw—; una vez me perdonó la vida, y aunque fuera el diablo en persona, se le tratará caballerosamente.

Mientras las pasiones de ambos jóvenes se contrarrestaban de este modo, Ravenswood exclamó con voz dura:

—¡Silencio! El que busque de verdad el peligro, lo hallará a su tiempo adecuado. Antes he de cumplir, en unos momentos, lo que me propongo... ¿Es esa vuestra letra, señora? —añadió en un tono más suave, presentando a Miss Ashton la última carta que ésta le había escrito.

Un vacilante «sí» pareció escaparse de los labios de la joven, más que haber sido pronunciado voluntariamente por sus labios.

—Y ¿es también *ésta* vuestra letra? —y le enseñó el compromiso que habían suscrito ambos enamorados.

Lucy no pronunció ni una sola palabra. El terror y un sentimiento aún más fuerte y más confuso turbaba de tal manera su entendimiento, que casi no acertaba a entender la pregunta.

—Si os proponéis —dijo Sir William— fundar en ese papel alguna reclamación legal, no esperéis obtener ninguna respuesta a vuestras preguntas extrajudiciales.

—Sir William Ashton —dijo Ravenswood—. Os ruego, así como a todos los presentes, que no me interpretéis mal. Si esta señorita, por su libre voluntad, desea la anulación de este contrato —según parece deducirse de su carta— podéis creerme, consideraré este papel tan inútil como una hoja seca de las que arrastra ese viento de otoño. Pero debo y quiero oír la verdad de sus propios labios. No me iré de aquí sin lograr esta satisfacción. Podéis asesinarme entre todos, pero estoy armado... y estoy

desesperado... No moriré sin vengarle. Estoy resuelto; tomadlo como queráis. Oiré su decisión de su propia boca... Me lo dirá ella misma, sola, sin testigos... Ahora, escoged —dijo, desenvainando su espada con la mano derecha, mientras con la izquierda sacaba una pistola de su cinturón, amartillándola, pero dirigiendo hacia el suelo la punta de la una y el cañón de la otra— escoged entre ver este salón cubierto de sangre u otorgarme la decisiva entrevista con mi novia, a lo cual estoy autorizado por las leyes de Dios y de nuestro país.

Todos se sobrecogieron ante el tono de su voz, y la decisiva acción que lo acompañó. El sacerdote fue el primero en hablar:

—En nombre de Dios, aceptad un consejo del más indigno de sus siervos. Lo que pide este caballero, aunque con excesiva violencia, tiene alguna parte de razón. Que oiga de la misma Miss Lucy su conformidad con la voluntad de sus padres y su arrepentimiento por haber contraído aquel compromiso con él. En cuanto se haya convencido de esto, se marchará y nos dejará tranquilos. Corresponde a mis funciones rogar a sus señorías que accedan a esto.

—¡Nunca! —contestó Lady Ashton, cuya rabia dominaba ahora la sorpresa y el terror que la invadió en un principio—. ¡Nunca hablará este hombre en privado con mi hija, siendo novia de otro! Que salga de esta sala quien lo desee; yo me quedo aquí. No me asustan su violencia ni sus armas; aunque algunos qué llevan mi nombre —dijo, mirando al coronel— parecen temerlas.

—Por amor de Dios, señora —replicó el digno pastor—, no añadáis aceite al fuego. Al Master de Ravenswood no puede molestarle vuestra presencia, teniendo en cuenta el estado de la señorita y vuestro deber de madre. Yo también me quedaré; quizá mis cabellos grises logren apaciguar la ira.

—Completamente de acuerdo, señor —dijo Ravenswood—; pero que salgan los demás.

—Ravenswood —dijo el coronel Ashton, al pasar junto a él cuando salía—, pronto me daréis razón de esto.

—Cuando gustéis —repuso Ravenswood.

—Pero yo tengo un derecho previo —dijo Bucklaw.

—Poneos de acuerdo —replicó Ravenswood—; pero dejadme hoy en paz, y mañana me encantará daros tanta satisfacción como queráis.

Los demás caballeros salieron de la estancia, pero Sir William se retrasó un poco, diciendo en tono conciliador:

—Master de Ravenswood, no creo haber merecido de vos este escándalo, esta ofensa a mi familia. Si queréis envainar y seguirme a mi despacho, os probaré con los argumentos más satisfactorios, la inutilidad de vuestro proceder.

—Mañana, señor, mañana, mañana os atenderé cuanto queráis —le interrumpió Ravenswood—. Hoy tengo un deber sagrado e inaplazable que cumplir.

Le señaló la puerta, y Sir William salió.

Ravenswood envainó la espada, desenmartilló la pistola y la volvió al cinto; fue hacia la puerta y la cerró. Quitóse el sombrero, y, mientras echaba hacia atrás sus desmelenadas guedejas, miraba a Lucy con una expresión afligida en los ojos, de los cuales había desaparecido la furiosa expresión de los momentos anteriores, diciendo:

—¿Me conocéis, Miss Ashton? Sigo siendo Edgar Ravenswood.

Ella permaneció silenciosa y él continuó con mayor vehemencia:

—Soy aún aquel Edgar Ravenswood, el cual renunció por vuestro cariño a reivindicar el honor de su familia. Soy aquel Ravenswood que por vos perdonó, más aún, estrechó amistosamente la mano del opresor y saqueador de su casa, el perseguidor y asesino de mi padre.

—Mi hija —contestó Lady Ashton, interrumpiéndole— no va a dudar ahora de vuestra identidad; el veneno de vuestras frases basta para recordarle que está hablando con el enemigo mortal de su padre.

—Por favor, señora, un poco de paciencia —repuso Ravenswood— es ella quien ha de contestarme. Una vez más, Miss Lucy Ashton, yo soy aquel Ravenswood con quien os prometisteis solemnemente, promesa que ahora deseáis retirar.

Los exangües labios de Lucy sólo pudieron balbucear, estas palabras: «Fue mi madre...».

—Dice la verdad —intervino Lady Ashton—; fui yo la que, autorizada por las leyes divinas y humanas, le aconsejé —y coincidí con ella— la conveniencia de anular su desgraciada y precipitada promesa basándome en las Escrituras.

—¡En las Escrituras! —exclamó Ravenswood.

—Que oiga el texto —dijo la señora dirigiéndose al sacerdote— en el que vos mismo os habéis fundado, a pesar de vuestra cauta prevención, para declarar la nulidad de esos pretendidos esponsales.

Mr. Bide-the-bent se sacó la Biblia del bolsillo y leyó estas palabras:

«Cuando alguna hiciere voto al Señor, y se ligare con obligación en casa de su padre, en su mocedad, si su padre oyese su voto y la obligación con que ligó su alma, y su padre callare a ello, todos los votos de ella serán firmes, y toda obligación con que hubiere ligado su alma, firme será».

—Y ¿no es este nuestro caso? —interrumpió Ravenswood.

—Controla tu impaciencia, joven, y escucha cómo continúa el texto sagrado:

«Pero si su padre la vedare el día que oyere todos sus votos, sus obligaciones no serán firmes, y el Señor la perdonará por cuanto su padre le vedó».

—Acaso —dijo Lady Ashton triunfante y ferozmente—, ¿acaso no ha sido nuestra intervención prevista por las Sagradas Escrituras? ¿No hemos desautorizado del modo más expreso el paso dado por nuestra hija, en cuanto lo hemos sabido?

—Y ¿es esto todo? —preguntó Ravenswood a Lucy—. ¿Vais a trocar la felicidad

que me jurasteis, vuestra libre voluntad y nuestro mutuo afecto a esta miserable hipocresía? Antes de confirmar lo que hicieron en vuestro nombre, escuchad lo que sacrificué por vos. El honor de una antigua familia, y los consejos de mis mejores amigos se han estrellado contra mi fidelidad. Ni los argumentos de la razón ni los portentos de la superstición consiguieron quebrantarla. Hasta los muertos se levantaron para advertirme, y sus advertencias cayeron en el vacío. ¿Seréis capaz de atravesarme el corazón por haberos sido fiel, y precisamente con vuestra infidelidad, con el arma que nunca creí veros manejar?

—Master de Ravenswood —dijo Lady Ashton—, ya habéis preguntado cuánto os pareció oportuno. Habéis visto la absoluta incapacidad de mi hija para contestaros. Pero os responderé por ella, y de manera que no me podréis contradecir. Deseáis saber si Lucy Ashton desea, por libre decisión suya, terminar sus relaciones con vos. Tenéis ahora mismo en la mano la carta en que os lo pide, y, para mayor evidencia, he aquí el contrato de esponsales que acaba de suscribir, en presencia de Mr. Bide-the-bent, con Mr. Hayston de Bucklaw.

Ravenswood miró el documento, petrificado. Volviéndose al sacerdote, le preguntó:

—¿Y Miss Ashton ha firmado esto sin engaño ni violencia?

—Lo atestiguo —respondió aquél solemnemente.

—En verdad, señora, es una prueba contundente. Y es innecesario gastar ni una palabra más en inútiles reproches. Ahí tenéis, señora —añadió, dejando ante Lucy el papel firmado y la moneda de oro partida— ahí tenéis las pruebas de vuestros primeros esponsales. Que seáis más fiel a los nuevos que acabáis de celebrar. Devolvedme, por favor, los correspondientes símbolos de mi errónea confianza, mejor diría, de mi inmensa locura.

Lucy respondió a la desdeñosa mirada de su enamorado con otra que parecía de una ciega. Sin embargo, debió de haber comprendido el sentido de sus palabras, porque levantó las manos como para deshacer el nudo del lazo de la cinta azul que llevaba alrededor del cuello. No pudo hacerlo, pero Lady Ashton acudió en su ayuda y, quitándole la cinta, sacó de ella la moneda rota que Miss Ashton llevaba aún oculta en su pecho. El duplicado correspondiente a Lucy del compromiso suscrito por ambos enamorados, lo conservaba la madre desde hacía algún tiempo. Con un gesto arrogante, entregó las dos cosas a Ravenswood, que se enterneció al coger la mitad de la moneda.

—Y podía llevarla en el pecho —pensó— junto a su corazón..., a pesar de... —Y luego, dijo, secándose una lágrima y volviendo a adoptar su severa actitud—: Pero de nada sirve lamentarse.

Se dirigió a la chimenea, y arrojó al fuego el papel y el pedazo de oro, dando unos golpes sobre el carbón con el tacón de su bota, como para asegurarse de la completa

destrucción de aquellas pruebas de un amor maltrecho. Después dijo:

—No seré por más tiempo un intruso en esta casa. Corresponderé a vuestros malos deseos y peores oficios, Lady Ashton, deseándoos que sean éstas vuestras últimas maquinaciones contra el honor y la felicidad de vuestra hija. Y a vos, señora —añadió mirando a Lucy— no tengo más que deciros, a no ser que roguéis a Dios no convertiros en asombro del mundo por este acto de perjurio deliberado. —Pronunciadas estas palabras salió violentamente de la estancia.

Sir William Ashton consiguió retener a su hijo y a Bucklaw en un lugar apartado del castillo, para evitar que volvieran a encontrarse con Ravenswood. Pero, cuando éste descendía la escalera principal, Lockhard le entregó un billete, firmado por Sholto Douglas Ashton, solicitando del Master le hiciera saber dónde podría encontrarse de allí a cuatro o cinco días para solventar cierto asunto de extraordinaria gravedad, en cuanto se celebre un importante acontecimiento familiar.

—Decidle al coronel Ashton —dijo Ravenswood con calma— que me podrá hallar en el Despeñadero del Lobo cuando le sea más cómodo.

Ya fuera, cuando descendía por la escalera que bajaba de la terraza, encontró a Craigengelt, quien le comunicó que Bucklaw esperaba no partiese Ravenswood de Escocia por lo menos en diez días, para saldar una cuenta con él.

—Decidle a vuestro amo —dijo Ravenswood duramente— que se tome el tiempo que desee. Me encontrará en mi torre, si no se le adelantan en sus propósitos.

—¿*Mi* amo? —replicó Craigengelt, envalentonado al ver de lejos al coronel Ashton y a Bucklaw—. Permitidme deciros que nadie en la tierra es mi amo, ni permitiré a nadie ese lenguaje conmigo.

—¡Entonces, buscaos un amo en el infierno! —exclamó el Master, dando salida a la ira que había reprimido hasta entonces, y empujando a Craigengelt con violencia tal que salió rodando por los escalones para quedar sin sentido al final de ellos—. Soy un loco —añadió— desahogando mi cólera con este miserable.

Después montó en su caballo, que había atado al llegar al pie de la balaustrada. Cabalgó muy despacio detrás de Bucklaw y del coronel Ashton, quitándose el sombrero al adelantarse a ellos y mirándolos fijamente. Ambos devolvieron el saludo con idéntica serenidad. Hasta el final de la avenida siguió con la misma lentitud, como para demostrar que no huía de ellos. Cuando estuvo ya fuera de la finca, volvió el caballo y contempló con fijeza el castillo. Luego, picando espuelas, partió con la velocidad de un demonio expulsado por un exorcista.

## CAPÍTULO XXXIV

### EN EL CUAL SE DESCRIBE UNA BODA Y SE INICIA EL DESENLAZADO

DESPUÉS de la terrible escena que había tenido lugar en el castillo, Lucy fue conducida a su cuarto, donde permaneció sumida durante algún tiempo en un estado de absoluto estupor. No obstante, en el transcurso del día siguiente no sólo recobró el ánimo sino que dio muestras de una vivacidad veleidosa, ajena a su carácter y a su situación, contrarrestada a ratos por accesos de melancolía y mutismo, y por absurdos caprichos. Lady Ashton se alarmó mucho, y consultó a los médicos de la casa. Pero no tenía ningún síntoma de enfermedad física, y aquéllos diagnosticaron que padecía trastornos psíquicos, recomendando ejercicios y distracciones. Miss Ashton nunca aludió a lo ocurrido en el salón. Parecía como si no recordase nada de ello, pues a menudo se la veía llevarse las manos al cuello como buscándose la cinta azul y murmurar, sorprendida y disgustada al no hallarla: «Era el único lazo que me ligaba a la vida».

A pesar de estos peligrosos síntomas, Lady Ashton no quiso aplazar la boda. Le costó mucho trabajo presentar las cosas a Bucklaw en un aspecto agradable. Sabía de sobra que si éste notaba en la joven aversión por él, anularía el contrato. Por tanto, decidió que todo siguiera adelante, confiando en el buen efecto que causaría a Lucy un cambio tan radical de vida. Bucklaw hubiera sido incapaz de tolerar una precipitación semejante de no haber ignorado el verdadero estado de salud y los sentimientos de Miss Ashton. Y no era esto extraño, pues la costumbre de la época sólo permitía una escasísima comunicación entre los novios.

En la víspera del día nupcial, Lucy tuvo uno de sus accesos de ligereza, y puso mucho interés en observar los varios preparativos de vestidos, etc., propios de la ocasión.

El día amaneció brillante y alegre. Los invitados llegaron en animados grupos desde distantes puntos. No sólo acudieron las amistades de Sir William, y las relaciones aun más distinguidas de su esposa, los numerosos familiares y amigos del novio, sino casi todas las familias presbiterianas del distrito en cincuenta millas a la redonda, para presenciar lo que se consideraba una especie de victoria sobre el Marqués de A... Excelentes bebidas esperaban a los huéspedes a su llegada. Después montaron todos a caballo. La novia iba delante entre el coronel Ashton y su madre. Su alegría del día anterior había cedido el sitio a una honda melancolía que, después de todo, no resultaba mal en aquellas circunstancias. Tenían sus ojos tal fulgor y tan suave color sus mejillas —muchos días hacía que estuvo ausente de ellas—, su belleza realzaba tanto con el esplendor de su vestido, que su aparición promovió un murmullo general de admiración. Hasta las mujeres se sumaban a él. Mientras se

formaba la cabalgata, Sir William, hombre pacífico y formulario, censuró a su hijo Henry por haberse provisto de una espada militar de absurda longitud perteneciente a su hermano el coronel.

—Si te empeñas en llevar un arma en ocasión tan pacífica como ésta, ¿por qué no has cogido el puñal que te han traído de Edimburgo a propósito?

El muchacho se disculpó diciendo que lo había perdido.

—Seguramente lo has escondido para salirte con la tuya y poder llevar esa arma descomunal, que pudo haber servido a Sir William Wallace. Bueno, no importa, monta a caballo y cuídate de tu hermana.

Así lo hizo el chico, y se colocó en el centro del vistoso cortejo. En aquel momento estaba demasiado absorbido por su propio lucimiento —su espada, su capa de encajes, su sombrero con plumas— para prestar atención a cuanto le rodeaba; pero luego recordó durante toda su vida que cuando Lucy —que él conducía tras él en su mismo caballo— rozó una mano con la suya, la sintió húmeda y fría como un mármol sepulcral.

La lucida cabalgata llegó a la iglesia parroquial que se llenó, pues además de un centenar entre damas y caballeros, había muchos criados. La ceremonia se verificó según los ritos presbiterianos, que ahora aceptaba Bucklaw.

Fuera de la iglesia se distribuyó una generosa dádiva entre los pobres de las parroquias vecinas, bajo la dirección de Johny Mortsheugh, quien había ascendido últimamente a sepulturero de la parroquia de Ravenswood. La dama Gourlay, con dos de sus contemporáneas —las mismas que acudieron al velatorio de Alice— sentadas en una alejada piedra sepulcral, comentaban envidiosamente la parte que les había tocado a cada una en el reparto de la limosna.

—Johny Mortsheugh —dijo Annie Winnie— podía haberse acordado de sus viejas comadres. Me han tocado cinco arenques en vez de seis; y estos seis peniques no parecen buenos.

Luego las vejanconas desahogáronse contra los ricos y las injusticias sociales. De pronto, la paralítica preguntó a Ailsie.

—Me gustaría saber, Lucky Gourlay, ya que eres la más vieja y sabia de nosotras, ¿cuál de esos festejantes será amortajado primero?

—¿Ves esa doncella tan peripuesta, reluciente con su oro y sus joyas? Mira, esa que suben ahora al caballo blanco detrás de aquel caballere te atolondrado, vestido de escarlata, con una espada muy larga al cinto...

—Pero ¡si es la novia! —dijo la curiosa con su frío corazón ligeramente compadecido— ¡si es la mismísima novia! ¿Cómo es posible? ¿Tan joven y bonita y le queda tan poca vida?

—Puedes creerme —respondió la sibila— que el sudario le llega ya a la garganta, aunque parezca mentira. A la arena del reloj de su vida le quedan muy pocos granitos,

y nada tiene de particular porque bien lo han zarandeado. Las hojas se secan ya en los árboles. El viento de la *Martinmas*<sup>[30]</sup> las agitará en remolinos, como corrillos de hadas, pero ella nunca lo verá.

—Tú estuviste cuidándola tres meses —dijo la paralítica—; y te pagaron dos monedas de las grandes.

—Sí, sí —contestó Ailsie, con una amarga mueca—; y Sir William me prometió además un vestido rojo muy bonito. Sí, sí... una cadena, un tonel de alquitrán y la picota, esa es la propina que me van a dar por haberme levantado temprano y acostado tarde durante más de ochenta noches atendiendo a la muchacha. Pero todo eso lo puede guardar para su esposa, comadres.

—He oído decir por ahí —comentó Annie Winnie— que Lady Ashton es de mucho cuidado.

—Hay más diablería en esa mujer, tan orgullosa y elegante como va —miradla— en su palafren gris, que en todas las brujas escocesas juntas cuando vuelan a la luz de la luna sobre el North-Berwick Law.

Dicho esto, Ailsie Gourlay se enfrascó en una discusión con Johny Mortsheugh, que vino a echarlas del cementerio.

El cortejo nupcial emprendió el regreso. Los alegres vestidos, los briosos corceles, la belleza de las damas y la gentileza de los caballeros reunidos en aquella ocasión, los repetidos vivas dados en honor de Bucklaw y de los Ashton, las salvas de las pistolas y mosquetones —para dar lo que se llama «el tiro nupcial»— todo ello produjo un magnífico efecto en la multitud acudida a la ceremonia. Hasta los más afectos a los Ravenswood, sintiéronse ganados por los espléndidos manjares y bebidas con que obsequió aquel día el castillo a ricos y pobres, habiendo de inclinarse, pese a sus prejuicios, bajo la influencia de *l'Amphitron où l'on dine*.

Los novios llegaron a la residencia entre miles de aclamaciones. Es sabido que las bodas antiguas se celebraban con una festiva publicidad rechazada por la delicadeza de nuestra época. En esta ocasión se ofreció a los huéspedes un inagotable banquete. Los hombres bebieron, hasta el exceso, de los vinos más exquisitos, mientras las señoras los esperaban en la galería principal, impacientes porque empezase el baile con el cual terminaban siempre las fiestas nupciales. Fuera del castillo se repartieron tantos barriles de cerveza, que la multitud vociferaba y se alegraba más a cada momento. Por fin, terminado el banquete, los caballeros dejaron a un lado las espadas y condujeron a las damas al salón. Los músicos; habían empezado ya a tocar en la galería. Según la etiqueta, la novia debía de iniciar el baile; pero Lady Ashton la disculpó por su salud delicada, y dio la mano a Bucklaw en sustitución de su hija.

Al levantar la cabeza graciosamente, en espera del compás con el que había de comenzar la danza, la impresionó tanto una inesperada alteración en los adornos del salón, que exclamó:



—¿Quién ha osado cambiar los cuadros?

Todos miraron, y los que conocían la disposición habitual de la estancia, observaron sorprendidos que el retrato del padre de Sir William Ashton había desaparecido, y en su lugar el de Sir Malise Ravenswood parecía fulminar ira y venganza contra los allí reunidos. La arrogancia y excitación de los invitados los llevó a pedir una investigación inmediata para averiguar la causa de semejante ofensa inferida no sólo al huésped sino a todos ellos. Pero Lady Ashton, dominándose, lo hizo pasar como el capricho de una muchacha loca a la cual mantenían ellos cerca del castillo, y cuya exaltada imaginación se había afectado mucho con las historias que contaba Ailsie Gourlay sobre la «familia anterior» (así llamaba ella siempre a los Ravenswood). El odiado retrato fue retirado en seguida y el baile comenzó, abierto por Lady Ashton con una gracia y una dignidad que suplían al encanto juvenil.

Cuando Lady Ashton se sentó, no le sorprendió que su hija hubiera salido del salón. Fue en su busca, para calmarle la impresión que habría causado en sus nervios el incidente de la trasposición de los retratos. Regresó al cabo de una hora, y dijo algo en voz baja al novio, el cual se abrió paso entre las parejas y desapareció del salón. Los instrumentos musicales lanzaban ahora sus más sonoros acordes, y el baile seguía con todo el entusiasmo que ponen en él la juventud y la alegría, cuando se oyó un grito tan agudo y penetrante que paralizó instantáneamente la danza y la música. Todos quedaron inmóviles. Pero, al repetirse el alarido, el coronel Ashton arrancó una antorcha de una araña y pidiéndole a Henry la llave de la cámara nupcial —pues a éste como padrino le correspondía guardarla— se precipitó fuera de la estancia, seguido por Sir William, Lady Ashton y dos parientes. Los invitados esperaban su regreso en un estado de indecible asombro.

Llegado a la puerta del aposento, el coronel Ashton golpeó en ella y dio grandes voces, pero no contestaron. Sólo se oían unos gemidos ahogados. No vaciló ya en abrir la puerta, pero encontró que no cedía a causa de algo pesado caído detrás de ella. Cuando logró abrirla, vieron tendido en la entrada del cuarto el cuerpo del novio, inundado de sangre. Todos los presentes lanzaron un grito de horror y asombro. Los que esperaban abajo, excitados por esta nueva alarma, subieron tumultuosamente hacia el dormitorio. El coronel Ashton —después de murmurar al oído de su madre: «¡Buscadla; lo ha matado!»— desenvainó la espada, se colocó ante la puerta, y declaró que no toleraría a nadie que pasara excepto el sacerdote y el médico. Estos dos levantaron a Bucklaw, que respiraba aún, y lo transportaron a otra habitación, donde sus amigos, llenos de sospecha, se reunieron a su alrededor para saber la opinión del médico.

Mientras tanto, Lady Ashton, su esposo, y sus parientes buscaban en vano a Lucy por todo el dormitorio. No había salida secreta en aquella habitación, y empezaron a pensar que se debía de haber arrojado por la ventana, cuando uno de los parientes,

que llevaba su antorcha más baja que los demás, descubrió aleo blanco en un rincón de la gran chimenea del cuarto. Allí estaba la desgraciada joven, sentada o más bien acurrucada como una liebre, con el peinado deshecho, sus vestidos de noche desgarrados y salpicados de sangre, los ojos vidriados y ks facciones convulsas, en un paroxismo de locura. Cuando se vio descubierta, empezó a emitir sonidos inarticulados y a gesticular frenéticamente como una endemoniada, señalándolos con sus dedos sangrientos.

Requirieron la ayuda de algunas mujeres. La infeliz novia fue reducida no sin esfuerzo. Cuando la hicieron cruzar el umbral, miró al suelo y dijo las únicas palabras inteligibles que hasta entonces pronunciara: «¿De manera que os habéis llevado a vuestro lindo novio?». Las mujeres que la conducían la hicieron entrar en una habitación más apartada, donde quedó estrechamente vigilada. Imposible resulta describir la espantosa angustia de los padres, el horror y la confusión que dominaron a cuantos se hallaban en el castillo, la furia de las pasiones encontradas entre los amigos de ambas partes, pasiones aumentadas por la reciente intemperancia.

El cirujano fue el primero que consiguió hacerse escuchar en aquella algarabía. Afirmó que la herida de Bucklaw, aunque grave y peligrosa, no era fatal, pero podía empeorar rápidamente si se le cambiaba de sitio con demasiada precipitación. Esto hizo callar a los numerosos amigos de Bucklaw, quienes habían estado insistiendo en que debía ser trasladado sin pérdida de tiempo a la casa de aquel de ellos que viviera más cerca. No obstante, exigieron que se les dejara a cuatro de ellos velar junto al lecho del amigo enfermo, y situar en el castillo un número adecuado de sus servidores bien armados. El coronel Ashton y su padre accedieron a esta condición, y el resto de los amigos del novio abandonaron el castillo, a pesar de la hora y de la oscuridad de la noche. El médico se ocupó luego de Miss Ashton, y dictaminó que se hallaba en gravísimo peligro. Se mandaron a buscar otros médicos. Toda la noche estuvo delirando. Por la mañana cayó en un estado de absoluta insensibilidad. A la mañana siguiente, según dijeron los médicos, haría crisis la enfermedad. Así fue: pues aunque despertó de su letargo con alguna apariencia de calma y permitió que la cambiaran de ropa, sin embargo, en cuanto se llevaba la mano al cuello como buscándose la fatal cinta azul, parecía invadirla una marea de recuerdos insoportables, tanto para su espíritu como para su cuerpo. Las convulsiones se sucedieron, hasta que la muerte vino a calmarlas. Ni una palabra había salido de sus labios para explicar la fatídica escena.

Al día siguiente de morir la joven llegó el juez del distrito y cumplió con su deber de investigar sobre lo ocurrido, aunque con toda la delicadeza posible para la afligida familia. Pero nada se descubrió que pudiera añadir alguna aclaración a la hipótesis general, o sea, que la novia, en un súbito ataque de locura, había apuñalado al novio en el umbral del dormitorio. El arma homicida apareció en el cuarto, cubierta de

sangre. Era el mismo puñal que Henry debió haber llevado el día de la boda, y que su infeliz hermana probablemente había conseguido ocultar en la tarde anterior cuando se lo enseñaron entre los objetos recibidos para la ceremonia.

Los amigos de Bucklaw esperaban que éste proyectase alguna luz sobre esta tenebrosa historia y lo acosaron a preguntas. Durante algún tiempo estuvo evadiéndose de contestarlas pretextando su debilidad. Pero cuando pudo trasladarse ya a su casa, en plena convalecencia, reunió a todos aquellos —hombres y mujeres— que le habían interrogado sobre el asunto y les agradeció el interés y la adhesión que le habían demostrado.

«Sin embargo, amigos míos», dijo, «quiero haceros ver que no he de contar nada, ni tengo injurias que vengar. Si de aquí en adelante me pregunta alguna dama sobre lo ocurrido en aquella desgraciada noche, no le contestaré, y consideraré rota en lo sucesivo su amistad conmigo. Pero si es un caballero quien me hace la pregunta, miraré esta descortesía como una invitación a buscarlo en el Paseo del Duque»<sup>[31]</sup>.

Una declaración tan terminante no admitía comentario. Pronto pudo verse que Bucklaw había cambiado de carácter, mucho más serio ahora y hasta triste. Despidió a Craigengelt de su lado no sin ponerlo antes a cubierto de la indigencia.

Bucklaw marchó después al extranjero y no regresó nunca más a Escocia. Nunca se supo que hubiese aludido en forma alguna a las circunstancias de su funesto matrimonio.

A muchos lectores les puede parecer todo esto forzado, romántico, y compuesto por la desbocada imaginación de un autor deseoso de satisfacer el apetito del público por lo horrible; pero quienes conozcan la historia privada y familiar de Escocia durante aquel período, descubrirán en seguida en este libro, a través del disfraz de los nombres cambiados y de incidentes añadidos, todos los rasgos esenciales de *una historia absolutamente verídica*.

## CAPÍTULO XXXV

### EN EL CUAL SE COMPLETA EL DESENLACE

NOS hemos anticipado al transcurso del tiempo contando la curación y el destino de Bucklaw, con objeto de no interrumpir ahora el relato de los acontecimientos que siguieron al funeral de la infortunada Lucy Ashton. Esta melancólica ceremonia tuvo lugar en el neblinoso amanecer de un día otoñal, con solemnidad y asistencia tan reducidas como fue posible. Algunos de sus más próximos parientes condujeron el cuerpo de Lucy a la misma iglesia donde tan recientemente había entrado de novia. Un ala adyacente había sido acondicionada por Sir William Ashton para cementerio familiar; y allí, en un ataúd sin indicación alguna de nombre ni fecha, quedaron sepultados los restos de la que fue adorable, hermosa e inocente, y luego fue exasperada hasta el frenesí por una persecución incesante. Mientras los enlutados cumplían su tristísimo deber en la bóveda, las tres comadres, que, a pesar de la hora inusitada, habían olfateado la carroña como los buitres, estaban sentadas en la misma piedra sepulcral donde ya las vimos el día de la boda.

—¿No dije que la boda traería un funeral? —recordó la dama Gourlay a sus compañeras.

—¡Para lo que nos ha valido...! —respondió la dalia Winnie—; nada de comer ni beber... Total unas Perras para los pobres. No merecía la pena haber venido desde tan lejos para tan poco provecho.

—¡Qué miserable eres! —replicó Ailsie Gourlay—. ¿Podría valer todo lo que pudieran darnos ni la mitad que esta hora de venganza? Tan arrogantes y alegres hace cuatro días, y ahora están más compungidos que nosotras entonces. ReLucyn con el oro y la plata y ahora van más negros que un cuervo. Y Miss Lucy Ashton, que se irritaba cada vez que se acercaba una mujer honrada como yo, ¡que proteste ahora, cuando se le posen los búhos sobre su ataúd! Y Lady Ashton tiene en estos momentos dentro del pecho el fuego del infierno; y Sir William, con sus horcas, sus hogueras, y sus cadenas, ¿qué dirá de las brujerías de su propia casa?

—Entonces, ¿es verdad —farfulló la paralítica que los malos espíritus sacaron de la cama a la novia y la arrastraron hasta la chimenea y a él lo zarandearon por toda la habitación?

—No necesitamos saber quién lo hizo ni cómo fue —dijo Ailsie Gourlay—; pero ha sido un buen trabajo y los lores y ladies se acordarán de ese día toda su vida. Y el retrato de Sir Malise Ravenswood —yo bien sé cómo fue a parar allí— advirtiéndoles que todo ese orgullo iba a sufrir un buen golpe. Pero hay algo mejor, comadres, que está ocurriendo ahora mismo en la cripta. ¿No visteis antes los doce enlutados, con crespones y cajas, bajando en parejas a la bóveda?

—Sí, ¿y qué? —dijo la paralítica.

—Sí, los he contado —añadió la otra.

—Entonces, has visto que no había doce, sino trece, y el treceavo no es un invitado... Si los augurios no engañan, uno de ellos no seguirá mucho tiempo en este mundo. Pero, vámonos ya, comadres...

Y las Sibilas se fueron graznando como los cuervos.

En efecto, los encapuchados, una vez terminado el enterramiento, descubrieron que entre ellos había uno más de los que habían sido invitados y murmuraron unos a otros esta observación. Las sospechas recayeron sobre alguien que, cubierto por el mismo luto rigurosísimo que los demás, estaba reclinado, como insensible, en una de las columnas de la bóveda sepulcral. Los parientes de los Ashton estaban expresando su sorpresa y disgusto por la intrusión, cuando fueron interrumpidos por el coronel, el cual, en sustitución de su padre, presidía el duelo. Dijo en un murmullo: «Sé quién es ese individuo; tiene, o tendrá pronto, tan justa causa de duelo como nosotros. Dejadme que me ocupe de él y no perturbéis la ceremonia inútilmente». Separóse del grupo de sus familiares, y, cogiendo por la capa al desconocido enlutado, le dijo en un tono de contenida emoción: «Seguidme».

El desconocido, como si despertara de un letargo al sonido de aquella voz, obedeció maquinalmente, y subieron por la escalera ruinosa que conducía del sepulcro al jardín. Siguieron los otros encapuchados, pero se detuvieron a la entrada de la cripta, contemplando con ansiedad los movimientos del coronel Ashton y el desconocido, quienes parecían conferenciar ahora bajo la sombra de un tejo, en el lugar más apartado del camposanto.

—¿Acierto al pensar que hablo con el Master de Ravenswood? —preguntó el coronel a su acompañante.

Ninguna respuesta.

—¿Acierto al pensar —repitió con voz que temblaba con su creciente irritación— que hablo con el asesino de mi hermana?

—Ese es mi verdadero nombre —dijo Ravenswood con voz trémula y hueca.

—Si os arrepentís de lo que habéis hecho, os valdrá vuestra contrición ante Dios; pero conmigo de nada os servirá. Aquí tenéis la medida de mi espada —dijo, dándole un papel y una nota con el lugar y la hora del encuentro—. Mañana al amanecer, en el sitio ahí detallado, al este de Wolf's-hope.

El Master de Ravenswood tomó el papel con la mano y pareció vacilar. Por fin habló: «No llevéis a mayor desesperación», dijo, «a un infortunado que ya está desesperado. Disfrutad de la vida mientras podáis, y dejadme buscar la muerte en manos de otros».

—¡Eso nunca! —exclamó Douglas Ashton—. Moriréis a mis manos o bien completaréis la ruina de mi familia quitándome la vida. Si rehusáis mi desafío no habrá ventaja que no me tome de vos, ni indignidad con que no os vilipendie, hasta

que el nombre de Ravenswood sea el símbolo de todo lo deshonoroso del mundo, como ya lo es de todo lo vil.

—Eso no ocurrirá nunca —dijo Ravenswood airadamente— si he de ser yo el último que lleve ese nombre. Es lo menos que debo a quienes tenían la seguridad de que este nombre se extinguiría sin infamia. Acepto vuestro desafío, a la hora y en el lugar señalados por vos. Supongo que estaremos solos, ¿no?

—Solos —dijo el coronel Ashton— y sólo uno volverá de aquel lugar.

—Entonces, ¡que Dios tenga misericordia para el alma del que caiga!

—¡Así sea!

—No faltaré —dijo el Master, y separáronse.

El coronel Ashton se unió a los demás enlutados y el Master montó en su caballo, que había atado a un árbol detrás de la iglesia. El coronel regresó al castillo con los huéspedes funerarios, pero pronto halló un pretexto aquella tarde para dejarlos y cabalgó hasta Wolf's-hope, pasando allí la noche en una pequeña posada para poder acudir a la cita de la mañana siguiente.

No se sabe cómo pasó el Master el resto de aquel día aciago. A última hora de la noche llegó a la torre del Despeñadero y despertó a Caleb Balderstone, el cual no lo esperaba ya. El anciano había oído rumores confusos sobre la trágica muerte de Miss Ashton y sus misteriosas causas. El buen hombre sentía la mayor ansiedad por el efecto que estos acontecimientos pudieran producir en el espíritu de su amo.

La conducta de Ravenswood confirmó sus aprensiones. Ni siquiera respondió a las súplicas de su criado para que se reconfortase con algunas bebidas; y luego, empezó de pronto a pedir vino con voces destempladas, bebiendo una cantidad considerable, en contra de su costumbre. Viendo que su amo no quería comer, el leal servidor le instó afectuosamente a que descansara, rogándole que le permitiera alumbrarlo hasta su cuarto. Tuvo que repetirlo tres o cuatro veces, hasta que Ravenswood, accediendo con un gesto, le siguió. Pero cuando llegaron a la puerta de su nueva habitación —que había sido preparada muy confortablemente para que la ocupase a su regreso del extranjero— Ravenswood se detuvo en seco en el umbral.

—Aquí no —dijo severamente—; enséñame el cuarto donde murió mi padre... donde ella durmió la noche que pasaron aquí.

—¿Quién, señor? —dijo Caleb, demasiado aterrado para conservar su sangre fría.

—¡Ella, Lucy Ashton!... ¿Quieres matarme, viejo obligándome a repetir su nombre?

A Caleb le impresionó la irritable impaciencia de su asno. Le acompañó temblando y en silencio, puso la lámpara sobre la mesa del aposento deshabitado, e intentó arreglar la cama, pero su amo le ordenó retirarse en un tono que no admitía demora. El anciano se retiró, no a descansar, sino a rezar. Y de vez en cuando se deslizaba hasta la puerta del cuarto donde se hallaba Ravenswood, para ver si éste

descansaba por fin. Se oía el ruido acompasado del recio andar del joven, mezclado con profundos gemidos y los repetidos taconazos de su pesada bota indicaban claramente que el Master se abandonaba en esos momentos a incontrollados arrebatos de desesperación. Al viejo le parecía mentira que fuera a amanecer. Por fin llegó el alba, esparciendo una luz rojiza por el extenso horizonte del brillante océano. Era en la primera mitad de noviembre, y el tiempo era más apacible de lo corriente en esa época del año. Pero aquella noche se había levantado viento del este y el oleaje batía, más próximo que de costumbre, las rocas al pie del castillo.

Con la primera claridad del día, se acercó Caleb de nuevo a la puerta del dormitorio, y a través de una abertura observó a Ravenswood ocupado en medir la longitud de dos o tres espadas que había sacado de un armario. Mientras escogía entre estas armas murmuró para sí: «Esta es más corta; que tenga también esta ventaja, pues tiene todas las demás».

Caleb comprendió muy bien para qué empresa se preparaba su amo y lo inútil que sería cualquier intromisión por su parte. Apenas tuvo tiempo de retirarse de la puerta, cuando Ravenswood salió de improviso y se dirigió a las cuadras. El fiel mayordomo lo siguió y, por la desaliñada apariencia de la vestimenta de su señor, así como por sus miradas fantasmales, confirmó sus conjeturas de que había pasado la noche sin dormir ni reposar. Ravenswood rechazó toda ayuda con un gesto duro, y después de conducir al animal hasta el patio, iba a montar en él, cuando el viejo servidor vencido ya su miedo por el profundo cariño que profesaba al Master se arrojó de pronto a sus pies, y se abrazó a sus rodillas, exclamando: «¡Oh, señor, matadme si queréis, pero no salgáis con ese horrible propósito! ¡Mi querido Master esperad siquiera el día de hoy! El Marqués de A... llega mañana y todo se arreglará».

—Ya no tienes amo, Caleb —dijo Ravenswood, tratando de soltarse—; pero, viejo, ¿te vas a aferrar a una torre que se derrumba?

—¡Sí, tengo un amo —gritó Caleb sujetándose más— mientras respire el heredero de Ravenswood! Sólo soy un criado, pero fui el criado de vuestro padre y de vuestro abuelo... He nacido para vuestra familia... He vivido para ella... ¡Moriría por ella!... ¡Quedaos en casa y todo se arreglará entonces!

—¡Bueno, loco, bueno! Viejo vacío, entérate, ¡nada en mi vida puede arreglarse ya, y mi momento más feliz será el último!

Con estas palabras desembarazóse del anciano, saltó a caballo y salió del castillo como una flecha. Pero pronto se detuvo, volvió grupas, y llegando junto a Caleb le arrojó una bolsa de oro.

—¡Caleb! —dijo con una sonrisa loca— te nombro mi ejecutor testamentario —y emprendió nuevamente su carrera colina abajo.

El oro quedó desatendido en el suelo, pues Balderstone salió corriendo para observar qué dirección tomaba su amo. Lo vio torcer a la izquierda por una senda

pequeña y quebrada que llegaba a la playa pasando por una hendidura en las rocas, y terminaba en una especie de caverna, en la cual solían atracar las barcas del castillo. Al verle tomar este camino, Caleb subió apresuradamente a la atalaya del este, desde la cual se dominaba la totalidad de los arenales muy próximos al pueblo de Wolf's-hope. Pudo divisar a su amo cabalgando en aquella dirección, a toda la velocidad que su caballo le permitía. Al momento acudió a la mente de Caleb la profecía de que el Lord de Ravenswood perecería en el pantano de Kelpie, situado entre la torre y las dunas, al norte de Wolf's-hope. Lo vio llegar al sitio fatal, pero instantáneamente dejó de verlo en absoluto.

El coronel Ashton, frenético por vengarse, estaba ya en el terreno, paseando por la hierba con ansiedad, y mirando impaciente a la torre, en espera de su antagonista. Había salido el sol, mostrando su amplio disco sobre el mar, de manera que pudo ver fácilmente cómo se le acercaba Ravenswood con una velocidad que revelaba una impaciencia igual a la suya. De pronto la figura se hizo invisible, como si se hubiera desvanecido en el aire. Se frotó los ojos, como si hubiera presenciado una escena de magia, y se precipitó al lugar de la desaparición, donde se le reunió Balderstone, que venía en dirección opuesta. No quedaban vestigios del caballo ni del jinete. Por lo visto los fuertes vientos y las mareas altas habían extendido grandemente los límites habituales de las arenas movedizas, y el infortunado jinete, según se veía por las huellas del caballo, no se había cuidado —en su afán de llegar pronto al lugar de la cita— de mantenerse en la parte de arenas firmes al pie de las rocas, sino que había tomado el camino más corto y más peligroso. Sólo pudo descubrirse un vestigio de su sino: una gran pluma negra que se había desprendido de su sombrero y que la marea creciente trajo flotando hasta los pies de Caleb. El anciano la cogió, la secó y guardóse la en el pecho.

Los habitantes de Wolf's-hope se habían alarmado y acudían en tropel al lugar del accidente, unos por la playa y otros en botes; pero sus esfuerzos no sirvieron de nada. Las tenaces honduras de las arenas movedizas no soltaron su presa.

Nuestra historia se acerca a su final. El Marqués de A..., alarmado por los terribles rumores que corrían, y temiendo por la seguridad de su pariente, llegó al día siguiente, para encontrarse con su muerte. Después de reanudar en vano la búsqueda del cuerpo, regresó olvidando aquellos tristes acontecimientos entre el ajetreo de los negocios públicos.

No así Caleb Balderstone. Si el bienestar material hubiera podido consolar al anciano, habría tenido motivos para estar satisfecho, pero la vida había perdido para él todo su sabor. Todos sus sentimientos e ideas habían nacido en conexión con la familia que acababa de extinguirse. Fue perdiendo la cabeza, abandonó sus ocupaciones habituales y sólo parecía hallar placer vagando como un alma en pena por las habitaciones del viejo castillo que el Master de Ravenswood había ocupado



últimamente. Comía sin nutrirse, dormitaba sin descansar, y con una fidelidad mostrada a veces por la raza canina, pero muy rara vez por los seres humanos, murió al año de ocurrir la catástrofe que hemos relatado.

La familia de los Ashton no sobrevivió mucho tiempo a la de los Ravenswood. Sir William Ashton conoció la muerte de su hijo el coronel, caído en un duelo en Flandes; y Henry, que sucedió a su hermano, murió soltero. Lady Ashton llegó a la ancianidad, única superviviente de un grupo de personas desgraciadas cuyos infortunios fueron causados por la implacabilidad de aquella señora. No queremos dudar de que se sintiera arrepentida en su fuero interno y se reconciliase con el Cielo, al que había ofendido tanto, pero no ofrecía a quienes la rodeaban ni el menor síntoma de remordimiento. En apariencia seguía teniendo el mismo carácter audaz, altanero e inflexible que le hemos conocido durante estos infaustos sucesos. Un magnífico monumento de mármol conserva su nombre, títulos y virtudes, mientras sus víctimas no han tenido una tumba ni un epitafio que las distinga.